NuestraEpoca

REVISTA INTERNACIONAL

Nº 9 – 1967
PRECIO: E.º 1

EL SIGNIFICADO HISTORICO DE LA GRAN REVOLUCION SOCIALISTA DE OCTUBRE

50 años de la U.R.S.S.

COLABORAN EN ESTE NUMERO

IB NERLUND
Miembro del Comité Ejecutivo y secretario del Comité Central del Partido Comunista de Dinamarca

AARNE SAARINEN
Presidente del Partido Comunista de Finlandia

EZEKIAS PAPAIOANNU
Secretario general del Partido Progresista del Pueblo Trabajador de Chipre [AKEL]

ERICH HONECKER
Miembro del Buró Político y secretario del Comité Central del Partido Socialista Unificado de Alemania

JAN HAVELKA
Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia, jefe de la sección agrícola del CC. del PCCH.

MARENNA JAVLIOS MENDES
Miembro del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Ceilán

ALFRED DEWHURST
Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Canadá

GUSTAVO CORVALAN
Miembro suplente del Comité Central del Partido Comunista Paraguayo

DIMITRIS LAKKAS
Periodista griego

FRITJOF LAGER
Publicista sueco

DENIS N. PRITT
Jurista inglés

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Nuestra Epoca
REVISTA INTERNACIONAL

(77) **9** | **1967**

AÑO VII — SEPTIEMBRE

SUMARIO

I. NERLUND — Conjurar la agresión imperialista: posibilidades y tareas * A. SAARINEN — Los comunistas y la política del Gobierno finlandés * E. PAPAIOANNU — Nubarrones sobre Chipre * J. PRAZSKY — Prosigue la escalada de la guerra en Vietnam * A. DEWHURST — La violencia contra los negros de EE.UU. * D. LAKKAS — ¡El régimen fascista no tiene futuro en Grecia! 3

OCTUBRE Y EL PROCESO REVOLUCIONARIO MUNDIAL

Intervenciones en la Conferencia teórica internacional sobre la significación histórica de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

V. JOANNES [Francia], V. VITELLO [Italia], J. ANGENFORT [RFA], N. CLARK [Canadá], T. NAMSARAI [Mongolia], M. HARMEL [Túnez], R. CASTELLANOS [Panamá], M. SOZA [Honduras], J. M. FORTUNY [Guatemala], A DELGADO [Colombia], H C. VARGAS [Costa Rica], M. TALLA [Malí], P. KEKHOTSO [República Sudafricana], T. BABIKER [Sudán] 25

Medio siglo atrás ..... La URSS hoy 69

TEORIA Y PRACTICA DE LA CONSTRUCCION SOCIALISTA

E. HONECKER — La creación del sistema socialista desarrollado en la República Democrática Alemana * J. HAVELKA — Lo nuevo en la dirección de la agricultura checoslovaca 72

■ EN LOS PARTIDOS COMUNISTAS Y OBREROS

G. CORVALAN — Las tareas principales de los comunistas paraguayos * M. J. MENDES — Por la unidad de las fuerzas democráticas de Ceilán * F. LAGER — El Congreso de los comunistas suecos 85

■ CONTRA LA REPRESION Y LAS PERSECUCIONES DE LOS DEMOCRATAS

D. N. PRITT — Anular la interdicción del Partido Comunista de Alemania 97

Conjurar la agresión imperialista: POSIBILIDADES Y TAREAS

por Ib Nerlund

En la Declaración de los 81 partidos representados en la Conferencia de Moscú de 1960 se dice que «ha llegado la época en que es posible poner coto a los intentos de los agresores imperialistas dirigidos a desencadenar la guerra mundial». Esta conclusión se basa en el análisis de las nuevas fuerzas sociales que se desarrollan a escala mundial: el mundo socialista, el movimiento nacional y antiimperialista, así como las fuerzas amantes de la paz de la clase obrera y de los pueblos de los países capitalistas. Partiendo de esto, en la Declaración se expone la estrategia encaminada a «librar a la humanidad ya en la época actual de los horrores que supondría una nueva conflagración mundial».

Por cuanto el período iniciado en 1960 ha sido un período de ulterior consolidación de las fuerzas del socialismo y de las fuerzas del movimiento de liberación nacional y del movimiento obrero, hay todo fundamento para reafirmar y seguir desarrollando esta estrategia. Los pueblos de todo el mundo están vitalmente interesados en evitar que el imperialismo pueda perpetrar su crimen más horrible contra la humanidad, lanzando a ésta al infierno de una guerra atómica.

Los acontecimientos de los últimos tiempos dan motivo para pensar detenidamente en cómo luchar a fin de lograr este objetivo. Como es sabido, la agresividad del imperialismo se ha vuelto a poner de manifiesto en forma peligrosa. Ello hace que esté más que nunca al orden del día la cuestión referente a las vías y a los medios para conjurar la agresión imperialista. A este interrogante no puede responderse con frases generales; requiere un examen más concreto y una mayor precisión de los puntos de vista y de las tareas en orden a la lucha por la paz.

En «Observaciones sobre las tareas de nuestra delegación en La Haya», uno de los últimos trabajos de Lenin, escrito en 1922, se abordan problemas de esta índole, partiendo de la rica experiencia de la lucha contra la guerra. Lenin parte en sus reflexiones de lo siguiente: «Por lo que se refiere a la lucha contra el peligro de guerra..., considero que lo más importante es vencer el prejuicio de que se trata de un problema simple, claro y relativamente fácil de resolver.»[1] Este pensamiento es justo también hoy. La fraseología huera y frívola que Lenin fustiga en sus «Observaciones», es hoy día el obstáculo más serio en la lucha organizada y eficaz contra la agresión imperialista. La fraseología y el enfoque simplista de la cuestión los encontramos tanto en la versión de derecha como en la de «izquierda». Una y otro son igualmente nocivos para dar soluciones a los problemas existentes. Es necesario tender a esclarecer la vaciedad y lo erróneo de estas dos posiciones.

Hay gentes que, partiendo de la creciente agresividad del imperialismo, quieren llegar a la conclusión de que la guerra mundial es inevitable y, por tanto, puede dejarse que los acontecimientos sigan su curso hasta que desemboquen en la catástrofe, o que, incluso, «se puede ser el primero en golpear». Está claro que esto «simplifica» la lucha por la paz, pues equivale a renunciar a ella. El problema «está resuelto» por cuanto se le deja de lado. Al opinar así se manifiesta además la más completa irresponsabilidad e inactividad respecto a la causa de la clase obrera, a la causa del pueblo y del socialismo.

Hay gentes que dicen que, en realidad, no existe ningún peligro de guerra por cuanto las armas modernas y el «equilibrio del terror» hacen imposible la guerra. Esta es también una manera cómoda, «simplista» de resolver el problema, negando sencillamente su existencia. La debilidad de tal posición está en que peca contra todo realismo. Ello es también una forma de «marginar» la lucha por la paz, de justificar la irresponsabilidad y la pasividad y, por tanto, de

1 *Obras Completas*, t. XXXIII, pág. 413. Ed. Cartago.

desarmar a las masas populares que quieren defender sus intereses vitales.

Es preciso añadir que semejantes reflexiones no son más justas incluso en el caso de que tengan un tinte «socialista» y se basen, por ejemplo, en afirmaciones como la de que «la guerra está excluida por cuanto existe un fuerte campo socialista». El movimiento comunista subrayaba a este respecto en la Declaración de 1960 la necesidad de llevar a cabo una labor infatigable de masas para impedir que «se menosprecie la posibilidad de conjurar una conflagración mundial..., evitando, al mismo tiempo, que se subestime el peligro de guerra». Hay que tener presentes siempre las palabras del poeta noruego Nordahl Griegs: «La paz no es algo dado. Hay que conquistarla día a día. La paz es la cosa más inquieta del mundo.»

En su Declaración conjunta y en otros documentos, los comunistas han hablado de la *posibilidad* de conjurar la guerra mundial y la agresión imperialista, pero jamás han dicho que esto se conseguirá por sí solo. La tarea planteada hoy ante los pueblos consiste en encontrar los métodos para hacer *realidad* esta posibilidad en un momento en que el imperialismo intenta compensar el debilitamiento de sus posiciones con actos más agresivos, más aventureros, más refinados.

LA LUCHA POR GANARSE A LAS MASAS

Cuando se busca solución a las tareas planteadas en relación con esto pueden encontrarse valiosas indicaciones en las «Observaciones» escritas por Lenin en 1922, aun cuando hay que tener en cuenta, a la vez, los sensibles cambios habidos desde entonces.

En su trabajo Lenin llama la atención precisamente sobre el papel decisivo que juega la lucha por ganarse a las masas con el fin de que éstas no cedan a la política agresiva o no sean víctimas de ella. «Hay que explicar a la gente las circunstancias reales, que rodean de absoluto secreto el surgimiento de la guerra.»[1] Lenin subrayaba los efectos decisivos del moldeamiento ideológico de las masas por los monopolistas, y decía que la tarea fundamental de la lucha de los pueblos por la paz es hacer precisamente hincapié en esta cuestión, por cuanto la guerra irrumpirá siempre en la vida «en el momento más inesperado». Y escribía:

«Acaso estos sofismas, con los que maniobra la prensa burguesa, sean precisamente el principal medio para arrastrar a las masas a la guerra; y la circunstancia más importante, la que explica nuestra impotencia frente a una contienda, es que no analizamos de modo previo dichos sofismas, o más aún, les salimos al paso con frases baratas, jactanciosas y vacías de todo contenido, acerca de que no la toleraremos, de que comprendemos con claridad su carácter criminal, etc.»[2]

Y si hoy no tenemos ya derecho a hablar de nuestra «impotencia frente a la guerra», ello está relacionado en gran medida con el hecho de que el cambio decisivo de la correlación entre las fuerzas de la paz y de la guerra habido en el último medio siglo ha encontrado su expresión en posibilidades completamente nuevas para «analizar de modo previo los sofismas» de la propaganda guerrerista. En primer lugar, el mundo socialista se ha convertido en un factor tal de la política mundial que se han creado condiciones completamente nuevas para arrancar a su debido tiempo el velo del «secreto que rodea el surgimiento de la guerra». Sin embargo, también en este orden, como es natural, lo decisivo es transformar en plena medida las posibilidades en realidades. No cabe duda que este es uno de los problemas planteados hoy con mayor insistencia.

Siempre se intentará iniciar la agresión «en el momento más inesperado». Los incendiarios de guerra, valiéndose de las provocaciones y mediante la difusión de estados de ánimo derrotistas, embotando la mente de las gentes con embustes, con rumores y noticias contradictorias, con los tambores de su propaganda que mezcla y confunde la verdad y el embuste, lo fundamental y lo secundario, quieren crear el *momento de confusión* en circunstancias en que es posible hacer que las masas actúen en contra de sus propios intereses. Y los imperialistas pretenden reforzar todo esto con las correspondientes medidas de carácter militar. El peligro está en que en determinadas condiciones no se requiere que esta confusión dure mucho tiempo para poder comenzar una criminal agresión.

Teniendo en cuenta que en los países capitalistas se ha acumulado a este respecto una experiencia muy variada, sería ingenuo no ver que estos métodos pueden ser empleados de nuevo con eficacia. Por eso, en la situación presente una de las tareas más importantes es saber utilizar todos los medios a fin de paralizar la posibilidad de que se cree el «momento de confusión».

Es evidente que los imperialistas hacen también esfuerzos para influir sobre la posición de determinadas capas en los países socialistas. De aquí la gran importancia que dan a lo que ellos llaman «guerra sicológica».

En este sentido los imperialistas conceden particular importancia a la búsqueda de diferentes métodos de infiltración ideológica con la finalidad de sembrar ilusiones en lo referente a la naturaleza del imperialismo contemporáneo, a su supuesto carácter «democrático» y «pacífico». Y esto se hace para adormecer la vigilancia en relación con los verdaderos designios de los imperialistas.

A la vez que se precisa una evaluación serena del peligro que entrañan tales maniobras, sería un desatino completo sentir en nuestro tiempo cierta impotencia ante ellas. De lo que se trata es de estar plenamente a la altura de las tareas que se plantean en la situación creada.

Ante todo es necesario, claro está, seguir atentamente la actividad de los círculos agresivos y analizarla. Para ello tenemos hoy día condiciones como nunca existieran. Ahora es difícil que estos círculos puedan guardar por mucho tiempo «absoluto secreto». La diplomacia socialista, con su enérgica actividad, puede obligarles a descubrir una tras otra sus cartas. Hoy día, su política, su propaganda y sus maniobras son seguidas atentamente en todo el mundo por los partidos de la clase obrera, que saben enjuiciar los acontecimientos desde las posiciones del marxismo-leninismo, sin alentar la menor ilusión respecto a los subterfugios «morales» a que recurre el imperialismo. Estos partidos ven muy bien las grietas y los puntos débiles en las posiciones de los imperialistas y lo limitado de las posibilidades de éstos. Pero, claro está, no basta con vigilar y enjuiciar; es necesario también hacer a su debido tiempo las conclusiones pertinentes sobre cómo hay que actuar.

En nuestro tiempo existen mejores condiciones que antes para explicar al pueblo lo que realmente sucede en la política internacional y movilizar su atención. Y, a pesar de que la propaganda burguesa tiene mucha experiencia en la deformación y desfiguración de las informaciones, le es más difícil ocultar los hechos decisivos de la realidad cuando están relacionados con factores de tanto peso como el que tiene en el mundo de hoy el socialismo. Semejantes hechos pueden resultar ser más fuertes que la falsa tela de araña de la propaganda capitalista.

La extensión de las comunicaciones y de los vínculos internacionales también abren nuevas posibilidades. Los prejuicios del nacionalismo, del racismo y del anticomunismo, que tan gran papel jugaron en la preparación de las guerras, pierden su fuerza cuando las mismas gentes adquieren experiencia que desmiente estos prejuicios. Convencer a las masas de que es necesaria la agresión resulta más difícil cuando éstas conocen las propuestas hechas por las fuerzas socialistas y antiimperialistas para lograr una solución justa de los problemas existentes.

En los problemas de la política mundial tiene importancia asimismo el que la Organización de las Naciones Unidas sea una tribuna desde la que es posible dirigirse a la opinión pública de todos los países. Ello es posible en una organización cuya composición no podía por menos de reflejar el debilitamiento de las posiciones de los imperialistas en escala mundial, aunque en este sentido hay que vencer aún muchos obstáculos. Cuando un orador que representa a las fuerzas del socialismo y del antiimperialismo aprovecha la posibilidad de explicar desde la tribuna de la ONU la esencia de los problemas internacionales y de presentar sugerencias encaminadas a una solución positiva de estos problemas en interés de la paz y de la libertad de los pueblos, ello beneficia a las fuerzas amantes de la paz de todos los países. Un ejemplo de esto ha sido la convocatoria de una sesión extraordinaria de la Asamblea General de la ONU para examinar la agresión de Israel. A pesar de que no ha podido tomar una decisión necesaria para garantizar la paz, esta sesión ha significado, pese a todo, que aquellos que habían caído en la red de la agitación que justificó la agresión israelí han podido tener una idea más exacta de este crimen contra la paz.

La existencia de nuevas posibilidades para desenmascarar a su debido tiempo los secretos y los sofismas de la política agresiva requiere, como es natural, que tales posibilidades sean aprovechadas. Una cuestión se plantea insistentemente: cómo hacer esto con métodos accesibles y convincentes que puedan ejercer el mayor efecto sobre las masas. Juega un papel igualmente importante el que los defensores conscientes de la paz estén dispuestos en las situaciones críticas a dar a las masas con toda rapidez y precisión las explicaciones necesarias en orden a los problemas que están sobre el tapete.

En la lucha por ganarse a las masas tienen una importancia decisiva también la unidad y cohesión frente a las provocaciones y maniobras de las fuerzas agresivas. Esto es importante para cada país, pero lo es en mucho mayor grado en el plano internacional. En cualquier situación difícil puede verse cómo las fuerzas agresivas buscan enfebrecidamente las divergencias y las discordias existentes entre las fuerzas antiimperialistas de los distintos países y las utilizan malvadamente en sus propósitos de llevar la desorientación y el desaliento a las masas.

Los agresores emplean con particular complacencia estos métodos cuando logran encontrar discrepancias entre los partidos comunistas de los distintos países. De aquí se impone una conclusión. En los problemas relacionados con la tarea de conjurar la agresión imperialista existe una base objetiva para la cohesión inquebrantable internacional y para la más plena inteligencia, pues evitar la agresión es también una

[1] *Ibidem*, pág. 413.

[2] *Ibíd.*, pág. 414.

tarea nacional de primer orden para cada pueblo. Una política nacional correcta de la clase obrera y de las fuerzas democráticas no puede estar en oposición a este objetivo o a la solidaridad internacional que él requiere. Cuanto más firme sea la mutua comprensión internacional, cuanto más firmes sean las relaciones de confianza recíproca entre las fuerzas antiimperialistas, y en primer término entre los partidos comunistas, más seguras serán las garantías frente a los intentos de las fuerzas agresivas de provocar inesperadamente el «momento de confusión» que permita desencadenar la guerra.

Sería irrealismo imaginarse que en la situación presente puede excluirse lo *inesperado* en las maniobras de las fuerzas agresivas. No obstante, es posible limitar en buena medida el factor *sorpresa*.

A ello se puede contribuir movilizando de antemano a la opinión pública para que manifieste su voluntad activa de paz. Esto puede lograrse, particularmente, con ayuda de determinados principios básicos para impedir los actos agresivos, principios que son dominantes en la conciencia social. Por ejemplo, el principio de la inviolabilidad de las fronteras o la determinación contenida en el Llamamiento de Estocolmo de 1950 de condenar al Estado que primero haga uso del arma atómica. El vasto movimiento de los partidarios de la paz ha jugado a este respecto un importante y positivo papel.

Sin embargo, los últimos acontecimientos han subrayado aún más la necesidad de hacer mayores esfuerzos en la lucha contra la política de agresión. Para evitar o detener a su debido tiempo las provocaciones del imperialismo es necesario también elevar la vigilancia ante los conflictos concretos que son en esencia fuentes potenciales de intrigas contra la paz y la libertad de los pueblos. Esto puede hacerse únicamente sobre la base de una interpretación y apreciación clasistas del papel del imperialismo, comprendiendo que la lucha entre las fuerzas imperialistas y antiimperialistas es el contenido fundamental de estos conflictos. Ello impone a los partidos marxistas-leninistas de la clase obrera una responsabilidad y unas obligaciones particulares. Tales tareas no contradicen en modo alguno la aspiración de estos partidos de crear la más amplia unidad de todas las fuerzas de la paz, sino que afectan únicamente al papel específico que los partidos están llamados a jugar en el marco de esta unidad. Nos referimos, sobre todo, a la iniciativa constante en la teoría y en la práctica basada en la comprensión firme y clara de las condiciones de la lucha por la paz en nuestros días.

PREMISAS PARA LA LUCHA POR LA PAZ

Está claro que el factor que, sobre todo, ha creado las nuevas posibilidades en la lucha por la paz es la aparición y consolidación del sistema socialista mundial. En esto desempeña un papel decisivo el poderío militar de los países socialistas, y en primer término de la Unión Soviética. Los imperialistas no han tenido más remedio que contar con esto, y bien lo saben. De conformidad con ello montan su estrategia y su táctica.

En la elaboración de la estrategia de la política agresiva, el tono lo marca el imperialismo norteamericano, que es la principal fuerza de esta política. El imperialismo yanqui se ha visto obligado a desistir de los planes de «hacer retroceder al comunismo» y de la política de «golpe masivo de respuesta», sustituyéndola por una nueva estrategia global en la que el hincapié se hace en métodos tales como las «guerras locales» y la «reacción flexible». Sería un grave error considerar este cambio como un signo de «apaciguamiento» del imperialismo; el carácter cada día más ignominioso de su agresión en Vietnam habrá de mover a la opinión pública mundial a comprenderlo así. La nueva estrategia global norteamericana sigue proponiéndose fines agresivos, pues intenta por otro procedimiento soslayar factores decisivos como el poderío militar del socialismo y la popularidad que gana la política socialista de paz, popularidad que ha llevado al descrédito total de la guerra fría del imperialismo. El método de las «guerras locales» representa una serie de intentos de golpear las posiciones del socialismo y del movimiento de liberación nacional en formas que puedan sembrar mejor la confusión entre la opinión pública mundial. Por eso esta táctica va unida a las maniobras más refinadas, que comprenden las acciones utilizando «segundones», como en el caso de la agresión de Israel, conspiraciones y golpes de Estado, como en Grecia, y provocaciones premeditadas con vista a desacreditar la política socialista de paz. Un objetivo más lejano de esta estrategia es ahora, igual que en el pasado, la dominación mundial a que los gobernantes estadounidenses dicen tener «derecho». Ellos saben que esto también significaría la guerra mundial.

Esta es la estrategia a la que las fuerzas de la paz pueden y deben ahora condenar al fracaso.

Aunque el sistema socialista mundial es la fuerza fundamental que se levanta en el camino de la realización de esta estrategia agresiva del imperialismo, debe estar claro que esta tarea no puede recaer solamente sobre él. En resumidas cuentas, ello significaría confiar en la solución militar de los problemas, en la guerra mundial, en la guerra nuclear. Sin embargo, la tarea histórica de nuestro tiempo consiste precisamente en desbaratar los planes agresivos *antes* de que se llegue a la guerra. Esto puede hacerse únicamente a base de la cooperación colectiva de las tres fuerzas progresistas fundamentales de nuestro tiempo: el sistema mundial del socialismo, el movimiento de liberación nacional y los trabajadores de los países capitalistas. He aquí por qué el desarrollo de la colaboración entre estas tres fuerzas y la conciencia de la responsabilidad común constituyen la cuestión central de la actual política de lucha por la paz.

Ante la estrategia de las «guerras locales», todas estas fuerzas tienen un interés común básico consistente en *hacer que las potencias imperialistas respeten los principios fundamentales de la coexistencia pacífica* en sus relaciones con los demás Estados.

Para los países socialistas esto significa que seguirán desarrollándose en paz y podrán dedicar a ello más fuerzas, de manera que la superioridad del socialismo como sistema social se manifestará aún más convincentemente.

Para los nuevos Estados nacionales ello significa el pleno respeto a su soberanía. Cualquier forma de colonialismo y de opresión nacional está en contradicción con los principios de la coexistencia pacífica y es una fuente de constante agresión o limitación de los derechos del pueblo; lleva en cada caso a la justa lucha del pueblo, que combate por su emancipación utilizando todos los medios que considera apropiados.

Para los pueblos de los países capitalistas ello significa que no se verán obligados a soportar sacrificios en aras de una causa que no es la suya y que sobre ellos no recaerá el peso de las cargas materiales y morales que representan los preparativos de guerra.

Lograr que se respeten los principios de la coexistencia pacífica equivale a crear las mejores condiciones para conquistar nuevos éxitos en orden al progreso social.

La tarea de conseguir que se respeten los principios de la coexistencia pacífica exige, naturalmente, el despliegue de acciones directas para poner fin y castigar las agresiones que hayan comenzado, para observar el principio de que la agresión no deberá ser estimulada. Por cuanto la estrategia global norteamericana parte de que deben encenderse nuevos focos de guerra, crearse «nuevos Vietnam» en todo el mundo; la lucha deberá llevarse a cabo para frustrar estos planes mediante la acción conjunta de todas las fuerzas antiimperialistas.

En este sentido el batallar por la afirmación de los principios de la coexistencia pacífica es también una forma concreta de lucha contra la política de agresión y adquiere aún mayor significado como reacción contra la estrategia de las «guerras locales».

Conseguir que los principios de la coexistencia pacífica y de la independencia nacional triunfen sobre la agresión imperialista es una tarea que puede resolverse únicamente a base de utilizar todos los medios y posibilidades de las fuerzas antiimperialistas. Es necesario vencer no a un «tigre de papel», sino a una fiera que tiene los dientes muy afilados. Lo fundamental consiste en hacerle comprender que su intento de dar un mordisco será para él la muerte violenta. Pero si se quiere reducir a la fiera antes de que ella comience la lucha a vida o muerte, entonces será necesario dominarla a tiempo empleando otros métodos.

En la lucha por conjurar la agresión imperialista no se debe utilizar exclusivamente la fuerza armada, hay que aplicar ampliamente los métodos políticos y diplomáticos, despertar la actividad de las masas. Aquellos que llaman a emplear «solamente» la fuerza armada, lo único que hacen es comprometer las aspiraciones de unidad de las fuerzas amantes de la paz para presionar por todos los medios sobre los imperialistas; hacia tales gentes los imperialistas no pueden tener más que motivos de gratitud. No hay que perder la vista que el paso de Estados Unidos a la nueva estrategia global significa también el reconocimiento de que su opción unilateral por la fanfarronería belicista, por la amenaza con el arma atómica y por el clamoreo en torno a la «política de fuerza» les ha llevado al aislamiento. La nueva estrategia va acompañada de una actividad política más «flexible», sumamente hipócrita y provocadora. Esto hace tanto más necesario que las fuerzas antiimperialistas luchen también en la esfera política, otro terreno donde las fuerzas de la paz tienen superioridad sobre las fuerzas de la guerra.

Puede decirse asimismo que en la lucha que actualmente se desarrolla para evitar las agresiones imperialistas, los medios políticos pueden y deben jugar un papel más importante y, en parte, nuevo. Esto es una consecuencia del cambio habido en la correlación de fuerzas y del mismo deseo de hacer que fracasen los planes del imperialismo antes de que éste pueda arrastrar al mundo a la guerra.

Cierto que el empleo de los medios políticos contra las fuerzas agresivas da su resultado únicamente cuando estos medios se apoyan en la fuerza, incluida la militar. Los agresores deben saber que no pueden hacer lo que se les antoje. Deben saber que si obligan a un pueblo o a un país a hacer una guerra justa, ellos encontrarán la resistencia armada y la solidaridad antiimperialista. Pero allí donde existan tales factores, la tarea consiste en *utilizarlos* para las acciones

políticas que puedan crear nuevos obstáculos en el camino de la política de agresión.

Un factor importante en la lucha por la paz es la utilización de las contradicciones que hay dentro del imperialismo a fin de aislar a las fuerzas más agresivas e imprudentes del mismo. Este es, en primer término, el campo para la acción política y diplomática activa.

El uso audaz y con iniciativa de los medios políticos tiene una importancia decisiva, sobre todo, para desarrollar y activizar las fuerzas de los pueblos, que pueden desempeñar un papel determinante cuando los sectores agresivos quieran establecer hasta qué punto son sólidas sus retaguardias para poder iniciar una aventura bélica.

A veces se oye decir que los medios políticos no son más que palabras y «trozos de papel» que nada significan ante los cañones y los planes de agresión. Esto es un absurdo. Los medios políticos no son cosa que esté por los aires; son eslabones de un todo real. Los gobernantes que exigen de su pueblo sacrificios de sangre, cuando las masas saben que la guerra no es necesaria ni justa y que es una perfidia y una violación de la moral, frecuentemente pueden no llevar a cabo con éxito sus aventuras y, por regla general, éstas terminan mal para ellos. La historia ofrece bastantes ejemplos de esto.

Si un Estado tiene contraídas obligaciones en virtud de tratados y de promesas hechas, si se halla ante propuestas y exigencias que la población considera justas, la violación descarada de los compromisos equivaldrá a un serio golpe para sus gobernantes. La experiencia muestra que los agresores, por regla general, se ven precisados a crear una «atmósfera» en la que las amplias capas del pueblo consideran fundamentada la guerra o, por lo menos, la creen inevitable. Contra esto pueden emplearse con éxito los medios políticos.

En la década del 30, Hitler logró crear en Europa una atmósfera en la que la violación de fronteras y tratados era un fenómeno corriente, la liquidación de otros Estados era un crimen común de todas las potencias occidentales, etc. Fue aquella una «atmósfera favorable» para el desencadenamiento de la guerra. En la Alemania Occidental de postguerra las condiciones son más difíciles para que los revanchistas puedan repetir las maniobras de Hitler. Han topado con las advertencias del campo socialista y con las propuestas de regulación pacífica, hechas en primer término por la RDA, que han causado una fuerte impresión en la población germanooccidental y han obligado ahora al Gobierno a cambiar de táctica.

La realización del programa de seguridad europea propuesto en Karlovy Vary haría extremadamente difícil el poder crear en Europa la «atmósfera» necesaria para el agresor. Por eso es preciso explicar a las masas populares europeas que los activos esfuerzos en la lucha por la realización de las vías y las posibilidades indicadas en Karlovy Vary, para afianzar la seguridad en el continente, tienen una perspectiva real y representan una importante contribución a la obra de paralizar todos los planes agresivos en Europa.

No puede negarse que uno de los factores que han permitido a Dayan iniciar la agresión de Israel contra los Estados árabes ha sido el haber aprovechado las condiciones existentes para crear la correspondiente «atmósfera» en Israel. La propaganda imperialista consiguió también en los primeros días de la agresión determinados éxitos, afirmando que Israel tenía derecho a una guerra preventiva. Como se sabe, el reconocimiento de tal «derecho» deja abiertas las puertas a toda agresión. Pero aun cuando en estos momentos Israel tiene en sus manos el botín conseguido como resultado de una guerra relámpago, sus posiciones políticas se han debilitado fatalmente. Lo mismo puede decirse de sus protectores imperialistas. Precisamente ha sido con ayuda de los medios políticos como se ha logrado evitar que los agresores alcanzaran sus verdaderos objetivos: apoderarse de las capitales de los Estados vecinos y derrocar los regímenes existentes en estos países. Ahora, las fuerzas antiimperialistas se encuentran ante la tarea de obligar por medios políticos al agresor a que devuelva el botín capturado y retire sus tropas al punto de partida. El éxito de esta lucha depende en buena parte de los cambios a favor de las fuerzas democráticas y consecuentemente antiimperialistas, cambios a los que se aspira y que van consiguiéndose en los países árabes. No se puede esperar, claro está, que los medios políticos den un resultado inmediato, igual que un ataque con tanques, pero el éxito será tanto más firme cuanto más se base en los cambios reales operados en la correlación de fuerzas políticas. Si de esta manera pudiera confirmarse el principio de que la agresión no debe ser estimulada, ello respondería a los verdaderos intereses de todos los pueblos.

Una premisa esencial para el empleo eficiente de los medios políticos es que el verdadero carácter de los problemas políticos, las propuestas hechas, etc., deben ser conocidos y comprendidos por las masas. El interés creciente en nuestro tiempo por los problemas internacionales, el prestigio cada día mayor del mundo socialista han creado una serie de premisas para ello. Pero, ante todo, esto depende, naturalmente, del trabajo activo de las fuerzas de la paz en cada país.

En esta lucha polifacética contra la agresión imperialista, la solidaridad y la mutua comprensión entre las fuerzas antiimperialistas juegan un gran papel. Naturalmente que la mejor utilización de todos los medios de que disponen las fuerzas antiimperialistas puede dar lugar a la aparición de problemas complicados. De lo que se trata es de resolverlos sobre la base del mutuo respeto y de la aspiración a la unidad en torno a lo que es fundamental.

Allí donde esta unidad no existe o se ha debilitado, las fuerzas agresivas encuentran una buena posibilidad para actuar. No es casual que la agresión imperialista más descarada, sangrienta y prolongada se desenvuelva en Vietnam, donde la negativa de los dirigentes chinos a emprender acciones conjuntas ha tenido las más sensibles repercusiones.

La solidaridad antiimperialista entraña una vasta comunidad de las fuerzas más diversas. Cada eslabón de esta comunidad asume una parte de responsabilidad, y la solidaridad en modo alguno libera de esta responsabilidad. Ante la agresión imperialista, cada pueblo es el que en primer lugar responde de sus destinos. La solidaridad y el apoyo de otros, por muy considerables e incluso decisivos que sean, siempre tienen sólo un carácter de ayuda a aquel que se ayuda a sí mismo. Y los pueblos que han llevado sobre sus hombros el peso de las aventuras militares imperialistas, así lo han comprendido en todas partes. Es precisamente la propaganda reaccionaria la que interpreta la solidaridad internacional en el sentido de que «todo se arregla desde fuera».

Allí donde la estrechez nacionalista pudo debilitar la solidaridad internacional, el imperialismo se apresuró a aprovechar la situación. El imperialismo comprende que en un período como el actual, cuando salen tantas nuevas naciones a la arena histórica, pueden aparecer también las pasiones que el imperialismo, y no los pueblos, está interesado en atizar. De aquí que sea mucho mayor la responsabilidad del movimiento obrero internacional por lograr que los principios del internacionalismo proletario y de la solidaridad entre los trabajadores de todas las naciones sean valederos también para la comunidad antiimperialista.

Los nuevos problemas y las nuevas tareas de la lucha contra la agresión imperialista provienen hoy día de los cambios o avances en la situación objetiva y ellos mismos dan lugar a la aparición de otros problemas. Teniendo en cuenta la gran responsabilidad que en estas cuestiones recae sobre los partidos marxistas-leninistas de la clase obrera, y que exige la cohesión de los mismos, puede decirse que ha madurado el momento para enjuiciar conjuntamente la situación creada en el mundo y sacar las conclusiones pertinentes. Es necesario seguir aplicando y desarrollando la línea marcada por la Conferencia de los 81 partidos comunistas y contenida en la Declaración de 1960. Esta tarea puede resolverla una nueva Conferencia Internacional de los partidos comunistas y obreros.

LOS COMUNISTAS y la política del Gobierno finlandés

por AARNE SAARINEN

El movimiento obrero finlandés, que engloba tres partidos políticos, los sindicatos y otras organizaciones de masas, es tan fuerte en su conjunto que la burguesía lleva ya varios decenios sin poder gobernar ella sola el país durante un tiempo más o menos prolongado. Ello ha sido así particularmente en ciertos períodos de crisis. Por lo general, la burguesía ha compartido las responsabilidades de gobierno con el Partido Socialdemócrata [PSF], y posteriormente, además, con la oposición desgajada de este partido con el nombre de Unión Socialdemócrata de Obreros y Pequeños Agricultores.

La Unión Democrática del Pueblo de Finlandia [UDPF], cuya fuerza más importante es el Partido Comunista, formó parte del Gobierno en los años 1945-1948. Después de esto, y hasta la primavera de 1966, fue discriminada conscientemente por los otros partidos. El 27 de mayo del pasado año se constituyó el actual Gobierno de 15 ministros, tres de los cuales representan a la UDPF [de ellos, dos son comunistas].

Lo que debilita al movimiento obrero es su división orgánica. La situación se complica además por el hecho de que entre comunistas y socialdemócratas no ha habido casi ninguna colaboración. En el aspecto político, el movimiento obrero está dividido en tres partes, en tanto que la división del movimiento sindical de obreros y empleados es aún mayor.

Hace ya tiempo que en el movimiento sindical existen, de una parte, una central dirigida por los socialdemócratas y, de otra, organizaciones sindicales dirigidas por elementos pequeñoburgueses e integradas fundamentalmente por funcionarios y empleados técnicos. En la segunda mitad de la década del 50, los socialdemócratas de derecha empezaron a dividir también la central sindical dirigida por ellos. La causa de esta división fue que, a juicio de los socialdemócratas, los comunistas habían adquirido demasiada influencia en la central sindical al dividirse la fracción única socialdemócrata y al actuar los disidentes de acuerdo con los comunistas en ciertos problemas.

Pero la escisión del campo burgués constituye la contrapartida a la debilidades derivadas de la división del movimiento obrero. Mientras existen tres partidos obreros, en el campo burgués el número de partidos se eleva a cinco. En el ala izquierda está el Partido del Centro, el más importante de los partidos burgueses y de cuyas filas ha salido el Presidente de la República, Urho Kekkonen. La extrema derecha está representada por el Partido Coalicionista, partido del gran capital y de la reacción política, que sigue en importancia al Partido del Centro. Entre ambos se sitúan los partidos burgueses de menor cuantía. Además, cada uno de estos partidos cuenta con un ala derecha, un ala izquierda y un centro. En cierta medida cabe decir lo mismo de los partidos obreros. Así, pues, son múltiples los matices existentes en el mapa político del país.

En el otoño de 1944, al concluir la guerra entre Finlandia y la Unión Soviética, se creó una nueva situación política interior e internacional. La responsabilidad general de la política de guerra recaía en los partidos burgueses y en la dirección de entonces del Partido Socialdemócrata. La guerra y el desenlace de la misma originaron una profunda crisis política, que sentó las premisas de la participación de los comunistas en el Gobierno. Respuesta poco a poco de la depresión causada por la guerra, la derecha comenzó a preparar el terreno para «extirpar el comunismo». Los socialdemócratas de derecha consideraban la colaboración con los comunistas como un «período táctico de transición». En 1948, los comunistas fueron alejados del Gobierno. Se empezó a apartarlos también de los puestos de dirección en los sindicatos. Los sindicatos dirigidos por comunistas fueron expulsados de la central sindical. Al mismo tiempo, la derecha se opuso al desarrollo de buenas relaciones, basadas en la confianza recíproca, entre Finlandia y la Unión Soviética. En la política interior y exterior de Finlandia se inició también un período de «guerra fría».

Pero ni los socialdemócratas ni los partidos burgueses consiguieron minar seriamente el apoyo que la población prestaba a los comunistas y a todo el movimiento democrático-popular. En todas las elecciones celebradas a partir de 1948, la UDPF obtuvo del 21,2 al 23,2% de los votos emitidos. Los comunistas representaban alrededor del 90% de la minoría parlamentaria de la UDPF, proporción que en la actualidad es aún mayor. Así, pues, el plan de la derecha de «extirpar el comunismo» fracasó pese a los grandes esfuerzos realizados para ponerlo en práctica. Por otra parte, los resultados de las elecciones muestran que la base de nuestro Partido y de todo el movimiento democrático-popular no se ha ampliado. Sin embargo, es un hecho real que, pese a todo, la influencia política de los comunistas va en aumento, como puede verse sobre todo a través del cambio de actitud del Partido Socialdemócrata, el cual tiende ahora a establecer buenas relaciones con la Unión Soviética y el PCUS. Antes, la dirección del PSF se oponía a los contactos con el PCUS y adoptaba ante la URSS una actitud reservada y en ocasiones francamente hostil. Después de 1948 se negó a cualquier colaboración con los comunistas y con el movimiento democrático-popular. Pero desde hace más de un año viene colaborando con los comunistas a distintos niveles, incluso a nivel gubernamental.

La dirección del PSF ha dejado de practicar una labor escisionista en el movimiento sindical y ha entablado negociaciones con el Partido Comunista con vistas a restablecer la unidad orgánica del movimiento sindical. Como consecuencia de estas negociaciones, el peso de los comunistas en los organismos de la Unión Central de Sindicatos de Finlandia y de muchos sindicatos ha aumentado sensiblemente en poco más de un año. La dirección del PSF, que antes mostraba una extrema animadversión por el movimiento de la paz, ahora ha cambiado de actitud. Se ha opuesto a la política norteamericana en Vietnam y ha condenado el golpe militar de Grecia. Apoya la propuesta de no diseminación de las armas nucleares y de creación de zonas desnuclearizadas, particularmente en el Norte de Europa, así como la idea de convocar una conferencia de Estados europeos para tratar de la garantía de la paz en Europa.

Todos estos cambios tienen una significación política y responden a los intereses de los trabajadores de nuestro país. ,Al mismo tiempo contribuyen a ampliar y robustecer el frente democrático y a aislar a las fuerzas derechistas de la burguesía, con las que antes colaboraba estrechamente la dirección del PSF y que ahora ven reducidas sus posibilidades de influir en la política interior y exterior del país.

Muchos miembros y simpatizantes de nuestro Partido muestran desconfianza ante esta nueva política del PSF y se preguntan si no se trata otra vez de un «período táctico de transición» como el de 1945-1948; si no es éste un intento de la dirección del PSF de fortalecer sus posiciones, y nada más; si, llegado el momento que considere propicio, no renunciará a la colaboración y procurará perjudicar a nuestro Partido. Es evidente que nadie puede dar hoy una respuesta precisa a estas preguntas. Pero tampoco ello es necesario. Lo principal es que el Partido Socialdemócrata se atiene en estos momentos a una orientación que en muchos aspectos difiere de su orientación anterior. Ciertamente, en dicho partido hay elementos que tratan de hacerle volver a su línea política anterior, pero ello es sumamente difícil, ya que la experiencia ha demostrado que la línea anticomunista y antisoviética, que siempre exige forzosamente la colaboración con la extrema derecha burguesa y con la reacción, ha reducido el apoyo con que contaba el PSF y ha provocado en este partido una crisis interna y una franca escisión. Difícilmente un político socialdemócrata sensato querrá volver a intentar la aplicación de una línea que conduce a tan lastimosos resultados. En la base y en la dirección del PSF hay fuerzas que consideran que la actual orientación y la colaboración con los comunistas deben proseguir y ser desarrolladas.

Esta nueva línea del PSF ha de ser considerada como el resultado de la política de unidad en las organizaciones de masas de los trabajadores, en las empresas, en los organismos municipales y en el Seim, aplicada firme y consecuentemente por nuestro Partido desde hace casi dos decenios. Esta política tiene por base la defensa y la satisfacción de los intereses comunes económicos y sociales de los obreros, los empleados y los pequeños agricultores, la lucha por la defensa y la ampliación de la democracia y el fortalecimiento de la amistad entre los pueblos, en especial entre los pueblos de Finlandia y la Unión Soviética, así como la defensa de la paz. En nuestra política de unidad arrancamos también del análisis detallado de la situación en los otros partidos, de que en el seno de estos partidos actúan distintas fuerzas, algunas de las cuales tienen sobre muchos problemas ideas idénticas o semejantes a las de los comunistas. También tenemos en cuenta que las concepciones de los afiliados y simpatizantes de estos partidos no siempre coinciden con las de sus dirigentes. No cabe duda que la política exterior del Gobierno soviético y del PCUS, así como el desarrollo de los países socialistas y del movimiento comunista mundial han facilitado la adopción de esta nueva línea por el PSF.

Este nuevo viraje en la vida política del país ha mejorado las condiciones objetivas para la realización de transformaciones sociales más profundas. Pero las condiciones subjetivas requeridas para ello aún no son lo que debieran ser. Aunque los partidos obreros tienen en el Seim cierta mayoría, todavía no están en condiciones de actuar mancomunadamente con el fin de limitar el poder de los monopolios capitalistas y del gran capital, y no digamos ya para acabar con él. La colaboración del PSF con la burguesía, realizada durante decenios bajo el signo del anticomunismo, ha vinculado hasta tal punto a gran parte de los cuadros dirigentes de este partido con el sistema de poder de los monopolios capitalistas y los ha adaptado al mismo hasta tal extremo, que no están en condiciones de desplegar la lucha para limitarlo y acabar con él. El largo período de anticomunismo ha significado también la paralización de toda labor de educación socialista e incluso ha hecho que en el PSF predominaran concepciones antisocialistas. Es evidente que sólo la aparición en primer plano de la joven generación podrá hacer cambiar la línea del PSF en este aspecto. Ya estamos percibiendo claros y alentadores signos de tal cambio.

De otro lado, en el Partido del Centro hay fuerzas importantes que en cierto modo estarían dispuestas a aceptar una limitación del poder de los monopolios capitalistas y la concesión a los organismos públicos de un mayor poder sobre la economía. Exigencias de esta índole son formuladas también en los últimos tiempos en ciertos medios del Partido Socialdemócrata, aunque no representan todavía el punto de vista oficial de este partido. Se trata ante todo del control y la regulación de las inversiones, así como de la extensión y el desarrollo del sector público en la industria.

Unas veces en nombre de la minoría parlamentaria de la UDPF y otras en nombre propio, los comunistas han hecho al respecto importantes propuestas, cuya aplicación conduciría a una seria limitación del gran poder de que gozan en la economía las compañías de seguros y los bancos comerciales privados.

Las tareas políticas más difíciles de este Gobierno de amplia base se refieren a la política económica. En la época en que se constituyó el Gobierno se observaba una clara reducción del ritmo de crecimiento de la economía y un aumento de la desocupación. El año pasado, el producto nacional bruto aumentó en poco más de un dos por ciento, y este año, según muestran los cálculos, es poco probable que el crecimiento sea mayor. Para evitar que la desocupación rebase el nivel actual, es preciso que el producto nacional bruto aumente al año en un cinco por ciento, por lo menos; y para liquidar el desempleo hace falta que dicho aumento sea aún mayor. El problema se agrava a causa de la mala situación en que se encuentra el sector público, situación heredada de los gobiernos anteriores, así como del gran déficit de la balanza comercial, que dura ya varios años, y de la disminución continuada de la reserva de divisas. Estas dificultades no pueden ser superadas en poco tiempo, ni siquiera con los esfuerzos conjuntos de todos los partidos que participan en el Gobierno, pues la economía del país está estrechamente ligada a los países capitalistas occidentales y, por consiguiente, depende en gran medida de su desarrollo económico. Y la lentitud con que se van superando estas dificultades se debe a que los otros partidos gubernamentales no están dispuestos, ni mucho menos, a aceptar todas las propuestas de los comunistas. Estas propuestas tienden:

— a limitar la importancia excesiva de aquellos países con los que nuestro saldo comercial pasivo es particularmente elevado [se trata ante todo de la RFA y Suecia];

— a ampliar la colaboración económica, incluido el comercio, con la Unión Soviética y otros países socialistas;

— a aumentar los impuestos sobre los beneficios de las sociedades anónimas y sobre otros grandes ingresos y fortunas;

— a transferir a los organismos públicos el control y la regulación de la mayor parte de las inversiones [creación de un Banco estatal de inversiones];

— a elevar considerablemente los ingresos y la capacidad adquisitiva de los sectores mal retribuidos y poco pudientes de la población y a limitar en consonancia el incremento de los grandes ingresos, lo que a su vez conduciría a un descenso de la demanda de artículos de importación y a un aumento de la demanda de artículos de producción nacional y, por lo tanto, a un crecimiento de la ocupación.

Entre los partidos del Gobierno no hay una unidad de criterio en cuanto a estos problemas fundamentales y a las cuestiones particulares de ellos derivadas. Existe, además, el problema de la agricultura, provocado por el predominio de las pequeñas explotaciones y por el hecho de que la economía agropecuaria constituye todavía la fuente de ingresos de un 27% aproximadamente de la población. Por esta causa, y en parte también por las desfavorables condiciones naturales, el costo de los productos agropecuarios rebasa con mucho los precios del mercado mundial. Por esta razón, el Estado tiene que destinar cada año grandes sumas a mantener los precios de dichos productos.

Así, pues, los esfuerzos del Estado se orientan a aminorar las consecuencias de la desocupación originada por el sector capitalista privado y a apoyar las explotaciones agropecuarias privadas. Esto se hace también con el fin de evitar un aumento del éxodo de mano de obra del campo, a la que no se puede ofrecer ningún otro trabajo. Para resolver este problema, el Estado necesita mayores recursos, que en las actuales condiciones pueden obtenerse ante todo mediante un aumento de los gravámenes fiscales.

Esta situación da pábulo al descontento, sobre todo entre los desocupados y entre aquellos obreros amenazados continuamente por el desempleo. También es causa de ciertas dificultades en todos los partidos del Gobierno, incluido el Comunista. Las masas laborales esperaban cambios más rápidos, en consonancia con sus intereses, y como, en lo fundamental, esos cambios no se han producido aún, la consecuencia es un sentimiento de desilusión. Pero también se han conseguido resultados positivos. El Gobierno ha aumentado considerablemente las pensiones de vejez e invalidez y los subsidios familiares. A comienzos del año en curso ha entrado en vigor un sistema de pensiones familiares para los trabajadores, que se está tratando de ampliar y mejorar. Han sido incrementados los impuestos que afectan a personas con ingresos elevados y medios y a la vez se han reducido algo los que gravan a personas con ingresos modestos. Se han aumentado considerablemente los créditos del Estado para la construcción de viviendas. Muchas empresas públicas han decibido importantes recursos para poner en práctica sus programas de ampliación y modernización. Han sido iniciadas diversas obras públicas, y la suma global de los subsidios de paro pagados ahora rebasa con mucho la de cualquier momento anterior. Se están preparando reformas de la legislación laboral. La reforma escolar, que reviste gran importancia, prevé la implantación de una escuela básica de 9 grados, lo que representará a la vez una democratización de la enseñanza. El Partido Comunista trata de contribuir con todas sus fuerzas a la rápida solución de estos problemas. Donde mayores posibilidades se le ofrecen para ello es en el marco de la colaboración gubernamental.

Aunque entre las masas trabajadoras hay manifestaciones de descontento, éste es mucho más fuerte entre los sectores de derecha, seriamente preocupados por la actual colaboración de los partidos en el Gobierno, sobre todo por la participación en él de los comunistas, así como por el proceso que se está produciendo en el seno del Partido Socialdemócrata. Por cuanto las derechas siguen teniendo gran influencia en la prensa y en los otros medios de información masificada, los aprovechan para atizar el descontento contra el Gobierno y su política. Y dadas las debilidades de esta política, la influencia de la propaganda derechista se deja sentir también entre los afiliados y simpatizantes de los partidos gubernamentales. Nuestro Partido estima que el Gobierno debe aplicar una política más activa, más definida y más radical, que responda mejor a los intereses de todos los trabajadores, en especial de aquellos que se encuentran en peor situación material y social.

Para aumentar la ocupación y elevar el nivel de vida es preciso, naturalmente, incrementar ante todo la producción. Pero en un país cuya economía se halla por tradición firmemente vinculada a los países capitalistas occidentales y es una economía predominantemente capitalista privada, ante el Gobierno se plantea una cuestión sumamente difícil: ¿cómo aumentar la producción y crear nuevas fuentes estables de ocupación? La fuerza motriz de la producción capitalista es el mayor beneficio posible. Es lógico que un Gobierno en el que participan los comunistas no puede estimular el crecimiento de la producción mediante un incremento de los beneficios de los capitalistas, como tampoco puede defender el actual nivel de los beneficios. Por eso la atención y las medidas principales deben orientarse a ampliar el sector público de la industria, al que hoy día corresponde aproximadamente el 16% del valor de la producción industria, al que hoy día corresponde aproxima- a renovar el sistema crediticio y a aumentar el comercio y otras formas de colaboración económica con los países socialistas y con los llamados países en vías de desarrollo. Es evidente que en las actuales circunstancias políticas y por las causas arriba mencionadas estos cambios no pueden realizarse rápida y simultáneamente. Pero las premisas políticas necesarias para ello siguen mejorando. La aceleración del desarrollo en este sentido sólo es posible a través de la más amplia y constante colaboración de todas las fuerzas democráticas. A conseguirlo tienden los esfuerzos del Partido Comunista de Finlandia.

NUBARRONES SOBRE CHIPRE

por Ezekias Papaioannu

¡Seguid atentos la situación en Chipre! Esta puede ser la víctima de turno de la agresividad del imperialismo norteamericano.

Incluso en los tiempos en que Chipre estaba bajo la dominación colonial británica, los imperialistas yanquis mostraron un vivo interés por esta isla. Hace unos quince años consiguieron de las autoridades británicas autorización para instalar en Chipre tres emisoras de radio. Estas siguen funcionando hasta el día de hoy, y a través de ellas se realiza una labor de espionaje dirigida fundamentalmente contra los países árabes y los países socialistas.

Los imperialistas yanquis han convertido Chipre en un centro de espionaje y de actividades de subversión y agresión en el Cercano Oriente. No cabe duda que esta isla ha desempeñado un importante papel en la preparación de la reciente agresión de Israel contra los países árabes.

Los imperialistas y su instrumento —los agresores israelíes— han sufrido un fiasco en su propósito principal: liquidar los regímenes progresistas de los países árabes independientes. La movilización de las masas populares del mundo árabe y la poderosa ayuda de la Unión Soviética y otros países socialistas hicieron fracasar estos planes.

El objetivo fundamental de los imperialistas norteamericanos en Chipre es desmembrar la isla y transformarla en base de la OTAN. Persiguieron esto con ayuda de los tristemente célebres planes de Acheson y Lemnitzer del año 1964. Como se sabe, estos planes tropezaron con la resistencia unánime del pueblo y el Gobierno chipriotas. Con la desmembración de Chipre, los imperialistas norteamericanos querían consolidar el ala sudoriental de la OTAN, que se resquebraja seriamente a causa de la cuestión chipriota. Por otro lado, mediante la transformación de la isla en una base de la OTAN, los imperialistas yanquis pretendían implantar su dominación en Chipre.

Con el Tratado de Zurich, los imperialistas británicos se aseguraron para sus bases un territorio de 99 millas cuadradas, además de otros 32 puntos.

Entre los intereses imperialistas británicos y yanquis hay contradicciones. Pero no es la primera vez que el imperialismo británico se ve obligado a desempeñar el papel de segundón frente a su rival más fuerte, el imperialismo norteamericano. Los imperialistas británicos, que atraviesan por dificultades económicas serias, no tienen más remedio que ceder sus posiciones a los yanquis para, como reza el dicho popular, no perder ni los huevos ni la cesta. Y esto es precisamente lo que hicieron en Grecia después de su intervención armada de 1944. Y esto lo han hecho también en otros países.

Los ingleses se ven ahora obligados a reducir sus gastos militares en Chipre. Por eso proponen que sus bases en la isla se transformen en bases de la OTAN. Desde este punto de vista es muy sintomático el siguiente artículo del observador diplomático del *Times* londinense, A. M. Rendel, aparecido a finales de julio. He aquí lo que dice:

«Ahora está claro que el futuro de Chipre y de las bases inglesas en esta isla es nuevamente objeto de activa consideración. El Ministro de Estado para los Asuntos Exteriores, Mulley, visitó Turquía del 16 al 21 de julio. Aunque negó que hubiera ido allí con propuestas concretas, más tarde ha reconocido que sus conversaciones se refirieron a las numerosas manifestaciones de la prensa turca respecto a una posible solución del problema chipriota y que los turcos, como se ha divulgado ampliamente, estudiaban las propuestas relativas a la "enosis" [unificación] de Chipre con Grecia, a cambio de crear en la isla una base turca o, por lo menos, una base de la OTAN con participación de Turquía. Al mismo tiempo, Osorio Tafall, de Brasil, representante especial del Secretario General de la ONU, U Thant, para Chipre, visitó Turquía y después fue a conversar a Atenas antes de presentar su informe a U Thant.

Como es sabido, el 21 de abril, inmediatamente después de encaramarse en el Poder, los nuevos líderes de Grecia propusieron a los turcos la regulación basada en los principios arriba expuestos, cosa que responde a la solución "otaniana" sugerida por el ex Secretario de Estado norteamericano, Dean Acheson, en las negociaciones del verano de 1964 en Ginebra.

El momento presente es particularmente favorable para la solución "otaniana" por cuanto los líderes griegos se han hecho con el Poder, entre otras cosas, a fin de asegurar que Grecia permanezca firmemente en la Unión Atlántica; pero en la primavera, cuando se hizo la oportuna propuesta, los turcos no quisieron aceptarla porque tenían dudas sobre la duración del nuevo régimen griego.

Los gobiernos griego y turco siguen estando interesados en una colaboración militar estrecha, en el cese de las disputas en torno a Chipre —única cuestión que enturbia sus relaciones a lo largo de todo el período postbélico—, en la eliminación de las posibilidades de que un Chipre independiente caiga un buen día bajo la influencia comunista y altere con ello el equilibrio estratégico en el Mediterráneo oriental.

Por otro lado, el Gobierno inglés busca el modo de reducir sus obligaciones militares en el extranjero. Por eso ha llegado el momento de examinar el problema de la entrega de las bases inglesas a Chipre, bases que son la piedra de toque para lograr un arreglo. Mas la cuestión se complica por cuanto, según los acuerdos de 1960 sobre Chipre, el Gobierno británico se compromete, en el caso de renuncia a estas bases, a transferir a Chipre la soberanía de las mismas y el Presidente Makarios parece ser que se opone resueltamente a cualquier componenda greco-turca en detrimento de la independencia de Chipre. Esto quedó claro cuando el Presidente Makarios asistió en Atenas a la reunión del Consejo de la Corona el 6 de febrero, es decir, antes de implantarse en Grecia el actual régimen. Makarios declaró que después de la "enosis" o "lo que nosotros sobreentendemos por enosis", la decisión sobre qué hacer con las bases en Chipre deberá tomarla el Gobierno griego.

Así pues, parece ser que ahora es factible la solución que prevé la unificación de la isla con Grecia y la presencia de la Organización de las Naciones Unidas para garantizar el cumplimiento del acuerdo, sobre todo en lo que respecta a la minoría turca y a la entrega de las bases bajo soberanía chipriota en el momento en que Chipre forme parte de Grecia, con el acuerdo complementario de que las bases de Dekelia y Akrotiri sean colocadas bajo el mando de la OTAN. Esto permitiría que el actual contingente militar turco en Chipre, aproximadamente de 800 hombres, se concentre en Dekelia conforme al Tratado de 1960.

La importancia de la base aérea de Akrotiri radica fundamentalmente en la posibilidad de ser utilizada por los bombarderos nucleares ingleses para el apoyo estratégico a la Organización del Tratado Central [CENTO].

Pero los bombarderos instalados en Chipre envejecen y el apoyo nuclear a la CENTO proviene en realidad ahora de los submarinos norteamericanos Polaris desplazados en el Mediterráneo. En todo caso, cualquier compromiso inglés ante la CENTO podrá ser cumplido probablemente en el futuro con ayuda de los bombarderos nucleares de largo radio de acción con base en la isla de Masira, en la costa oriental de Arabia».



Hemos reproducido estas opiniones del observador diplomático del *Times* por considerar que desenmascaran los planes imperialistas respecto a Chipre.

Entretanto, como declaró el representante especial de U Thant para Chipre, Osorio-Tafall, después de su visita a Ankara y Atenas, continúa el diálogo greco-turco en torno al problema chipriota.

El plan norteamericano para desmembrar y «otanizar» Chipre prevé que, como resultado del diálogo greco-turco, Grecia y Turquía lleguen a un acuerdo, sobre la base del cual Turquía ocuparía una parte de Chipre y se crearían al mismo tiempo cantones para los turcochipriotas. El resto del territorio pasaría a Grecia. Los norteamericanos quieren que al hacer esto no se ponga en evidencia desde el primer momento que una tal solución conduce a la desarticulación de la República. Esto podría lograrse por medio de cláusulas secretas en el acuerdo.

A los imperialistas no les interesa la opinión del pueblo chipriota. De antemano saben que la opinión de éste es negativa respecto a cualquier plan de desmembración y «otanización» de la isla. Por eso cuentan con imponer a Chipre su propia solución.

La segunda parte del plan de inspiración yanqui respecto a Chipre comprende el derrocamiento del Gobierno Makarios y su sustitución por marionetas que faciliten el acuerdo con Turquía y estén conformes con la desintegración territorial y administrativa de Chipre. Parte de este plan es minar la influencia del Gobierno Makarios, valiéndose para ello de la calumnia contra sus representantes más dinámicos, y sustituir a éstos por elementos «idóneos» que no ofrezcan resistencia a los planes otanianos de división de la República.

Ahora se pretende hacer realidad este plan imperialista. El peligro que pende sobre Chipre es más serio que nunca.

Los imperialistas yanquis y sus acólitos ingleses consideran que después de la implantación del régimen de dictadura militar en Grecia y de los reveses militares pasajeros de los árabes han madurado las condiciones para imponer su solución del problema chipriota.

Pero, igual que en el pasado, hay otros factores capaces de echar por tierra los planes imperialistas. En primer lugar está la voluntad del pueblo chipriota. Los imperialistas y sus agentes recurren a todos los medios para dividirlo y debilitar su resistencia. Utilizan el arma del anticomunismo para asustar a la burguesía nacional, aislar al Presidente Makarios y a su Gobierno y lograr su derrocamiento. Han intentado e intentan dividir a los nacionalistas con el fin, también, de debilitar el Gobierno Makarios.

A pesar de que los imperialistas norteamericanos no escatiman medios para lograr estos objetivos, en lo fundamental no han conseguido sus propósitos. El frente de la resistencia de Chipre se asienta principalmente en dos fuerzas: en el Frente Patriótico que encabeza el Presidente Makarios y en las izquierdas encabezadas por el Partido Progresista del Pueblo Trabajador [AKEL]. Cualquier escisión en este frente sería funesta para Chipre. El AKEL lucha con todas sus fuerzas por la causa de Chipre, por la causa de la liberación nacional de nuestro pueblo. El Partido Progresista del Pueblo Trabajador de Chipre ha dicho repetidas veces que pone todas sus fuerzas a disposición del Presidente Makarios para sostener eficazmente la lucha de liberación nacional y oponer resistencia a cualquier solución del problema chipriota que implique la desmembración del país y que sea impuesta por medio de un golpe de Estado. Esta política patriótica del AKEL crea dificultades a los imperialistas y a sus cómplices. Precisamente porque consideran al AKEL un obstáculo en el camino de los planes imperialistas de desmembrar Chipre, estudian su liquidación tan pronto se haya impuesto la «enosis» [incorporación de Chipre a Grecia. — *N. de la R.*] bajo la égida de la OTAN, lo cual presupone la desarticulación de la República.

La mayoría aplastante del pueblo chipriota insiste firme e inquebrantablemente en su derecho inalienable a regir sus propios destinos, sin bases extranjeras ni intervención, sin concesiones territoriales a Turquía o a cualquiera otra potencia extranjera.

La aplastante mayoría del pueblo apoya al Presidente Makarios y a su Gobierno y está dispuesta a oponerse decididamente a todos los que pretendan derrocarle por la fuerza e imponer falsas soluciones beneficiosas para los imperialistas.

A pesar de la labor de zapa de los imperialistas y sus cómplices, el frente chipriota de resistencia es fuerte. Llevará el desencanto a todos los enemigos de Chipre. La divisa de este frente es: «¡Pueblo, Ejército y Gobierno unidos en la lucha por la libertad!»

Además está el frente internacional de los amigos de Chipre y de los que le apoyan, en primer lugar la poderosa Unión Soviética. El desenmascaramiento de los criminales planes de desarticulación de Chipre y las enérgicas advertencias de la Unión Soviética han hecho que hasta la fecha fracasaran esos planes que se pretende llevar a cabo por medio de un golpe de Estado. La Unión Soviética y otros países socialistas están al lado de la República de Chipre y dispuestos a prestarle ayuda y apoyo. Este apoyo permite a la República oponerse con éxito a los planes de avasallamiento de Chipre; le da la posibilidad de repetir su NO pronunciado con tanta majestuosidad en 1964 como respuesta a los intentos yanquis de obligar al Gobierno de Chipre a que autorizara el acantonamiento de tropas de la OTAN y aceptara la solución del problema chipriota en los marcos de la OTAN.

El problema chipriota no puede solucionarse a través del diálogo greco-turco, diálogo que se prolonga desde hace ya veinte meses y que ha engendrado el peligro de desarticulación y «otanización» de la isla.

El diálogo entre Grecia y Turquía crea en la opinión pública mundial la impresión de que el problema se reduce a una disputa greco-turca. Mas la cuestión chipriota no es una disputa entre Grecia y Turquía. Es un problema del propio pueblo de Chipre, el problema de su autodeterminación.

Precisamente por esto, nuestro pueblo exige el cese inmediato del diálogo greco-turco y la entrega de la cuestión chipriota nuevamente a la Organización de las Naciones Unidas, a fin de que se solucione de conformidad con los principios contenidos en la Carta de la ONU y en las resoluciones de la Asamblea General.

El pueblo chipriota está seguro de que desde el momento en que cese toda ingerencia extranjera, los turcochipriotas desearían colaborar con los grecochipriotas. El resultado de esta colaboración será que se encontrará una solución que emane del propio pueblo. Las divergencias entre turcochipriotas y grecochipriotas son, fundamentalmente, obra de los imperialistas, el resultado de la aplicación de su doctrina «divide y vencerás». El imperialismo es el enemigo común de todo el pueblo chipriota. Ha llegado el momento de que esto sea comprendido por los líderes de los turcochipriotas, los cuales deben actuar de manera que los imperialistas no puedan seguir utilizándolos en interés propio.

El pueblo chipriota es numéricamente pequeño. Quizás por esto los imperialistas piensan que les será fácil imponerle sus planes. Mas la historia enseña que lo que tiene importancia no es tanto la cantidad de población como la decisión del pueblo de luchar y el anhelo común de libertad.

¡Seguid atentos la situación en Chipre! Esta puede ser la víctima de turno de la agresividad del imperialismo norteamericano. Pero el pueblo de Chipre no duerme. Con su unidad y decidida resistencia, apoyado por la Unión Soviética y otros países socialistas y por todas las fuerzas amantes de la paz, el pueblo chipriota salvará su país de la catástrofe que representan la desintegración y el vasallaje imperialista.

PROSIGUE LA ESCALADA DE LA GUERRA EN VIETNAM

Hace más de tres años, la propaganda burguesa aseguraba en EE.UU. que la guerra de Vietnam era una sucesión continua de victorias del Pentágono. Pero en los últimos meses ha empezado a cambiar el tono de la prensa norteamericana. Han desaparecido de las páginas de periódicos y revistas los relatos triunfales, que han sido reemplazados por noticias inquietantes acerca de las serias dificultades de las tropas yanquis en Vietnam del Sur y las pérdidas cada vez mayores de la aviación en Vietnam del Norte, donde las fuerzas aéreas estadounidenses han visto desaparecer la mitad de sus cazas-bombarderos F–105 «Thunderchief», por un valor de unos mil millones de dólares.

La prensa norteamericana ha empezado a hablar de un callejón sin salida. «En los medios militares —señalaba el 4 de julio el *New York Times*— aumenta el abatimiento provocado por la guerra de Vietnam... Muchos oficiales estiman que, pese a la presencia de 466.000 soldados norteamericanos en Vietnam del Sur..., la situación militar se encuentra de hecho en un atolladero.»

Los corresponsales de la revista *U.S. News and World Report* que cubren desde el comienzo la información de la guerra de Vietnam, dicen también que ésta «se ha acercado peligrosamente a un callejón sin salida». La revista predice que «una lucha encarnizada está por delante» y que «la victoria definitiva puede verse comprometida. Dicho en pocas palabras: no habrá victoria en los próximos 12—18 meses. Tal vez no haya en absoluto una victoria claramente definida... Los rojos han encajado todos los golpes asestados por los norteamericanos... y han sobrevivido. Ni una sola unidad importante del enemigo ha sido destruida.»

Estas confesiones de la prensa norteamericana acerca de la difícil situación de las tropas intervencionistas en Vietnam son un reflejo de la realidad, pero a la vez constituyen una maniobra propagandística de Washington. La Casa Blanca y el Pentágono están tratando de hacer creer a la opinión pública estadounidense que para salir del atolladero se exigen nuevos y enormes gastos y sacrificios humanos.

Al referirse a las derrotas militares, los periódicos norteamericanos dicen sin rodeos que hay que proseguir la escalada. Remitiéndose a la opinión de los especialistas militares, *New York Times* afirmaba hace poco que éstos «no ven salida del atolladero si el Gobierno se niega a ordenar una movilización parcial de reservistas, acelerar el reclutamiento de nuevos contingentes y aumentar considerablemente los gastos militares para asegurar el rápido envío de refuerzos integrados por unas cinco divisiones y unidades auxiliares de 150.000 a 175.000 hombres.»

Los periódicos y las revistas que abogan en favor de la escalada se hacen eco de los llamamientos histéricos de los jefes militares yanquis a extender la agresión. El general Westmoreland ha pedido desde Saigón el envío inmediato de por lo menos dos divisiones de tropas norteamericanas, en tanto que el Comité de jefes de Estado Mayor ha advertido amenazadoramente que si esta petición del general no es atendida, los Estados Unidos se verán abocados a peligros aún mayores en la guerra de Vietnam.

El viaje del Ministro de Defensa McNamara a Vietnam del Sur ha puesto de relieve que los círculos gobernantes de EE.U. ven la perspectiva, no en el cese de la guerra, sino en su ampliación. A su regreso, McNamara trajo a Washington «recomendaciones concretas» para un plan de «rápida escalada de la guerra». En lo fundamental, este plan ha sido aprobado ya por Washington y ha empezado a ponerse en práctica. A mediados de julio, el general Westmoreland visitó Washington. Poco antes de abandonar la capital declaró: «He conseguido todo cuanto había solicitado». Al dar esta noticia, la revista *Newsweek* añadía que el general había quedado muy satisfecho de los resultados de sus conversaciones con el Presidente Johnson, con los líderes del Congreso y con los dirigentes del Pentágono.

En sus intentos de encontrar recursos para satisfacer las crecientes exigencias de Westmoreland, Washington no se olvida de sus «aliados». El general Taylor y el Presidente del Consejo Consultivo para cuestiones del trabajo de información en el extranjero, Clark Clifford, se encaminaron a Thailandia, Filipinas, Australia, Nueva Zelanda y Corea del Sur para obtener de los cómplices de la guerra agresiva nuevas partidas de carne de cañón.

Prueba de los propósitos de extender la guerra son las incursiones aéreas cada vez más bárbaras en la RDV, la intensificación de los bombardeos de las zonas rurales con la finalidad de destruir las aldeas situadas en las proximidades de las vías de comunicación. La aviación norteamericana concentra sobre toda su acción contra las presas y otras obras de irrigación, como lo demuestran los repetidos ataques de los piratas aéreos a las presas de Laivu, a los diques de los ríos Cau y Khoang en la provincia de Habac y a los del Río Rojo en la provincia de Fu-Tho. La camarilla militar norteamericana amenaza con destruir todos los diques de Vietnam del Norte. Sus vandálicas acciones, que tienden a provocar gigantescas inundaciones y destrozar los cultivos, ponen en peligro la vida de centenares de miles de personas.

Estos arriesgados planes de los círculos gobernantes norteamericanos provocan creciente inquietud entre todas las personas honestas de Estados Unidos. Los ciudadanos de este país comprenden cada vez más claramente que los actuales gobernantes arrastran al país a un profundo abismo, se dan cuenta del oprobioso papel de una gran potencia que se ha propuesto ahogar en sangre las ansias de libertad de un pueblo pequeño. Hasta el senador J. W. Fullbright, un político profundamente convencido de las ventajas del «modo de vida norteamericano» y del régimen capitalista, considera que el intento de los gobernantes yanquis de estrangular con bombas y napalm la libertad del pueblo vietnamita es la expresión del engreimiento de un Estado fuerte que confunde el poderío con la sensatez y que se ha arrogado el papel de policía mundial.

La guerra de Vietnam constituye hoy en Norteamérica un problema candente, que preocupa y obliga a reflexionar y a protestar a muchos norteamericanos. Así lo reconoce con alarma la propia prensa de Estados Unidos. En un número especial dedicado a la guerra de Vietnam, la revista *Newsweek* confiesa que la guerra ha provocado una reacción cuyas consecuencias no se pueden menospreciar. La revista no critica la política del Gobierno; más bien la defiende. Pero los hechos mencionados por ella muestran que en la historia del país jamás se ha producido una protesta contra la guerra de las proporciones actuales. «Hoy día —leemos en la revista—, en la cacofonía de canciones y sermones, de marchas y mítines de masas, de arengas públicas y oraciones privadas, la voz de los disidentes suena en tonos mucho más altos. Según ellos, su país participa en una batalla que es moralmente errónea, su Gobierno ha enviado a norteamericanos a matar en nombre de una causa injusta.»

En el país está tomando amplios vuelos la campaña antibélica «verano vietnamita», a la que se adhieren representantes de todos los sectores de la población. Menudean los casos de jóvenes norteamericanos que se niegan a incorporarse al ejército, prefiriendo el encarcelamiento a la participación en una guerra injusta. Los ferroviarios de varios Estados han cesado el trabajo a despecho del acuerdo del Congreso de prohibir la huelga. No se han dejado convencer por las exhortaciones del Presidente Johnson, que ha tratado de especular con sus sentimientos patrióticos, y se han negado a sacrificar sus derechos en aras de la escalada de la guerra de Vietnam.

La tensa situación creada en el país por la guerra halla también su reflejo en el movimiento de los negros en defensa de sus derechos civiles, movimiento que se ha extendido a decenas de ciudades norteamericanas.

Asimismo despiertan protestas los propósitos de los círculos reaccionarios de revisar la Constitución de EE.UU. para tachar cuanto se refiere a la libertad de palabra, de prensa y de reunión, al igual que las informaciones de la prensa según las cuales el Presidente Johnson estaría preparando un mensaje al Congreso sobre la elevación de los impuestos, medida que se justificaría por la necesidad de obtener recursos para la guerra y de combatir la inflación. Tan sólo en el año financiero de 1966–1967, terminado el 30 de junio, la guerra de Vietnam ha costado a EE.UU. más de 20.000 millones de dólares.

El mundo es testigo de la acrecida agresividad del imperialismo yanqui. Su sangrienta intervención en Vietnam despierta la ira de los pueblos de todos los continentes. La política interior y exterior de los círculos gobernantes de EE.UU. se está convirtiendo, para un número creciente de personas de todo el mundo, en un símbolo de hipocresía y violencia. Cada vez es más evidente el aislamiento de los agresores en el ámbito internacional.

En todo el mundo se extienden las acciones de las fuerzas pacíficas en apoyo del heroico pueblo vietnamita. Una brillante confirmación de ello nos la proporciona la Conferencia Mundial de Estocolmo consagrada al problema vietnamita, en cuyas labores participaron delegados de 22 organizaciones antibélicas internacionales y de 60 nacionales. La plena unanimidad manifestada en la condena de la agresión por los delegados, pertenecientes a las corrientes ideológicas más diversas, constituyó una prueba de que, ante la acrecida amenaza de guerra, los partidarios de la paz pueden superar todas las discrepancias y llegar a la unidad de acción. Sólo tales acciones conjuntas de las fuerzas de la paz, la democracia y el socialismo y del movimiento de liberación nacional podrán sofrenar al agresor e impedir una nueva guerra mundial.

Jan PRAZSKY.

LA VIOLENCIA CONTRA LOS NEGROS DE EE. UU.

La violencia armada masiva contra la comunidad negra en un número cada vez mayor de ciudades norteamericanas muestra muy a las claras que las brutalidades de tipo fascista constituyen el sello de «la ley y el orden» en la «sociedad libre» de Estados Unidos. Varios observadores han establecido una analogía entre las agresiones de la policía y de las tropas contra los negros en las calles de los ghettos de Boston, Minneápolis, Cincinnati, Newark y Detroit y el programa norteamericano de «pacificación» de las ciudades y aldeas de Vietnam del Sur.

En una carta abierta dirigida al Presidente Johnson el 18 de junio, el Partido Comunista de EE.UU. acusa al Gobierno de que sus fuerzas armadas han convertido 1967 en *el año del garrote contra el pueblo negro*. En la carta se señala que el mensaje del Presidente al Congreso sobre la situación en el país, a comienzos de 1967, abonó el terreno para la aplicación de la política del «puño blindado». En dicho mensaje apenas se dedican 45 palabras al palpitante problema de los derechos civiles, en agudo contraste con el énfasis puesto en la necesidad de aumentar en todas partes las fuerzas de la policía, en primer término para reprimir las explosiones de los ghettos negros. Con ello, el propio Presidente dio luz verde a la ofensiva racista contra los negros, a las fuerzas racistas y reaccionarias del Congreso, de todos los niveles del aparato gubernamental y de los departamentos policíacos, a la Sociedad John Birch, al Ku-Klux-Klan y a las demás organizaciones ultraderechistas.

Sintiéndose estimulada, la National Rifle Association, que cuenta con 700.000 afiliados, exhortó en el número de mayo de su revista *The American Rifleman* a constituir destacamentos de ciudadanos armados para oponerse a la «violencia de la plebe» en las ciudades norteamericanas. Esta organización, infiltrada de notorios *minutemen* fascistoides, habrá de recibir del Congreso un subsidio de 2.300.000 dólares, aparte de 1.900.000 para la adquisición de municiones. Se organizan verdaderos *gangs* de vigilancia bajo la dirección de miembros de la Sociedad John Birch, de los Consejos de Ciudadanos Blancos y del Ku-Klux-Klan, de adeptos del ultraderechista George Wallace [del Estado de Alabama], del líder de los nazis norteamericanos Rockwell y de *minutemen*.

Los centros de enseñanza y los ghettos de los negros han sido asaltados por la policía y la Guardia Nacional. En Texas, el Estado natal del Presidente, 650 policías armados de rifles y carabinas hicieron 3.000 disparos contra las residencias de estudiantes de la Universidad Meridional de Texas, convirtiéndolas en un auténtico matadero, y detuvieron a 489 estudiantes negros. Policías con cascos de acero y soldados de la Guardia Nacional provistos de carros blindados, tanques, helicópteros, proyectores móviles, perros, ametralladoras, rifles, escopetas, pistolas, porras y gases lacrimógenos, recorren las calles de los ghettos e indiscriminadamente ametrallan las casas, las tiendas y las calles y aporrean a la gente, matando e hiriendo a ciudadanos negros norteamericanos. En Detroit, unos 10.000 policías y guardias nacionales, reforzados por 4.700 paracaidistas de la Tercera Brigada de la 82 División aerotransportada y de la Segunda Brigada de la 101 División, asaltaron el ghetto negro matando a más de 41 personas e hiriendo a unas 3.000, de las cuales varios centenares se encuentran en grave estado. Miles de negros han sido encarcelados.

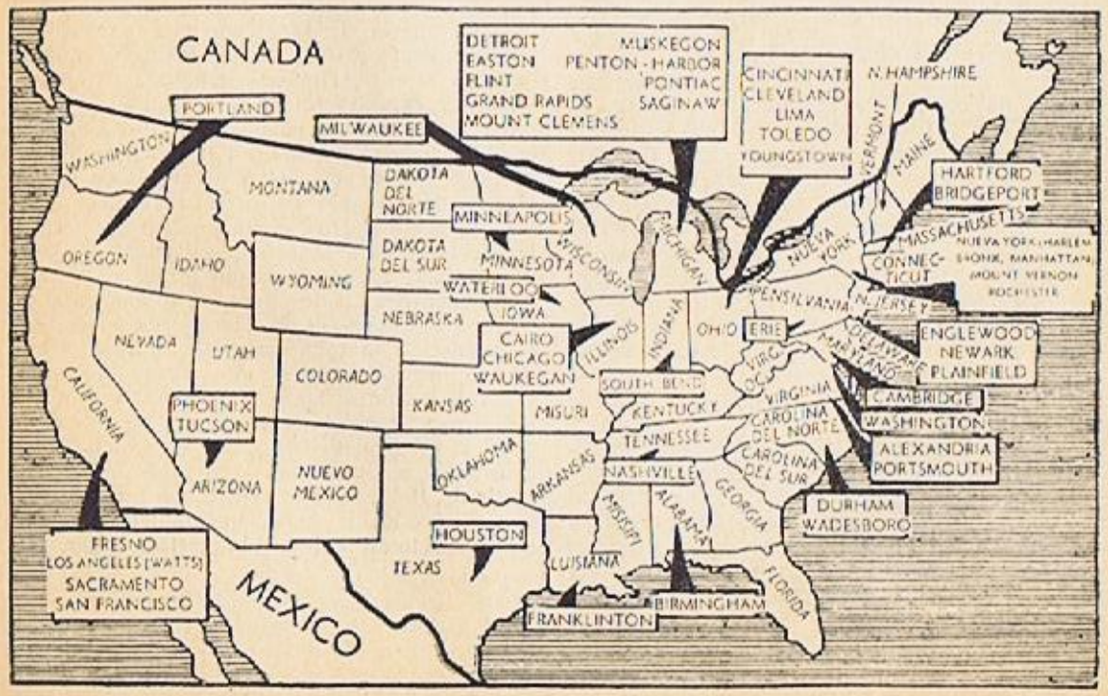
Esta ofensiva de que es víctima el pueblo negro, desencadenada en respuesta a su valerosa y enérgica lucha por poner fin a los ghettos, a los tugurios y a la segregación en las escuelas, contra el permanente estado de depresión económica de la población negra y por puestos de trabajo, viene a avivar la resistencia nacional de la injusta guerra de Vietnam y constituye una denuncia de la descomposición del sistema norteamericano de «libre empresa», con su inmoral y antihumana escala de valores. El objetivo de esta violencia masiva practicada por el Estado contra sus propios ciudadanos es aislar y aplastar a las fuerzas que luchan para lograr un cambio radical de la política gubernamental, para obligar al Gobierno a utilizar los enormes recursos del país con el fin de mejorar las duras condiciones de vida de los norteamericanos pobres.

La crisis actual tiene sus raíces en la guerra de Vietnam. El presupuesto nacional de 1967–68 destina a dicha guerra más de 2.000 millones de dólares *al mes* y poco más de mil millones *al año* para la guerra contra la pobreza, cuyas principales víctimas son los negros. El Gobierno, que ha pisoteado las promesas hechas durante las elecciones de 1964, se niega a hacer aprobar las leyes sobre los derechos civiles y reduce los fondos destinados al programa de lucha contra la pobreza hasta dejarlos en una insignificancia.

La segregación, la discriminación y la negación de los derechos humanos elementales significan para los negros una desocupación masiva, bajos salarios y otras privaciones, y eso en un país donde el producto nacional se cifra en unos 800.000 millones de dólares al año. La desocupación entre los negros es dos veces mayor que entre los blancos. El porcentaje de jóvenes que no encuentran trabajo es de 27 entre los negros y de 12 entre los blancos. El salario medio de los obreros negros equivale sólo al 53% del de los obreros blancos.

La revolución científico-técnica y la baja calificación de las masas de obreros negros como consecuencia directa de las menores oportunidades de educación y capacitación profesional y de muchos decenios de discriminación en cuanto a la posibilidad de hallar trabajo, convierten al obrero negro no sólo en un desempleado, sino en muchos casos en un inempleable. Pero aún

Focos de agitaciones de los negros



es más significativo el hecho de que en las zonas de concentración de obreros negros, sus salarios son tremendamente bajos y sus condiciones de trabajo insoportables.

Y en tales condiciones, los negros oyen decir al Gobierno que no hay dinero para crearles puestos de trabajo o para construirles casas y escuelas, y se enteran de que las leyes sobre derechos civiles ya aprobadas no se aplican en medida considerable y que las propuestas de nuevas leyes han sido archivadas. Esta es la causa de la ira que se extiende por los ghettos negros. De distintas ciudades de todo el país llegan claros testimonios de que esta ira justificada proseguirá hasta que los negros consigan los puestos de trabajo que necesitan, la instrucción y capacitación profesional que necesitan, las viviendas decentes y la igualdad debidas, proseguirá mientras continúen viviendo bajo la opresión y la brutalidad policíaca.

La lucha de los negros norteamericanos por conseguir la plena igualdad en todas las esferas de la sociedad estadounidense ha dado origen al lema «poder negro», un poder basado en la organización política y económica y que permita a la comunidad negra de Estados Unidos adoptar decisiones de índole política, económica y social a nivel local, de los Estados y nacional.

Hay distintas interpretaciones del significado de este lema. Los nacionalistas negros lo consideran como expresión de la independencia del movimiento popular negro basada en una política de «luchar por su cuenta». Al lado de las concepciones separatistas pequeñoburguesas aumenta con creciente rapidez el sentimiento de orgullo nacional. Este sentimiento, advierte en REVISTA INTERNACIONAL [núm. 3 de este año] Henri Winston, presidente nacional del Partido Comunista de EE.UU., no debe ser confundido con el nacionalismo pequeñoburgués. «El crecimiento del orgullo nacional —dice Winston— refleja un nuevo nivel de conciencia en la lucha contra la segregación, la comprensión tanto de los problemas de los ghettos como de la necesidad apremiante de lograr la unidad de negros y blancos. Está claro que el crecimiento de esta tendencia forzosamente ha de facilitar los esfuerzos encaminados a lograr la unidad de los negros en la lucha.»

Para el Partido Comunista, el lema «poder negro» significa que el pueblo negro debe conquistar la plena igualdad en todas partes sin excepción. En las zonas donde constituyen la mayoría, los negros deben gozar de los derechos de mayoría. Donde están en minoría deben tener los mismos derechos que los demás ciudadanos: el derecho a participar en el Poder y en la dirección, el derecho a ser elegidos a cualquier cargo de acuerdo con su capacidad y sin ningún género de discriminación. En las coaliciones de blancos y negros, éstos nunca deben ser tratados como participantes de segunda categoría, sino en pie de absoluta igualdad, sin cuyo consentimiento no se puede adoptar ninguna decisión.

El lema «poder negro», tal como lo entiende el Partido Comunista —interpretación que es compartida por numerosos e influyentes portavoces y organizaciones populares, tanto blancos como negros—, sólo puede ponerse en práctica en términos efectivos si los negros siguen fortaleciendo su unidad para facilitar su lucha por la integración como ciudadanos norteamericanos iguales y libres, si tanto negros como blancos forjan una unidad irrompible basada en la alianza del movimiento obrero y el movimiento negro en la lucha organizada por la democracia, la igualdad, el bienestar económico y la paz.

La ola de violencia armada de tipo fascista contra los ghettos y los centros de enseñanza negros es el rasgo distintivo de la etapa actual de la lucha secular de los negros norteamericanos por la libertad frente al terror racista y la discriminación. La lucha continuará hasta que el racismo, que es un aspecto orgánico de la sociedad estadounidense que afecta a todas las esferas de la vida del país, no sea totalmente extirpado por el pueblo norteamericano. El racismo en Estados Unidos significa miles de millones de dólares de superbeneficios anuales que los monopolios extraen del pueblo negro mediante bajos salarios, ritmos infernales de trabajo y alquileres exorbitantes en los ghettos.

La lucha por la igualdad y la democracia, combinada con la lucha por la paz y la libertad de todos los pueblos, está emergiendo en la conciencia de millones de norteamericanos, tanto blancos como negros, como una lucha vitalmente necesaria para la propia existencia de Estados Unidos. El actual asalto armado contra la comunidad negra sólo puede, en última instancia, acelerar el desarrollo de esta conciencia. Se puede predecir con toda seguridad que el movimiento negro, aliado al movimiento obrero organizado y con el apoyo de todos los demócratas firmes, seguirá cobrando fuerza, madurez política y combatividad. Esto es lo que viene ocurriendo a ritmos cada vez más acelerados a partir de 1964, cuando se vio con toda claridad que el Presidente había quebrantado sus promesas electorales al pueblo norteamericano.

Alfred DEWHURST.

¡EL REGIMEN FASCISTA NO TIENE FUTURO EN GRECIA!

La Junta fascista que implantó una dictadura sangrienta en Grecia el 21 de abril último, prosigue frenética su tenebrosa labor. Liquidados la Constitución y el Parlamento, los organismos locales de representación popular y todas las instituciones democráticas; disueltos los partidos políticos y las organizaciones populares, amordazada la prensa, conculcados brutalmente los derechos que el pueblo había conquistado en larga y dura lucha, la dictadura ha convertido al país en que nació la democracia en un inmenso campo de concentración de tipo hitleriano.

La dictadura militar-fascista de la Junta es un arma servil de los círculos más reaccionarios y lacayunos de la oligarquía plutocrática griega y de los imperialistas extranjeros, en primer lugar de los norteamericanos, que quieren crear un foco de provocaciones y de amenazas constantes para la paz en los Balcanes y en la cuenca del Mediterráneo, así como utilizar a la Junta de Atenas para derrocar el Gobierno legal de la República de Chipre, para liquidar su independencia y soberanía, para atropellar los derechos democráticos y las libertades del pueblo chipriota.

La Junta piensa por lo visto que mediante la violencia y la demagogia podrá engañar al pueblo griego, romper su voluntad de lucha y obligarle a doblar la cerviz. Pero se equivoca. El pueblo griego jamás se ha doblegado ante la tiranía. En más de una ocasión se ha visto obligado a derribar dictaduras militares antipopulares. Y también ahora entregará todas sus fuerzas a la causa de derrocar el régimen fascista, a la causa de restablecer la vida democrática en su país.

El régimen fascista está aislado del pueblo. No cuenta con el apoyo de ningún partido político del país. El Partido Comunista de Grecia, que siempre mantuvo bien alta la bandera de la lucha por la paz, la democracia y el progreso, también esta vez cumplirá con su deber ante el pueblo. Por su iniciativa se está constituyendo el Frente Patriótico de lucha contra la dictadura.

«¡Griegos! ¡Uníos, organizaos, luchad!... ¡Por el derrocamiento de la dictadura militar-fascista! ¡Por el restablecimiento de las libertades constitucionales y democráticas! ¡Por la libertad de actuación de todos los partidos y organizaciones! ¡Por la liberación de todos los detenidos! ¡Por la amnistía política general! ¡Por la disolución de la Junta! ¡Por unas elecciones libres, realizadas por el sistema proporcional simple y bajo la dirección de un Gobierno de todos los partidos!» Con tales consignas se ha dirigido al pueblo el XI Pleno del Comité Central del PCG, reunido el pasado mes de junio.

Los comunistas griegos laboran por la agrupación de todas las fuerzas que se pronuncian por la democracia. La ausencia de tal unidad fue lo que aprovechó la Junta para establecer su dictadura. Los comunistas llaman a que se haga hoy sin más tardanza lo que no se hizo ayer. «La unidad patriótica del pueblo y el ejército —se dice en el manifiesto del XI Pleno del CC del PCG— es la fuerza que echará abajo la dictadura de la Junta fascista, que hará fracasar cualquier maniobra seudoparlamentaria y llevará a Grecia a una vida democrática renovada.»

La actividad de la Junta fascista ha provocado la indignación y la inquietud no sólo del pueblo griego, sino también de la opinión mundial. Las acciones emprendidas por la opinión pública mundial inmediatamente después del golpe de Estado contuvieron la mano de los verdugos fascistas que con odio feroz se habían lanzado contra los mejores hijos del pueblo, combatientes valerosos por la democracia. Pero la Junta no ha renunciado a sus designios. Es necesario aguzar la vigilancia, intensificar la lucha para salvar a los patriotas. Sus vidas están en peligro.

Las cartas de los presos políticos, enviadas

clandestinamente al extranjero y publicadas por la prensa internacional, son actas de acusación incontrovertibles contra la Junta fascista. Particularmente una de ellas, escrita por los presos recluidos en el campo de concentración de la isla de Yura y publicada por el *Times* de Londres, ha tenido gran resonancia. Es un emocionante documento que denuncia los crímenes perpetrados por los cabecillas del régimen del 21 de abril.

Entre los presos encerrados en el campo de concentración de la isla de Yura hay más de 2.000 enfermos. Muchos de los presos, entre los cuales se cuentan los renombrados luchadores Ilias Iliu, Manolis Glezos, Leonidas Kirkos, Stavros Iliopulos y Elli Ioannidu, tienen en sus cuerpos huellas de horribles torturas. Los presos relatan en su carta que la Junta envió al campo de concentración de la isla de Yura familias completas con madres y niños, 58 maridos con sus esposas. De 230 mujeres recluidas, 21 son madres con niños de un mes a tres años.

¿Cuántos presos políticos hay en Grecia? El pueblo todavía no lo sabe. Los corifeos de la Junta hablan de cinco mil, seis mil o diez mil personas; los periodistas extranjeros dan la cifra de veinte mil. Lo único cierto es que el número de presos políticos es muy superior al que cita la Junta.

¿Cuántos son los campos de concentración en Grecia? Tampoco esto lo sabe el pueblo. Al principio la Junta afirmaba que hay solamente un campo de concentración, el de la isla de Yura. Pero pronto aparecieron noticias sobre la existencia de otro campo en la isla de Makronesos, donde sufren suplicios inhumanos más de 2.500 patriotas, principalmente militares.

Por las cartas de los luchadores apresados y por otros conductos se sabe que las condiciones de vida en los campos de concentración son horribles: bestiales torturas, trato inhumano, sed, hambre...

Son sintomáticas las manifestaciones de los jefes de la Junta en cuanto a sus propósitos respecto a los demócratas presos. En los primeros días que siguieron al golpe fascista y todavía borrachos de su «triunfo», los caudillos de la Junta declararon por boca del Ministro del Interior, Pattakos: «Si hace falta ejecutar a algunos detenidos, se hará sin ninguna vacilación.» Y poco tiempo después este mismo Ministro añadía: «Los presos políticos que se encuentran en la isla de Yura, continuarán allí aunque sea cien años si no firman una declaración de renuncia a todo género de actividad política.» Y en la transcripción puntualizadora hecha por los verdugos subordinados a Pattakos, esta declaración suena así: «¡Quien no firme dejará aquí sus huesos!»

Que nadie piense que sólo se trata de amenazas. ¡De ningún modo! Ya se ha tenido conocimiento del asesinato de los patriotas Panayiotis Yalis, Georgios Ladas y Nikiforos Mandilaras. En Grecia se cree que hay no pocas víctimas más, cuyos nombres no son conocidos todavía.

El peligro de exterminio físico de los presos políticos mediante torturas y privaciones es completamente real. Otra amenaza permanente para cada uno de ellos, y en especial para los miembros de la EDA y de la Unión del Centro, son los tribunales militares que actúan a plena marcha. No hace mucho que el Ministro del Orden Público, Paul Totomis, declaró que los dirigentes de la EDA Manolis Glezos, Ilias Iliu y Leonidas Kirkos van a ser juzgados «a puertas cerradas» por un tribunal militar. Es conocido también que van a comparecer ante un tribunal militar el destacado líder de la Unión del Centro, Andreas Papandreu, y toda una serie de activistas de este partido en relación con acusaciones sobre el conocido asunto de la «Aspida». No es un secreto lo que con esto busca la Junta fascista.

La Junta lleva a cabo una actividad «renovadora» en muchos terrenos. Ha establecido un régimen oscurantista en la vida cultural, ha declarado fuera de la ley las obras de Aristófanes, Eurípides, Esquilo y Sófocles, ha prohibido 700 libros de autores griegos y extranjeros, no permite que se interprete la producción musical de destacados compositores griegos, entre ellos Mikis Theodorakis. La Junta ha despojado de la ciudadanía griega a muchos demócratas destacados que condenaron el golpe de Estado fascista. Ha decidido rehacer todo según su voluntad en nuestra tan martirizada patria.

¡Pero el régimen fascista no tiene futuro en nuestra tierra! Será barrido por el pueblo griego, que despliega valientemente la lucha apoyándose en la activa solidaridad internacional.

Dimitris LAKKAS.

OCTUBRE
y el proceso revolucionario mundial

Francia

VICTOR JOANNES,

miembro del Comité Central del Partido Comunista Francés

Toda la amplitud y todo el sentido del potente movimiento de solidaridad con los revolucionarios rusos suscitado por la Revolución de Octubre y al que no pudo oponerse ninguna de las campañas de mentiras y calumnias organizadas por la burguesía, se manifestó con particular vigor al anunciarse el bloqueo de la Rusia Soviética, seguido rápidamente de la intervención armada de las potencias imperialistas de la Entente, en primer lugar de Inglaterra y Francia. La heroica sublevación de los soldados y los marinos de la escuadra francesa en el Mar Negro, en Odesa [abril de 1919], fue la expresión más elevada de esta solidaridad. La gloriosa figura de la maestra Jeanne Labourbe, caída en el curso de esta acción, simboliza el respaldo de la causa de Octubre por los trabajadores de nuestro país.

Y los obreros no fueron los únicos en manifestar su amistad y su solidaridad con la República de los Soviets. Muchos intelectuales, independientemente de que fueran demócratas adversarios del socialismo o no socialistas, como el historiador Aulard y el pedagogo Ferdinand Buisson, se asociaron a la campaña obrera contra la intervención y el bloqueo. Escritores y artistas, como Anatole France, Georges Duhamel, Jules Romains, Henri Barbusse, Steinlen, Signac, Picart Le Doux, Vlaminck, la señora Autant Lara; grandes intelectuales e ilustres hombres de ciencia como Víctor Basch, el matemático Hadamard, el físico Paul Langevin, Jean Texier, Emmanuel Leroux, lanzaron un resonante manifiesto contra el bloqueo de la Rusia Soviética.

«Para nosotros —decían— no se trata de política. Ni siquiera de saber si el actual régimen de Rusia pone en peligro —como se afirma— el orden mundial. Un gran crimen se está cometiendo contra los hombres, un crimen que no puede dar nada bueno a nadie. Nosotros nos negamos a asociarnos a ese crimen, aunque sólo sea con nuestro silencio. Protestamos con todo el vigor de nuestro corazón y de nuestro espíritu contra un acto indigno de la conciencia humana en general y de las tradiciones de nuestro país en particular».

Con el título **Resurrección indudable,** Romain Rolland escribió una carta en la que decía: «El mundo ha sido puesto en manos de una clase de intendentes bribones y rapaces que, bajo el nombre de república o de reino, trabajan para satisfacer sus pasiones y sus intereses. Es lamentable pensar que tantas buenas personas, tantos trabajadores honestos, incluso de la propia burguesía, todavía se dejan engañar. Mientras no se disipe este gran engaño no será posible ningún progreso social amplio y serio. Cada intento de renovar el orden caduco y corrompido chocará con el empeño de aplastarlo, como hoy se quiere aplastar el esfuerzo grandioso de nuestros hermanos de Rusia. Mas la aspiración eterna a un orden nuevo, más justo y más humano, no se extinguirá jamás. Mil veces ahogada, resucita mil y una vez».

Por su parte, **L'Humanité,** bajo la dirección de Marcel Cachin, adoptaba una posición cada vez más neta contra la intervención imperialista. El

---

Proseguimos la publicación de resúmenes de las intervenciones en la Conferencia teórica internacional sobre la significación histórica de la Gran Revolución Socialista de Octubre, celebrada del 22 al 24 de junio en Praga por iniciativa de REVISTA INTERNACIONAL.

7 de noviembre de 1918, primer aniversario de la Revolución Socialista, Amédée Dunois escribía: «Por divididos que estemos en nuestras apreciaciones... puedo decir que cada vez son más los que en el Partido y en la CGT se hallan dispuestos a otorgar su confianza a la República de los Soviets.» Y el 16 de noviembre era Marcel Cachin quien afirmaba: «Es inconcebible que, en las actuales condiciones, haya un solo socialista capaz de aprobar la intervención armada de los aliados en un país con el que nunca hemos estado en guerra».

Pese a la implantación en Francia de un auténtico bloqueo del pensamiento, pese a las noticias truncadas, desfiguradas o totalmente inventadas, la verdad sobre lo que estaba ocurriendo en Rusia llegaba poco a poco a la opinión pública francesa y entusiasmaba a los intelectuales. Las cartas admirables del capitán Jacques Sadoul, miembro de la misión militar francesa en Petrogrado, daban a conocer la atención que el proletariado victorioso dedicaba al trabajo de los científicos y de los demás hombres de la cultura. En ellas se mostraba la gran preocupación por preservar cuanto había de positivo en la herencia cultural, cuya gran importancia para la nueva clase dirigente señalaba Lenin al combatir las concepciones nihilistas de Bogdánov y del «proletkult».

Jacques Sadoul se maravillaba de la complejidad coherente del gigantesco programa de Lunacharski, que abarcaba a la vez la instrucción propiamente dicha y la educación o formación general, y señalaba que, desde noviembre de 1917, «la enorme obra puesta en marcha por ese brillante orador, por ese hombre de letras tan erudito y tan fino, por ese hombre de fe profunda que es Lunacharski» funcionaba «con audacia y prudencia, lenta pero firmemente».

Después de describir la obra de unificación y modernización de la enseñanza pública: las medidas tomadas en favor de los maestros; la creación de consejos pedagógicos integrados por representantes de los maestros, de los alumnos de los grados superiores, de los padres y del Sóviet local; la reanudación de la vida literaria y artística; la creación de una Escuela Libre de Bellas Artes en Petrogrado, de universidades, de cursillos, de escuelas profesionales de todos los grados, de una Academia Socialista como órgano supremo de las ciencias [a semejanza del Instituto de Francia] y de la enseñanza [a semejanza del Colegio de Francia], Sadoul añadía: «No está de más señalar que el Poder bolchevique, ese supuesto monstruo satánico, ese Anticristo destructor de toda cultura, ha hecho ya para atender a las necesidades intelectuales y morales del pueblo mucho más que cualquier gobierno burgués del mundo».

Jacques Sadoul decía además: «Jamás los hombres de ciencia se han visto en una fiesta igual». Testimonio que el sabio francés Victor Henry, que había pasado cinco años en misión de servicio en Rusia, habría de confirmar en un informe escrito en 1919 para la Academia de Ciencias. He aquí cómo presentaba el diario **Le Temps** este informe, que fue escamoteado y ya no figura en los archivos de esta entidad científica y que valió a Victor Henry el ser privado de su cargo docente en el Colegio de Francia: «Han sido creados nuevos institutos, colecciones de arte y museos. El centro intelectual de la nueva Rusia es la Academia de Ciencias de Petrogrado, que ha asumido la protección de los museos, los laboratorios y las facultades. Ha sido constituida una amplia comisión para el estudio de las riquezas y los recursos de que dispone Rusia. Dicha comisión cuenta con 33 secciones [22 en Petrogrado y 11 en Moscú].» Entre los nuevos institutos creados, Victor Henry cita «el Instituto de Química, el Instituto del Platino, donde científicos rusos han conseguido redescubrir el procedimiento, mantenido en secreto por los alemanes, para separar el platino y el iridio, el Instituto de Materiales de Construcción, el de mejoramiento de las razas ovinas, otro destinado al estudio del suelo y de los fertilizantes. Desde hace varios meses funcionan igualmente institutos de Radio, de Rayos X, de Optica teórica y aplicada, de Cristalografía, de Hidrología, del Trabajo.

La Academia de Ciencias de Petrogrado ha emprendido una serie de estudios geodésicos y ha comenzado a confeccionar un mapa magnético de Rusia. Nuevos laboratorios han sido creados en el Instituto de Pesas y Medidas.

Antes de la guerra, los científicos rusos exponían sus trabajos en publicaciones periódicas y revistas técnicas alemanas, inglesas y francesas. La Academia de Petrogrado ha decidido publicar en lo sucesivo un Boletín en ruso y francés, del que ya han aparecido tres fascículos».

El científico Victor Henry no se hizo comunista, pero toda la vida fue un amigo de la Unión Soviética. En 1920 consiguió, para un mensaje de simpatía de los intelectuales franceses a sus colegas de Rusia, dos adhesiones de gran resonancia: la del eminente matemático Hadamard, a cuya actitud ante el bloqueo ya me he referido y que habría de ser más tarde un compañero fiel del Partido Comunista Francés, y la de Paul Langevin, futuro militante comunista.

Paul Langevin, que entonces no pertenecía a ningún partido, presidió en París los primeros mítines de solidaridad con los marinos del Mar Negro. En pleno período de bloqueo, hizo el elogio de los científicos rusos en los siguientes términos: «Ciertamente, desde el punto de vista intelectual, Europa no es Europa cuando Rusia está ausente, y la colaboración rusa, iniciada hace dos siglos, toma una importancia cada vez mayor a medida que son puestos en valor los ilimitados recursos de ese país joven y con ansia de instruirse.»

Así, pues, desde su mismo nacimiento, el régimen soviético, al despertar en las masas un afán entusiasta de conocimiento —y ése es uno de sus mayores títulos de gloria—, respondía a las preocupaciones y a las aspiraciones de los intelectuales.

La influencia de la tan positiva política cultural del Gobierno proletario contribuyó en buena medida a que un gran número de intelectuales franceses apoyaran al Partido Socialista y a la mayoría de éste favorable a la Tercera Internacional.

Entre ellos estaba Marcel Cachin, que al concluir su ferviente y apasionado discurso en el Congreso de Tours, invitó a los militantes socialistas a ponerse al lado de la Rusia Soviética.

Había también jóvenes escritores, ex combatientes, como Raymond Lefebvre, que en ocasión del segundo aniversario de Octubre escribió: «Esa ilusión obstinada de mis sueños febriles en el agotamiento de las marchas tórridas y la enajenación de los breves descansos, esa ilusión de mi miseria de soldado, la vivimos hecha realidad desde hace ya dos años... La más larga de las revoluciones de la historia humana ha comenzado, una revolución que durará años y años y de la que la guerra capitalista no ha sido más que el prólogo, y la Revolución rusa, el primer acto».

Entre ellos estaba Paul Vaillant—Couturier, luchador intelectual, que en Tours invitó al Congreso a dar a Francia un partido imagen del partido de Lenin, un partido capaz de conducir a la clase obrera «hacia realizaciones implacables y necesarias en el trabajo y en la dignidad».

A los llamamientos de Marcel Cachin, de Raymond Lefebvre y de Paul Vaillant—Couturier habría de unirse la «gran voz» de Henri Barbusse, de cuyas obras **El Fuego** y **Claridad** había dicho Lenin que eran «una de las confirmaciones especialmente palpables de lo que por todas partes se observa como fenómeno de masas, de cómo crece la conciencia revolucionaria entre las masas...»[1]

El 24 de octubre de 1920, en **L'Humanité**, Henri Barbusse conjuraba a los verdaderos socialistas a adherirse sin reservas a la Internacional de Moscú. «Imitando la repugnante hipocresía de los reaccionarios, **entre nosotros** se pesan y miden los resultados del bolchevismo, unos resultados conseguidos en pleno campo de batalla, en plenas ruinas, con el hambre y la peste en las entrañas de extensiones vivientes, en medio de horizontes malignos, por entre traiciones y sabotajes incalculables. Se puede admitir audazmente y sin escrúpulos la verdad de que, dadas las condiciones en que han trabajado los comunistas, sus realizaciones tienen una profunda significación, en tanto que sus insuficiencias no tienen ninguna. Sabiendo lo que sabemos, no tenemos tiempo ni derecho de entretenernos con este juego a las investigaciones, ni tampoco de discutir sobre tal o cual concesión de segundo o tercer orden, sobre tal o cual expulsión o cuestión de personas, de consideraciones o de ceremonial, cuando de lo que se trata ahora es de la vida o de la muerte de la idea por la cual, si es preciso, debemos ser capaces de morir.»

Al lado de esos intelectuales, a los que la guerra había hecho revolucionarios, se situaba un maestro de las letras francesas, de gloria consagrada: Anatole France. En 1919 había dirigido una proclama a los electores parisienses, en la que se decía: «Condenaréis a los gobiernos burgueses que... se esfuerzan, a costa de oro y de hombres, por ahogar en sangre la revolución rusa.» En agosto de 1920, había expresado su emoción y su angustia ante la agresión dirigida contra la República de los Soviets. El 11 de enero de 1921 afirmaba públicamente en **L'Humanité**, su solidaridad con el Partido [Sección Francesa de la Internacional Comunista], y el 8 de noviembre de 1922 salía de su pluma el célebre **Saludo a los Soviets:** «Si aún quedan en Europa amigos de la justicia —escribía—, que ellos saluden con respeto el quinto aniversario de esa Revolución que, después de tantos siglos, ofrece al universo el primer ensayo de un Poder que gobierna por el pueblo y para el pueblo.»

Por su enorme trascendencia mundial, Octubre revolucionó el pensamiento social. Fue un extraordinario hervidero de ideas, llevadas al conocimiento de la opinión pública por revistas aún poco numerosas pero combativas. Esas revistas publicaban artículos de Lenin, Lunacharski y Krúpskaia que explicaban lo que era la Rusia Soviética, daban a conocer los progresos de la instrucción pública, la obra de los poetas, escritores y sabios soviéticos, divulgaban el materialismo dialéctico e histórico.

En 1919, Henri Barbusse y Paul Vaillant—Couturier fundaron el grupo «Clarté», que desempeñó un gran papel en la difusión del ideal revolucionario entre los intelectuales. Lenin, que sentía un aprecio particular por la actividad de este grupo, escribió el 15 de noviembre de 1922 a sus miembros para animarles a utilizar aún mejor los recursos de su arte en la lucha contra la guerra imperialista, a «perseguir hasta en los últimos rincones los sofismas» de los fautores de guerra.

Sin duda pensaba en Francia cuando meses antes escribía al norteamericano Karl Steinmetz: «En todos los países del mundo va creciendo, con más lentitud de lo que sería de desear, pero de un modo constante e incontenible, el número de representantes de la ciencia, de la técnica y del

1 *Obras Completas* t. XXIX pág. 501. Ed. Cartago.

arte que se convencen de la necesidad de sustituir el capitalismo por otro régimen económico—social y a los que las "enormes dificultades"... con que tropieza la lucha de la Rusia Soviética contra todo el mundo capitalista no los espantan, no los asustan, sino que, por el contrario, los llevan a la conciencia de que la lucha es inevitable y de que hay que participar en ella más de lleno, ayudando a lo nuevo a superar lo viejo.»[1]

Cincuenta años han transcurrido desde la Revolución Socialista de Octubre, y las afirmaciones de los oráculos de las capas sociales privilegiadas, del tipo del señor Fabre—Luce, que por aquel entonces decía que «los mujiks se apoderan de los cuadros de los grandes maestros para hacerse polainas», no despiertan más que irónicas sonrisas. En la actualidad, todos los franceses de buena fe tienen que admitir la prueba, proporcionada por la experiencia, de que un régimen económico y social distinto al capitalismo no sólo puede funcionar en forma duradera, sino que se sitúa a un grado de desarrollo humano muy superior en todos los aspectos, y ante todo en el de la cualidad científica y técnica, intelectual y moral. Como señalaba muy atinadamente en enero de 1964 la **Revue Socialiste,** órgano del Partido Socialista Francés, después de un estudio realizado por sus representantes en la Unión Soviética: «Mucho más que el nivel de vida, el grado de educación y de cultura de las masas será el elemento decisivo en la competición entre los dos bloques. No cerramos los ojos. En este dominio, la Unión Soviética tiene ya ahora triunfos muy importantes. Es dudoso que la carrera sea ganada en fin de cuentas por los países del Oeste si éstos permanecen dentro del régimen capitalista.»

No cabría mejor justificación por la actitud adoptada hace medio siglo por los más conspicuos intelectuales franceses, que supieron comprender el papel histórico de la clase obrera, la única capaz, al liberarse de la explotación y la opresión capitalistas, de liberar a la vez a la sociedad entera de todas las cadenas que la oprimen. Desde entonces, el Partido Comunista Francés viene esforzándose por ayudar a los intelectuales de todas las esferas a hallar el camino acertado, a participar en la construcción del futuro al lado de la clase obrera. En marzo del año pasado dedicó una reunión especial de su Comité Central a los problemas ideológicos y culturales y al papel de los intelectuales comunistas, reunión que ha tenido una gran resonancia, pues ha respondido a las necesidades y expectativas de los hombres del saber y de la cultura en un momento en que el prestigio del marxismo se afirma entre los intelectuales franceses, principalmente entre la joven generación.

No olvidaremos jamás que esa audiencia y ese prestigio se los debemos ante todo a la victoria inmortal de Octubre, a su luz esplendorosa que alumbra a todos los hombres el camino del porvenir.

1 *Obras Completas*, t. XXXV, págs. 572-573.

Italia

VINCENZO VITELLO

[*Partido Comunista Italiano*]

La historia del capitalismo de los últimos cincuenta años, desde la Revolución de Octubre hasta nuestros días, muestra claramente el creciente influjo que la experiencia soviética y la del mundo socialista han tenido sobre los aspectos políticos, económicos y sociales del sistema capitalista. Sus consecuencias han sido notables no sólo en la esfera de la actividad política, donde tal influencia se ha manifestado del modo más evidente, sino también en las orientaciones económicas y sociales que han caracterizado las líneas de evolución del sistema capitalista en los últimos decenios.

Parece, sin embargo, que no siempre se ha tenido plena conciencia del modo y del grado en que ciertas experiencias y soluciones de problemas inherentes a la propia naturaleza del régimen socialista han contribuido a configurar tales orientaciones del Occidente capitalista en la dirección de la actividad económica y social y en relación con los propios problemas planteados por la evolución de la economía capitalista.

Por eso sería útil examinar de un modo particular, algunos aspectos de la influencia que las soluciones socialistas han ejercido en los países capitalistas, en relación con los problemas que

estos países han tenido que afrontar en la etapa actual de su desarrollo económico y social.

Una de las cuestiones más importantes y que reclama nuestra atención es la de la experiencia socialista de planificación, considerada no desde el ángulo de las discusiones que tienen lugar hoy en los países socialistas, sino desde el punto de vista que aquí interesa, o sea, de la influencia que la dirección planificada de la economía en los países socialistas ha ejercido sobre las orientaciones de la política general y económica en los países de régimen capitalista.

Puede ocurrir que una cuidadosa valoración de tales influencias lleve a modificar la «perspectiva» en que son encuadrados dichos juicios sobre la naturaleza y el significado de las actuales orientaciones de una serie de Estados y gobiernos del Occidente europeo en materia de programación y de control de la economía, cuestiones que, al mismo tiempo, están relacionadas con las tareas que tiene planteadas el movimiento revolucionario de nuestros días de los países de Occidente en orden a la transformación socialista.

Ya Lenin, en las páginas finales del **Imperialismo,** había deducido del análisis de la estructura monopolista la tendencia de los grupos capitalistas dominantes a introducir nuevas formas de control de la producción y de los mercados en las condiciones de una creciente producción masiva, que hoy es típica de la economía capitalista y que exige, en relación con los actuales niveles tecnológicos, una coordinación del aflujo de productos con los necesarios mercados de venta.

Tal tendencia se ha acentuado hasta comprender en nuestra época la introducción sistemática del control y la intervención económica, que en una serie de países capitalistas desarrollados han adquirido la forma de programaciones económicas de diverso tipo. Con estas intervenciones en la economía, los Estados capitalistas modernos han tratado de afrontar de un modo distinto al del pasado los desequilibrios de naturaleza cíclica, que hoy, dadas las dimensiones alcanzadas por la economía capitalista, podrían tener consecuencias aún más graves. Pero también tratan de evitar las consecuencias, socialmente más peligrosas, que tales desequilibrios podrían tener en los planos económico y social, ante todo el fenómeno de la desocupación, que, rebasados ciertos límites, podría ser fatal para la propia supervivencia del sistema capitalista. De aquí deriva, como es notorio, la llamada política de pleno empleo, experimentada bajo diversas formas en los distintos países capitalistas, así como la influencia que el pensamiento keynesiano ha tenido no sólo sobre la teoría económica contemporánea, sino también sobre la política económica de los principales Estados modernos.

Mas sería un grave error de «perspectiva histórica» no valorar en su exacta importancia la influencia que a este respecto ha tenido ante todo la experiencia soviética de planificación. Las soluciones dadas por la dirección planificada de la economía de la URSS a los problemas de las principales orientaciones estratégicas del desarrollo económico y social —en particular a los concernientes a los ritmos de desarrollo, plena ocupación de la mano de obra y completa utilización de los recursos económicos sobre la base de un elevado progreso de la ciencia y de la técnica productiva— han constituido un término de comparación absolutamente inevitable entre los dos sistemas y un reto al mundo capitalista, con indudables repercusiones de gran alcance sobre las orientaciones y los derroteros de los Estados capitalistas; repercusión que no ha pasado desapercibida para los observadores más atentos de las consecuencias que la experiencia socialista ha tenido sobre la evolución de los derroteros de los Estados capitalistas modernos. Así, por ejemplo, el conocido historiador Edward H. Carr señala en su obra **La influencia soviética sobre Occidente** que el reto soviético al sistema capitalista ha contribuido en gran medida a minar la fe del pueblo en las instituciones democráticas del mundo occidental, incapaces de asegurar una democracia efectiva en los planos económico y social que vaya más allá de una igualdad jurídica formal. Dicho en otros términos, la experiencia soviética ha dado más evidencia al hecho de que la democracia burguesa no suprime la opresión económica de los trabajadores, que la libertad de prensa y de reunión no significa en realidad que todas las opiniones tengan la misma posibilidad de expresarse. Refiriéndose a la influencia de la planificación soviética sobre el mundo occidental, Carr recuerda atinadamente que los enemigos del Presidente Roosevelt no se cansaron de repetir que el **New Deal** había sido concebido a imitación del modelo soviético.

Por lo demás, es de todo punto exacta la afirmación de que la experiencia socialista contribuyó en forma decisiva a la crisis de la concepción del liberalismo económico de Occidente. Esa experiencia ha constituido de hecho la refutación más rotunda de la tesis del liberalismo económico, según la cual el mejor modo de garantizar la plena utilización de los recursos económicos y la más justa distribución del producto social sería la de dar campo libre al funcionamiento espontáneo de las fuerzas del mercado capitalista y de evitar lo más posible la extensión de la intervención pública en la esfera privada del ordenamiento económico.

Conviene señalar, pues, que aun antes de ser sometida a la crítica de algunos estudiosos de Occidente, la concepción tradicional del liberalismo económico ya había sido refutada directamen-

te por la crítica de los hechos, o sea, por la experiencia que había suministrado por vez primera en la historia el modelo soviético de dirección planificada de la economía. Bastará recordar a este respecto los elevados ritmos de desarrollo y la plena utilización de los recursos económicos gracias a la planificación socialista, y confrontar tales experiencias con los resultados obtenidos en los años 30 por la economía capitalista, golpeada por una gravísima y prolongada depresión económica. Se comprende, pues, la pérdida de confianza que en aquella época afecta a las ideas-guías que hasta entonces habían inspirado a los políticos y economistas respecto a las virtudes taumatúrgicas de la libre empresa privada, considerada como la fuerza motriz del desarrollo económico y de la propia democracia.

Hace cien años, Marx había analizado ya en **El Capital** las condiciones históricas económicas y sociales en que «la centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo... son ya incompatibles con su envoltura capitalista», y más tarde, Lenin había mostrado que sólo con una organización socialista de la producción podía culminar el proceso de unificación y de socialización preparado por el propio capitalismo; pero habría de ser el experimento soviético el que mostrase de un modo concreto la falacia de la ideología del liberalismo económico con su corolario [en el que hoy creen muy pocos] de la máxima ventaja social alcanzable en la economía capitalista sobre la base de la persecución del máximo beneficio individual.

A esta crisis del pensamiento liberal burgués —a la que la experiencia soviética contribuyó en medida mucho más decisiva que las críticas teóricas en el ámbito mismo del pensamiento político y económico occidental— han seguido, como es notorio, diversos intentos para dar vida a una nueva ideología del capitalismo moderno y contemporáneo, entre los cuales cabe mencionar las llamadas teorías neocapitalistas, basadas esencialmente en la presunción de que el capitalismo de nuestros días ha cambiado su naturaleza y su carácter de un modo sustancial en comparación con el capitalismo tradicional o «clásico» [de hace cien o cincuenta años].

Los propios experimentos de dirección programada de la actual economía capitalista son encuadrados generalmente por teóricos del «neocapitalismo» en este supuesto nuevo curso que habría de iniciarse con una intervención sistemática del capitalismo de Estado o con una serie de medidas anticoyunturales y de control anticíclico, gracias a las cuales la economía capitalista sería puesta en condiciones de superar las contradicciones y los desequilibrios económicos y sociales que caracterizaban al capitalismo de viejo tipo.

Mas la experiencia de los últimos decenios en los países capitalistas de Europa Occidental ha puesto de manifiesto con una evidencia cada vez mayor que tales contradicciones se mantienen, aunque asumen en parte aspectos y formas nuevas por efecto de las modificaciones introducidas en el sistema capitalista, ya sea como resultado de tal política económica de los Estados modernos, ya como consecuencia de las luchas sociales, que han obligado a los poderes públicos a adoptar una serie de medidas de carácter social que sin tales luchas no se hubiesen tomado jamás.

La cuestión ofrece dos aspectos que deben ser considerados de un modo particular. De una parte resulta cada vez más evidente lo infundado de las nuevas doctrinas e ideas neocapitalistas acerca de la supuesta capacidad del capitalismo de superar sus contradicciones económicas y sociales. Han perdido prácticamente las conocidas teorías acerca de la llamada «revolución de las rentas» o de la «revolución del **managering**», piedras angulares de las doctrinas neocapitalistas. De otra parte han resultado evidentes todos los límites de la intervención del Estado en la economía moderna, incluyendo aquella que se ha realizado mediante las formas más sistematizadas de control público sobre la actividad económica. De hecho, los países capitalistas más adelantados se encuentran aún bien lejos de alcanzar la plena y óptima utilización de los recursos económicos, materiales y humanos, mientras a escala de la economía mundial se acrecienta, en lugar de reducirse, los desequilibrios entre los países capitalistas más desarrollados y los más atrasados, que representan a la gran mayoría de la humanidad.

Pero aun en los países occidentales de mayor desarrollo industrial, la realidad muestra hoy claramente que los desequilibrios sociales no disminuyen por efecto de la intervención del Estado en la vida económica y que, si bien se han atenuado las fluctuaciones cíclicas como consecuencia de tal intervención, los desequilibrios económicos se han reproducido y se reproducen en nuevas formas [entre la industria y la agricultura, entre las zonas dominadas por los grupos monopolistas y el resto de la economía, entre las regiones industrializadas del mundo y las zonas atrasadas, y en el propio seno de distintos países].

¿Cuáles son, pues, en estas condiciones, las perspectivas del capitalismo de nuestra época en relación con la existencia de los países socialistas y la influencia que éstos ejercen sobre él?

Cuanto se ha dicho hasta aquí nos lleva a la conclusión de que las nuevas orientaciones que se han manifestado en los campos económico y social en los países capitalistas de Occidente, son el resultado conjunto de los procesos de evolución interna de dichos países y de la influencia ejercida al mismo tiempo sobre ellos por el mundo socialista. El reto lanzado por este último ha obligado a los Estados capitalistas a preocuparse cada vez más por alcanzar —en lo que concierne al

campo económico— los máximos niveles de rendimiento que pueden dar en las condiciones del capitalismo el aparato productivo y la fuerza de trabajo. De aquí derivan los intentos de programación de la economía a que ya nos hemos referido, los cuales responden al mismo tiempo a la exigencia interna del capitalismo de dar una «solución capitalista» a los problemas de índole económica, social y tecnológica planteados por la fase actual de desarrollo del sistema capitalista. Mas de aquí toman asimismo su origen las nuevas contradicciones —que asumen nuevas dimensiones también en el campo político— entre las fuerzas que tienden a dar tal tipo de solución y las fuerzas de la clase obrera y de todos los estratos sociales que tienen intereses opuestos a los de los grupos monopolistas dominantes y tienden a dar una orientación y un contenido auténticamente democráticos a los necesarios controles de la economía y a la propia programación, la cual se convierte así en un nuevo terreno de lucha entre las fuerzas conservadoras, inspiradas en las nuevas orientaciones neocapitalistas, y las fuerzas del progreso social; terreno de lucha que engloba todos los frentes del conflicto de clase, tanto el ideológico y el político como el económico-social y el sindical.

Se puede decir, pues, que, bajo la influencia del mundo socialista, el sistema capitalista se ha visto y se verá impulsado en el futuro a adoptar nuevos métodos y nuevas formas de dirección y control de la economía, métodos que en sí pueden contener tendencias a establecer formas autoritarias y tecnocráticas de dirección política y económica de la sociedad. Mas al mismo tiempo, en los países capitalistas donde más se ha desarrollado la fuerza del movimiento obrero, han madurado potentes movimientos de oposición a cualquier intento de este género, gracias también al influjo que sobre el movimiento revolucionario de tales países ha ejercido el desarrollo del mundo socialista.

Como consecuencia de todo esto, los conflictos sociales se han ido extendiendo en nuestra época a nuevos campos, hecho que hace necesario para la vanguardia del movimiento revolucionario el uso de formas y medios más complejos de dirección política, en consonancia con el nuevo nivel alcanzado por las luchas sociales.

Comprender la naturaleza de estas nuevas tareas que se plantean ante nosotros en la fase actual de la evolución del sistema capitalista es una condición indispensable para abrir el camino al socialismo en las nuevas condiciones creadas por este complejo proceso de desarrollo histórico, político, económico y social.

Por otra parte, si a la crisis de la ideología del liberalismo económico ha contribuido en forma determinante la experiencia socialista de organización de una economía planificada, capaz de utilizar plenamente y en beneficio de la colectividad los recursos materiales y humanos, a la crisis de la ideología neocapitalista y de las orientaciones políticas que de ella se desprenden para la dirección de los Estados modernos, podrán darle un impulso decisivo, en forma conjunta, los movimientos revolucionarios por la transformación socialista de la sociedad en las actuales condiciones de los países capitalistas y, al mismo tiempo, los ulteriores desarrollos de la democracia socialista, con los cuales se hallan íntimamente ligados los métodos más racionales que hoy se están elaborando en el ámbito de la dirección de la economía socialista planificada. No cabe la menor duda de que tal impulso conjunto dado por las fuerzas del socialismo y por los movimientos revolucionarios habrá de ser decisivo para la determinación de las perspectivas generales y de la propia suerte del capitalismo contemporáneo.

RFA

JOSEF ANGENFORT,

miembro del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Alemania

En Octubre de 1917 fue derrocada en Rusia la dominación de los capitalistas y los terratenientes. El Decreto sobre la Paz fue la partida de nacimiento del joven Poder soviético. En él tomaron cuerpo las mejores esperanzas de una humanidad atormentada por la guerra. Era la expresión de una concepción realista de la terminación de la guerra y del establecimiento de la paz sobre bases democráticas. De este modo, la clase obrera de Rusia luchó no sólo por sus intereses, sino también por los de la clase obrera alemana, de todo el pueblo alemán, al que prestó una inapreciable ayuda moral y política.

Los historiadores reaccionarios germanooccidentales afirman que la Revolución de Octubre vino a enturbiar las relaciones tradicionalmente buenas entre Rusia y Alemania. Ahora bien, ¿qué nos dicen a este respecto los hechos? Las tradicionales relaciones existentes entre la Alemania imperialista y la Rusia imperialista no impidieron el desencadenamiento de la primera guerra mundial. Eran unas relaciones que los pueblos hubieron de pagar al precio de incontables víctimas. Pero gracias a la Revolución de Octubre y a la salida de Rusia de la guerra apareció la posibilidad real de estructurar de un modo totalmente nuevo las relaciones germano-soviéticas, de establecer entre Alemania y la joven República soviética unas relaciones de buena vecindad.

Los imperialistas de todos los países estaban firmemente decididos a aniquilar al Poder soviético, que constituía un ejemplo para todos los pueblos del mundo. Desde el primer momento decidieron hacer de la Alemania imperialista la fuerza de choque en la lucha contra el progreso social, el bastión reaccionario para impedir el triunfo de la democracia y del socialismo en los principales países capitalistas europeos. He ahí la razón de que el armisticio de Compiegne, concertado después de la derrota militar de Alemania y según el cual las tropas alemanas debían retirarse también de los territorios orientales, fuese modificado rápidamente. Así se brindó a la contrarrevolución alemana la posibilidad de crear cuerpos de voluntarios para estrangular la revolución en las repúblicas del Báltico.

Ya entonces se constituyó la funesta alianza de los imperialistas de todo el mundo con los reaccionarios círculos gobernantes de Alemania, alianza dirigida contra el Poder soviético y, al mismo tiempo, contra el pueblo alemán. Cuando esta nefanda labor fue realizada en los países bálticos, donde el Poder fue puesto en manos de gobiernos burgueses, los imperialistas ingleses se adueñaron de estas posiciones conquistadas para la reacción. Los cuerpos de voluntarios retornaron a Alemania, donde aparecieron con una cruz gamada en los cascos de acero, mientras sus jefes empezaban por organizar el putsch de Kapp. De este modo se hizo evidente la conexión entre el antisovietismo agresivo y el fascismo.

En abril de 1922 se concertó el Tratado de Rapallo, que estipulaba el pleno restablecimiento de las relaciones económicas y diplomáticas entre Rusia y Alemania. En él tomó cuerpo la política leninista de coexistencia pacífica de Estados con distinto régimen social.

Si los principios del Tratado de Rapallo hubiesen seguido informando el desarrollo de las relaciones soviético-alemanas, ello hubiese significado un gran aporte al mantenimiento de la paz en Europa. Pero el capital monopolista implantó en Alemania una dictadura fascista. El fue el causante de la segunda guerra mundial. Finalmente, el Ejército de la Unión Soviética liberó a nuestro pueblo y le dio la paz. El fascismo y la guerra mostraron que el poder de los grandes monopolios, el militarismo, la supresión de la democracia, la guerra, el anticomunismo y el antisovietismo constituyen una seria amenaza para los intereses vitales de nuestra nación.

La derrota del imperialismo y el militarismo germanos en la guerra brindaba a nuestro pueblo la posibilidad de extirpar las raíces del fascismo y de la guerra. Esta posibilidad fue aprovechada en la parte oriental de nuestro país. El resultado es el primer Estado alemán de obreros y campesinos, que estableció con la Unión Soviética unas relaciones totalmente nuevas, amistosas.

Si examinamos la actual situación en Alemania Occidental y vemos quién está en el Poder, resultará evidente que esta posibilidad de transformación de Alemania no fue aprovechada allí. Los consorcios y los grandes bancos detentan de nuevo el poder económico y político. El militarismo ha vuelto a fortalecer sus posiciones. El antisovietismo y el anticomunismo, que en su tiempo facilitaron a la gran burguesía reaccionaria alemana la implantación de la dictadura fascista, la preparación de la segunda guerra mundial y el ataque contra la Unión Soviética, constituyen hoy la doctrina estatal de Bonn. Después de la segunda guerra mundial, el gran capital alemán y el de las potencias occidentales, especialmente de EE. UU., sabotearon mancomunadamente la aplicación de los Acuerdos de Potsdam. Al mismo tiempo, se dedicaron a dividir a la clase obrera germanooccidental, excluyendo así de la lucha a una fuerza decisiva que actuaba en pro de la renovación democrática.

El 6 de septiembre de 1946, el secretario de Estado norteamericano, Byrnes, inició oficialmente esta política. En un discurso pronunciado en Stuttgart, propugnó la formación de un Gobierno germanooccidental separado y declaró que el acuerdo de Potsdam respecto a la frontera de Oder-Neisse no era, a juicio de EE. UU., definitivo. El capital norteamericano, lo mismo que los viejos y funestos amos de Alemania, se opuso a la democratización de todo el país en el espíritu de los Acuerdos de Potsdam y estuvo en contra de que se privase de su poder a los grandes industriales, a los grandes bancos y a los grandes terratenientes, de que se llegase a un entendimiento entre todo el pueblo alemán y la Unión Soviética. Mas el desarrollo de toda Alemania en el espíritu de los Acuerdos de Potsdam era lo que respondía a los intereses del pueblo alemán y de los pueblos europeos, lo que hubiese asegurado la paz para Europa y para el pueblo alemán, lo que hubiese asegurado a todo el pueblo alemán el progreso social y la unidad nacional.

Pero una Alemania así difícilmente hubiese podido ser mantenida en la dependencia y al servicio de la política de los círculos dominantes de Estados Unidos. Estos asignaron a Alemania un papel especial en la estrategia norteamericana de «rechazo» del socialismo, aplicada a escala mundial. Esta vez Alemania debía convertirse en un instrumento particular del imperialismo norteamericano dirigido contra la Unión Soviética. Y si no toda Alemania, por lo menos en un principio las tres zonas de ocupación occidentales, donde habrían de ser restablecidos el imperialismo y el militarismo germanooccidentales derrotados. En este plano coincidían los intereses del gran capital alemán y del norteamericano. En su libro **¿Guerra o paz?,** publicado en 1950, John Foster Dulles describe en los siguientes términos tales proyectos: «Una Alemania resucitada puede constituir un buen triunfo en manos de Occidente. Al atraer a la Alemania Oriental a su órbita, Occidente puede tener en Europa Central una avanzada posición estratégica que socave las posiciones comunistas soviéticas militares y políticas en Polonia, Checoslovaquia, Hungría y otros países vecinos».

Esta es la razón de que, en 1952—54, la gran burguesía germanooccidental y los círculos dominantes de las potencias occidentales hubiesen rechazado todas las propuestas hechas por la Unión Soviética y la República Democrática Alemana para crear una Alemania unida y democrática limitada en sus armamentos. Esta es también la razón de que los gobernantes germanooccidentales hubiesen concedido a las potencias occidentales, en los acuerdos de París, el derecho de adoptar decisiones respecto a la reunificación de Alemania, se hubiesen adherido al agresivo pacto de la OTAN y hubiesen garantizado a dichas potencias el derecho de ocupación hasta el año 2005.

Von Hassel, ex ministro de defensa y actual ministro para los asuntos de las llamadas personas desplazadas, fue quien con más precisión formuló los objetivos de los círculos dominantes de la República Federal. En el Congreso de la Unión Democrática Cristiana [UDC], celebrado en Kiel en junio de 1961, dijo: «Nuestras reivindicaciones territoriales rebasan con mucho la línea Oder-Neisse. Queremos tener de nuevo las viejas tierras de dominación alemana. El año 2000 no debe ser el año 83 de la Revolución de Octubre».

El Gobierno Kiesinger habla hoy de una «nueva política en relación con el Este». El 14 del pasado mes de junio, el canciller federal manifestó en el Bundestag: «No es cierto que en lo que respecta a nuestra política se trate de una terminología y un modo de expresión más refinados. Esta política encierra un elemento decisivo, encaminado a establecer en Europa un orden pacífico».

Ahora bien, ¿qué nos dicen los hechos? Los círculos dominantes de la RFA se han convencido de que en la actualidad no son lo bastante fuertes para apoderarse de la RDA. Por eso se plantean objetivos más limitados y los formulan con más flexibilidad para contrarrestar su aislamiento, pero sin perder de vista su objetivo principal. Quieren socavar la política concertada de los países signatarios del Tratado de Varsovia, quieren realizar una penetración económica e ideológica en los Estados socialistas y aislar así a la RDA. La etapa siguiente sería la anexión de la RDA y, posteriormente, el aplastamiento del socialismo en Europa Oriental. En su libro **Un proyecto para Europa,** Franz Josef Strauss, actual Ministro de Finanzas de Alemania Occidental, proclama abiertamente estos objetivos. La revista germanooccidental **Stimme der Freiheit,** subvencionada por el Gobierno Federal y por el Gobierno regional del Sarre, define así estos objetivos en su número de diciembre de 1966: «La liberación de los alemanes que viven en la Alemania Central sólo será posible cuando se produzca una correlación de fuerzas totalmente nueva entre el Este y el Oeste. Las dificultades económicas y políticas del Este podrían dar origen a una nueva situación, que obligaría al Gobierno soviético y a otros gobiernos comunistas —¡sin guerra!— a dejar el campo libre. Sólo obligando a retirarse al telón de acero —¡sin guerra!— es como se podrá liberar a la población de la zona soviética de ocupación y a los demás pueblos avasallados».

Que la expresión «sin guerra» es un engaño lo demuestra otro artículo publicado tres meses antes por la misma revista, en el que se dice: «Para Bonn, en el período comprendido entre los años 1970 y 1975, "ser o no ser" es tener o no tener armas atómicas... Quien se dé cuenta del peligro comunista y quiera luchar contra él deberá aceptar que se proporcione a la Bundeswehr medios de defensa eficaces. En caso contrario, jamás se pondrá en tela de juicio el statu quo».

Por lo demás, la llamada nueva política en relación con el Este se basa hasta en sus detalles en los consejos de los expertos del Departamento de Estado norteamericano, sobre todo en los del profesor Brzezinski, asesor en los asuntos europeos. En su libro **Alternativa a la división,** aparecido en 1965, puede verse en esbozo cada una de las medidas adoptadas hasta ahora por el Gobierno de Bonn. Son muchos los que alentaban y alientan la esperanza de que la participación de los socialdemócratas en el Gobierno federal habría de conducir a una política de entendimiento. Pero los hechos demuestran que los líderes socialdemócratas fueran admitidos al Gobierno para proseguir y acentuar la vieja orientación, para romper la resistencia dentro del país y superar el aislamiento exterior. El Ministro Strauss, jefe de la Unión Social Cristiana, dijo en el último Congreso de la UDC: «La gran coalición ha sido posible porque nuestra política exterior y nuestra política económica se han mostrado tan eficaces

que nuestros aliados han tenido que renunciar a sus propias concepciones y proclamar que aceptaban los lineamientos fundamentales de nuestra política».

Abs, un gran banquero que ayudó a Hitler a preparar la segunda guerra mundial, manifestó: «No puedo imaginarme actualmente un Gobierno mejor que el que tenemos» [**Die Zeit** del 26 de mayo].

Los círculos gobernantes de Bonn están firmemente resueltos a acentuar la tirantez internacional, la cual favorece el despliegue de su política expansionista. Un ejemplo típico nos lo ofrece su posición ante el ataque de Israel contra los países árabes. El periódico **Welt am Zonntag,** órgano del consorcio Spriger, deduce de los primeros éxitos de la agresión de los círculos dominantes de Israel una conclusión que corresponde plenamente a la orientación revanchista, anticomunista y antisoviética de los medios gobernantes germanooccidentales. En su número del 11 de junio dice: «La primera lección de esta extraordinaria campaña es la total refutación de la tesis en boga que las guerras ya no son un instrumento de la política». A continuación escribe que los círculos dominantes en Israel están a la ofensiva, y llega a la conclusión de que al calibrar la guerra en el momento de su terminación ya no importa saber quién hizo el primer disparo. Lo que importa es, exclusivamente, saber «cuál es la verdadera situación militar y el grado de peligro». La prensa de este mismo consorcio deduce de la agresión israelí la necesidad de intensificar la política «desde posiciones de fuerza», de la que se proclamó partidario ya en 1954 el actual canciller Kiesinger, al decir en aquel entonces en el Bundestag: «Se nos reprocha el haber aplicado una política "desde posiciones de fuerza". En efecto, así es. Pero ¿acaso no hemos aprendido en los últimos años que es la única fuerza que impresiona a los rusos y que les obliga a hacer concesiones?» [discurso del 15 de diciembre de 1954].

Kiesinger nunca se ha retractado de estas declaraciones. Tal es la línea fundamental de la política de los círculos gobernantes de la República Federal.

La población de Alemania Oeste de nuevo ha de pagar muy cara esta política de hostilidad a la URSS. Los resultados del duro esfuerzo laboral de la clase obrera y de otros trabajadores se malgastan por las clases dominantes en una demencial carrera armamentista. Y la carga de los gastos se hace recaer si contemplaciones sobre las espaldas de los trabajadores. Se restringen las libertades y los derechos democráticos. Con ayuda de las leyes de excepción se intenta suplantar la Constitución para romper ante todo la resistencia de la clase obrera y de sus sindicatos, para implantar en el país la tranquilidad de los cementerios, necesaria para preparar la agresión. El peligro reside en que los medios dominantes llevan a la población germanooccidental hacia una nueva guerra contra la Unión Soviética, contra la RDA y otros países socialistas, hacia una guerra que, al convertirse en mundial, ocasionaría víctimas incontables y exterminaría a la población de Alemania Occidental.

Nosotros, los comunistas germanooccidentales, advertimos los peligros que entraña una tal política. Luchamos contra ella y decimos a nuestro pueblo que la URSS ha sido el primero y único país que, después del Tratado de Versalles, nos tendió la mano. La Unión Soviética jamás nos ha amenazado. Después de la segunda guerra mundial, la URSS hizo en múltiples ocasiones propuestas para dar solución a los problemas vitales de nuestro pueblo. También hoy, la Unión Soviética dice que no tenemos que renunciar a nada, más que a las ilusiones de una pequeña camarilla y a la peligrosa política destinada a realizar dichas ilusiones.

Los comunistas alemanes decimos que los intereses vitales de nuestro pueblo exigen que se acepte esta mano que se nos tiende. Los ciudadanos de la República Federal debemos dar este paso hacia la paz, y debemos darlo porque, además, ha sido del territorio alemán de donde se han iniciado las dos guerras mundiales.

El Partido Comunista de la Unión Soviética constituye para nosotros un ejemplo de labor esclarecedora paciente para convencer a las masas, un ejemplo de estrecha vinculación de los comunistas con los trabajadores. El ejemplo de los bolcheviques, que a despecho de las persecuciones y del terror llevaron a la clase obrera de Rusia al triunfo,, acrecienta nuestra seguridad de que el Partido Comunista de Alemania también logrará romper las cadenas de la ilegalidad y convertirse en una fuerza capaz de conseguir, juntamente con todas las demás fuerzas democráticas de la República Federal, un viraje hacia la paz, la democracia y el progreso social.

Canadá

NELSON CLARK,

miembro del Comité Ejecutivo Central y secretario del Comité Central del Partido Comunista de Canadá.

Hace 50 años, el proletariado ruso, dirigido por Lenin y el Partido Bolchevique, en alianza con los campesinos, derrocó el poder de los terratenientes y capitalistas, rompió las cadenas de la dominación imperialista mundial, creó el primer Estado socialista obrero del mundo y asestó un golpe demoledor a los incendiarios imperialistas de guerras de rapiña destinadas a realizar un nuevo reparto del mundo.

La aparición del primer Estado obrero en la arena histórica creó una sólida base para el desarrollo de la lucha de clase del proletariado y de los pueblos oprimidos de todos los países por objetivos democráticos y socialistas El Estado socialista de obreros y campesinos se convirtió en un faro que señala la ruta a los pueblos explotados y oprimidos en su lucha democrática y revolucionaria. La idea del internacionalismo proletario se ha enriquecido con un nuevo contenido.

La trascendencia histórica de la Revolución Socialista de Octubre fue captada instintivamente por los trabajadores de todos los países. Así lo evidencian los comités «¡Fuera las manos de la Rusia Soviética», creados primero en Inglaterra y luego en otros muchos países.

La clase obrera canadiense no constituye en este aspecto una excepción. Con toda su alma saludó el llamamiento del Congreso de toda Rusia de los Soviets de Diputados de los Obreros, Campesinos y Soldados, en el que se anunciaba el paso del Poder a manos de los trabajadores. Dicho llamamiento, que señalaba a la clase obrera de Canadá las perspectivas de la lucha de clases en su propio país, galvanizó a amplias masas trabajadoras. Al terminar la guerra imperialista, la influencia alentadora de la Revolución Rusa y la explosión de las contradicciones de clase en Canadá ayudaron a la clase obrera a avanzar un paso más.

En estos cincuenta años, los soviéticos han convertido un país totalmente devastado por cuatro años de guerra imperialista y por otros tantos años de intervención militar y bloqueo de la contrarrevolución imperialista, en un Estado socialista fuerte, poderoso y rico, que constituye hoy una de las dos mayores potencias del mundo. Recordando su deber internacionalista, el País de los Soviets ha prestado siempre una desinteresada ayuda moral, política, militar y económica a los pueblos que luchan por el derrocamiento de la esclavitud colonial, por la liberación de sus países y el establecimiento de regímenes democráticos, antiimperialistas y, en algunos casos, socialistas.

En estos cincuenta años se formó el sistema mundial de los Estados socialistas, que abarca a 14 países, en los que vive la tercera parte de la población del globo. No debemos olvidar las decenas de nuevos Estados que han surgido sobre las ruinas de los viejos imperios coloniales. La comparación del poder absoluto y relativo del actual movimiento obrero con el que existía en los días de Octubre de 1917, no puede por menos de despertar esperanzas muy halagüeñas. El movimiento sindical mundial ha adquirido enormes proporciones, abarcando a millones de trabajadores de todos los países capitalistas desarrollados. En los países en desarrollo también existen sindicatos de obreros tanto agrícolas como industriales. Los sindicatos de los países socialistas engloban prácticamente a todos los obreros y empleados. Decenas de millones de trabajadores manuales e intelectuales están agrupados en los partidos comunistas y socialistas.

Al hacer un balance de los cambios operados en el alineamiento de las fuerzas en el ámbito internacional, la Conferencia de 1960 de los partidos comunistas y obreros señaló en su Declaración: «Los principales rasgos distintivos de estos años son el impetuoso crecimiento del poderío y de la influencia internacional del sistema socialista mundial, el proceso activo de disgregación del sistema colonial bajo los golpes del movimiento nacional-liberador, el incremento de las batallas de clase en el mundo capitalista y la continuación de la decadencia y la descomposición del sistema capitalista mundial». De donde se deduce que «en la arena mundial se va poniendo más y más de manifiesto la superioridad de las fuerzas del socialismo sobre el imperialismo, de las fuerzas de la paz sobre las de la guerra».

Pero la táctica escisionista de la dirección del Partido Comunista de China ha debilitado en los últimos años la unidad del movimiento internacional. Esto ha sido aprovechado por los imperialistas, en primer término por los norteamericanos, que mediante intrigas y actos de agresión han logrado causar un serio daño al movimiento revolucionario en diversos países. Estos hechos han sido la causa de que en el seno del movimiento progresista hicieran su aparición ciertas

dudas sobre el valor actual de la apreciación que se hace en la Declaración de la Conferencia de 1960 respecto a la correlación de fuerzas en el plano internacional. Los comunistas canadienses consideramos que la apreciación de la Conferencia de Moscú sigue siendo válida pese a los últimos éxitos temporales del imperialismo. Estamos seguros de que, dado el carácter objetivo de los factores que determinan la correlación de fuerzas los reveses temporales serán superados. Estamos igualmente seguros de que, dado el carácter objetivo de la base en que se asienta la unidad del movimiento mundial, el daño causado a la unidad del movimiento comunista será reparado. Ultimamente observamos ciertos signos esperanzadores de un mejor entendimiento recíproco y de una mayor cohesión de muchos partidos.

El año 1917 marcó un viraje en la historia del movimiento obrero canadiense. En los cincuenta años transcurridos, los trabajadores de nuestro país han logrado más conquistas que en todos los años precedentes. Y estas conquistas no pueden ser calibradas tan sólo por los cambios en el nivel de los salarios, ni tampoco por otros éxitos conseguidos en el plano social, como son, por ejemplo, las pensiones de vejez y otras pensiones que no existían antes de 1917, la jornada de 8 horas y la semana laboral de 5 días, los subsidios familiares, la asistencia médica, los subsidios de desempleo, etc. Los cambios básicos y reales son los que se han producido en la conciencia de los propios obreros, de los trabajadores, y que se manifiestan en la mayor seguridad en sus fuerzas y en la eficacia de sus organizaciones. Aquí es donde residen las causas decisivas de los éxitos alcanzados por los trabajadores en la lucha por la satisfacción de las reivindicaciones salariales y la reducción de la jornada de trabajo. A diferencia de lo que ocurre con los cambios en la capacidad adquisitiva de los salarios, los cambios básicos son definitivos y los obreros no pueden ser privados de ellos. Constituyen un peldaño histórico del desarrollo de la clase obrera y por eso son indestructibles.

En la población canadiense se está produciendo un proceso acelerado de proletarización. Según datos del censo de 1961, de los 12,4 millones de habitantes mayores de 13 años, 6,3 millones eran trabajadores asalariados, de los cuales sólo la décima parte estaba ocupada en la economía agropecuaria. La cuantía numérica de la clase obrera se acrecienta incesantemente debido a la incorporación de granjeros, profesionales, técnicos y representantes de las capas medias urbanas a las filas de los asalariados. Los datos proporcionados por los censos evidencian un rápido crecimiento del número de empleados y trabajadores de los servicios y, a la vez, un crecimiento lento del número de trabajadores manuales. Estos últimos representaban en 1961 tan sólo el 35% de toda la fuerza de trabajo, mientras que en 1951 dicha proporción era del 38%. Aunque su número se incrementó en 250.000 en los años 50, el ritmo de su crecimiento ha sido la mitad del de toda la fuerza de trabajo del país.

Los cambios en la composición de la clase obrera han tenido que repercutir por fuerza en la considerable diversificación de las condiciones de vida del conjunto de la clase obrera. Los trabajadores viven en las condiciones más variadas: desde la extrema indigencia y un nivel de ingresos que no alcanza el mínimo vital, hasta unos ingresos considerables y un nivel de vida propio de la burguesía media.

Si nos fijamos en otros sectores de la población sometidos al dominio de los monopolios, veremos diferencias aún más marcadas en cuanto a nivel de vida, concepciones y conciencia política, diferencias que habrán de repercutir en la propia fisonomía de la coalición antimonopolista.

Un análisis realista nos muestra que, en lo fundamental, la clase obrera canadiense se inclina por las reformas. La mayoría de los trabajadores de nuestro país aún no encuentra motivos para estar descontenta del sistema capitalista como tal. Los trabajadores exigen fundamentalmente un mejoramiento de las condiciones de vida, el aumento de la parte que reciben de los bienes creados por una producción moderna en rápido desarrollo, así como el derecho de participar juntamente con los capitalistas y el Gobierno en la solución de los problemas vinculados con la aplicación de la nueva técnica y en la planificación de la producción. Reclaman también el derecho al trabajo, el aumento del tiempo libre mediante una elevación garantizada del salario y la reducción de la jornada de trabajo, formas más amplias y perfectas de seguridad social, etc.

Es indudable que existe una base material para las ilusiones de los obreros canadienses respecto al capitalismo. Pero ello no quiere decir en modo alguno que las condiciones de vida de los trabajadores no se distingan por rasgos negativos, que no exista un numeroso ejército de desocupados crónicos, que no suban los precios fijados por los monopolios, que no aumenten los impuestos, que no se intensifique la explotación del trabajo tanto en la industria como en la agricultura y los servicios, que los trabajadores tengan garantías reales tanto en lo económico como en lo social. No obstante, cualquier valoración de las condiciones de vida de la clase obrera canadiense que no tenga en cuenta las conquistas logradas por ella a lo largo de muchos años de lucha contra la explotación capitalista, será muy unilateral.

Desde la Revolución de Octubre, a la par de cambios muy considerables en la estructura y la situación de la clase obrera canadiense, se han producido también ciertas modificaciones sustanciales en la estructura del capital canadiense, en el enfoque de los problemas sociales e internacionales por los capitalistas de nuestro país. El capitalismo tiene en Canadá posiciones favorables. Los monopolistas canadienses, que se han enriquecido considerablemente con las dos guerras mundiales y que controlan un poderoso complejo industrial basado en enormes riquezas naturales, están aliados a los monopolios norteamericanos y desempeñan el papel de socios menores suyos. Esta alianza, que les permite obtener su parte en las bandidescas maquinaciones de los imperialistas norteamericanos, ha sido pagada al precio de entregar a los monopolistas estadounidenses posiciones claves de la economía canadiense y limitar considerablemente la independencia del país. En su calidad de socios menores del imperialismo norteamericano, los monopolistas canadienses, que actúan a través de un Gobierno controlado por ellos, son culpables de complicidad en los crímenes perpetrados a diario por EE. UU. en Vietnam. Asumen también la responsabilidad de su participación en la confabulación anglo—norteamericana—israelí contra los Estados árabes, exteriorizada últimamente en la agresión de Israel a los países árabes vecinos.

Sin embargo, es preciso señalar que entre amplios sectores de la clase capitalista y en altas capas de la misma se oyen voces contra una orientación financiera, económica y política que coloca a Canadá en situación de satélite de Estados Unidos. Los adversarios de tal orientación se pronuncian de un modo muy consecuente en favor de una política comercial más realista y de la firma de acuerdos comerciales con todos los países que quisieran ampliar su comercio con Canadá, sin exceptuar a los países socialistas.

También importa señalar que los grandes monopolios canadienses, dadas sus favorables posiciones económicas, pueden hacer importantes concesiones antes las exigencias económicas y sociales de la clase obrera y de todo el pueblo. Pero esto no quiere decir en modo alguno que las hagan sin ninguna resistencia y que sea posible arrancárselas sin lucha. Lo que más temen es dar un motivo a la clase obrera para expresar abiertamente y en amplia escala su hostilidad al dominio de los monopolios. La actitud de los monopolios ante las reivindicaciones económicas y sociales de la clase obrera es la típica política del pan y del palo.

Los monopolistas, que dirigen la política, la economía y la finanzas, han establecido un riguroso control de todo el aparato del Estado. Cuando lo consideran conveniente o necesario para sus intereses, fuerzan la intervención del Estado en cualquier problema económico o financiero. En cierta medida, en sus imperios monopolistas llevan a cabo una planificación y una programación para mantener la reproducción ampliada a largo plazo con un alto nivel de explotación y ganancia.

Los comunistas canadienses, que tienen en cuenta la realidad que acabamos de describir brevemente, han elaborado una política del Partido en lo que atañe a la vía del Canadá hacia el socialismo. La solución del problema de la conquista del Poder por la clase obrera y la realización de las transformaciones socialistas exigen que quienes dirigen a la clase obrera y al pueblo en la lucha por este camino tengan plenamente en cuenta los múltiples factores que caracterizan tanto a la clase obrera como al movimiento antimonopolista en su conjunto. También deben ser tenidas muy en cuenta las diferencias esenciales existentes dentro de la clase capitalista, incluidas las que aparecen en el seno de los círculos monopolistas.

Lo que las heterogéneas filas de la clase obrera tienen de común, lo que contribuye a su unidad, lo que a la vez sirve de base para hallar posiciones comunes con sus aliados, los granjeros, la intelectualidad y los pequeños patrones, son los intereses antiimperialistas. En Canadá, esos intereses son contrarios a los monopolios, supeditados al dominio de los trusts norteamericanos. La oligarquía monopolista es la que ha menoscabado la independencia de Canadá en beneficio de los Estados Unidos. Ella actúa como un enemigo de la paz y de una nueva Constitución que garantice la igualdad de derechos de las dos naciones que viven en territorio canadiense, como un enemigo de la democracia económica, social y política. Canadá y los canadienses deben liberarse de la explotación de los monopolistas y del dominio de los imperialistas estadounidenses. Para ello, la clase obrera debe esforzarse por lograr la unidad de objetivos y de acción, la unión con los demás sectores de la población que son víctimas de la explotación por los monopolios y del dominio norteamericano.

Es igualmente necesario que la clase obrera y sus aliados comprendan la naturaleza y el carácter de la actual estructura política de Canadá. Los viejos partidos capitalistas, que en general cuentan todavía con el apoyo de la mayoría de los electores, ya no representan, como en otros tiempos, los intereses de la libre empresa. En dichos partidos, los puestos de dirección se encuentran en manos de testaferros de los monopolios, que ejercen un riguroso control sobre el Gobierno y el Estado. Gran parte de la clase obrera de nuestro país todavía no se ha dado cuenta de ello. Pero un grupo muy considerable de trabajadores ya ha cobrado conciencia de este hecho. En las filas de la clase obrera y del movimiento sindical se llega con creciente frecuencia a la conclusión de que sería erróneo y perjudicial mantener una posición adversa o neutral ante la intervención del Estado en la producción y ante su participación en la regulación de la economía. Se considera que la clase obrera y sus aliados no deben de-

jar en manos del capital monopolista el derecho de intervenir en las acciones del Gobierno destinadas a influir en el desarrollo económico del país. Ellos mismos son los que deben intervenir en este proceso y proponer medidas propias que correspondan a los intereses del pueblo, víctima de la explotación por los monopolios.

Sería indudablemente oportuno recordar a los defensores de la política de reformas radicales que el desarrollo pleno y proporcional de la economía sólo es posible sobre la base de las propiedad socialista de los medios de producción. Pero cuando dicha propiedad social no existe, la clase obrera no debe permanecer pasiva, limitándose tan sólo a la propaganda. Dentro de las relaciones basadas en la propiedad privada, la clase obrera y sus aliados deben exigir constantemente que el Estado adopte medidas de planificación y desarrollo de la economía e intervenga activamente en estas cuestiones teniendo en cuenta los intereses de los sectores antimonopolistas de la población. Esto reviste extraordinaria importancia tanto para la lucha por los intereses inmediatos de los trabajadores como para la batalla común decisiva por modificar el contenido de la estructura del poder estatal en el sentido del paso de la dictadura de los monopolios a una democracia popular antimonopolista.

Nuestro Partido concede enorme importancia a la amplia lucha por la extensión de una democracia auténtica y eficaz en beneficio de los trabajadores, considerando esto como el camino por el cual la clase obrera canadiense habrá de ir hacia la conquista del Poder.

No carece de interés recordar a este respecto la enorme importancia que Lenin y el Partido Bolchevique atribuían a tales cuestiones en el período comprendido entre febrero y octubre de 1917.

Me limitaré a citar aquí un pensamiento de Lenin:

«...el socialismo no es más que el paso siguiente al monopolio capitalista de Estado. O dicho en otros términos, el socialismo no es más que el monopolio capitalista de Estado **puesto al servicio de todo el pueblo** y que, por ello, **ha dejado** de ser monopolio capitalista.

No hay término medio. El curso objetivo del desarrollo es tal que **no hay posibilidad** de dar un paso de avance, partiendo de los **monopolios** [cuyo número, papel e importancia ha venido a decuplicar la guerra], sin caminar hacia el socialismo»[1].

1 *Obras Completas*, t. XXV, págs. 348-349. Ed. Cartago.

Nos parece que también en el Canadá de 1967, cuyas condiciones difieren en alto grado de las arriba mencionadas, se pueden sacar enseñanzas del período que precedió a la Revolución de Octubre, enseñanzas que se refieren a la ligazón entre la lucha por la democracia y el triunfo del socialismo. Es posible que en el pasado no se haya concedido al estudio de estas enseñanzas la debida atención.

Las acciones democráticas mancomunadas de la clase obrera, los granjeros y todas las fuerzas antimonopolistas pueden ser organizadas en torno de una plataforma común en lo tocante a los problemas principales de la vida económica, social y política del pueblo. En efecto, muchas coaliciones de esta índole surgen actualmente para tratar de dar solución a problemas que figuran a la orden del día, como es, por ejemplo, el de la guerra del Vietnam. Ya de por sí, estos problemas determinan en gran medida el grado y la envergadura de las acciones conjuntas. La lucha por la paz y por los derechos democráticos, así como otros problemas que reclaman una solución democrática, afectan a amplios sectores de la población. Otras cuestiones de carácter económico y social también dan pie para la organización de coalición de distinto tipo.

Es muy probable que, durante cierto tiempo, no se alcance en Canadá una plena estabilidad política. Semejante situación exige que los comunistas y los socialistas realicen los máximos esfuerzos creadores y den pruebas de la mayor flexibilidad. Exige también que se tengan en cuenta las opiniones de cuantos participan en la titánica lucha contra los monopolios, ya que el respeto mutuo de las opiniones de unos y otros y la recíproca crítica de principios cuando ella sea necesaria, constituyen una sólida base para la colaboración entre la clase obrera y los partidos democráticos. Pero lo principal es que las reivindicaciones democráticas de la clase obrera frente a los monopolios y el Estado tengan una formulación concreta. Las ambigüedades, la palabrería izquierdista y la capitulación oportunista ante los monopolios no proporcionarán ningún éxito. Al mismo tiempo, la lucha democrática conjunta en todos los frentes puede conducir a la separación de los monopolistas del Poder estatal, al establecimiento de una democracia popular, a la incorporación de Canadá al camino de la creación de su futuro socialista.

Mongolia

TSOGTIN NAMSARAI,

miembro suplente del Comité Central del Partido Revolucionario Popular de Mongolia

La Gran Revolución Socialista de Octubre, que triunfó bajo la dirección del Partido leninista de los comunistas, fue una gran prueba para la vitalidad y la fundamentación científica de la teoría revolucionaria del marxismo-leninismo, prueba que se realizó bajo el fuego de la lucha revolucionaria de las masas. La dirección ejercida por el Partido Comunista en el proceso de la Revolución de Octubre confirmó la necesidad esencial de la función rectora de los partidos marxistas de nuevo tipo en la liberación revolucionaria de la clase obrera y de todos los trabajadores del yugo de capitalistas y terratenientes. Esta experiencia histórica tuvo importancia mundial para el movimiento revolucionario del proletariado y para el movimiento de liberación nacional.

Por esta razón quisiera detenerme en algunos aspectos fundamentales que caracterizan el papel del Partido Revolucionario Popular de Mongolia [PRPM] en las transformaciones revolucionarias de nuestro país.

La aparición del Partido Revolucionario Popular de Mongolia marcó un viraje radical en la historia de la liberación nacional y social del pueblo mongol. El papel del PRPM en las transformaciones revolucionarias de Mongolia radicaba ante todo en que se convirtió en la organización de combate de los revolucionarios, que orientaba sus luchas hacia la consecución de un objetivo único. Sin una tal vanguardia combativa como era el PRPM no hubiera sido posible asegurara la victoria de la revolución popular, antiimperialista y antifeudal, ni movilizar a todas las fuerzas y tendencias de las masas fundamentales para conseguir este objetivo, ni contar con el apoyo y la ayuda del movimiento revolucionario internacional.

El rasgo más importante que caracteriza el papel del PRPM en la realización y desarrollo de la revolución popular reside en que aportó el elemento consciente a la lucha del pueblo mongol por su emancipación nacional y social y en que concretó las tareas inmediatas y finales de la revolución teniendo en cuenta la situación interior e internacional.

Para los círculos revolucionarios creados en los primeros tiempos en Urgua, los objetivos no estaban suficientemente claros. Pero después de que algunos revolucionarios mongoles visitaron la Rusia Soviética y se entrevistaron con representantes de la Internacional Comunista y con comunistas rusos después de que conocieron personalmente la experiencia y los éxitos de la revolución rusa, las tareas de los círculos revolucionarios se hicieron más claras y se concretaron. Los revolucionarios mongoles comprendieron que el camino de la liberación pasaba no sólo a través de la expulsión de los ocupantes foráneos, sino también a través de la liquidación del sistema feudal de servidumbre y de la instauración del poder popular. Esto lo atestigua claramente el mensaje que Suje-Bátor y otros revolucionarios redactaron en Irkutsk y enviaron al Gobierno de la Rusia Soviética en nombre del Partido Popular, y en el cual se decía: «Conseguida la independencia del país y utilizando la experiencia de otros países, desplegaremos la lucha por los derechos y los intereses de nuestro pueblo. El crecimiento de la conciencia nacional de los arats [campesinos ganaderos] nos permitirá impulsar la revolución y dentro de uno o dos años liquidar definitivamente los privilegios de los príncipe reinantes».

En la preparación ideológica del PRPM, en el esclarecimiento entre los trabajadores de los objetivos y las tareas del Partido, así como en la obra de introducir la conciencia revolucionaria en el movimiento de liberación nacional, jugó un papel enorme el periódico **Mongolin Unen,** que editaron los revolucionarios mongoles a finales del año 20. En sus páginas explicaban los revolucionarios mongoles las tareas fundamentales de la revolución popular en nuestro país, denunciaban la política colonial de los imperialistas respecto a Mongolia, indicaban la necesidad de expulsar del país inmediatamente a los ocupantes extranjeros y de unir a todas las fuerzas patrióticas. En el periódico se criticaba acerbamente la doblez de los grandes feudales y de las jerarquías lamaístas, que habían traicionado los intereses nacionales del país.

Los revolucionarios, conscientes de que su tarea práctica consistía en establecer el poder popular en el país, explicaban ampliamente la necesidad de crear el nuevo Gobierno de Mongolia sobre bases democráticas y mediante elecciones populares. Explicaban también pormenorizadamente la importancia de la Revolución de Octubre, daban a conocer la política interna y exterior de la Rusia Soviética y el apoyo que ella prestaba a los pueblos subyugados que luchaban por su libertad.

El Programa del Partido, aprobado en su I Congreso, jugó un gran papel en la determinación de los objetivos y las tareas del Poder popular y, con ello mismo, en la movilización de los arats trabajadores para la lucha revolucionaria contra los opresores extranjeros y domésticos.

La introducción al Programa del Partido le sirvió a éste como fundamento teórico para su actuación revolucionaria en el espíritu del marxismo-leninismo. En ella se indicaba que a medida que se extendiese la esfera de influencia del imperialismo se desenvolvería contra él la lucha de la clase obrera y se difundiría por el mundo la ideología de los partidos revolucionarios, que en la lucha mundial entre trabajo y capital la vencedora sería la clase obrera, que la lucha de los pueblos coloniales contra sus colonizadores habría de desarrollarse indefectiblemente, y que la victoria podría alcanzarse sólo gracias a la solidaridad y a los esfuerzos conjuntos de la clase obrera y de los pueblos coloniales.

En el documento se indicaba más adelante que la situación internacional era determinada por la victoria de la Revolución de Octubre y la lucha de dos mundos, que todo el sistema del imperialismo había madurado ya para la revolución. Al mismo tiempo, tanto la situación exterior como interior de Mongolia se examinaba en vinculación con los acontecimientos internacionales. Se señalaba que a pesar de que Mongolia continuaba atenazada por el régimen medieval, a la vez había caído también bajo el yugo del imperialismo mundial y por tanto se hallaba ante un viraje revolucionario. Poniendo de relieve la comunidad de intereses entre el movimiento de liberación nacional del pueblo mongol y la revolución proletaria mundial, el Programa expresaba la firme seguridad de que la Internacional Comunista y la Rusia Soviética ayudarían al pueblo de Mongolia en su lucha por la emancipación nacional y social. En el Programa se señalaba también el carácter antiimperialista y antifeudal de la revolución que se desarrollaba y fueron determinadas sus tareas concretas.

El papel dirigente del PRPM en la preparación y realización de la revolución antiimperialista y antifeudal fue el pactor decisivo de su victoria.

Fue el PRPM quien organizó la lucha armada del pueblo para liberar al país de la opresión colonial imperialista, para emancipar a los trabajadores del yugo feudal. Y supo atraer a esta lucha a todas las fuerzas patrióticas y progresistas de la sociedad mongola. El Partido apreció justamente el papel de la Rusia Soviética como poderoso baluarte del movimiento de liberación nacional de los pueblos subyugados y en nombre del pueblo mongol se dirigió al Gobierno soviético solicitando su ayuda. El Partido combatió a los compañeros de viaje que abandonaban la revolución en el período de las batallas decisivas por el Poder popular y organizó a las masas trabajadoras para desencadenar la lucha revolucionaria. El Partido supo elegir acertadamente la forma de llevar a cabo la revolución popular, creó un Estado Mayor central de la insurrección, las Milicias Populares y destacamentos de guerrilleros como fuerzas principales de la revolución.

«Sin el papel dirigente y orientador del Partido revolucionario —escribió Y. Tsedenbal—, capaz de utilizar la experiencia del movimiento revolucionario internacional, de tener en cuenta las particularidades del desarrollo histórico del país y de asegurar la alianza de los arats trabajadores de Mongolia con el proletariado victorioso de la Rusia socialista, habría sido inconcebible la victoria de la revolución nacional-libertadora y antiimperialista en Mongolia»[1].

Después de la victoria de la revolución popular y del paso del poder estatal a manos del pueblo, el PRPM entró en una nueva fase de su actuación.

De conformidad con la decisión del III Congreso de desarrollar el país por la vía no capitalista, en 1925 fue aprobado un nuevo Programa del Partido, en el cual se inscribieron las tareas de liquidar la clase de los feudales, desalojar al capital extranjero de la economía del país y transformar la relaciones políticas, económicas y culturales sobre la base de los principios democráticos; tareas estas que fueron realizadas felizmente por el pueblo mongol. El Partido luchó al mismo tiempo por la creación de nuevas ramas de la economía de tipo socialista. Como resultado, en esta primera etapa de la revolución fueron sentadas las bases de la industria nacional, del transporte, comunicaciones, comercio y sistema financiero-crediticio modernos.

Para los años cuarenta habían sido ya terminadas las transformaciones democráticas y nuestro país entró firmemente en el camino del socialismo. El X Congreso del PRPM, en marzo de 1940, hizo el balance de los éxitos logrados en la etapa democrática de la revolución y aprobó el programa de lucha para la construcción de las bases del socialismo.

En la etapa socialista de la revolución, el PRPM ha realizado un enorme trabajo para desarrollar la industria y la agricultura y para desplegar la revolución cultural. Con la ayuda de la Unión Soviética y de otros países socialistas ha crecido constantemente la industria socialista, se han creado nuevas ramas industriales como la minera, del petróleo, de la construcción y otras, se han desarrollado los modernos medios de transporte y

1 El 40 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre y el pueblo de Mongolia, Moscú, 1957, pág. 17.

comunicaciones, etc., todo lo cual ha conducido a la transformación de Mongolia, ayer país puramente agrario, en un país agrario-industrial.

Junto a esto, el PRPM ha resuelto satisfactoriamente una de las tareas más difíciles y complejas de la edificación socialista: la cooperativización socialista de la agricultura.

Actualmente la República Popular Mongola ha entrado en un nuevo período de su desarrollo, en el período de culminación de la edificación del socialismo, cuya tarea económica principal consiste en convertir a Mongolia en un país industrial-agrario. Así ha sido expresado en el nuevo Programa del Partido aprobado en su XV Congreso el pasado año.

Todo lo dicho anteriormente no significa que el desarrollo no capitalista de Mongolia transcurrió por un camino llano y que el PRPM no tropezó con ninguna dificultad. En el nuevo Programa del Partido se dice: «El PRPM condujo al pueblo mongol a victorias históricas gracias a su fidelidad sin reservas al marxismo-leninismo y a la aplicación creadora de sus tesis en las condiciones específicas de Mongolia, gracias a su lucha irreconciliable contra toda manifestación de puntos de vista ajenos al marxismo-leninismo, gracias a la educación de los trabajadores en el espíritu del comunismo, en el espíritu del patriotismo socialista y del internacionalismo proletario».

Para llevar a la práctica la doctrina leninista sobre la vía no capitalista de desarrollo del país, el PRPM hubo de superar la resistencia encarnizada de la clase feudal y la presión del elemento pequeñoburgués. A finales de los años 20 los oportunistas de derecha negaban la posibilidad de la vía de desarrollo no capitalista para la RPM y cometieron serias desviaciones de los principios del internacionalismo proletario. Con ello infirieron gran daño a la causa de la lucha resuelta contra el feudalismo y al desarrollo del país. A comienzos de la década del 30 causaron grave daño a las transformaciones revolucionarias los oportunistas de izquierda, quienes no tenían en cuenta las particularidades histórico-nacionales del país.

La raíz ideológica fundamental de las tergiversaciones de la línea general del Partido y de los ataques a su unidad en las distintas etapas de la revolución estaba en el nacionalismo y en los resabios nacionalistas.

Finalmente quisiera examinar algunas particularidades del desarrollo del PRPM, que nació como un partido campesino revolucionario y se convirtió en la vanguardia marxista-leninista, al frente de la lucha del pueblo mongol por la construcción del socialismo.

En los primeros tiempos, teniendo en cuenta las particularidades del desarrollo de la revolución, el Partido Revolucionario Popular de Mongolia aceptaba en sus filas a todos aquellos que estuvieran de acuerdo con sus tareas, expresadas en el Programa del Partido. Como consecuencia de esto el Partido sufría una creciente presión ideológica de la clase feudal y del elemento pequeñoburgués, lo que dificultaba en gran medida su actividad revolucionaria y su desarrollo marxista.

Por esto, a lo largo de todo su desarrollo histórico, el PRPM fue tomando sistemáticamente medidas para fortalecer sus filas con los mejores representantes de los arats, de la clase obrera y de la intelectualidad popular, y depuró periódicamente sus filas limpiándolas de elementos extraños.

Una particularidad importantísima en el desarrollo de nuestro Partido es que desde su nacimiento estableció relaciones con el movimiento comunista internacional, mantuvo estrecho contacto con la Internacional Comunista y con el PCUS, se guió invariablemente por las enseñanzas y los consejos de Lenin, el gran jefe de los trabajadores de todo el mundo. Gracias a esto, el PRPM, durante todo el curso de su desarrollo y a base de los principios del marxismo, se fortaleció constantemente en el orden ideológico y organizativo.

En nuestros días se tropieza en algunas partes con la creencia errónea de que el marxismo—leninismo sólo es válido para los países capitalistas desarrollados y no es aplicable en los países agrarios atrasados, donde la masa fundamental de la población son los campesinos. Pero el desarrollo histórico de la RPM muestra con toda nitidez la inconsistencia de tales opiniones.

El marxismo-leninismo, como doctrina de la clase obrera que se plantea como objetivo la liquidación definitiva de toda explotación y el establecimiento de la sociedad comunista sin clases, defiende consecuentemente los intereses vitales no sólo de la clase obrera, sino de todos los trabajadores.

La experiencia de nuestro Partido confirma que el marxismo-leninismo es la única arma ideológica justa; ella alumbra el camino de la liberación, del progreso social y del desarrollo para las grandes masas trabajadoras.

El resultado principal de la actividad del PRPM consiste en que, realizando al comienzo transformaciones democráticas y después transformaciones socialistas en la vida de nuestro país y asegurando un rápido crecimiento de las fuerzas productivas, ha convertido a la antigua Mongolia atrasada y colonial-feudal en un Estado socialista. Actualmente el PRPM dirige con seguridad la actividad dinámica de los trabajadores para llevar a término la construcción del socialismo.

La experiencia histórica del PRPM demuestra que supo determinar acertadamente el camino y las posibilidades de desarrollo de la atrasada Mongolia hacia el socialismo, desarrollo que se ha realizado en un corto plazo histórico, eludiendo la explotación capitalista. El Partido supo ligar

los esfuerzos revolucionarios de nuestro pueblo con la ayuda desinteresada del país del proletariado victorioso, asegurando el triunfo del socialismo en nuestro país y confirmando en la práctica la justeza de la tesis sobre la construcción del socialismo en países atrasados.

Túnez

MOHAMED HARMEL,

miembro del Buró Político y secretario del Comité Central del Partido Comunista de Túnez

En su libro **La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo,** Lenin subrayaba que la Revolución de Octubre tenía importancia internacional no sólo en un sentido amplio, por la profunda influencia que había de ejercer sobre el movimiento revolucionario en todo el mundo, sino también en un sentido estrecho, a saber, que aparte de aquellos rasgos vinculados con las circunstancias específicas de Rusia, sus rasgos fundamentales habían de manifestarse de una u otra forma en todos los países que emprendieran el camino socialista. «El ejemplo ruso —escribía Lenin— muestra a **todos** los países algo muy esencial de su futuro próximo e inevitable».[1]

El desarrollo del movimiento revolucionario en todos los continentes, incluidos los países de Africa y Asia, ha confirmado la justeza de la tesis de Lenin. Las vías y las formas del paso al socialismo son cada vez más variadas debido a las particularidades de cada país, al nivel de su desarrollo, a sus tradiciones nacionales; pero la esencia de todos estos caminos es una: toda revolución socialista, pacífica o no, ha de subordinarse a determinadas leyes del desarrollo, generales y particulares. Se trata de complejas interrelaciones y de una dialéctica viva que las fuerzas revolucionarias deben comprender y asimilar para dirigir acertadamente el proceso de transformación social de su país. La Gran Revolución Socialista de Octubre, que abrió una nueva era en la historia de la humanidad, la era de las revoluciones socialistas, les ofrece una experiencia de valor excepcional. Aunque nuestra época se diferencia de la época en que triunfó la Revolución de Octubre, aunque hoy los pueblos pueden marchar por caminos distintos del que siguieron los comunistas rusos, emplear otras formas de lucha, otras formas de dirigir y organizar el movimiento, las ideas fundamentales de Octubre conservan toda su importancia y su actualidad.

Esta dialéctica de lo general y lo particular, de las exigencias esenciales y de las condiciones específicas, puesta de relieve por la Revolución de Octubre, se hace cada vez más compleja cuando se trata de países en vías de desarrollo donde están ausentes las premisas materiales para el socialismo, donde la clase obrera es poco numerosa y donde el partido de los trabajadores, si es que existe, no dirige el movimiento.

La Revolución de Octubre triunfó en un período en que en Africa y Asia dominaba el colonialismo, que había implantado allí la explotación más vergonzosa y el yugo más brutal. El movimiento de liberación se encontraba entonces en su etapa inicial y se planteaba objetivos limitados.

El triunfo de la revolución de los obreros y los campesinos en un país inmenso fue para los pueblos de los países coloniales un vivo rayo de esperanza. La victoria de la revolución les demostró, en primer lugar, que podían vencer a los opresores por fuertes que fueran. Como resultado de aquella victoria surgió el primer Estado que había de ser el poderoso y fiel aliado de los pueblos en lucha.

El pueblo de Túnez, estimulado por la Revolución de Octubre y pese a la represión colonialista, desplegó ampliamente la lucha de liberación nacional. En 1920 nació el Partido Liberal Constitucional, del que saldría más tarde el Neo-Destur, que respondía a las exigencias de crear un partido nacional capaz de organizar la lucha contra el colonialismo.

En aquel tiempo encabezaban el movimiento nacional intelectuales procedentes de la gran burguesía, pero ya iban apareciendo las primeras organizaciones sindicales, algunos de cuyos dirigentes aceptaban las ideas del comunismo, y más tarde surgió el primer núcleo del Partido Comunista.

Hoy, cincuenta años después de la Revolución de Octubre, el sistema colonial del imperialismo se ha disgregado totalmente. Muchos de los países no ha mucho liberados, y entre ellos Túnez, han terminado prácticamente el cumplimiento de las tareas de la revolución puramente nacional. El movimiento de liberación nacional adquiere mayor profundidad. En la etapa actual ya no encaja en los marcos limitados de los programas liberal-burgueses. Las exigencias de la lucha por la independencia económica y la lucha efectiva contra el atraso conducen al movimiento hacia nuevos objetivos más avanzados, hacia la necesidad de elegir el camino de desarrollo no capitalista.

El socialismo es una idea nueva en Africa. Antes era un concepto desconocido o un espantajo. Hoy es una aspiración de masas cada vez más vastas y de numerosos partidos políticos importantes que desean continuar jugando un papel destacado en sus países e inscriben el socialismo en sus programas y hacen de él su bandera. Esta situación refleja inequívocamente la enorme fuerza de atracción de las ideas del socialismo, que son las ideas victoriosas de Octubre. No obstante, la expansión de la popularidad del socialismo exige establecer ciertas diferenciaciones. Mientras algunos partidos africanos proclaman su adhesión al socialismo científico y se aproximan a las posiciones del marxismo en una serie de cuestiones importantes, otros, en cambio, continúan al margen del marxismo e incluso contraponen sus concepciones socialistas a la teoría del socialismo científico.

En Túnez, durante varios años después de la independencia, el partido desturiano se pronunció oficialmente por el socialismo, pero por un socialismo desturiano. Nosotros no ocupamos una posición completamente negativa frente al «socialismo desturiano» y lo que recusamos de él no es el calificativo de «desturiano» como tal, sino el sentido que le dan para oponerlo al socialismo científico y al marxismo.

Sólo por desconocimiento o por una deformación del marxismo se puede afirmar que éste es aplicable únicamente en aquellos países donde el capitalismo está desarrollado y donde se manifiestan rotundamente las contradicciones de clase entre el proletariado y la burguesía. De este modo se absolutizan las particularidades específicas de los países en vías de desarrollo y se niega la posibilidad de aplicar las leyes generales del tránsito al socialismo.

Y cuando se trata de ver en qué consiste esta especificidad absoluta en que parece apoyarse el «socialismo desturiano», se descubren en realidad nociones muy antiguas, que no nacieron en Túnez ni en Africa, sino en Occidente. No sólo no contienen nada específico, sino que repiten las tesis ideológicas del reformismo burgués, que pretende contener el movimiento, desentenderse de las contradicciones sociales realmente existentes y generadas por la lógica del desarrollo, enmascarar estas contradicciones, tratar vanamente de conciliarlas y evitar la vía de desarrollo no capitalista. Confrontadas con la realidad del país, cuyas particularidades y originalidad dicen reflejar, estas nociones resultan ser estrechas y anticuadas concepciones, incapaces de dar una respuesta correcta y científica a las nuevas exigencias y a las perspectivas de la revolución nacional-democrática.

La vía de desarrollo no capitalista es hoy una realidad viva. Ya no se plantea la cuestión de si es posible o no, puesto que ya existe y por ella marchan algunos países. La experiencia de estos países es una comprobación práctica de la tesis leninista y, al mismo tiempo, un estímulo para nuevas reflexiones teóricas.

¿Cuál es la relación entre la vía no capitalista y la vía socialista? La expresión «vía no capitalista» puede hacer pensar que se trata de un tercer camino, de una nueva formación social. En realidad es una alternativa al capitalismo, una etapa transitoria de desarrollo para los países no hace mucho independizados, donde los métodos no capitalistas crean las condiciones indispensables para el paso al socialismo, orientan el país hacia el socialismo. Esta etapa no es idéntica a la etapa de construcción del socialismo, pero entre ella y el socialismo no hay ninguna muralla china, puesto que el desarrollo de un país sobre bases no capitalistas sólo puede conducir al socialismo. Pero este tránsito no se efectúa de una manera mecánica y automática. Para su realización son necesarios determinados cambios cualitativos ideológicos, políticos y sociales.

Gracias a la victoria del socialismo primero en un país y luego en muchos, gracias a la existencia del sistema socialista mundial que presta a los jóvenes Estados independientes ayuda directa política, económica y militar, se ha creado en el mundo una situación nueva que permite que cualquier país, independientemente de su extensión, pueda defender su soberanía y conseguir una independencia auténtica. Algunos de estos países se han visto precisados por la propia lógica de la revolución nacional-democrática a salirse de los estrechos marcos del capitalismo y entrar en el camino del progreso, en el camino de desarrollo no capitalista.

La alianza de estos países con la Unión Soviética y los otros Estados del sistema socialista mundial es un factor decisivo de su victoria sobre el imperialismo, que no ha renunciado, como lo atestigua la agresión israeli, a golpear al movimiento de liberación nacional y pone todos sus esfuerzos en liquidar los regímenes progresistas, en primer lugar en la RAU y Siria.

Aprovechándose de los últimos acontecimientos en el Cercano Oriente, determinadas fuerzas han emprendido vanos intentos de romper esta unidad tan necesaria, gracias a la cual se han conseguido tantos éxitos y que es la garantía de nuevos triunfos en el futuro.

Es evidente que todas las fuerzas progresistas de los países árabes deben sacar las debidas enseñanzas de estos acontecimientos. El camino que conduce a la liquidación completa del imperialis-

1 *Obras Completas*, t. XXXI, pág. 16. Ed. Cartago.

mo en los países árabes no es un camino llano. En él hay todavía muchos obstáculos y trampas que exigen, para ser superados, una apreciación objetiva de la situación y de los objetivos a alcanzar, la defensa y la consolidación de los regímenes progresistas, que son una conquista del movimiento de liberación, la unidad de todas las fuerzas progresistas del mundo árabe y su alianza con la Unión Soviética y los otros países del sistema socialista, con el movimiento obrero y democrático de los países capitalistas.

Los actuales dirigentes chinos continúan orientando sus golpes contra el país de la Revolución de Octubre, haciendo todo lo posible no para debilitar al imperialismo, no para facilitar la movilización de fuerzas contra su creciente agresividad, sino, en realidad, para aislar al movimiento de liberación nacional de sus aliados naturales y verdaderos.

Sin embargo, cualesquiera que sean las dificultades temporales, el movimiento emancipador y los países que han emprendido la vía no capitalista sabrán desbaratar todas las intrigas del imperialismo norteamericano e inglés, conquistar nuevas victorias y continuar avanzando hacia el socialismo.

A veces se hace la objeción siguiente: ¿Cómo es posible que estos países puedan ir al socialismo, si el Poder, que es realmente la cuestión principal de toda revolución, no pertenece directamente a los trabajadores? ¿No constituye esto una especie de «excepción» de las leyes generales del paso al socialismo? Se puede llegar a tales conclusiones si se limita el contenido de las leyes generales, si se examinan las perspectivas de estas revoluciones solamente desde el punto de vista del desarrollo interno de este o aquel país, sin vincularlas con el desarrollo general de la sociedad en la época del paso del capitalismo al socialismo en escala mundial, y si se examinan estas perspectivas desde un punto de vista estático.

En primer lugar, las revoluciones nacionales son partes integrantes del proceso revolucionario mundial. Si en el ámbito de un país capitalista la clase obrera juega un papel dirigente en relación con las otras clases, en escala mundial el proletariado encarnado en el sistema socialista mundial se halla a la vanguardia de las masas no proletarias del Tercer Mundo. Esta idea de la hegemonía del proletariado, no a escala de cada país, sino a escala internacional, idea que fue formulada hace algún tiempo, es completamente justa. Por esto se explica que en los países en vías de desarrollo se estén realizando cambios profundos sin que sean dirigidos por la clase obrera y su partido. Sin embargo esta hegemonía a escala internacional no es suficiente para asegurar el paso al socialismo. Además, ella no puede reemplazar a las fuerzas político-sociales en el interior de cada país. Existe diferencia entre las repúblicas soviéticas del Oriente —que se desarrollaron no solamente en alianza con el proletariado ruso, sino en estrecha unión con él en el marco de un solo Estado, el Estado soviético— y los países que han emprendido la vía no capitalista en el marco de su propio Estado. El contenido del poder estatal en estos países debe adquirir profundidad gradualmente y radicalizarse en relación con el creciente papel que juegan allí los obreros y los campesinos, a fin de que ellos puedan marchar adelante por el camino que conduce al socialismo.

El acontecer histórico ha demostrado que la realización integral de los objetivos de la revolución nacional-democrática no puede ser lograda bajo la dirección exclusiva de la burguesía, sino únicamente bajo la dirección de las fuerzas más avanzadas, que agrupen a los representantes de los sectores proletarios y no proletarios de la ciudad y del campo, así como a representantes de la pequeña burguesía y de una parte de la burguesía nacional. Se ha observado también una evolución ideológica y política de dirigentes procedentes de la intelectualidad y de la pequeña burguesía, que se han aproximado a las posiciones de la clase obrera y del marxismo. Esta tendencia ha de reforzarse a medida que crecen las fuerzas del socialismo en el mundo. En el curso del proceso revolucionario se producen diferenciaciones y deslindes que conducen a la eliminación de los elementos derechistas, a la radicalización del proceso, a destacar al primer plano a los elementos más revolucionarios.

Los comunistas deben desarrollar por todos los medios la actividad unitaria, a fin de favorecer la evolución de los patriotas revolucionarios sin esperar a que este proceso sea perfecto y sin errores. Deben apoyar todas las medidas progresistas que se aplican en los jóvenes Estados independientes de Africa y Asia. Pero al mismo tiempo sería equivocado idealizar en cualquier grado estas medidas, olvidarse de las insuficiencias de estos patriotas, del camino que aún tienen que recorrer y de los errores que deben evitar. Como quiera que sea, los comunistas no son espectadores de la historia. Deben participar activamente en ella, en alianza cada vez más estrecha con todas las demás fuerzas revolucionarias que trabajan para crear las condiciones de la edificación del socialismo en sus países.

La lucha de los países en desarrollo aportará todavía no pocos rasgos originales a la diversidad de vías de paso al socialismo, pero su esencia será la misma, una esencia anticapitalista. Lo particular y lo general, lejos de excluirse, están íntimamente ligados.

En las experiencias de los países en desarrollo progresistas encontramos la influencia de las ideas de Octubre: el afán por la movilización de las masas, la destrucción del viejo aparato del Estado, la creación de un Partido de vanguardia. Las transformaciones económicas y sociales, a pesar de que no tengan todavía carácter socialista, recuerdan el plan leninista de construcción del socialismo [industrialización, cooperativismo, revolución cultural].

Nosotros creemos que incluso en Túnez algunos fenómenos positivos pueden ser utilizados para elegir la vía de desarrollo no capitalista, vía que el Gobierno rechaza por motivos ideológicos y de clase. Naturalmente que existen también aspectos negativos, en particular el no reconocer el papel de las masas populares y el desplazamiento de las fuerzas progresistas, la negación arbitraria de las clases y de la lucha de clases, la obstinación en conciliar a explotadores y explotados, a izquierdistas y derechistas, y en proseguir la vieja política exterior. Se observa un terco afán de seguir la vía capitalista, lo cual se manifiesta en las concesiones al capital privado a expensas del sector estatal. Existe la tendencia a rechazar la democracia y a resolver los problemas por métodos represivos. Es conocido, por ejemplo, que el Partido Comunista de Túnez y la prensa de izquierda fueron prohibidos en 1963, y que recientemente, después de las manifestaciones antiimperialistas habidas en la capital, comunistas y otras personas progresistas tuvieron tropiezos con la policía. En una palabra, se intenta ignorar la dialéctica normal y lógica del desarrollo de la revolución nacional-democrática.

Estos aspectos negativos existen. Pero hay también un comienzo de la industrialización, el sector estatal tiene un peso considerable, se procede a la nacionalización de las tierras de los colonos, está en marcha la creación de cooperativas agrícolas, se practica una política de planificación. Y lo principal es que existe una tendencia a la realización de reformas, que, pese a sus insuficiencias y a sus errores, puede jugar un papel más positivo si cuenta con el apoyo de las fuerzas progresistas del país. A pesar de las serias discrepancias con la corriente reformista desturiana, los comunistas tunecinos, que están muy lejos del sectarismo, han laborado mucho por el desarrollo de la conciencia unitaria. Y van a proseguir esa labor, para que todas las fuerzas progresistas y patrióticas, las que están dentro del Partido Socialista Desturiano y las que están fuera de él y se oponen a los aspectos negativos de la política del Gobierno, se unan y creen las condiciones que permitan a Túnez terminar con las actuales inconsecuencias y entrar por fin en la única vía acorde con los intereses de su pueblo, en la vía no capitalista.

En vísperas del 50º aniversario de la Revolución de Octubre, los pueblos de los jóvenes Estados liberados dirigen su mirada hacia su gran amiga, la Unión Soviética, que siempre está dispuesta a apoyarles, a ayudarles fraternalmente, a evitarles los sacrificios que hubo de hacer el pueblo soviético para convertir su país en lo que es hoy, a procurar que aprovechen su inagotable experiencia.

Panamá

RUBEN CASTELLANOS,

miembro del Comité Ejecutivo y de la Comisión Política del Comité Central del Partido del Pueblo de Panamá

Las ondas del estallido revolucionario en Rusia en 1917 llegaron hasta las lejanas costas del Istmo de Panamá. La influencia de este grandioso hecho histórico que cambiaría el destino no sólo del pueblo ruso, sino de toda la humanidad, se dejaría sentir de forma cada vez más profunda en los futuros movimientos revolucionarios de nuestro país.

Hasta los años veinte todos los movimientos populares de repulsa a los gobiernos liberales y al imperialismo eran dirigidos por sectores de la clase media panameña, sin pretender disputarle a la ideología burguesa su dominio absoluto. Es a partir de la Gran Revolución Socialista de Octubre que en el seno del movimiento aparece la teoría revolucionaria que le disputa a la ideología liberal-burguesa el dominio sobre las masas populares.

A comienzos de la década del 20 aparecen los primeros grupos marxistas en el seno del movimiento revolucionario panameño. Se organizan sindicatos y se estructura un movimiento popular, sobre cuya base surge, al final de aquella década, el Partido Laborista, que agrupaba en su seno fundamentalmente a artesanos, aunque también participaban en él sectores de la intelectualidad panameña. En la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, en junio de 1929, Carigani, delegado panameño, dijo lo siguiente: «Estábamos en los momentos en que el imperialismo expoliaba más a los trabajadores y como no existían en Panamá otros partidos políticos que los organizados alrededor de algún caudillo burgués,

un grupo de militantes sindicales pensamos en la necesidad de arrancar a esa masa obrera que seguía a la política del capitalismo, formando un partido político que se llamó Partido Laborista.» Y más adelante, al caracterizar a dicho partido, decía que «tanto por su programa, por su ideología, como por su organización responde a las exigencias de la Internacional Comunista, y en el próximo Congreso que realizaremos en enero se adherirá a la Tercera Internacional».

El 4 de abril de 1930, del seno del Partido Laborista surgió el Partido Comunista de Panamá, fundado por 12 heroicos y abnegados comunistas. La constitución del Partido Comunista de Panamá fue un hecho histórico importante para las futuras luchas de nuestro pueblo por su liberación.

El Partido Comunista de Panamá ha pasado desde aquella memorable fecha por tres claros períodos de su desarrollo. El primer período, que nosotros llamamos el «período del viejo Partido Comunista», se caracterizó porque en él no se ligaba la teoría marxista-leninista al análisis de la realidad panameña, y se prolongó hasta los primeros años de la década del 40. El segundo período, en que en el Partido reinaba el eclecticismo, va de 1943 —que es cuando se funda el Partido del Pueblo de Panamá— hasta 1950, cuando la corriente marxista en su seno logra dar un viraje y transformarlo en un verdadero partido comunista. Y el tercer período, que parte de aquella fecha —1950—, llega hasta nuestros días.

Nuestro Partido, después de su III Congreso de 1951, ha luchado por aplicar el marxismo-leninismo al estudio de nuestra realidad nacional y erradicar de él todo dogmatismo y sectarismo, así como todo eclecticismo, desviaciones éstas en que en diferentes momentos se había caído en el pasado. Estos esfuerzos han marcado un nuevo jalón en el desarrollo de nuestra teoría lo cual nos ha permitido no sólo consolidar al Partido y desarrollarlo, sino, y esto es lo principal, indicar a las amplias masas el correcto camino para su liberación.

En la trayectoria del desarrollo del marxismo-leninismo en Panamá hemos tenido que analizar el problema de la dirección del movimiento popular, del papel de las clases sociales en el seno de nuestra nacionalidad, la formación e historia de nuestro Partido, el carácter de la revolución que tenemos planteada, sus fuerzas motrices y su vía de desarrollo, la cuestión de los aliados etcétera.

Quisiera hablar aquí de cómo nuestro Partido resuelve algunos de estos problemas.

Durante los últimos quince años los comunistas panameños hemos luchado contra toda clase de sectarismo y dogmatismo, porque consideramos que es en nuestro caso el peligro mayor, que impediría un desarrollo creador de la teoría marxista aplicada al análisis de la realidad objetiva de nuestro país. Al analizar la situación que teníamos a finales de la década del 40 nos impusimos firmemente como tarea permanecer vigilantes ante cualquier síntoma que pudiera aislarnos de las masas y desviar el rumbo del Partido.

En el VI Pleno Ampliado del CC de nuestro Partido [septiembre de 1956], realizamos un análisis escueto y objetivo del pasado histórico. Y fue allí precisamente cuando comprendimos que «a pesar de que el comunismo es la ideología del proletariado, en Panamá no ha surgido del proletariado y en la actualidad el proletariado panameño no actúa bajo la dirección de esta ideología».[1]

En el informe aprobado en el Pleno se indicaba que «nuestro Partido es el producto de la evolución política social económica y cultural de la clase media».

¿Quiere decir que por el hecho de que nuestro Partido no es el producto directo de la clase obrera, no sea un partido comunista? Nos parece que plantear el problema así sería un tanto dogmático y mecánico. El problema hay que analizarlo teniendo en cuenta la situación real de nuestro país. Es decir, la situación de un país con un escaso desarrollo económico, con una clase obrera numérica y cualitativamente débil, con un movimiento popular combativo en el cual los sectores de clase media marchan en la avanzada. Nuestro Partido es el Partido Comunista de los panameños porque en su actuación se guía por los principios de la **ideología** del proletariado, porque **representa los intereses de clase de éste** y porque su **objetivo** es la toma del Poder por las masas explotadas, para en definitiva, bajo la dirección de la clase obrera, erradicar de nuestro suelo todo tipo de explotación del hombre por el hombre e instaurar la sociedad comunista.

Así, pues, «nuestro Partido no es el producto de un ascenso político de la clase obrera. Por el contrario, apareció en ausencia de ese ascenso». De esto se desprendían tareas concretas nada fáciles para nuestro Partido. Ellas consistían no sólo «en educar a la clase obrera en su propia ideología, sino en propiciar su participación inmediata en el movimiento democrático»[2].

En este mismo Pleno nosotros declaramos que «a pesar de que no tenemos el apoyo del proletariado panameño, es posible apoyarse en otros sectores de clase y llegar a ser una fuerza política».

Dicho de otro modo: nuestro Partido, aún comprendiendo toda la importancia de la participación activa y dirigente del proletariado en el movimiento revolucionario para el triunfo de la revolución, considera que no es una condición obligatoria y previa al comienzo de la lucha revolucionaria, la hegemonía del proletariado. Nosotros hemos conducido esta lucha apoyándonos en aquellas fuerzas sociales que ya estaban o están dispuestas a la lucha, considerando que es precisamente ese el camino [y no los métodos de la propaganda pura] para atraer con más eficiencia a la clase obrera a las batallas políticas y revolucionarias.

1 Resolución del VI Pleno del CC. del PPP.
2 Resolución del VI Pleno del CC. del PPP.

Este análisis nos permitió romper con los esquemas y vestigios negativos del pasado, con las tendencias a la pasividad y al quietismo, con los métodos puramente propagandísticos, e impulsar la lucha del Partido por la conquista de las masas y a su vez impulsar la lucha de las masas por las conquistas sociales y políticas. También nos ayuda a «despertar a la clase obrera y que asuma la dirección» del movimiento revolucionario, antioligárquico y antiimperialista.

Todo este conjunto de ideas conformaron, por decirlo así, nuestra conducta posterior, lo que nos ha permitido encauzar el movimiento popular democrático por las sendas revolucionarias, elevar la conciencia nacional de nuestro pueblo frente a sus enemigos fundamentales: la oligarquía y el imperialismo, desarrollar las luchas de clases e incorporar grandes sectores de clases a la lucha.

Ya en el IX Pleno Ampliado de nuestro Comité Central, en 1962, analizamos más concretamente el carácter de nuestra revolución, las fuerzas interesadas en ella y la vía para la toma del Poder por las fuerzas revolucionarias. Allí, en aquel entonces, dijimos que la revolución que Panamá necesita en estos momentos es antifeudal y antiimperialista en cuanto a sus objetivos, y por la composición de las fuerzas que en ella habrán de participar nuestra revolución es popular. Dijimos además que los dos objetivos de esta revolución: el derrocamiento de la oligarquía y la expulsión del imperialismo, no pueden realizarse al mismo tiempo, teniendo en cuenta la situación nacional e internacional prevaleciente. De esto no puede inferirse la falsa conclusión de que pospongamos la lucha contra el imperialismo. Dividimos, pues, la etapa actual en dos fases: una antioligárquica y otra antiimperialista, sin que signifique ello que entre ambas exista una muralla sin que signifique ello que entre una y otra fase exista un período indefinido y largo. Por el contrario, están íntimamente ligadas, sólo que, como se dijo en el Pleno: «La profundidad de la contradicción que existe entre el pueblo y el imperialismo, y la contradicción que existe entre el pueblo y la oligarquía, difieren en maduración e intensidad». Nosotros creemos que una fase condiciona, de cumplirse con los requisitos necesarios, el paso ininterrumpido a la otra, y de esta etapa a la etapa socialista.

Estas tesis programáticas de nuestro Partido se han visto confirmadas con la experiencia práctica del movimiento popular revolucionario panameño en sus luchas contra la oligarquía y el imperialismo.

El Partido ha planteado ante las masas populares la tarea de un cambio revolucionario para salir de la situación crítica en que viven y para alcanzar nuestra unidad nacional, seriamente lesionada por la presencia física del imperialismo en nuestro país.

En nuestro IX Pleno el CC declaró: «No abrigamos la ilusión de que tal cambio se producirá por la vía electoral. Por todos los factores que influyen en la lucha social en nuestro país en estos momentos, e independientemente de nuestros deseos, un cambio político revolucionario tiene que hacerse por medios violentos. Pero esa violencia no puede partir de nosotros, **abstraída de la lucha de las masas, ni recurrirse a ella en forma artificial** [el subrayado es nuestro — R.C.] Esa violencia tiene que ser la consecuencia lógica de una situación de fuerza creada por el imperialismo, la oligarquía y sus demás agentes, que, ante el evidente riesgo de perder el Poder, ante la inminencia de la acción revolucionaria, liquiden todo vestigio de democracia y le cierren todas las vías a la lucha de masas. Cuando ese momento llegue, no quedará más que el camino de los hechos... No podemos esconder nuestro interés de obligar al imperialismo y a sus aliados nacionales a quitarse la careta democrática y a que se presenten en toda su desnudez reaccionaria. Precisamente nosotros debemos precipitar ese desenmascaramiento.»

Basándonos en el análisis y estudio de la realidad concreta y objetiva de la problemática panameña, planteamos que hoy en Panamá es posible una revolución que expulse del Poder a la oligarquía y libre a nuestro país de la opresión del imperialismo yanqui. En nuestro IX Pleno declaramos que «la oligarquía no puede seguir gobernando sin que en cualquier momento provoque una revolución, y que, objetivamente, ha agotado su espacio histórico».

Varios hechos nos comprueban esta aseveración. Diversos movimientos huelguísticos han estremecido al país, y el hecho más notorio, que es la lucha contra la agresión imperialista de enero de 1964, puso de manifiesto clara y palpablemente para las masas el papel traidor, claudicante y entreguista de la oligarquía.

Pero si es posible esta revolución en Panamá, tal cual nosotros sostenemos, ella se realizará si «somos capaces de conducirla conforme a nuestro propio proceso, si sabemos definir sus objetivos con claridad, si sabemos agrupar a las fuerzas que hay que unificar en estos momentos y si sabemos elegir el blanco donde hay que pegar hoy».[1]

Comprendemos perfectamente que los comunistas solos no podemos realizar la revolución; por eso nos hemos planteado una amplia política de

1 Resolución del IX Pleno del CC. del PPP.

alianzas. Es claro que en el seno del movimiento revolucionario panameño han surgido, surgen y tal vez surgirán en el futuro diferencias, pero esas diferencias no son necesariamente ideológicas, sobre todo cuando se trata de la juventud radicalizada, pues no se refieren a los objetivos revolucionarios, sino que se refieren a diferencias en cuanto a quién debe dirigir, en cuanto a las clases sociales que deben participar en dicha revolución y en cuanto a los medios para lograr tales cambios.

De aquí llegamos a la conclusión de que las contradicciones que se dan en las filas antioligárquicas no deben ser el centro de nuestra actividad política, de que no se puede, diciéndolo con palabras de Lenin, convertir la lucha contra las desviaciones en una especie de deporte. El objetivo fundamental al cual se subordina toda nuestra actividad consiste en la organización y realización de la ofensiva frontal contra el enemigo común. Y consideramos como política verdaderamente marxista—leninista, proletaria, sólo aquella política que nos acerque a este objetivo.

En el seno de nuestra sociedad panameña existen dos tendencias que, a pesar de todos sus errores, deben ser nuestros aliados porque ambas desean el cambio radical del actual estado de cosas. Una es la tendencia izquierdista que, en Panamá, no cree en las acciones de las masas como motor de la revolución; y la otra es la reformista, que pretende poner en manos de los intelectuales de clase media la dirección del movimiento, rehuyendo las formas violentas de lucha y frenando el desarrollo de la lucha de masas, propugnando cambios pacíficos y viendo en las elecciones el único medio para lograr las transformaciones necesarias.

En relación con estas tendencias nuestra actitud tiene que ser flexible y paciente, nuestras diferencias con ellas debemos resolverlas dentro de un espíritu fraternal, tratando de llevarlas a posiciones más consecuentemente revolucionarias.

Vinculado con todo esto, hemos tenido que plantear el problema de la dirección revolucionaria. Creemos, y así lo hemos dicho clara y firmemente, que «el único que puede garantizar, no sólo la realización de esta revolución, sino su profundización, es nuestro Partido». «Porque él no sólo está armado con la capacidad de análisis y estudio del marxismo—leninismo, sino que se nutre de lo más puro de nuestra clase obrera y con los estudiantes e intelectuales más honestos y se apoya en el avance incontenible de la revolución mundial.»[1]

Nosotros, los comunistas panameños, «no pretendemos tener la verdad bajo el brazo». Pero es un hecho incontrovertible que en Panamá es nuestro Partido la organización que, pertrechada con las enseñanzas de Lenin y del glorioso Gran Octubre, más ha avanzado no sólo en el análisis teórico, sino en la movilización de las masas para la lucha y la que, de manera clara también, ha indicado el camino para la toma del Poder por las fuerzas revolucionarias.

He tratado de explicar brevemente algunos momentos importantes en la actividad teórica y política de nuestro Partido. He querido hacer énfasis en cómo nuestro Partido, luchando contra toda clase de dogmatismo y sectarismo, se ha ido abriendo paso en las condiciones difíciles en que trabaja, guiado por los principios del marxismo—leninismo, guiado por las profundas y sabias experiencias de la Gran Revolución Socialista de Octubre de 1917 en Rusia, que marcó el inicio de una nueva época para la humanidad, época de las revoluciones sociales y de liberación nacional, época del triunfo del socialismo y del comunismo en todo el mundo.

Por último, quisiera decir que el leninismo, guía fundamental de la Revolución de Octubre, es la guía para todos los destacamentos de vanguardia del movimiento revolucionario. Su espíritu creador y constantemente renovador, constantemente crítico, exige de nosotros esa constante autocrítica y observación permanente de la situación concreta para poder escudriñar los nuevos fenómenos que van surgiendo. Lenin y la revolución por él conducida al triunfo se caracterizan por ese espíritu audaz frente a las nuevas situaciones que aparecen, espíritu audaz y creador para el análisis y la acción en cualesquiera situaciones.

---

1 Resolución del IX Pleno del CC. del PPP.

Honduras

MARIO SOZA,

miembro de la Comisión Política del Comité Central del Partido Comunista de Honduras

En octubre de 1917 se abrió un nuevo período histórico, de la crisis general del capitalismo, que se prolonga hasta nuestros días en su tercera fase.

Para los comunistas hondureños, la significación histórica de la Gran Revolución de Octubre, expresada esta significación en forma sucinta, reside en el hecho de que confirma en la práctica de la vida la justeza de las geniales concepciones científicas de Marx y Engels y el posterior desarrollo teórico de estas concepciones, hecho por Lenin.

La vida ha confirmado las geniales tesis leninistas acerca de la revolución proletaria, el partido de nuevo tipo con carácter de necesidad, así como la posibilidad de construir el socialismo en un solo país. Todos estos elementos, comprobados en la práctica de la vida, constituyen el bagaje teórico heredado de la Gran Revolución Socialista de Octubre, la cual armó a la clase obrera con una teoría que hace posible transformar en realidad los deseos de las masas populares y los más hermosos sueños de los mejores hijos de la humanidad.

Octubre de 1917 abrió para el mundo colonial y semicolonial un período de grandes luchas, que culminan en este momento histórico con el hundimiento definitivo del oprobioso sistema colonial, al que se aferran las potencias imperialistas, utilizando para ello todos los medios a su disposición; ya sea ensangrentando al cien veces heroico pueblo del Vietnam, lanzando a la guerra a los pueblos del Medio Oriente, amenazando a la Cuba revolucionaria, o bien, recurriendo a los subterfugios del neocolonialismo, manifestado en diferentes formas en Africa, Asia y América Latina.

La existencia del primer Estado de obreros y campesinos condicionó favorablemente, desde sus inicios, el proceso nacional—liberador de nuestros pueblos; de aquella época son los grandes movimientos de liberación en el Medio Oriente y China, así como el surgimiento de los partidos comunistas, los primeros destacamentos de vanguardia conscientes y organizados en nuestro continente, cuyo papel no ha sido negado por ningún acontecimiento histórico, sino por el contrario, se manifiesta ahora, ante las nuevas condiciones, como indispensable requisito para obtener el éxito en nuestras luchas.

La construcción del socialismo en la URSS y su paso a la creación de la base técnico—material para la sociedad comunista, así como los grandes avances del sistema socialista en la esfera de la producción, son el **ejemplo** que ha encendido el cerebro de las masas del mundo colonial y semicolonial, señalándole nuevas rutas y abriéndole nuevas posibilidades a los pueblos; constituyendo simultáneamente la **base material** que facilita nuestras luchas de liberación, bajo las nuevas condiciones históricas creadas precisamente por la clase obrera en sus luchas y cimentadas en la construcción del sistema socialista mundial.

Los éxitos de la Revolución de Octubre no han sido fáciles. En los inicios de la revolución, el pueblo soviético tuvo que rechazar la intervención imperialista. Ha sido el Partido Comunista de la Unión Soviética, el Partido de Lenin, el que ha dirigido a la clase obrera y al pueblo soviéticos en la superación de las dificultades que entraña el abrir a la humanidad el inexplorado camino de su futuro.

En la actualidad, paralelamente a los cambios revolucionarios determinados por el contenido de la época, se opera una revolución científico—técnica que, si bien desde las posiciones del caduco sistema capitalista, amenaza a la humanidad con los horrores de una nueva guerra de exterminio de pueblos enteros, encuentra en el sistema socialista las relaciones de producción adecuadas para su aplicación en beneficio del hombre. Así nos explicamos, y así lo comprenden los pueblos del mundo, los recientes cambios operados en la dirección económica y en la planificación socialista en la Unión Soviética y otros países del sistema socialista mundial. Aunque estos cambios sean presentados por la prensa burguesa y en los escritos de los apologistas del capitalismo como un renacimiento de las viejas relaciones de producción capitalistas, esta superchería, como otras tantas, lanzadas en épocas anteriores, irá pronto al basurero de la historia.

Las nuevas condiciones creadas por la clase obrera mundial tienen en el movimiento nacional—liberador un efecto de radicalización y ampliación del proceso que afecta a los tres continentes en que aún subsiste el oprobioso sistema colonial y semicolonial o bien el neocolonialismo. La llegada de nuevas capas de la población a la lucha nacional—liberadora, mayoritariamente de extracción campesina o sectores de las capas medias urbanas, si bien positiva en el orden general del

problema, no deja de ocasionar dificultades en el aspecto ideológico, pues dichas capas llevan, paralelamente a su nueva actividad revolucionaria, las concepciones propias de la pequeña burguesía,, su radicalismo y también su tendencia a la práctica de saltos mortales en la lucha política, y un cierto renacimiento del nacionalismo burgués, todo ello, parte integrante de una ideología ajena al proletariado. La lucha ideológica, inevitable en estas condiciones, solamente puede ser superada por la clase obrera, cuando es guiada por un partido comunista. Sabemos que detrás de toda ideología se oculta una clase social y en este caso, detrás de las abigarradas tesis sostenidas por uno u otro ideólogo, que niega las leyes generales del desarrollo revolucionario y pretende disminuir el significado de las experiencias de la Gran Revolución de Octubre, lo que se oculta es la pequeña burguesía con ansias de lograr la hegemonía en el proceso nacional—liberador. A menudo estas posiciones, adoptadas inconscientemente por algunos de sus representantes, son consciente y habilidosamente impulsadas por el capital internacional con el propósito de, en un determinado momento y ante una coyuntura favorable, yugular en uno u otro país el proceso nacional—liberador, irreversible en su conjunto, pero expuesto a grandes peligros, si se realiza voluntariosamente, al margen de las leyes científicamente comprobadas por la experiencia histórica del proletariado.

Pero a los comunistas no nos puede satisfacer simplemente el hecho de señalar estos problemas. El marxismo no es para explicar la historia, sino para transformar el mundo. En ello reside su diferencia cardinal con otras filosofías y la base de la conjugación de la teoría con la práctica. Nuestros partidos, destacamentos de la clase obrera en los países del llamado Tercer Mundo, tenemos el sagrado deber de lograr la hegemonía del proletariado en la revolución nacional—liberadora, ya que ello constituye la única garantía de su realización completa y de su relativo rápido paso a una revolución de carácter socialista.

La hegemonía del proletariado es un proceso lleno de grandes luchas, en que a los partidos comunistas les corresponde la tarea de orientar a la clase obrera. Pretender que esta hegemonía le será dada a la clase obrera por el simple hecho de nuestra existencia, es un error que nos lleva en el rumbo del alejamiento de las masas con todos los peligros subsiguientes.

La lucha ideológica en el seno del movimiento nacional—liberador de América Latina en su conjunto, no debe ser subestimada por los partidos comunistas del continente. Debe ayudarnos en las creadoras aplicaciones de las leyes del proceso revolucionario, cuya observancia es la garantía del triunfo de la revolución.

A este respecto citaré un párrafo de la declaración de la quinta Conferencia de los partidos comunistas de México, Centro América y Panamá, celebrada recientemente. «En cuanto a los problemas surgidos en el movimiento comunista latinoamericano, nuestros Partidos mantienen el criterio de que deben realizarse los esfuerzos necesarios para elevar la unidad combatiente de todos los Partidos y reforzar la alianza con la Revolución Cubana. En este sentido se reafirman las conclusiones de Conferencias anteriores en cuanto a la defensa de la unidad de cada Partido y al rechazo del fraccionalismo y en cuanto al derecho de cada Partido de elaborar su línea política de conformidad con las condiciones específicas de cada país. Después de considerar los problemas de la solidaridad, en relación con la próxima Conferencia que habrá de celebrarse en La Habana, la Conferencia recomienda que cada uno de los Partidos, ajustándose a su propia línea política, despliegue todos los esfuerzos a su alcance para dar apoyo y solidaridad, material y moral, a todos los pueblos que se enfrentan al imperialismo en defensa de su independencia y soberanía».

Concretamente: consideramos la solidaridad, parte del contenido del internacionalismo proletario y las Declaraciones de 1957 y de 1960 en Moscú, normas de carácter obligatorio en su observancia para los diferentes destacamentos proletarios que, en uno u otro de los frentes de lucha, forman parte de la gran familia comunista.

Al hablar de las luchas ideológicas en el seno del movimiento nacional-liberador de América Latina, no podemos soslayar el aludir a las concepciones de Mao Tse-tung y su grupo, cuya influencia orgánica es mínima en nuestro continente, pero cuyas «teorías» no dejan de ser un factor a considerar.

Fieles al espíritu y propósito de las Declaraciones de 1957 y de 1960, que reflejan y sintetizan las experiencias del movimiento comunista internacional, consideramos que nuestro deber fundamental es luchar por la paz mundial, por evitarle a la humanidad los horrores de una nueva conflagración, cuyo carácter sería forzosamente termonuclear-coheteril y cuyos resultados socavarían la base material en que descansa su propia existencia. Creemos que el apagar las llamas de la guerra donde surjan, no frena el proceso nacional-liberador, sino por el contrario, lo favorece, lo acelera al crearle al imperialismo condiciones más difíciles para intervenir en nuestros asuntos; prueba de ello es que ha sido en condiciones de paz mundial, de coexistencias, cuando el movimiento nacional-liberador ha alcanzado su más grandes éxitos.

Ver en las tesis leninistas de la coexistencia pacífica, desarrolladas creadoramente en los congresos del PCUS, una acción contrapuesta al movimiento nacional-liberador de nuestros pueblos, es, además de errado, peligroso, pues tiende, en la práctica, a desarticular la base social del amplio movimiento por la paz del mundo y a contraponer los intereses generales de la humanidad a los del movimiento nacional-liberador.

Para los comunistas, el contenido de la coexistencia pacífica implica, paralelamente a la emulación económica entre los dos sistemas, el capitalismo y el socialismo, representantes estatalmente de las dos clases fundamentales de nuestra sociedad, la lucha **ideológica** intransigente: en primer término, la lucha por la difusión del marxismo y en segundo término, la lucha por la pureza de la base teórica que heredáramos de las grandes experiencias del movimiento comunista internacional. E implica asimismo la lucha **política**, cuya agudización, en un determinado momento, conduce a la lucha armada. La medida de las condiciones objetivas y subjetivas que determinan el momento de un proceso insurreccional, es competencia exclusiva de los partidos comunistas de cada país, así como los medios empleados en la conquista del Poder. Por nuestra parte, consideramos que probablemente, en nuestro caso, sea la vía violenta la que supere la contradicción fundamental de nuestra sociedad.

Al referirnos a las enseñanzas de la Gran Revolución Socialista de Octubre, no podemos desarticularla de los sabios consejos de Lenin, que indicaba la necesidad de vincularse a las masas, en especial a las masas obreras, trabajar en ellas; única forma de poder darnos con propiedad el calificativo de vanguardias organizadas y conscientes de la clase obrera. Es desde este punto de vista que, en el informe presentado al IV Pleno Ampliado del CC de nuestro Partido, con espíritu autocrítico decimos: «Inscribamos en la historia de nuestro Partido el IV Pleno del Comité Central, como el Pleno de la vinculación con las masas trabajadoras y el Pleno de la unidad monolítica de nuestros esfuerzos, de la rectificación decorosa de nuestros errores, del reconocimiento educativo de nuestras grandes fallas y de la aplicación de una política de principios —marxista-leninista— en cada una de nuestras actividades partidarias».

Ante los peligros que amenazan a la humanidad con una nueva guerra y la agresividad desplegada por el imperialismo, en especial el imperialismo norteamericano, y ante el resurgimiento del fascismo en Europa, se impone la necesidad de restablecer la unidad del movimiento comunista internacional, en cuyo camino jugará importante papel la celebración de una reunión de los partidos comunistas y obreros del mundo. Ello nos brindará la oportunidad de hacer un balance colectivo de la actividad del movimiento comunista internacional en su conjunto, en los años comprendidos desde la Declaración de 1960 en Moscú hasta la fecha.

En la medida en que los procesos conscientes adquieren una mayor relevancia en la actividad revolucionaria de las masas, en esa misma medida se acrecienta la importancia de las experiencia de la Gran Revolución Socialista de Octubre, que no solamente abrió el inexplorado camino de la construcción socialista en el mundo, sino también, en su desarrollo, ha creado la base material en que descansan muchas de las nuevas posibilidades de la humanidad, base que asegura el futuro de la Revolución mundial.

Guatemala

JOSE MANUEL FORTUNY,

[Partido Guatemalteco del Trabajo]

Ningún otro acontecimiento en la historia de la sociedad humana ha determinado cambios tan fundamentales, ha sido tan decisivo para el destino de esa misma humanidad, como la Revolución de Octubre, a cuyo alumbramiento tanto contribuyó el genio de Lenin, abrió una nueva era, la era del socialismo en el mundo. Estas son fundamentalmente las ideas y casi las mismas palabras con que en el devenir de los últimos cincuenta años se caracteriza a la Revolución de Octubre.

¿Es esto absolutamente verdadero en lo que se refiere a una región tan extensa como la América Latina? Tratemos de responder con la comprobación del más inmediato pasado latinoamericano y con nuestra época.

Dentro de la objetividad histórica de América Latina es un hecho que dos grandes acontecimientos sociales han influido decisivamente en el destino de sus pueblos sometidos al colonialismo de viejo tipo y a la dominación imperialista de nues-

tros días. Me refiero a la Revolución Francesa del siglo XVIII y a la Revolución Socialista de Octubre.

Y en los ideales, como en los resultados, radica la profunda diferencia de la significación histórica para la América Latina, entre una y otra Revolución.

Durante su primera visita a la Unión Soviética, el líder de la Revolución Cubana, Fidel Castro, dijo que esta revolución «fue posible porque mucho antes hubo la Revolución Rusa en 1917. ¡Sin la existencia de la Unión Soviética no habría sido posible la Revolución Socialista de Cuba!» Esta frase, de una veracidad histórica indiscutible, según mi personal interpretación, encierra dos afirmaciones: la continuidad de la Revolución de Octubre expresada a través del régimen soviético hasta nuestros días, lo que equivale a su identificación, y la continuidad de Octubre en su inserción con la Revolución Socialista de Cuba.

Es también un hecho que hay una situación nueva en América Latina a partir y como influencia de la Revolución Cubana, en especial en la disposición subjetiva del movimiento revolucionario latinoamericano. Hay quienes se obstinan en no advertir ese cambio, o, si lo admiten, poco hacen para traducir toda su validez en la práctica revolucionaria. Al iniciarse en Cuba la realización de los ideales marxistas, la Revolución Cubana proyecta las posibilidades del socialismo hacia la realidad latinoamericana contemporánea vale decir, las metas de la Revolución de Octubre, y al mismo tiempo nos muestra cómo hay que interpretar el marxismo y su metodología, que Lenin aplicó de manera tan magistral antes y después del estallido de la Revolución. Y es que la esencia de Octubre no radica sólo en la coronación de los anhelos acariciados durante tanto tiempo por el movimiento obrero internacional, sino también —y de modo que sin su concurso los resultados habrían sido distintos— **en la interpretación creadora del marxismo y en la acción revolucionaria** que realizaron los conductores y los actores de la Revolución Rusa.

Tomemos, por ejemplo, las Tesis de Abril de Lenin. La concepción revolucionaria contenida en las Tesis de Abril mostró la maestría con que Lenin apreció al primer golpe de vista la nueva situación creada en Rusia después de febrero de 1917.

Una vez establecida la dualidad de poderes [el gobierno burgués, por un lado, y los Soviets, por otro] no era justo insistir en la realización de la fórmula de 1905 —llevar hasta el fin la revolución democrático-burguesa mediante la lucha por el establecimiento de la dictadura democrático-revolucionaria de los obreros y los campesinos—, ya que uno de los dos poderes surgidos de la Revolución de Febrero era ya una forma de esta dictadura. Y Lenin tuvo que apartar de la mente de los viejos bolcheviques los esquemas que desde 1905 figuraban en sus concepciones políticas.

La elaboración en un plazo muy breve de una nueva línea estratégica, a base de la cual los bolcheviques conquistaron primero a las masas y después el Poder, fue posible gracias a la profunda compenetración de Lenin con el marxismo y a su fecunda interpretación. A la vez la perspicacia de Lenin suponía un gran conocimiento del pasado revolucionario del proletariado internacional y de las enseñanzas de su larga lucha. El verdadero marxismo, es decir, el marxismo creador, se muestra vigilante respecto a dos peligros opuestos y se preocupa de no dejarse seducir por el pasado por exactas que hubiesen sido sus fórmulas, y al mismo tiempo saber extraer todo lo que fuera útil de las lecciones del pasado. Y se trae a cuenta el ejemplo porque en los días actuales apuntan los mismos dos peligros: aferrarse a esquemas del pasado o caer en esas posiciones teóricas de nuevo cuño que a título de no copiar el pasado, inventan otro formulismo que, no obstante su juventud, practica la misma rigidez.

La principal enseñanza metodológica de las Tesis de Abril es, así me parece, la de que conforme se producen cambios y situaciones nuevas, la práctica revolucionaria exige no aferrarse a las consignas que han perdido su validez o que no pueden ser aplicadas a una situación determinada por parecida que pueda ser a otra situación que respondía a otros mecanismos sociales, políticos o históricos.

La Revolución Cubana ha confirmado el curso histórico iniciado por la Revolución de Octubre, reafirmando las previsiones generales del marxismo-leninismo acerca de la vía revolucionaria en las naciones dominadas por el imperialismo. Lo dicho explica por qué al hablar de las grandes revoluciones que han marcado una huella decisiva en el desarrollo de América Latina, no nos referimos a la influencia de la Revolución de Cuba como una **corriente histórica específica**, sino que traducimos esa influencia como una derivación histórica de la influencia de las ideas y de las realizaciones de la Revolución de Octubre en Rusia.

La Revolución de Octubre no repercutió de **inmediato** en América Latina de la misma manera que en muchos países de Europa, es decir, estimulando un auge revolucionario de las masas trabajadoras, pero su influencia se hizo sentir en el transcurso de las etapas posteriores. Las luchas sociales y políticas de los trabajadores y de considerables masas populares en los países más desarrollados de América Latina, cobraron aspectos cualitativamente nuevos. En la mente de los obreros más avanzados y entre muchos intelectuales cobró formas concretas la emancipación nacional y social. Junto a la lucha por sus reivindicaciones cotidianas inscribieron la lucha política contra las clases dominantes y el imperialismo. En sus banderas se inscribió la aspiración al socialismo, a una vida más humana y a la auténtica libertad. El comunismo, el sueño de abolir la explotación del hombre por el hombre, ya no eran una utopía ni un fantasma que recorría el mundo, sino una posibilidad real que se hacía tangible en el primer Estado socialista de la tierra y que alumbraba el camino.

Bajo los estímulos y el ejemplo de Octubre nacieron la mayoría de los partidos comunistas de América Latina, organizaciones de vanguardia del pueblo trabajador que han librado ya una larga lucha por la democracia, por la revolución antiimperialista y el socialismo. Crecieron considerablemente las organizaciones sindicales del proletariado latinoamericano, y en numerosísimos casos orientadas por los comunistas dichas organizaciones han obtenido conquistas importantes en la disminución de la jornada de trabajo, los aumentos de salario, servicios de seguridad social, etc. Es claro que dentro del marco del capitalismo y con las limitaciones y fraudes tan característicos del reformismo burgués, pero son indiscutiblemente avances en el mejoramiento de las condiciones de vida de importantes sectores de la población en nuestro continente. Y esto hay que anotarlo en favor de los estímulos que ha irradiado la Revolución de Octubre a lo ancho y a lo largo del mundo.

Naturalmente que se podrá preguntar el porqué la gran mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos no se han convertido todavía en partidos de masas. La respuesta es muy variada y compleja, pues habría que atender a particularidades históricas, nacionales, sociales de cada país. Sin embargo, a mi juicio, hay dos rasgos comunes que han pesado sobre el crecimiento del movimiento comunista latinoamericano: en sus primeras etapas el sectarismo, la enfermedad izquierdista que ataca a todas las organizaciones revolucionarias en su primera infancia, y de otra parte el furioso y sistemático anticomunismo unido a una represión sin cuartel, salvo en contadísimos países. Es posible también que no se hayan sabido aprovechar determinadas situaciones revolucionarias en uno u otro país. Pero ahora, cuando hay quienes ponen en tela de duda la validez y el papel de los partidos comunistas latinoamericanos habría que recordar algunas opiniones de Lenin. «negar la necesidad del Partido», decía Lenin, «equivale a desarmar por completo al proletariado en **provecho de la burguesía**. Equivale precisamente a la dispersión, la inestabilidad, la incapacidad para dominarse, para unirse, para actuar de manera organizada, defectos típicamente pequeñoburgueses, que, de ser indulgente con ellos causan de modo inevitable la ruina de todo movimiento revolucionario del proletariado».[1]

Lenin también resaltaba el mérito de los revolucionarios cuando han tenido que actuar en una situación no revolucionaria. «Es muchísimo más difícil —y muchísimo más meritorio— [escribía Lenin en 1920] saber ser revolucionario cuando **todavía no se dan** las condiciones para la lucha directa, franca, auténticamente de masas, auténticamente revolucionaria; saber defender los intereses de la revolución [mediante la propaganda, la agitación y la organización] en instituciones no revolucionarias y con frecuencia sencillamente reaccionarias, en una situación no revolucionaria entre masas incapaces de comprender en el acto la necesidad de un método revolucionario de acción».[2]

Al mismo tiempo, y como si Lenin hubiese tenido la visión de los cambios y las coyunturas históricas que iban a presentarse cincuenta años después en América Latina, añadía de seguido: «Saber percibir, encontrar, determinar con exactitud el rumbo concreto o el cambio especial de los acontecimientos **susceptibles de conducir** a las masas a la gran lucha revolucionaria, verdadera final y decisiva es la misión principal del comunismo contemporáneo en Europa Occidental y en América».[3]

La conmoción internacional provocada por la revolución socialista de Rusia repercutió también en Guatemala. Bajo su estímulo surgió en la década de 1920 a 1930, el primer Partido Comunista de Guatemala, el cual fue totalmente aniquilado por la dictadura sangrienta de Jorge Ubico [1931-1944]

La Segunda Guerra Mundial, que en Europa decidían los soldados soviéticos herederos de la Revolución de Octubre, aplastando a la Alemania hitleriana y a sus aliados, fue un factor estimulante de la conciencia política y de las ansias de libertad de la pequeña burguesía y otros segmentos populares. Las condiciones habían madurado para el estallido de una revolución democrático-burguesa. El 20 de octubre de 1944, oficiales jóvenes del ejército que pusieron armas en manos del pueblo, se levantaron contra el gobierno militar e hicieron triunfar a la revolución.

Cinco años después, en septiembre de 1949, durante el período democrático de Juan José Arévalo, nació de nuevo el Partido Comunista de Guatemala. Nuestro Partido se fortalece y contribuye decisivamente a las realizaciones revolucionarias antifeudales y antiimperialistas del gobierno de Jacobo Árbenz. En 1952, durante su II Congreso, adoptamos el nombre de Partido Guatemalteco del Trabajo.

Es bien sabido que la Revolución guatemalteca fue aplastada por la intervención descarada del

1 *Obras Completas*, t. XXXI, pág. 38. Ed. Cartago.

2 *Ibidem*, págs. 91-92.

3 *Ibidem*, pág. 92.

imperialismo norteamericano en 1954. El terror implantado por la contrarrevolución golpeó a todos los sectores democráticos, pero especialmente a los comunistas guatemaltecos, obligados desde entonces a actuar en la clandestinidad. Sin embargo, nuestro Partido no pudo ser destruido. Evitando los zarpazos del enemigo, acumulando fuerzas, unificando a los elementos democráticos, ligándose al pueblo, nuestro Partido pudo reorganizarse e incrementar su influencia política entre las masas. Nuestro Partido es una fuerza revolucionaria que nadie puede ignorar en nuestro país.

La contrarrevolución en el Poder, a través de los gobiernos de Castillo Armas, Ydigoras Fuentes y Peralta Azurdia, le cerraron el paso a toda solución pacífica, a cualquier salida democrática que la crisis política permanente y la angustiosa situación del pueblo exigen para acabar con el atraso, la miseria y la opresión. El mismo camino ha seguido el actual gobierno civil de Julio César Méndez Montenegro, obediente a los dictados de los militares guatemaltecos y del imperialismo norteamericano. Como en el gobierno militar de Peralta Azurdia, la persecución, el asesinato, el terror más sangriento son las divisas del gobierno de Méndez Montenegro. Bajo la sombrilla protectora de su tolerancia, con la complicidad de los jefes militares que detentan el poder real, se han creado pandillas de bandidos y asesinos que bajo el nombre de la MANO [movimiento Anticomunista Nacional Organizado] y la NOA [Nueva Organización Anticomunista], secuestran, torturan y asesinan a patriotas y revolucionarios bajo la más completa impunidad.

Valorando esta situación, tomando en cuenta las realidades que conforman a nuestro país y a la sociedad guatemalteca, apreciando en todo su valor potencial el sedimento revolucionario que existe en el pueblo, nuestro Partido ha emprendido la vía de la lucha armada poniendo proa a la revolución popular antiimperialista y en su etapa posterior a la revolución socialista. La existencia de un movimiento guerrillero y la lucha armada de resistencia que dirigen las Fuerzas Armadas Rebeldes, en las que participa en forma destacada nuestro Partido, confirman que hemos elegido una línea justa. Estamos conscientes de que nuestra guerra revolucionaria del pueblo impondrá muchos sacrificios, muchas víctimas. Miles de campesinos han sido victimados, centenares de patriotas han caído combatiendo o bajo la metralla de los terroristas, en menos de un año hemos perdido a cuatro miembros del Comité Central del Partido. Perdimos también al aguerrido y valeroso comandante Luis Turcios, dirigente de las Fuerzas Armadas Rebeldes, miembro de nuestro Partido. Pero sabemos también que el futuro es nuestro. Tenemos muy presentes aquellas previsiones de Lenin: «Que la burguesía se sobresalte, se irrite hasta perder la cabeza; que rebase los límites, haga tonterías, se vengue de antemano de los bolcheviques y se esfuerce por aniquilar... a centenares a miles, a centenares de miles de bolcheviques de ayer o de mañana; al obrar así procede como lo han hecho todas las clases condenadas por la historia a desaparecer. Los comunistas deben saber que, en toda caso, el porvenir les pertenece».[1]

Acicateados por el anhelo del socialismo y el comunismo, estimulados por el ejemplo luminoso de la Revolución de Octubre, que no pierde su actualidad porque encarna todo lo que hay de perenne en las aspiraciones del hombre a la libertad verdadera, a la dignidad humana y a una vida mejor, los comunistas guatemaltecos marchamos adelante sin vacilación. Nuestro futuro es el presente que presenciamos en una parte de nuestra América Latina, en la Cuba Revolucionaria, y también en el mundo socialista, en la Unión Soviética, cuyas realizaciones económicas, científicas y técnicas, cuya solidaridad internacional y la admirable abnegación de todo su pueblo son la garantía de la realización plena del porvenir.

1 *Ibidem*, pág. 96.

Colombia

ALVARO DELGADO,

miembro del Comité Central del Partido Comunista de Colombia

Los ecos de la revolución ruso victoriosa arriban al suelo colombiano cuando se inicia un período histórico decisivo en la vida nacional. Es la década de los años 20, cuando nuestra clase obrera comienza a perfilarse como clase independiente, cuando se inician las luchas antiimperialistas de la clase obrera y se hace presente por primera vez en el país un período de huelgas laborales

Extendido durante 45 años de hegemonía conservadora en el mando del Estado, el oscurantismo político crujía por todos sus costados al avanzar la década del 20. Los primeros grupos socialistas que aparecieron en escena, ya actuaron en las ideas de la Gran Revolución Rusa y las enseñanzas de Lenin. La figura de Lenin pasó a hacer parte de la literatura nacional, entró en la poesía y comenzó a tenerse en cuenta en los ensayos de los ideólogos de la naciente burguesía nacional.

Hacia 1926 un grupo de artesanos e intelectuales progresistas fundaron el Partido Socialista Revolucionario, embrión del que cuatro años más tarde saldría el Partido Comunista. En poco tiempo más de sesenta periódicos obreros vieron la luz en diferentes lugares del país. La infancia del socialismo entre nosotros estaba impregnada de la revolución bolchevique, pero manejaba los valores del socialismo utópico y no era ajena a las prácticas anarquistas. El valor político de esos hombres estuvo en plantearse por primera vez en nuestra historia que los destinos del país ya no podían correr unilateralmente por la brecha que pintaban los partidos tradicionales de las clases gobernantes, el Liberal y el Conservador. La idea de los soviets como paso revolucionario inmediato fue algo natural en un movimiento de masas que emergía con entusiasmo y aún no podía conocer que la hazaña de la toma del Poder está precedida de los más complicados avatares.

En diciembre de 1928, una formidable huelga en las plantaciones de banano de la United Fruit Company, dirigida por los socialistas, fue cruelmente reprimida por el régimen conservador, en cumplimiento de órdenes de la empresa. La multitud de huelguistas concentrada en la plaza de la población de Ciénaga fue baleada por las tropas gubernamentales, que emprendieron en seguida una verdadera cacería humana por toda la región. Más de mil víctimas hizo la masacre. Los mejores líderes obreros de ese entonces sucumbieron en esa jornada o fueron encarcelados y aislados de sus compañeros de lucha. Nunca antes nuestro país había conocido un genocidio de esos caracteres. El movimiento obrero colombiano nacía tinto en sangre.

La masacre de las Bananeras marca un jalón muy importante en el desarrollo de una auténtica conciencia revolucionaria en el movimiento obrero colombiano. Menos de un año después, un gran movimiento de masas, con resaltante participación del estudiantado, da al traste con el gobierno reaccionario. Una vez más, la sangre y el sacrificio populares están presentes en el nacimiento de otro factor político no menos importante en nuestra historia: el combativo movimiento estudiantil.

El 17 de julio de 1930 se constituye el Partido Comunista de Colombia. Entonces los revolucionarios comienzan a comprender que la lucha popular no se plantea simplemente como objetivo el cambio de gobierno, sino esencialmente la liberación nacional, el repudio al imperialismo y la toma del Poder para las masas trabajadoras.

La revolución soviética, que surge herida pero airosa de la cruel guerra civil, y que luego traspasa los fines de la década del 20 al tiempo que el capitalismo era conmovido por la gran crisis económica mundial, ante los ojos de los trabajadores colombianos aparece luminosa al otro lado de la barrera. Al otro lado de la barrera también para nuestro país, golpeado en lo profundo por la crisis capitalista y enfrentado a la misión de transformarse industrialmente y cambiar sus anticuadas instituciones.

En 1933 se produce en el país la primera huelga general y al año siguiente se inicia la celebración del Día Internacional del Trabajo. Nace la primera central obrera unitaria, de clase, y la lucha desplegada por los trabajadores arranca las primeras grandes conquistas laborales y jurídicas al régimen liberal, conquistas que continúan siendo hoy la base del derecho obrero en el país. Es la época del ascenso temporal a los mandos del Estado de la naciente burguesía nacional, bajo la insignia de «la revolución en marcha». Una nueva atmósfera continental traspasa las fronteras nacionales: es la de las reformas revolucionarias de Cárdenas en México, la caída de Machado en Cuba, y de Gómez en Venezuela, y el triunfo del Frente Popular en Chile.

En esos momentos también la lucha por la tierra se torna aguda y sangrienta, y el Partido Comunista hace los primeros contactos con el campesinado enfrentando al latifundismo, tarea que luego lo capacitaría para resistir los embates de los regímenes dictatoriales y labrar ese verdadero tesoro que hoy es para nuestro Partido y para nuestro pueblo el movimiento campesino revolucionario.

Los textos de Lenin llegan a los sindicatos y suben a las montañas. Las obras marxistas ganan incluso los claustros universitarios y pasan a ser materia de cátedra en la primera y única Universidad Libre que ha tenido Colombia, raro fenómeno a escala de todo el continente. Desde el momento en que se establecen relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, ya la revolución bolchevique y sus formidables realizaciones en todos los terrenos no es algo lejano para los trabajadores colombianos. La clase obrera soviética, plena de derechos y amo de su país, entra de lleno a hermanarse con la causa de los trabajadores colombianos.

La década del 30 es un período de prueba para los comunistas colombianos, cuando su pensamiento no logra independizarse enteramente de la ideología burguesa liberal. Los errores de todo orden, de derecha e «izquierda», que cometió el Partido en ese entonces, los arrastraría aún hasta los años finales de la Segunda Guerra Mundial. Pero desde un principio nuestro Partido se caracterizó por la defensa de los principios de la independen-

cia nacional, del internacionalismo proletario y de la solidaridad y unidad del movimiento comunista mundial. Desde un principio y a lo largo de toda su existencia el Partido ha enarbolado en alto la bandera de la amistad con el PCUS y el pueblo soviético, la solidaridad con los partidos comunistas de América Latina y del mundo entero. Como otros de América Latina, nuestro Partido nació y se desarrolló con la ayuda ideológica de la Internacional Comunista.

Los comunistas colombianos hemos tenido siempre una gran admiración por la revolución soviética y por el PCUS, hemos inculcado en nuestros militantes y en las masas ese cariño y ese respeto por quienes triunfaron primero y heroicamente sobre el capital, por todo lo que la revolución socialista ha hecho sobre suelo soviético y por los invaluables servicios que ha prestado y presta a la causa liberadora de todos los pueblos. Nosotros acogemos como nuestras las palabras de Lenin cuando manifestaba: «Los obreros de todo el mundo, cualquiera que sea el país en que vivan, aprueban nuestra obra, simpatizan con nosotros, nos aplauden por haber roto los anillos de hierro de los vínculos imperialistas, de los sucios tratados imperialistas, de las cadenas imperialistas; por haber logrado la libertad aun a costa de los mayores sacrificios; porque, como república socialista que somos, aunque martirizada y saqueada por los imperialistas, hemos quedado **fuera** de la guerra imperialista y levantado ante el mundo entero la bandera de la paz, la bandera del socialismo».[1]

El movimiento antifascista gestado en nuestro país durante y después de terminada la Segunda Guerra Mundial es expresión de ese fenómeno masivo de acercamiento del pueblo colombiano a los ideales de la gran revolución soviética. Quienes éramos entonces apenas adolescentes, que no sabíamos nada de luchas políticas, recordamos nítidamente cómo a las puertas de nuestras casas, casas de familias humildes, llegaron los comunistas colombianos a hablarnos de la guerra, del Ejército Rojo, de Stalingrado, de la ayuda que era necesario recoger y enviar a los combatientes de la bandera roja...

La otra prueba de esa influencia es de otro orden: el primer paso en política internacional que dan los regímenes de terror impuestos en nuestro país desde fines de la década del 40 es el rompimiento de las relaciones con la Unión Soviética. Las clases dominantes colombianas se dieron cuenta de que la revolución roja había ganado influencia en las masas y debilitado las posiciones de la oligarquía, y procedieron sin reservas a cumplir el mandato norteamericano. Nunca como entonces nuestros enemigos de clase habían aceptado tan flagrantemente la identificación entre los anhelos liberadores de nuestro pueblo y la causa del proletariado mundial personificada y hecha realidad en la Unión Soviética.

La derrota de la insurrección popular de 1948 —y en ese momento, en suelo colombiano y también tinta en sangre, nacía la OEA— mostró al Partido Comunista que no estaba en capacidad de dirigir el movimiento de masas en el país. La represión se ensañó del suelo patrio a lo largo de casi 20 años. Quienes entonces entramos por primera vez a la vida política ya no encontramos locales del Partido abiertos al público, bibliotecas, mítines bajo la mirada expectante de la policía. El Partido entraba en la clandestinidad. Los libros de Lenin que llegaron a nuestras manos, por espacio de varios años, lo hicieron por los conductos de la reserva y el peligro. Lo que empezamos a saber de la URSS y su revolución era lo que se pasaba de mano en mano, a espaldas de los verdugos de la nación. La revolución soviética también resistía la prueba sobre nuestro suelo, sostenida en manos firmes que nos enseñaron a resistir y luchar. La Revolución de Octubre estuvo siempre presente entre nosotros sin temor en esos años difíciles de violencia que costaron la vida a centenares de miles de nuestros compatriotas y destrozaron la economía nacional. Creo sinceramente que si en los comunistas colombianos ha habido coraje y lucidez, es mucho lo que ese coraje y esa lucidez les deben a las enseñanzas de la revolución soviética.

Nosotros éramos entonces algo muy diferente de lo que somos hoy. Los revolucionarios latinoamericanos tienen que batirse hoy manipulando valores políticos e ideológicos mucho más complicados que en el pasado reciente. Hoy, para hablar de lucha revolucionaria y poner en funcionamiento esa lucha, hay que mirar a todos los costados, tener en cuenta los nuevos factores que han surgido en el camino especialmente con la aparición de la gloriosa Revolución Cubana. Ya Lenin alertaba contra la simplificación de la lucha política cuando escribía: «El que "admite" la revolución proletaria sólo "a condición" de que se desarrolle lisa y llanamente, de que actúen de golpe y a la vez los proletarios de distintos países, de que exista una garantía previa de triunfo, de que el camino de la revolución sea ancho, recto y libre de obstáculos, de que para vencer no haya necesidad de pasar a veces por los más penosos sacrificios, no haya necesidad de "permanecer en una fortaleza sitiada" o abrirse camino por las más tortuosas, estrechas, impracticables y peligrosas veredas de montaña, no es revolucionario...»[1]

El enemigo de clase no retrocede simple y llanamente. Retrocede y a veces también avanza, y si abandona una posición va dejando en el camino verdaderas plazas fuertes que los revolucionarios han de vencer. Hoy se pueden precisar mucho mejor que en el pasado las peculiaridades de la lucha política en nuestro continente. Los revolucionarios latinoamericanos quieren hacer la revolución de acuerdo a las condiciones en que se mueven las cosas en América Latina y no de acuerdo a otras, y en esto están en su derecho.

Entonces surge la pregunta: ¿de qué pueden servirnos hoy en día los esquemas de la revolución soviética?

Los comunistas colombianos nos enorgullecemos, como cosa propia, del hecho histórico de que la Unión Soviética no haya pensado nunca en exportar la revolución. Nos sentimos orgullosos de que los revolucionarios soviéticos hayan respetado y respeten el derecho de nuestro Partido de analizar, discutir y acordar la táctica y la estrategia de nuestra revolución. Si alguna vez hemos caído en trasplantes mecánicos de experiencias habidas en lugares y países diferentes al nuestro, eso ha sido culpa nuestra, culpa de las deficiencias de nuestro Partido y de las debilidades mismas del movimiento comunista.

Por eso para nosotros, comunistas colombianos, no se formula el interrogante de si los rasgos de la revolución victoriosa en Rusia siguen teniendo vigencia y valor para enriquecer la lucha de los revolucionarios y en particular de los comunistas. Me parece que toda revolución que ilumine el camino a los combatientes, les estimule y sea ejemplo práctico, sirve a la causa de los pueblos toda la vida.

Nosotros hacemos el esfuerzo de asimilar la razón de los éxitos y los defectos operados en el proceso revolucionario mundial. Comprendemos que el destino histórico de los pueblos que han conquistado la sociedad sin explotados es también nuestro destino. Nos duelen las dificultades de la construcción del socialismo en cualquier país y no pensamos haber bebido el agua de la inmunidad ante los errores y fracasos.

De todo el bagaje de experiencias recibidas de la revolución soviética, recibidas de Lenin, recibidas de la política del PCUS, me parece necesario destacar una no más: es nuestra marcada inclinación a no crear situaciones artificiales en la lucha política en nuestro país, y por tanto a no dar soluciones artificiales a los problemas que se presentan.

La lucha armada popular que hoy se desarrolla en Colombia aparece con un rasgo muy peculiar: no es que todas las posibilidades de lucha legal se hayan cerrado y que, constreñidos por el poderío del enemigo, los campesinos se hayan lanzado a la lucha armada. Es que el gobierno antinacional, desesperado por la pujanza que habían tomado los movimientos campesinos independientes, desencadenó la agresión armada contra ellos. No somos nosotros quienes hemos resuelto que haya lucha armada hoy en Colombia. Es el enemigo el que la ha impuesto, y los campesinos bajo nuestra dirección y orientación, han respondido sin vacilaciones, con firmeza. Es el enemigo de clase el que está cerrando de continuo las posibilidades de desarrollo de una lucha política democrática, legal en nuestro país. A ese derrotero reaccionario también los revolucionarios estamos respondiendo con nuestra acción en todo sentido. Luchamos por las libertades democráticas porque ellas están siendo persistentemente recortadas por el régimen. No les decimos a las masas que se lancen al sacrificio heroico en cualquier condición, o en supuestas condiciones que nosotros pongamos. Les decimos que se organicen y luchen por el Poder en un proceso largo y penoso, con toda seguridad violento en una u otra etapa de la lucha.

No es cuestión de que queramos o no ese tipo de lucha. La vida misma lo exige. La forma de lucha predominante en un momento dado no la podemos decretar. En la misma medida en que los comunistas colombianos no estamos casados con el orden de cosas reinante en nuestro país, no estamos amarrados de por vida a ninguna forma de lucha exclusiva contra ese orden. Desplegamos las más variadas formas de lucha, no porque esta frase nos parezca de gusto, sino porque la práctica de las masas y la unidad de acción de las fuerzas populares están planteadas en ese terreno real.

El Partido Comunista de Colombia es la única organización revolucionaria que ha podido mantenerse en pie en el curso de los últimos 37 años en nuestro país. Fue la única organización de izquierda que las dictaduras civiles y militares no lograron borrar del escenario político. Hoy es el tercer partido en importancia en el país, y el mejor organizado y más disciplinado de todos. Todo ello no es gratuito. Es el resultado de prolongadas e importantes luchas cumplidas por los comunistas colombianos. Es el resultado de que el Partido se ha nutrido en los principios probados del marxismo—leninismo, del internacionalismo proletario, de la colaboración y unidad del movimiento comunista internacional.

Hoy esa unidad está afectada profundamente por efecto de las divergencias en el seno del movimiento a escala mundial. Los comunistas colombianos estamos resueltamente por la defensa de los principios marxistas—leninistas y de la unidad del movimiento comunista establecida en las Conferencias de 1957 y 1960. Como ha escrito el Secretario General de nuestro Partido, camarada Gilberto Vieira, «estamos seguros de que el desarrollo histórico contribuirá con su propia dialéctica a la superación de esas divergencias, dando la razón a quienes sostienen la necesidad de la lucha más amplia por la paz y por la coexistencia pacífica entre los Estados de diferentes sistemas

1 *Obras Completas*, t. XXVIII, pág. 58. Ed. Cartago.

1 *Ibidem*, pág. 61.

sociales; a los que sin rendir culto a personalidades y sin pegarse de frases ultrarrevolucionarias, adelantan sin pausa ni tregua un trabajo tesonero y consciente por el triunfo final de las fuerzas revolucionarias de nuestra época».

Costa Rica

HUMBERTO CARBONEL VARGAS,

miembro de la Comisión Política del Comité Central del Partido Vanguardia Popular de Costa Rica

Han pasado cincuenta años desde la fecha gloriosa en que el Partido fundado por Lenin, al frente de las masas populares rusas, derrocó el poder de las clases explotadoras, estableció el primer poder de los obreros aliados a los campesinos y abrió una nueva era en la historia de la humanidad. Cincuenta años —los más ricos y fructíferos— que han transformado de una manera profunda y radical toda la faz de la tierra. Nunca antes, en un lapso tan corto, el quehacer histórico de las masas produjo cambios tan significativos.

El camino abierto por la Gran Revolución Socialista de Octubre se hace más amplio: es cada vez mayor el torrente humano que, marchando por él, se acerca a la meta de la liquidación de todas las formas de opresión y a la conquista de la felicidad definitiva del hombre.

El establecimiento del primer poder proletario inspiró la actividad revolucionaria de las masas populares en todos los continentes de la tierra. En Costa Rica, apenas se conocieron las primeras noticias sobre la Revolución de Octubre se organizó un movimiento de solidaridad, encabezado principalmente por algunos dirigentes del Sindicato de Ebanistas. Se inicia así, bajo la influencia de esta gran revolución, la tarea de introducir en el naciente movimiento obrero las ideas del marxismo—leninismo. En las condiciones de un país atrasado, con una economía predominantemente agraria y semifeudal, con una clase obrera apenas incipiente, fue esta una labor compleja e intensa.

La gran crisis que sacudió los cimientos mismos del capitalismo en el período 1929—1933 y cuyos reflejos se hicieron sentir en las condiciones de vida de los trabajadores costarricenses, provocó un amplio movimiento de los sectores populares y en primer término de los obreros; sobre la base de un paciente trabajo ideológico y organizativo de los grupos marxistas, son derrotadas las concepciones reformistas y se crean así las condiciones para la organización del partido de nuevo tipo, el partido de los comunistas, que fue fundado en junio de 1931 En el proceso histórico de la reafirmación del papel del Partido y de las ideas del marxismo—leninismo tiene una significación fundamental la gran huelga de los trabajadores bananeros de 1934, que paralizó totalmente las plantaciones de la United Fruit Company. Fue un remezón formidable en toda la vida política del país y mostró, de una manera clara, las posibilidades de la acción independiente de los trabajadores. También se puso de manifiesto —y ya de una manera práctica— la necesidad histórica del Partido.

En las condiciones de nuestro país, el triunfo de las ideas del marxismo—leninismo que se concreta fundamentalmente en la creación del partido comunista, abre una nueva etapa en el desarrollo de nuestra sociedad: se crea la posibilidad real de la liberación nacional y social completa y definitiva del pueblo costarricense.

El Partido Vanguardia Popular lucha tenazmente por defender y ampliar los derechos democráticos, por ligarse cada vez más a las masas y movilizarlas en la lucha por los objetivos de la revolución, a través de un combate cotidiano en el cual todas las cuestiones que interesan al pueblo son importantes.

Algunas características específicas del desarrollo histórico—social de Costa Rica, unido a la movilización de las masas y a la defensa de la democracia, determinan la posibilidad actual de un desarrollo pacífico de la revolución. Nuestra lucha por la defensa y ampliación de la democracia, contra la posibilidad de un golpe gorila, es parte de nuestro camino hacia la revolución y la verdadera democracia. En la resolución general de nuestro X Congreso se dice sobre el particular:

«La verdadera democracia implica, en primer lugar un poder popular que aquí no existe. Por tanto, nuestra lucha se orienta actualmente por la conquista de un gobierno popular, que libere al país de la dominación del imperialismo y desplace del poder a las clases y fuerzas reaccionarias y lleve a él al pueblo, a los obreros, a los campesinos, burguesía pequeña y media y aun a los círculos de la burguesía nacional, es decir, aquellos que no están entregados al imperialismo.»

Para el cumplimiento de estas grandes tareas nos esforzamos por el fortalecimiento del Partido como principal instrumento de su realización. Es por ello que consideramos que uno de los legados fundamentales de Lenin y de la experiencia política de los bolcheviques al movimiento revolucionario mundial, es la teoría científica y armónica acerca del Partido, confirmada ya con los grandes éxitos en la lucha por la renovación de la sociedad y, fundamentalmente, por la formación del sistema mundial del socialismo. El pensamiento de Lenin sobre estos problemas, lejos de perder vigencia en las condiciones actuales, la adquiere cada vez más. Lenin alertaba a los revolucionarios contra el peligro de aceptar tendencias que debilitaran al Partido. Y decía: «La política, en el sentido ponderado de la palabra, sólo pueden hacerla las **masas**, pero las masas sin partido y que no siguen a un partido fuerte son masas dispersas, inconscientes, incapaces de mantenerse firmes y que se convierten en juguete de hábiles politicastros que siempre surgen "a tiempo" del seno de las clases dominantes para aprovechar cualquier caso "oportuno".»[1]

El imperialismo y las oligarquías no utilizan sólo la intervención abierta o la barbarie gorilista. Hoy recurren también a instrumentos más sutiles, como el reformismo, las «revoluciones en libertad», etc. No pocas veces encontramos amalgamado lo uno y lo otro. Frente a un reto de tal envergadura consideramos el fortalecimiento ideológico y orgánico del Partido una premisa de la conducción eficaz de las masas por el camino de la revolución. Guiándose por los principios leninistas, el X Congreso del Partido Vanguardia Popular de Costa Rica declaró lo siguiente: «En contraposición con ciertas tesis ahora de nuevo en boga entre elementos extremistas de izquierda, relativas a la posibilidad de llevar a cabo con éxito las tareas de la revolución nacional libertadora en algunos países de América Latina, sin la dirección y aun sin la participación del Partido de la clase obrera los comunistas costarricenses, educados en el marxismo—leninismo, siempre hemos pensado que la construcción del Partido constituye una tarea importante y decisiva en la marcha de nuestra revolución. Podemos concebir, como concebimos, una pluralidad de partidos y de clases en condiciones de participar en la fase actual de nuestras tareas revolucionarias; aceptamos la posibilidad de que alcanzada la conquista del poder por las fuerzas revolucionarias, se haga necesaria la formación de un gobierno multiclasista y polipartidista que lleve a cabo también las tareas de la revolución en la fase siguiente, la socialista. Pero de cualquier manera que se plantee la cuestión del futuro poder revolucionario, siempre, en todas las situaciones, será necesaria la existencia de un poderoso, bien disciplinado y templado destacamento de vanguardia, educado en la doctrina marxista—leninista, el partido de la clase obrera.»

Nos esforzamos por tomar la concepción leninista del Partido con un sentido creador, adaptándolas siempre a las condiciones concretas. Así lo ha mostrado nuestra experiencia. Hemos pasado por períodos muy disímiles: clandestinidad absoluta, legalidad [con una fracción parlamentaria de más del 20% de los diputados], lucha armada, semilegalidad, etc. Nos parecen por eso anticientíficas y, por ende, políticamente perjudiciales las ideas acerca de que las concepciones leninistas sobre el Partido y, en general, la experiencia histórica de la Revolución de Octubre, tengan validez sólo en determinadas regiones geográficas o en determinados y muy concretos momentos del desarrollo político. La traslación mecánica y ciega no, pero la aplicación flexible y creadora que toma en cuenta lo esencial y lo aplica a la realidad nacional concreta, sí que tiene significación mundial. Hay quienes parecen pensar que en los períodos que preceden a la crisis revolucionaria profunda y durante la misma, los partidos son un freno para el desarrollo de los acontecimientos. Nada, por supuesto, tan lejos de la verdad histórica. «Cuanto más poderoso es el auge espontáneo de las masas, cuanto más amplio se hace el movimiento, tanto más incomparable es la rapidez con que aumenta la necesidad de una elevada conciencia, tanto en el trabajo teórico de la socialdemocracia, como en el político y en el de organización»[1], dice Lenin en su obra **¿Qué hacer?**

En momentos de una profunda crisis, pero, a la vez, de una redoblada agresividad del imperialismo, y en que a la acción revolucionaria se suman millones de hombres, provenientes de capas y clases no proletarias, la actividad política de la clase obrera se hace más compleja y es más necesario entonces salvaguardar la esencia leninista del Partido y desarrollar el espíritu, también leninista, de lucha implacable contra los propios errores.

1 *Obras Completas*, t. XIX, pág. 431. Ed. Cartago.

1 *Obras Completas*, t. V, págs. 403-404.

Bajo la dirección del PCUS, la sociedad soviética ha seguido un curso ininterrumpido de desarrollo multifacético. Podríamos decir que Octubre ha crecido, que a través de grandes dificultades, pasando por terribles guerras destructivas, ha demostrado la superioridad del socialismo sobre el capitalismo. En la actualidad en la URSS se colocan las bases técnicas, científicas y materiales para la sociedad comunista. Todos los países del campo socialista obtienen grandes éxitos en el desarrollo de la economía, de la ciencia, la técnica y la cultura. La propaganda imperialista encuentra cada vez más difícil ocultar la realidad del socialismo y el comunismo, lo que este régimen es capaz de proporcionar a los trabajadores liberados de la explotación. Las posibilidades que se abren ante los trabajadores que sufren la opresión del capital y el imperialismo se han convertido en hechos en una gran parte de la tierra. Así, los éxitos del socialismo se han convertido en una fuerza movilizadora de primer orden. Nuestro Partido ha señalado en distintas ocasiones la importancia que para nuestra lucha por ganar a las grandes masas del pueblo a la lucha antiimperialista y por la reestructuración de la sociedad costarricense, tienen los éxitos alcanzados por la Unión Soviética y otros países del campo socialista.

Lenin desarrolló la tesis sobre el valor internacional y la fuerza revolucionaria de los éxitos en la construcción de la sociedad socialista. Y expresó su pensamiento de la siguiente manera: Hacer el máximo de lo realizable en un solo país para desarrollar, apoyar y despertar la revolución en todos los países. Esta tesis que fue válida en las condiciones de la construcción del socialismo en un solo país, la Unión Soviética, lo es aún más en las condiciones de la existencia de todo un sistema de Estados socialistas, que se extiende por Europa, Asia y América Latina.

Este deber internacional de los países socialistas se cumple exitosamente y ya hoy el sistema socialista mundial se ha convertido en el factor decisivo del desarrollo de la sociedad humana.

La tesis leninista acerca de la importancia internacional de los éxitos internos, se basaba en el pensamiento de Marx y Engels sobre la imposibilidad de exportar la revolución.

Claro que la Unión Soviética y los otros países socialistas desempeñan el papel de estimuladores de los procesos históricos de los últimos cincuenta años, no sólo a través de la fuerza del ejemplo. También se han convertido en un firme soporte **material** de todos los pueblos que luchan por el socialismo, la liberación nacional y la paz. Este carácter del papel que desempeña la URSS se ha puesto de manifiesto una vez más en los acontecimientos recientes del Cercano Oriente. Cuando algunos elementos ultraizquierdistas y ciertos círculos interesados quisieron aprovechar las circunstancias difíciles creadas en el curso de los acontecimientos para desplegar una campaña antisoviética, los propios árabes rechazaron las calumnias.

Los hechos históricos han mostrado palmariamente que la existencia de la Unión Soviética y de los otros países socialistas ha logrado, en gran medida, frustrar los intentos de exportación de la contrarrevolución. Entendemos que este proceso no se desarrolla en línea recta, sino dentro de un conjunto de contradicciones sumamente complejo, frente a un enemigo bárbaro y agresivo. Pero lo real es que el proceso de construcción del socialismo es ya hoy un hecho irreversible y que más de sesenta países han roto el yugo colonial. El balance del acontecer histórico de los últimos cincuenta años, a partir de la Revolución de Octubre, nos muestra grandes avances de los pueblos y nos señala que éstos continuarán hasta la liquidación para siempre de todas las formas de explotación y de opresión sobre la tierra.

La gran ola revolucionaria de Octubre significó una conmoción profunda en las sociedades latinoamericanas. A través de un largo proceso de heroicas luchas ha surgido en tierra americana la primera revolución socialista, la Revolución Cubana. La Isla gloriosa se ha convertido en una viva antorcha alimentada por la lucha de un pueblo heroico y la solidaridad internacional. Cuba es hoy la avanzada de América, abre brechas a las acciones revolucionarias de todos los pueblos del continente. Cuba es el testimonio del poderío del socialismo, del poder de los pueblos y de la derrota indefectible del imperialismo. Se ha abierto una nueva etapa de la liberación de la América Latina; cada pueblo, de acuerdo a las condiciones concretas y a la maduración de los procesos revolucionarios, marcha hacia su liberación nacional y a la construcción de una sociedad socialista. Tampoco en el continente americano logrará el imperialismo detener la rueda de la historia.

Hace apenas poco más de un siglo nació nuestro movimiento; este año celebramos el cincuenta aniversario de la primera revolución socialista. A lo largo de este período histórico los comunistas han pasado las pruebas más difíciles. Han sido años de lucha contra el enemigo de clase, contra las ideas extrañas que pretendían filtrarse en el movimiento obrero; ha sido necesario librar combates en los que han dado sus vidas los mejores hijos de la clase obrera y del pueblo; la lucha continúa, será intensa y difícil, pero los derroteros que señalaron Marx, Engels y Lenin y que se hicieron realidad por primera vez en la Gran Revolución Socialista de Octubre, se han convertido en una fuerza incontrastable en el pensamiento, los brazos y los corazones de millones de hombres.

Malí

MAMADU TALLA

[*Unión Sudanesa-Malí*]

La Gran Revolución Socialista de Octubre y los ulteriores éxitos de los pueblos de la Unión Soviética abrieron amplias perspectivas a los países coloniales, que vieron ante sí la posibilidad real de librarse del yugo colonial y de recobrar la libertad. La afirmación del derecho de los pueblos a la autodeterminación, del derecho a seguir el camino elegido por ellos fue una de las aportaciones más importantes del Partido leninista a la causa de la lucha de los pueblos.

Octubre demostró que era posible para los países atrasados crear y desarrollar una economía propia y elevar el nivel de vida de sus pueblos al nivel de los países más desarrollados. Octubre confirmó que la vía de desarrollo socialista permite conseguir este objetivo.

La Segunda Guerra Mundial, las brillantes victorias conseguidas por el glorioso pueblo soviético y la derrota del fascismo debilitaron el sistema mundial del imperialismo. Ante Africa se abrió una nueva era, la era de la liberación de los pueblos sojuzgados. En este período, precisamente, como resultado de un proceso cuyo desarrollo fue acelerado por el Frente Popular de Francia, surgió hace 21 años la Unión Sudanesa.

En realidad, nuestro Partido fue formado mediante la fusión de diferentes agrupaciones, en particular de filiales del Partido Socialista Francés [SFIO] y del Partido Democrático, constituido este último a base de los grupos de estudio de los problemas del comunismo organizados por el Partido Comunista Francés. El principal apoyo de la Unión Sudanesa fueron los trabajadores, la inmensa mayoría de los cuales estaban agrupados en la organización revolucionaria fundamental de aquel período, la sección local de la Confederación General del Trabajo francesa.

En todo el proceso de su desarrollo, nuestro Partido, actuando dentro del marco del partido anticolonialista Unión Democrática Africana [RDA] y rigiéndose por las indicaciones leninistas, resolvió con éxito el problema de las alianzas. Recorrió un duro camino que condujo a la creación de un frente patriótico único y a la independencia del país.

El 22 de septiembre de 1960 fue proclamada la independencia de Malí. Al mismo tiempo, nuestro pueblo expresó su decisión de seguir la vía de desarrollo socialista. A la luz de las enseñanzas de Octubre comenzamos a resolver los problemas concretos de la descolonización y de la creación de nuevas estructuras sociales.

Hoy toda la industria es propiedad del pueblo. El Estado ha tomado en sus manos el sector agrícola, nacionalizando las plantaciones en el valle del río Níger, las más importantes del Africa Occidental. En el comercio fue creado el sector estatal. La exportación y la importación de 11 artículos fundamentales, el comercio de libros y papel, sin los cuales no es posible asegurar el auge cultural, las farmacias, el transporte ferroviario, automovilístico y aéreo, la compra y venta de cereales, las grandes construcciones civiles, la transformación de los productos de la ganadería, la prospección y explotación de las riquezas del subsuelo, los recursos energéticos, los bancos, en una palabra, todas las ramas de la economía se encuentran en manos de empresas y compañías estatales. Al frente de las ramas se encuentran comités de dirección integrados en su inmensa mayoría por representantes electos de los trabajadores. Desde hace cuatro años se está operando un proceso de colectivización del sector económico de los campesinos trabajadores y de los artesanos.

Para cerrar el paso a los manejos subversivos de la contrarrevolución existen desde hace cinco años, bajo la dirección de las organizaciones juveniles y femeninas, las Milicias Populares. Además, los dirigentes del Partido y del Estado, así como los activistas, cada año asisten durante un mes a clases de preparación militar.

En el terreno de la cultura se ha duplicado el número de niños que cursan estudios escolares y se ha reformado el sistema de instrucción pública. La asistencia médica masiva ha alcanzado un nivel inusitado. En el período transcurrido, nuestro Partido ha realizado una importante labor de fortalecimiento de la unidad del pueblo en torno a la meta fundamental: la construcción de la sociedad socialista.

El VI Congreso de nuestro Partido, celebrado en septiembre de 1962, resolvió crear en todo el país escuelas trienales de formación de cuadros políticos. Su programa comprende el estudio de las condiciones económicas, históricas, sociales y culturales existentes en Malí y en toda Africa, el estudio de los principios del socialismo científico, sin cuyo conocimiento no es posible dar cima a la construcción socialista.

Se enseña el socialismo científico a los cuadros

técnicos y a los combatientes del ejército. El Partido ha organizado su estudio para los obreros y los campesinos, en particular a través de la red de escuelas creadas por la Unión Nacional de Trabajadores. El socialismo científico es estudiado en las Milicias Populares —organización armada del pueblo— y forma parte de los programas de instrucción media y superior.

Todas estas medidas han requerido, naturalmente, un trabajo tenaz y esfuerzos permanentes. Los éxitos alcanzados han fortalecido la fe de nuestro pueblo en la justeza de la orientación socialista y en su victoria. Por eso nuestro Partido, expresando este anhelo popular, ha confirmado que la opción hecha por Malí en favor del socialismo es irreversible, y los trabajadores —campesinos, obreros e intelectuales— han tomado en sus manos la defensa de la causa del socialismo.

La Unión Sudanesa siempre ha considerado como un importantísimo deber el fortalecer las relaciones amistosas y la solidaridad con los pueblos de los países socialistas, con todas las fuerzas del movimiento obrero y del movimiento de liberación nacional. Los ataques a los países socialistas son considerados por nuestro Partido —organización dirigente del país— como ataques al socialismo, a la elección hecha por el pueblo malí. Esta posición exige necesariamente desarrollar los vínculos entre los partidos a base de la comunidad de ideas, es decir, de relaciones mutuas de tipo superior. Nuestro Partido y su dirección saben que estos vínculos deben desarrollarse sobre la base del internacionalismo proletario, que su fortalecimiento coadyuvará al éxito de la lucha del pueblo malí por la construcción del socialismo, a la victoria de las fuerzas antiimperialistas y al triunfo de la causa de la paz.

Octubre mostró el camino y los medios de construcción de la nueva sociedad. Los países liberados del colonialismo que han elegido la vía socialista, se encuentran en su conjunto a un bajo nivel de desarrollo. Con frecuencia falta en ellos capitalismo nacional. Los nuevos Estados se enfrentaron desde el comienzo con urgentes tareas de la construcción económica, cuya solución no se facilita, ni mucho menos, por la desigualdad existente en el intercambio internacional.

El joven movimiento revolucionario malí encontró apoyo en los países amigos para desarrollar su economía y asegurar la satisfacción de las necesidades mínimas del pueblo. La Unión Sudanesa hizo hincapié desde el principio en la necesidad de que el pueblo realizara esfuerzos constructivos y en la tarea de asegurar la libertad del país a costa de determinados sacrificios.

La experiencia de la Unión Soviética y los enormes éxitos alcanzados por todos los países socialistas alentaron a las masas revolucionarias malíes.

A lo largo del camino recorrido siempre hemos sentido a nuestro lado el apoyo de los países socialistas y de todas las fuerzas antiimperialistas del mundo. Nuestro admirable pueblo tiene una seguridad cada vez mayor en sus fuerzas y en el desenlace victorioso de la batalla en el frente de la economía.

En la arena internacional, nuestro Gobierno aplica una política de no alineamiento. Mas cuando se trata de la libertad de los pueblos, de la independencia de los Estados y de la lucha contra el imperialismo no somos neutrales. Estamos al lado de los que luchan en Vietnam, en las colonias portuguesas, Rhodesia y el Africa Sudoccidental, estamos unidos a los pueblos árabes en su lucha contra la agresión imperialista.

Por su situación geográfica Malí no tiene salida al mar. Las fronteras del país se extienden a lo largo de cinco mil kilómetros, y la mitad de ellas pasan por las zonas desérticas del Sahara. A nuestro alrededor se encuentran Argelia, Mauritania, Senegal, Guinea, Costa del Marfil, Níger. Un deber directo de Malí es aplicar con éxito una política de amistad y de colaboración fraternal con los Estados vecinos, una política de paz y de entendimiento mutuo con todos los países africanos, una política de desarrollo de la unidad africana, tan ardientemente sentida por los pueblos de Africa.

Incluso a la luz de esta breve intervención se ve cuán grande es la importancia de las ideas de Lenin para la historia de nuestro pueblo y de nuestro país.

La confrontación de la teoría y de la práctica, el análisis de las causas de los éxitos y de los reveses, los problemas del desarrollo armónico y proporcional, las cuestiones ligadas a la estrategia y a la táctica de la lucha contra el imperialismo, el análisis comparativo de la experiencia, de las vías y de los medios empleados por los partidos que emprendieron antes que nosotros esta vía, todo esto ha sido, en el curso de nuestra lucha, un valioso método para el Partido. Por eso quiero en nombre de la Unión Sudanesa agradecer al Consejo de Redacción de REVISTA INTERNACIONAL la excelente iniciativa de convocar conferencias semejantes a esta.

Me sumo a los numerosos oradores que han expresado desde esta tribuna su deseo de que la celebración del 50º aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre transcurra bajo el signo del desarrollo creador de las ideas de Octubre, de nuevos éxitos de la lucha de los pueblos contra el imperialismo, por el triunfo del socialismo y del comunismo, por la paz.

República Sudafricana

PULA KEKHOTSO,

[*Partido Comunista Sudafricano*]

La Gran Revolución Socialista de Octubre fue un acontecimiento de profunda significación universal, cuya influencia se sintió entonces y se percibe hoy en cada rincón del globo terráqueo.

Ya en febrero de 1917, los grandiosos acontecimientos de Rusia comenzaron a atraer poderosamente la atención de Africa del Sur, especialmente de los círculos revolucionarios del movimiento obrero. En las páginas de **International**, órgano de la Liga Socialista Internacional, se desplegó una polémica sobre la importancia de la revolución de Febrero. Uno de los polemizadores sostenía la tesis de que esta revolución servía únicamente los intereses de los capitalistas y que no podía desarrollarse más adelante porque en la «atrasada» Rusia no existían las condiciones materiales necesarias para ello. Esta opinión fue rebatida por David Ivon Jones, director de **International**, en un artículo magnífico. «Esta revolución es burguesa —remarcaba Jones—, **pero se realiza en el ocaso del capitalismo y no puede ser una simple repetición de las revoluciones anteriores.** Contiene infinitamente más elementos de victoria en interés del proletariado... **Es un hito en la mitad del camino hacia la revolución socialista».**

En noviembre de 1917, después del triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre, D. I. Jones escribió en su saludo a la clase obrera rusa: «Ante nosotros, en Africa del Sur, se alza una gran tarea. Debemos educar al pueblo en el espíritu de los principios de la revolución rusa como jamás lo habíamos hecho antes. Debemos preparar a los obreros para que rechacen cualquier intento de enfrentarlos con sus camaradas rusos, y en el curso de esta preparación debemos extender las llamas de la revolución más gloriosa y más pacífica de todos los tiempos».

No se debe olvidar que esta significativa manifestación de Jones fue hecha cuando un torrente de calumnias antisoviéticas y de desinformación vertíase por las páginas de la prensa burguesa, que estaba controlada por los grandes monopolios de la industria minera.

En los primeros años que siguieron a la Revolución de Octubre, el movimiento obrero de Africa del Sur estaba constituido por los sindicatos y el Partido Laborista, organizaciones ambas formadas por obreros de procedencia europea.

Hasta los años 20, los sindicatos —integrados exclusivamente por trabajadores de origen europeo— cumplían una doble función. Por un lado, luchaban contra los patrones en defensa del salario y de las condiciones de trabajo de los obreros. Por otro lado, actuaban contra sus propios hermanos de clase, los obreros de procedencia no europea, impidiéndoles el acceso a trabajos calificados. Muy rara vez [si es que esto llegó realmente a suceder] tendieron su mano en ayuda de los esclavizados africanos en su lucha contra unas insoportables condiciones de trabajo y de vida.

El Partido Laborista Sudafricano desde su misma fundación reflejó estas concepciones, en esencia racistas. Puesto que su objetivo principal era conquistar actas en el Parlamento y puesto que solamente los blancos tenían derecho a voto, se inclinaba al chovinismo blanco tradicional que fue contagiado tanto a la clase obrera como a otros sectores de la población que tenían derecho a voto. En el Partido Laborista no había una posición ideológica única. A semejanza del Partido Laborista de Gran Bretaña, el de Sudáfrica agrupaba también en sus filas a reformistas y revolucionarios, a socialistas y a elementos contrarios al socialismo.

El viraje decisivo coincidió con el comienzo de la guerra imperialista de 1914. Un importante grupo, en el que se contaban William H. Andrews, líder de la minoría parlamentaria y presidente del Partido; D. I. Jones, secretario general, y S. P. Bunting, se pronunció firmemente por el reconocimiento de los principios de lucha contra la guerra contenidos en la resolución aprobada por el Congreso de Basilea de la II Internacional. Pero los elementos derechistas desencadenaron una campaña chovinista en favor del Gobierno de Botha, que apoyaba al imperialismo inglés. Como resultado de la escisión, los líderes opuestos a la guerra y sus partidarios fundaron la Liga Socialista Internacional. Estos dirigentes pusieron rumbo al marxismo revolucionario y lo siguieron consecuentemente.

La impetuosa reanimación de las organizaciones políticas de la clase obrera se produjo bajo el ascendiente e influjo directos de la Revolución de Octubre. La propuesta de Lenin de crear una nue-

va organización internacional de la clase obrera, la Internacional Comunista, tuvo en Africa del Sur una acogida calurosa. La Liga Socialista Internacional fue una de las primeras organizaciones que se adhirió a la IC. Y se dirigió a todos los grupos marxistas del país con un llamamiento a unificarse y crear un partido revolucionario único.

El 29 de julio de 1921, en la alcaldía de El Cabo, tuvo lugar un gran mitin de masas con la participación de 2.000 personas, en el que se proclamó la fundación del Partido Comunista Sudafricano. Al día siguiente comenzaron oficialmente las reuniones de la Conferencia fundacional, en el curso de las cuales se consiguió un acuerdo acerca de los objetivos y los estatutos del Partido y se eligió su primer Comité Central, encabezado por D. I. Jones, W. H. Andrews y S. P. Bunting, que eran dirigentes de la Liga Socialista Internacional.

El estudio y la asimilación del profundo análisis leninista del problema nacional y del movimiento de liberación nacional jugaron un papel de extraordinaria importancia. Este análisis fue aplicado a las condiciones de Sudáfrica y las conclusiones obtenidas se fijaron más tarde en el programa del Partido, aprobado en 1962, con el título «El camino hacia la libertad de Africa del Sur». Del análisis leninista se deduce con toda claridad que en un país como el nuestro el primerísimo deber de los comunistas es realizar la revolución nacional-democrática, cuyo contenido esencial es la liberación nacional de la mayoría africana, arrancándola del yugo colonialista de tipo particularmente cruel que personifica el régimen político, económico y social sudafricano y que ha sido llevado a extremos inhumanos bajo el dominio neonazi del Partido Nacionalista de Verwoerd y Vorster.

La construcción del socialismo en la Unión Soviética, acompañada de éxitos gigantescos que situaron al primer Estado obrero y campesino del mundo en las filas de las potencias más desarrolladas; la gloriosa victoria de las armas soviéticas en la Segunda Guerra Mundial, que salvó a los pueblos de todos los países de los horrores y ferocidades del dominio fascista; la firme política seguida por la Unión Soviética, de internacionalismo, de ayuda a los pueblos subyugados de Africa, Asia y América Latina que luchan contra el imperialismo; la defensa resuelta de la paz mundial; todos estos factores ejercieron una influencia profunda en el Congreso Nacional Africano y en otras organizaciones liberadoras de los sectores oprimidos de la población de nuestro país.

La firme e inconmovible unidad de comunistas y no comunistas en nuestra lucha nacional-liberadora, forjada en los primeros años subsiguientes a la Revolución de Octubre, continúa viva en nuestros días. Con los años se ha fortalecido, se ha templado en miles de combates, en las cárceles, en la clandestinidad, en los incontables procesos judiciales y en las condiciones del destierro, se ha cementado con la sangre de las víctimas martirizadas por el bestial régimen del apartheid.

Actualmente, cuando la furiosa represión del malvado régimen de Vorster no deja otra salida que la lucha armada, en combinación con las acciones de masas en otras formas, comunistas y no comunistas dentro de nuestro movimiento de liberación apoyamos unánimes a la organización armada del mismo, «Umkhonto we Siwe» [Lanza de la Nación].

Los partidos comunistas de Europa, que se formaron bajo la influencia de la Revolución de Octubre, también han sido fuente importante de estímulo y de educación para los pueblos africanos. Los partidos comunistas de Gran Bretaña, Francia, Italia y Portugal se manifestaron valientemente contra las sangrientas guerras coloniales, complots e intrigas que las clases gobernantes imperialistas de sus propios países realizaban en Africa. Estos partidos ayudaron [sobre todo a través de sus publicaciones] a la formación de combativos líderes africanos, que son quienes hoy ocupan las posiciones rectoras en los gobiernos de los jóvenes Estados independientes. A este respecto, podemos recordar que el Partido Comunista Sudafricano [pese a que siempre hubo de llevar una lucha dura contra el terror y la represión] también hizo su aporte, con sus publicaciones, a la difusión de las ideas vivificantes de la Revolución de Octubre por todo el ámbito del continente africano. Esta tradición la continúa en nuestros días el órgano del Partido Comunista Sudafricano, **The African Communist**, entre un vasto círculo de lectores, que crece constantemente en muchos países de Africa.

La Revolución de Octubre y sus consecuencias de gran alcance hicieron una aportación enorme a la lucha larga y compleja de los pueblos africanos por la independencia. Durante la última década esta lucha se vio coronada por destacadas victorias. A excepción de las zonas esclavizadas del Sur, donde todavía dominan los imperialistas blancos portugueses y locales, la mayoría de los pueblos de nuestro continente han conquistado la independencia constitucional.

Sin embargo, nuestros pueblos saben por propia y amarga experiencia que esta independencia puramente formal es para nosotros una apariencia, y no el derecho auténtico a la autodeterminación. El imperialismo conserva todavía fuertes posiciones en casi todos los países africanos, particularmente en el orden económico.

Casi en cada país africano el imperialismo supo hallar aliados y agentes entre la aristocracia feudal y tribal, en la burguesía parasitaria y en los medios de la corrompida élite militar y administrativa, orientada a Occidente. Con frecuencia, esta élite sólo veía en la conquista de la independencia [aunque hay que señalar honrosas excepciones] un medio para ocupar el puesto del viejo aparato militar y civil imperialista, para aprovechar esta situación con miras al enriquecimiento personal a costa de la opresión de sus propios pueblos.

En los países donde ejercen el Poder gobiernos auténticamente patrióticos, con la decisión firme de que tras la independencia política hay que conseguir la independencia económica, los sectores africanos antes aludidos actúan en alianza con los imperialistas contra sus propios pueblos, participan en la organización de golpes de Estado y otros actos de traición. No son raros los casos en que encubriéndose con consignas patrióticas e incluso socialistas, favorecen la extensión de la influencia del neocolonialismo y el desarrollo de las tendencias capitalistas en los países africanos.

Por otro lado, se debe señalar que los sectores sanos de la población —la clase obrera, el campesinado y todos los elementos patrióticos—, en cada país africano, comprenden por su propia experiencia que la lucha tesonera y porfiada por la liberación económica, social y política es el único camino que conduce a la auténtica independencia. Son conscientes de que la verdadera democracia, basada en la vasta participación de las masas trabajadoras en la gestión de los asuntos públicos, no puede ser asegurada por la vía del parlamentarismo burgués que tanto propagan los colonizadores. Y de que el socialismo científico es la única llave para la libertad de Africa, para la unidad y la igualdad de todos los pueblos del mundo.

En la arena internacional tiene lugar actualmente una contraofensiva imperialista en la que se recurre a los golpes de Estado y las intervenciones militares abiertas, a las intrigas y los asesinatos para eliminar del Poder a los líderes patriotas [así en Indonesia, Ghana, República Dominicana, etc.]. El agresivo imperialismo norteamericano lleva a cabo una guerra cruel y bárbara contra los heroicos combatientes por la libertad en Vietnam del Sur y contra el inabatible baluarte del socialismo y de la liberación nacional que es la República Democrática de Vietnam.

Israel, armado y apoyado por el imperialismo internacional, desencadenó cínicamente una guerra agresiva contra los pueblos árabes, esforzándose por ocupar nuevos territorios y expulsando de ellos a grandes grupos de población árabe. Sus objetivos son derrocar los gobiernos progresistas de países árabes tales como la RAU y Siria, defender los intereses de los millonarios norteamericanos e ingleses y de los monopolios petroleros.

En la parte sur de Africa, y pese a la amplia y decidida resistencia de los africanos y de la opinión mundial, los imperialistas fortalecen a sabiendas el régimen de Smith, apoyan a los colonizadores portugueses y refuerzan el reducto fascista de la República Sudafricana en calidad de base para la proyectada recolonización del continente africano.

Esta contraofensiva del imperialismo, que debe ser examinada como una operación a escala mundial, se produce al mismo tiempo que en las filas de las fuerzas antiimperialistas e incluso en el interior del movimiento comunista internacional existe desunión, provocada por el hecho de que los dirigentes del Partido Comunista de China han roto con los principios del internacionalismo proletario y del marxismo-leninismo. Una necesidad imperativa del período que vivimos es el restablecimiento de la unidad de acción y de la unidad estratégica de las fuerzas comunistas y revolucionarias.

Para nosotros, combatientes sudafricanos por la libertad de nuestro pueblo, esto no es una cuestión académica y abstracta. Catorce millones de compatriotas nuestros padecen el yugo cruel de la explotación y de la humillación. Los mejores hijos e hijas de nuestro pueblo son objeto del trato más inhumano y de vejaciones en las cárceles fascistas de Vorster. Entre ellos se encuentran los comunistas Abraham Fischer, laureado con el Premio Lenin Internacional de la Paz en 1966, Govan Mbeki y Ahmed Kathrada; los destacados patriotas sudafricanos Nelson Mandela, Walter Sisulu, Denis Goldberg y millares de personas más.

Nosotros llamamos no sólo a la solidaridad con ellos. Llamamos a todos los camaradas a la unidad a fin de conseguir nuevos triunfos en la lucha conjunta contra el imperialismo y el fascismo, por el socialismo, la libertad, la paz y la emancipación nacional. Sólo por este camino podemos poner fin rápidamente a los sufrimientos de nuestro pueblo y obtener en un futuro próximo nuevas victorias en el camino de la liberación de la humanidad.

Miramos con orgullo al glorioso pasado y honramos la sagrada memoria del gran Lenin y de sus compañeros, que hicieron posible la gran victoria de hace 50 años. Y seremos dignos continuadores de la gloriosa causa por la que ellos lucharon.

Sudán

TIGANI BABIKER,

miembro del Comité Central del Partido Comunista de Sudán

El oleaje de la tempestad revolucionaria de Octubre de 1917, que se extendió por todo el orbe, no afectó directamente a nuestro país. Nuestro pueblo se hallaba todavía aplastado por la derrota que le infligiera el imperialismo inglés en 1899. Durante los 17 años precedentes a la Revolución de Octubre nuestro país estuvo totalmente cercado por los ejércitos coloniales inglés, francés e italiano, encontrándose realmente aislado del mundo exterior. En el momento de la Gran Revolución Socialista de Octubre nuestro pueblo apenas comenzaba a restablecer muy lentamente sus contactos con otros países. El movimiento por la liberación nacional era extraordinariamente débil. Sólo en 1924, bajo la influencia de la revolución egipcia, este movimiento se alzó hasta el grado de realizar manifestaciones en las calles y una corta pero sangrienta sublevación de soldados y oficiales sudaneses. Este primer intento de insurrección fue aplastado con crueldad.

Pero si entonces el pueblo sudanés no pudo responder directamente a la llamada de Octubre, pasados los años cobró amor entrañable a la Unión Soviética, creación de la Revolución de Octubre, y siempre tuvo el mayor respeto hacia ella.

El colonialismo inglés consiguió durante largo tiempo ocultar a nuestro pueblo cuanto acaecía en la Unión Soviética. Se esforzaba en presentar este enorme país tan sólo como un «concepto geográfico». En las escuelas se enseñaba a los niños los nombres de sus montañas, estepas y ríos, pero su sistema político y socio-económico quedaba para nosotros cerrado bajo siete llaves.

Mas esto no pudo continuar indefinidamente. La situación creada con motivo de la Segunda Guerra Mundial dio al pueblo sudanés la oportunidad de «descubrir» la Unión Soviética. Y esta circunstancia, por la fuerza de su influjo, compensó las posibilidades que no pudo aprovechar nuestro pueblo en octubre de 1917. Con admiración seguía las hazañas del pueblo soviético en su heroica lucha contra las hordas fascistas. Gracias a la coalición antihitleriana existente durante la guerra, comenzó a penetrar en nuestro país literatura sobre el País de los Soviets. A pesar del tupido filtro de la censura colonial nuestro pueblo tuvo conocimiento de la vida y de los logros del Estado soviético.

El apoyo prestado por la Unión Soviética a las revoluciones de liberación nacional en la posguerra fortaleció aún más en nuestro pueblo la persuasión creciente de que la Unión Soviética es un Estado de tipo nuevo, que defiende consecuentemente la causa de la libertad y de la justicia. Este convencimiento se afianzó todavía más cuando en 1946 el Gobierno soviético mantuvo una firme posición de apoyo a Siria y Líbano en la conquista de su independencia. En la lucha que nuestro pueblo se disponía a desplegar después de la guerra confiaba firmemente en contar con el apoyo de la Unión Soviética, y jamás se sintió defraudado en sus esperanzas.

La juventud progresista de nuestro país, al mismo tiempo que «descubrió» —si así puede decirse— la Unión Soviética, también «descubrió» el marxismo-leninismo. Desde el punto de vista científico, la mayor fuerza de atracción para nuestra juventud la tenían las tesis del marxismo-leninismo sobre el problema nacional y colonial. Esto contribuyó a desvanecer diverso tipo de ilusiones en cuanto a la naturaleza de la lucha contra el colonialismo, ganando a centenares de jóvenes revolucionarios para el combate por la causa del comunismo.

El Partido Comunista de Sudán fue fundado en 1946. Desde entonces se ha mantenido siempre fiel a los legados de Lenin, formulados en 1919 en su informe ante el II Congreso de las organizaciones comunistas de los pueblos de Oriente. «La tarea consiste —decía Lenin— en despertar la actividad revolucionaria de las masas trabajadoras para que actúen por sí mismas y se organicen, cualquiera que sea el nivel en que se encuentren, para traducir la auténtica doctrina comunista, concebida para los comunistas de los países más evolucionados, al lenguaje de todos los pueblos; para realizar la labor práctica, inmediata, y para fundirse en una lucha común con los proletarios de otros países.

Son tareas cuya solución no encontrarán en ningún libro comunista, sino en la lucha común, iniciada ya en Rusia. Y que tendrán que plantear y resolver en base a la propia experiencia».[1]

La historia de nuestro Partido, aunque breve, confirma plenamente el acierto de estos legados. La doctrina del marxismo-leninismo ha mostrado también su validez para resolver los problemas africanos. Apoyándose en la idea de Lenin y en «la lucha común, iniciada ya en Rusia», nuestro Partido fue el único que en Sudán pudo determinar acertadamente cuáles eran los problemas

1 *Obras Completas*, t. XXX, pág. 157. Ed. Cartago.

esenciales y hallar el camino justo para su solución.

Desde el momento mismo de su fundación, nuestro Partido ha tenido empeño en establecer las vinculaciones más estrechas con las masas trabajadoras. Gracias a su iniciativa se crearon en el país los primeros sindicatos, organizaciones campesinas y estudiantiles. Contrariamente a los partidos pequeñoburgueses, que se limitaban a las simples declaraciones denunciatorias, nuestro Partido hizo lo máximo posible para incorporar a las masas a la lucha contra el colonialismo, organizando grandes mitines y manifestaciones.

Fue nuestro Partido quien organizó y encabezó las acciones independientes de los obreros, campesinos y estudiantes contra la administración colonial. Comprendiendo la gran importancia de la solidaridad internacional, nuestro Partido orientaba a las organizaciones sociales de masas sudanesas a que establecieran los contactos más estrechos con las correspondientes organizaciones democráticas internacionales. Hace ya muchos años que en las actividades de estas agrupaciones internacionales participan intensamente nuestros sindicatos, nuestras organizaciones juveniles y de estudiantes. Todo lo que se diga de la importancia de esta participación es poco. El apoyo que nos han prestado en la arena internacional jugó un papel importante en el desarrollo de nuestra lucha por la liberación.

Los comunistas sudaneses difunden incansablemente las ideas del socialismo. En febrero de 1956 [un mes después de proclamada la independencia del país] el III Congreso de nuestro Partido indicaba que no era posible asegurar la independencia sin realizar transformaciones sociales radicales, sin profundos cambios en la vida del pueblo trabajador. El Congreso aprobó un programa realista que plantea como objetivo la creación de un régimen nacional—democrático capaz de abrir el camino hacia el socialismo. Tomando como ejemplo las repúblicas soviéticas del Asia Central, el Partido insistía constantemente en que era posible emprender el camino no capitalista de desarrollo; y la vida ha confirmado de la manera más convincente la justeza de la línea general de nuestro Partido.

Después de medio siglo de dominio colonial, que se ejercía según dicen en nombre de la «civilización» de nuestro país, y después de 11 años de independencia, Sudán, que dispone de enormes recursos naturales, continúa siendo un país pobre con un desarrollo extraordinariamente débil. El estado en que se encuentra nuestro país es una grave acta de acusación contra el sistema capitalista. La dura y amarga experiencia ha demostrado que el modo de vida capitalista es posible mantenerlo únicamente a costa de los sufrimientos de la mayoría de la población, en menoscabo de la independencia nacional. Son cada día más y más los que se desentienden de los partidos «tradicionales» y de los hombres políticos defensores de la vía capitalista y se pasan a las posiciones de la lucha por el socialismo. Esto se confirma por el aumento de la influencia de nuestro Partido entre las masas populares.

Este proceso, estrechamente vinculado con el viraje radical que la Revolución de Octubre imprimió a la historia de la humanidad, es irreversible. El es hoy el contenido del movimiento nacional—liberador, que se ha fundido con el torrente general de la lucha contra el capital internacional. Este nuevo carácter del movimiento alza a centenares de millones de trabajadores a acciones independientes. El movimiento se desarrolla en profundidad y asesta golpes cada vez más demoledores a los centros vitales del sistema capitalista mundial. El movimiento de liberación nacional cada día fortalece más los lazos de su estrecha alianza con los países socialistas y el movimiento obrero. Esta es una de las principales causas internas de la creciente fuerza del movimiento revolucionario mundial. Tal es la única deducción justa de un análisis objetivo de la situación internacional de hoy.

No se puede negar que el imperialismo tensa todas sus fuerzas para cambiar a su favor la situación existente en la arena internacional. Tampoco es posible negar que a veces consigue algunos éxitos. Pero es importante hacer resaltar que en toda una serie de casos sufre derrotas contundentes. Entre sus deseos y la realización de ellos hay una distancia enorme. Basta recordar la suerte corrida por las acciones agresivas del imperialismo en el período 1948—1953. De la larga lista de tales actos agresivos se puede citar la política de chantaje atómico, la creación de la OTAN y otros bloques militares, la difusión del macartismo, los sangrientos golpes contrarrevolucionarios en Grecia, Guatemala e Irán, la «guerra abyecta» en Vietnam, la agresión contra Corea, etc. Los imperialistas se apresuraron entonces a declarar que habían triunfado con su política de «contención» del comunismo. Pero la presión revolucionaria era imposible contenerla. Al cabo de algunos años, el movimiento revolucionario no sólo restableció sus anteriores posiciones, sino que asestó nuevos golpes demoledores a sus enemigos. Basta recordar que si en aquel período casi toda Africa se hallaba todavía prácticamente fuera de la esfera del movimiento revolucionario, al comienzo de los años 60 los vastos imperios coloniales en nuestro continente se derrumbaron. Incluso la amplitud de los esfuerzos del imperialismo evidencian no sólo su creciente agresividad, sino ante todo la gran envergadura de nuestro movimiento.

Hay algunas gentes que con sus fantásticas apreciaciones de la situación internacional pretenden convencernos de que la revolución sólo

puede ser salvada mediante la guerra mundial. Si hacemos abstracción de las consecuencias de semejante guerra [cosa que de por sí es imposible para cualquier persona de sano juicio], la propuesta de estas gentes se reduce prácticamente a que la Unión Soviética asuma la tarea de realizar la revolución en cada país. Esto sería, naturalmente, muy cómodo, puesto que liberaría a todos los demás del duro trabajo de preparar la revolución y de asegurar su victoria. Pero una solución tan «cómoda» es imposible. Realizar la revolución es en cada país un deber de sus propias fuerzas revolucionarias, cuando para ello maduran todas las condiciones necesarias, y en primer lugar las internas. En este caso, y con una dirección certera, la revolución triunfa por fuertes que sean sus enemigos.

Esto es particularmente necesario subrayarlo ahora, cuando el grupo de Mao Tse-tung, acusa a la Unión Soviética y a los demás países socialistas fieles al internacionalismo de que se abstuvieron de prestar ayuda efectiva a los países árabes contra la agresión imperialista. En esta cuestión el grupo de Mao Tse-tung se ha encontrado al otro lado de la barricada juntamente con los imperialistas y con los reaccionarios árabes. Su objetivo común consiste en desacreditar a la Unión Soviética y sembrar una moral de derrota entre los pueblos árabes. Pero los furiosos ataques de los escisionistas chinos carecen de toda base. La Unión Soviética y otros países socialistas han prestado y prestan a los pueblos árabes todo el apoyo posible. Gracias a esta ayuda pudieron los países árabes resistir el empuje de los agresores imperialistas. Los planes de derrocamiento de los regímenes revolucionarios de la RAU y Siria, que constituían el objetivo principal de los agresores, sufrieron un fiasco. Los regímenes progresistas se han fortalecido políticamente y hoy se hallan mejor preparados para seguir luchando contra la agresión. Los pueblos árabes forjan una unidad cada vez más firme en su lucha contra el imperialismo norteamericano e inglés. Sólo un ciego puede sentirse pesimista en cuanto a las perspectivas revolucionarias en el mundo árabe. Sólo un ciego puede no ver en estos acontecimientos el papel de la Unión Soviética y de otros países socialistas que se mantienen en las posiciones del internacionalismo.

El aventurerismo no puede ser la política de los marxistas—leninistas. Sólo una política basada en la unidad de los tres raudales principales del proceso revolucionario mundial puede asegurar la victoria. Por la consecución de estos objetivos luchan todos los verdaderos internacionalistas, todos los comunistas auténticos. El grupo de Mao Tse-tung, con sus actividades escisionistas, presta un servicio incalculable al imperialismo. Pero se ha desenmascarado ante todo el mundo. El movimiento revolucionario avanza con paso más firme. El camino hacia la solución de los problemas cardinales se hace más claro. La causa de la unidad de las fuerzas revolucionarias alcanza nuevos triunfos. En este movimiento victorioso corresponde un destacadísimo puesto de honor al gran país de la Revolución de Octubre y al Partido de Lenin.

En números sucesivos aparecerán las intervenciones de los camaradas J. Duclos [Francia], B. Ljansuren [Mongolia], M. J. Mendes [Ceilán], I. Nerlund [Dinamarca], B. Ponomariov [URSS], W. Jarosinski [Polonia] y otros participantes en la Conferencia teórica internacional sobre la significación histórica de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

MEDIO SIGLO ATRAS...

En septiembre de 1917 continuó desarrollándose el movimiento general del pueblo por la paz, la lucha de los campesinos por la tierra y contra los terratenientes, el combate de los pueblos oprimidos de Rusia contra el yugo nacional y la lucha de la fuerza rectora de la revolución —la clase obrera— por el socialismo. Mientras que en marzo de 1917 tuvieron lugar 111 acciones de los obreros, en septiembre llegaron a 1.093; las acciones del campesinado en ese período fueron, respectivamente, 1.057 y 2.442; en el ejército, de marzo a junio se produjeron 40 acciones y de junio a septiembre, 406. El Partido de los bolcheviques supo aunar todos estos movimientos en una corriente única y dirigirla al derrocamiento del poder de los capitalistas y a la instauración del poder del pueblo.

El 31 de agosto [13 de septiembre], el Soviets de Petrogrado aprobó la resolución del Comité Central del Partido Bolchevique «sobre el Poder», en la cual se decía que la salvación del país estaba en el paso del Poder a manos del proletariado y del campesinado revolucionario. Fueron proclamadas las bases de la actividad del nuevo Poder, obrero y campesino: República democrática; abolición inmediata de la propiedad privada so-

LA URSS HOY

HECHOS Y CIFRAS[1]

VII LA CIENCIA SOVIETICA

En abril de 1918, a los cinco meses de conquistar el Poder, Lenin trazó el famoso «Esbozo de plan de los trabajos científico-técnico», en el cual se exponía la perspectiva de un vasto desarrollo de la ciencia y la técnica en estrecho nexo con las necesidades de la producción. Desde los primeros años del Poder soviético la ciencia se convirtió en un asunto estatal, en objeto de la preocupación constante del Partido y del pueblo.

El fisiólogo I. Pávlov, el botánico K. Timiriásev, el fundador y primer presidente de la Academia de Ciencias Agrícolas N. Vavílov, el «padre de la aviación rusa» N. Zhukovski, el constructor de barcos y matemático A. Krilov, el geólogo A. Fersman, el «padre de la cosmonáutica» K. Tsiolkovki, el físico A. Ioffe —todos ellos científicos de renombre mundial— encabezaron la ciencia soviética en las primeras etapas de su desarrollo.

Ya en 1918 se crearon el Instituto Estatal de Optica, donde se verificaron importantes estudios sobre la estructura del átomo; el Instituto Físico-Técnico de Leningrado, donde iniciaron su trayectoria en la alta investigación I. Kurchátov, P. Kapitsa, Y. Jariton, A. Alexándrov y otros científicos hoy mundialmente conocidos.

La ciencia soviética ha contribuido a la aplicación de nuevos procesos tecnológicos en la producción, a crear la industria y la energética atómicas, a la exploración y aprovechamiento de las gigantescas riquezas del subsuelo, a la obtención de nuevas y magníficas variedades de cultivos agrícolas y razas de ganado. La ciencia soviética ha obtenido grandes triunfos en matemáticas, física, química, biología, medicina, geología y en otros campos del saber. La Unión Soviética lanzó el primer satélite artificial de la Tierra e hizo realidad el primer vuelo cósmico del hombre. Hoy es bien conocido en todo el mundo el nombre del famoso constructor de cohetes soviéticos S. Koroliov.

Las ciencias sociales se desarrollan sobre la base metodológica del marxismo-leninismo. Guiándose por el principio leninista del partidismo las ciencias sociales adquieren una im-

---

1 Continuación. Véase el comienzo en nuestro tercer número del año corriente.

bre la tierra de los terratenientes, sin indemnización; implantación del control obrero sobre la producción y la distribución; nacionalización de las ramas más importantes de la industria; imposiciones tributarias drásticas a los grandes capitales y a las grandes propiedades y confiscaciones de los beneficios de guerra; anulación de los tratados secretos y propuestas inmediata de una paz general democrática a todos los pueblos de los Estados beligerantes.

El día 5 [18] de septiembre se pasó al lado de los bolcheviques el Soviet de Moscú, y seguidamente los Soviets de otras grandes ciudades.

La nueva composición de los Soviets, su activación y el haberse transformado en organismos revolucionarios y combativos de masas crearon las premisas objetivas para que el Partido planteara de nuevo la consigna de «¡Todo el Poder a los Soviets!» Su realización todavía pudiera haber transcurrido pacíficamente. Teniendo en cuenta que durante la lucha contra la kornilovada, los mencheviques y socialistas-revolucionarios [eseristas] habían acordado que era imposible admitir al Partido Demócrata constitucionalista [kadetes] en el Gobierno, los bolcheviques habían prometido apoyar el paso del Poder a un Gobierno de mencheviques y eseristas, responsable plena y exclusivamente ante los Soviets que recibirían todo el Poder, tanto en el centro como en las localidades.

Los eseristas y los mencheviques, amarrados a la política de la burguesía, rechazaron la única posibilidad que aún existía para el paso pacífico del Poder a manos de los Soviets. La consigna de «¡Todo el Poder a los Soviets!» pasó a ser la consigna de la insurrección.

La revolución entró en la fase decisiva de su desarrollo. La cuestión de la toma del Poder se puso a la orden del día como tarea práctica concreta.

portancia cada día mayor para la educación comunista de los trabajadores, para la lucha contra la ideología burguesa, contra las concepciones oportunistas de todo género.

He aquí algunos datos que caracterizan el desarrollo de la ciencia soviética al acercarse el cincuentenario del Gran Octubre.

En 1914 había en la Rusia zarista 10.200 trabajadores científicos. En 1940 los científicos existentes en la URSS eran ya 98.300. Y en 1966 su número ascendía a 711.600, setenta veces más que en vísperas de la revolución. Solamente en el campo de las ciencias físico-matemáticas trabajan en la Unión Soviética más de 60.000 especialistas.

Se ha incrementado impetuosamente el número de cuadros científicos de elevada calificación. En 1966 había en la Unión Soviética 16.600 personas con el grado de doctor en ciencias, y 152.300 con el grado de candidato a doctor en ciencias. Se presta una atención especial a la preparación de jóvenes científicos de alta calificación. Actualmente existen en los centros de enseñanza superior y en las instituciones científicas más de 90.000 cuadros que están cursando estudios postgraduales.

La cuarta parte de todos los científicos del mundo está concentrada hoy en la URSS.

El 40% aproximadamente de los científicos de la Unión Soviética son mujeres. Existen en la URSS más de mil mujeres con el título de académico de número o de miembro correspondiente de la Academia de Ciencias o con el título de profesor.

En 1914 había en el territorio que ahora es la URSS [dentro de las fronteras existentes hasta el 17 de septiembre de 1939], 289 instituciones científicas. Pero durante el Poder soviético la red de instituciones científicas y de investigación adquirió un desarrollo enorme. En 1940, ya se contaban en el territorio de la Unión Soviética 1.821 instituciones científicas. En 1965, su número llegó a 4.724, esto es, 16,3 veces más que en 1914.

Si en 1940 se dedicaron 113 millones de rublos del presupuesto de la URSS para investigaciones científicas, en 1950 se asignaron ya 524 millones y en 1965 fueron 4.265 millones.

En 1917, la Academia de Ciencias contaba con 52 instituciones y 154 colaboradores científicos, de ellos 45 académicos. A finales de 1965, la Academia de Ciencias comprendía 193 instituciones en las que trabajaban más de 25.000 científicos, de ellos 538 miembros de números o correspondientes de la Academia.

Durante los años del Poder soviético ha cambiado radicalmente la distribución geográfica de las instituciones científicas en el territorio de la URSS. Hasta la revolución estaban concentradas en Petersburgo y Moscú. Actualmente se dispone de poderosos centros científicos distribuidos por todo el inmenso territorio de la Unión Soviética, desde el Báltico hasta Kamchatka, desde la Península de Kola hasta el Pamir. En 1919 fue fundada la Academia de Ciencias de Ucrania. Con ello se dio comienzo a la creación de centros académicos en las repúblicas federadas hermanas. En 1961 se creó la Academia de Ciencias de Moldavia. Con esto culminó el proceso de creación de academias de ciencias en todas las repúblicas de la URSS. Hacen una gran aportación al desarrollo de la ciencia soviética los científicos que trabajan en los institutos y laboratorios de la Sección de la Academia de Ciencias de la URSS creada no hace mucho en Siberia.

La familia de científicos soviéticos es multinacional. Forman

Los días 12—14 [25—27] de septiembre. Lenin escribe al Comité Central y a los comités de Petersburgo y de Moscú del POSDR [b] las cartas «Los bolcheviques deben tomar el Poder» y «El marxismo y la insurrección», en las cuales hacía una fundamentación exhaustiva de la necesidad de la toma del Poder por los bolcheviques. Y explicaba que «la mayoría activa de los elementos revolucionarios del pueblo de ambas capitales es suficiente para arrastrar consigo a las masas, vencer la resistencia del adversario, derrotarlo, conquistar el Poder y conservarlo»[1].

En estas cartas, Lenin elaboró un plan aproximado de la insurrección armada en Petrogrado. Proponía organizar inmediatamente el Estado Mayor de los destacamentos insurgentes, distribuir las fuerzas, concentrar las unidades más seguras en los puntos más importantes, preparar el cerco de los edificios gubernamentales, ocupar la Central telefónica y Telégrafos.

1 *Obras Completas*, t. XXVI, pág. 9. Ed. Cartago.

parte de ella representantes de más de 40 nacionalidades que viven en el territorio de la Unión Soviética.

La Unión Soviética tiene relaciones científicas con casi 100 países del mundo. Sólo en 1965 la Academia de Ciencias de la URSS envió al extranjero a unos 3.000 científicos soviéticos y recibió a más de 4.000 científicos foráneos. Representantes de la Academia de Ciencias de la URSS participaron en otros países durante el año 1965 en 230 reuniones científicas internacionales. En la URSS, la Academia de Ciencias llevó a cabo ese mismo año 18 congresos y conferencias internacionales, en los que tomaron parte 1.047 científicos extranjeros.

Crece incesantemente el número de investigaciones científicas conjuntas que se realizan mediante la unificación de fuerzas científicas de la Unión Soviética y de otros países principalmente de los Estados socialistas hermanos. Se ha convertido en un gran centro científico el Instituto Unificado de Investigaciones Nucleares de Dubna, del que son miembros los países socialistas.

Cada día es mayor el prestigio internacional de la ciencia soviética. Son ampliamente conocidos los nombres de los sabios soviéticos —miembros de número o correspondientes de la Academia de Ciencias de la URSS— laureados con el Premio Nobel: N. Básov, L. Landau, A. Prójorov, N. Semiónov, I. Tamm, I. Frank y P. Cherenkov.

En la etapa actual de construcción de la sociedad comunista en la URSS crece todavía más la importancia de la ciencia. En el XXIII Congreso del PCUS fue planteada la tarea del mejoramiento y desarrollo sucesivos de los trabajos de investigación científica en la Unión Soviética y el fortalecimiento de los vínculos de la ciencia con la producción.

LA creación del sistema socialista desarrollado en la República Democrática Alemana

por ERICH HONECKER

Condiciones y premisas para crear en la RDA el sistema socialista desarrollado

En el VII Congreso del Partido Socialista Unificado de Alemania, celebrado en abril de este año, fueron examinados los problemas fundamentales del desarrollo del régimen socialista en la República Democrática Alemana. Con la aprobación por el Congreso de las decisiones sobre la creación del sistema desarrollado del socialismo en la RDA se ha iniciado una nueva fase de la evolución y del fortalecimiento del Estado obrero y campesino. Las primeras semanas que siguieron al Congreso mostraron ya que sus decisiones habían tenido un amplio eco entre los trabajadores de nuestra República. Estos, dando pruebas de gran iniciativa, toman en sus manos la solución de las nuevas tareas. La iniciativa y las fuerzas creadoras de las amplias masas populares, en las que se apoyó el Partido para elaborar las históricas resoluciones del VII Congreso, son la base de los éxitos de la construcción socialista en la RDA.

La marcha ascendente de la RDA transcurrirá en el proceso de la construcción del sistema socialista desarrollado, sobre la base del nivel ya alcanzado en la edificación socialista.

El hecho de que la clase obrera, en alianza con la clase de los campesinos cooperativistas y con otras capas trabajadoras, ejerza el poder político, y de que los medios fundamentales de producción estén en manos del pueblo, crea las premisas para el desarrollo omnilateral de las relaciones socialistas de producción. En nuestra sociedad predominan la ideología socialista y la cultura humanística puestas al servicio del progreso social. Pero nosotros consideramos como un éxito trascendental del proceso de transformaciones sociales de los últimos dos decenios los cambios habidos en los ciudadanos de nuestro país. Se ha formado la conciencia socialista, manifestada, ante todo, en la nueva actitud de los ciudadanos de la RDA hacia su Estado, hacia el trabajo, así como en el desarrollo de la sociedad socialista y en la nueva vida social.

Han sido muy provechosas y han proporcionado grandes ventajas las medidas puestas en práctica con tanto acierto para garantizar la seguridad de las fronteras de nuestro Estado, y en primer término la frontera estatal en Berlín. Esta defensa frente a las actividades subversivas del agresivo capital monopolista germanooccidental nos ha permitido aprovechar con mayor eficacia una serie de leyes económicas de nuestra sociedad. Ello nos ha proporcionado éxitos considerables en todas las ramas de la economía y ha tenido como resultado un notable crecimiento de la producción. Por ejemplo, la producción industrial aumentó en un 25% entre 1962 y 1966. En ramas tan importantes para la futura estructura de nuestra economía nacional como es la electrónica, el aumento fue del 47%; en la de aparatos de medida, de dirección y de control, el incremento fue incluso del 85%. Una expresión de los éxitos logrados en la lucha por elevar la productividad del trabajo, por disminuir los costos y hacer mayor la rentabilidad es el alto crecimiento absoluto de la renta nacional. Los progresos de la edificación socialista en la RDA se han extendido a pueblos y aldeas. Se ha fortalecido la alianza de la clase obrera con la clase de los campesinos cooperativistas.

Al lograr un ascenso considerable de la producción agropecuaria hemos conseguido que la creciente demanda de la población en orden a los artículos alimenticios fundamentales sea satisfecha esencialmente con los recursos internos, o sea, gracias a la producción propia. Esto se ha obtenido a base de pasar poco a poco a métodos industriales de dirección y organización de la producción y, también, a base de desarrollar las relaciones cooperativistas y de introducir cada vez más la ciencia en la producción agropecuaria.

Nuestro Partido se rige por el hecho de que el desarrollo económico de la RDA, estrechamente vinculado al impetuoso crecimiento de las fuerzas productivas sobre la base de la actual revolución científico-técnica, exige una planificación y dirección cualitativamente nuevas. Poco a poco se han ido introduciendo los principios del nuevo sistema económico de planificación y dirección aprobados en el VI Congreso del Partido. La práctica ha confirmado la justeza de este sistema.

Es evidente, por tanto, que los actos conscientes de las masas populares se determinan cada vez en mayor grado por la acción de las leyes económicas y que surgen nuevas premisas y posibilidades para una mayor actividad de las masas sobre amplias bases democráticas. Por eso, en su VII Congreso, el Partido, después de un análisis meticuloso del nivel de desarrollo económico, político e ideológico, resumió los resultados de la aplicación creadora de la teoría marxista-leninista, expuso la experiencia acumulada durante la construcción del régimen socialista en todo el frente y, partiendo de esto, *fijó las tareas de la etapa siguiente, cuyo contenido es la creación del sistema socialista desarrollado en la RDA*. Hemos alcanzado un grado de desarrollo de la sociedad socialista que nos proporciona las premisas objetivas y subjetivas necesarias para crear un sistema integral de la sociedad socialista. La creación del sistema desarrollado del socialismo es una etapa natural, históricamente necesaria, para dar cima a la construcción de la sociedad socialista en la RDA. Todas las esferas de la sociedad socialista deben estar vinculadas en su desenvolvimiento y puestas en concordancia entre sí teniendo en cuenta el futuro y el desarrollo de todo el sistema. El sistema socialista desarrollado se caracteriza por un nivel elevado y unos ritmos rápidos de crecimiento de las fuerzas productivas, así como por unas relaciones socialistas de producción sólidas y en progresión constante. Son rasgos característicos de este sistema un poder estatal socialista fuerte, una democracia socialista en continuo perfeccionamiento, un elevado nivel de instrucción de los trabajadores y la mejora constante de sus condiciones de trabajo y de vida. La realización de esta tarea será un proceso complejo, prolongado y polifacético, que transcurre en medio de una aguda lucha de clases entre el socialismo y el imperialismo a escala mundial y en el interior de Alemania.

La creación del sistema socialista desarrollado presenta grandes exigencias a la planificación y a la dirección de complicados procesos. No todas las cuestiones que esperan solución han sido ya elaboradas en todos sus detalles teóricamente o contrastadas con la práctica. Pero nosotros emprendemos la creación de este sistema pertrechados con conocimientos científicos y con experiencia revolucionaria. Nos apoyamos en la riqueza teórica del marxismo-leninismo, utilizamos la experiencia de la construcción del socialismo y su sintetización teórica en los países socialistas hermanos, en primer lugar en la Unión Soviética. Y tenemos el propósito de seguir analizando escrupulosamente cada uno de nuestros pasos adelante y de no tolerar «saltos» ni exigencias irreales.

Sobre la dirección científica de los procesos sociales

La línea política general se aplica con ayuda de la estrategia y la táctica elaboradas y determinadas por el Partido. Una estrategia y una táctica correctas, concordantes con las condiciones históricas concretas de nuestro país, sólo son posibles en el caso de que como uno de sus fundamentos más importantes contengan la prognosis científica del desarrollo social. Por eso la elaboración y aplicación de la prognosis social marxista-leninista adquiere gran importancia en un momento en que es necesaria una dirección cualitativamente nueva. La previsión que tiene por base el pronóstico social general abarca las principales tendencias del desarrollo de la lucha de clases y de la correlación de fuerzas a escala internacional, las tendencias del desarrollo de la reproducción social, de la ciencia y la técnica, de las clases y capas, de las relaciones sociales, de la conciencia socialista, así como también de la instrucción y la cultura en su conjunto, en sus interconexiones decisivas y en las etapas fundamentales de su desarrollo. Nosotros establecemos la previsión para un período que termina en 1980. Utilizando los resultados de la prognosis para este período determinamos sobre la base de cálculos las tareas para el período que va hasta 1970, y partiendo de esto fijamos las etapas siguientes. En consecuencia, ya hoy, y partiendo de las previsiones, proyectamos y creamos el mundo de mañana.

Nuestro Partido entiende que los pronósticos de las tendencias fundamentales del progreso de

la ciencia y la técnica, así como de los acontecimientos importantes, son partes componentes decisivas de las previsiones generales de la evolución social en la RDA, por cuanto sin ello no es posible solucionar, por ejemplo, las importantes cuestiones estructurales relacionadas con una dirección racional de nuestra economía. Todo esto guarda también relación con la necesidad de mantener el estrecho entrelazamiento de nuestra economía con la de la URSS y otros países socialistas hermanos. Y con esto tiene que ver asimismo el desarrollo de las fuerzas productivas, que constituyen la base del progreso económico y de la culminación de la construcción del socialismo en su conjunto.

El nuevo nivel más elevado y la nueva calidad de la dirección de los procesos sociales, nivel y calidad determinados objetivamente, presuponen la necesidad de vastos conocimientos científicos. Sólo así puede darse a las gentes una perspectiva clara del desarrollo social, investigar las leyes objetivas en todas las esferas de la vida de la sociedad socialista y orientar con los menores gastos posibles y en los más cortos plazos históricos la actividad de las masas hacia la creación del sistema socialista desarrollado en la RDA. La clara visión de la perspectiva social es una premisa decisiva para la formación de la conciencia social. Los ciudadanos de nuestra República deben saber que ellos y sus descendientes van a vivir siempre en el socialismo, y por ello deben saber cómo está organizada esta vida. Comprendido esto, podrán comprender mejor los procesos y las interconexiones de carácter político, podrán solucionar de manera más consciente y activa las tareas de cada día.

El arte de dirigir los procesos sociales está en prever científicamente el desarrollo de la comunidad, en tomar soluciones correctas en el momento necesario, en examinar las cuestiones más importantes de orden político, económico y cultural junto con todas las capas de la población, en dar amplio campo a la iniciativa profundamente consciente de los trabajadores con vista a reforzar el Estado socialista. Dirigir científicamente quiere decir, ante todo, aplicar las leyes económicas del socialismo, aprovechar plenamente las ventajas y las posibilidades del régimen socialista, así como elevar constantemente la conciencia y la actividad políticas de todos los ciudadanos. La participación de los trabajadores en la planificación, en el trabajo y en la gestión económica es un factor decisivo en el que se puede apoyar nuestro Partido para la construcción del socialismo. Por eso consideramos el trabajo político-ideológico y la dirección del mismo como la base de la dirección científica.

En el proceso de cumplimiento de las decisiones del VII Congreso el Partido ha tomado una serie de medidas y ha dado los primeros pasos que son la garantía de que los cuadros del PSUA y del aparato del Estado en todos los escalones estarán armados con nuevos conocimientos, necesarios para dirigir los procesos sociales, para solucionar junto con los trabajadores las nuevas y complicadas tareas. En relación con esto se presta una mayor atención al empleo de métodos modernos de dirección, particularmente en el terreno de la información y de la planificación, a la vez que al empleo de máquinas calculadoras electrónicas y otros medios técnicos auxiliares. Así se crean premisas más favorables para reaccionar con mayor rapidez ante los problemas apremiantes, para tener una visión más amplia de las diversas y complejas series de cuestiones y para seguir de esta manera elevando la calidad de la dirección política.

El problema de la dirección científica por parte del Partido y del Gobierno fue examinado detalladamente en el segundo Pleno del Comité Central reunido en julio de este año. Se planteó la siguiente tarea: confeccionar un modelo de dirección científica de toda la sociedad socialista y fundamentar los métodos de trabajo para seguir desarrollando el sistema de dirección estatal y de la democracia socialista y para colocarlo sobre bases científicas. Esta tarea requiere que nuestros organismos dirigentes estatales sepan solucionar teórica y prácticamente los problemas relacionados con la dirección de la sociedad en una lucha permanente contra el enemigo de clase. Es sabido que los imperialistas germanooccidentales hacen cuantos esfuerzos pueden para que en la competición y en la lucha contra la RDA su aparato estatal actúe de la manera más eficaz.

Papel de las clases y capas de la población cuando se construye el sistema socialista desarrollado

Todas las clases y capas de la población de la RDA han seguido desarrollándose sobre la base de las relaciones socialistas de producción y de las nuevas relaciones sociales que de ellas se desprenden, así como también sobre la base de una creciente conciencia socialista. En el socialismo, los intereses de dichas leyes y capas coinciden y sus relaciones se hacen más estrechas.

Bajo la dirección de su Partido —el Partido Socialista Unificado de Alemania—, la clase obrera de la RDA ha demostrado su capacidad para ser la creadora y la organizadora de la sociedad socialista. Sus conquistas históricas confirman nuevamente la validez universal de la tesis marxista según la cual la clase obrera es la fuerza más revolucionaria, la más avanzada de nuestro tiempo. Este papel dirigente de la clase

obrera respecto a otras clases y capas tiene su fundamento objetivo. La clase obrera está directamente vinculada a la industria socialista moderna. De aquí su alta organización y disciplina. Es la clase más importante, y hace una aportación enorme a la creación de la riqueza social. «La clase obrera es —como se dice en el informe al VII Congreso del Partido— el núcleo del pueblo socialista libre, que goza del producto de su propio trabajo y cubre sus necesidades materiales y espirituales en una proporción cada día mayor.» Por eso, la responsabilidad de la clase obrera y la importancia de su papel dirigente seguirán elevándose en el curso de la construcción del sistema socialista desarrollado. Siendo como es la portadora del desarrollo revolucionario, aumenta su responsabilidad en la realización de la revolución científico-técnica. Lo característico del proceso de cambios habidos dentro de la propia clase obrera es la participación —que tiene un valor decisivo— en la planificación y dirección de todo el proceso social, y la toma de conciencia cada día más profunda de su función dirigente y de su responsabilidad en la dirección de los complicados procesos de la producción moderna. Es la clase obrera de un Estado industrial socialista altamente desarrollado. Cada día es mayor el número de obreros altamente calificados.

La alianza de la clase obrera con la clase de los campesinos cooperativistas ha demostrado su firmeza en la práctica de la construcción del socialismo. Esta alianza es sólida parte componente de nuestra sociedad socialista. La clase de los campesinos cooperativistas se entronca más estrechamente con la industria moderna a causa de la acentuación del carácter industrial del proceso de la producción agropecuaria. La multiplicación de los vínculos más diversos y de las relaciones de las cooperativas agrícolas con las haciendas estatales, así como también con las ramas de la industria de transformación y el comercio, exige que sean dominados con sentido creador los complejos procesos en que surgen formas nuevas, superiores, de alianza entre la clase obrera y la clase de los campesinos cooperativistas. En oposición al estado en que se encuentran los campesinos de Alemania Occidental, que bajo el dominio de los monopolios se ven cada día más carentes de derechos y son expropiados, la emancipación de los campesinos de la RDA iniciada con la reforma agraria democrática y llevada a término con la aparición de la clase de los campesinos cooperativistas, ha rendido excelentes resultados.

Nuestra intelectualidad socialista, originaria fundamentalmente de la clase obrera y de la clase de los campesinos cooperativistas, goza del respeto del pueblo y entrega todas sus fuerzas y capacidades a la causa del socialismo. Dirigida por el Partido, y al lado de la clase obrera, la intelectualidad hace una sustancial aportación a la creación de centros modernos de la gran producción, lleva a cabo una gran obra colectiva en todas las esferas de la investigación y del progreso científico, contribuye a realizar la revolución científico-técnica a un alto nivel. En las colectividades socialistas de trabajo se estrecha más y más el acercamiento mutuo entre la intelectualidad, los obreros y los campesinos cooperativistas. Esto influye beneficiosamente en la recíproca colaboración y contribuye al desarrollo de la sociedad socialista.

En el proceso de este desarrollo han encontrado también su lugar los que en otros tiempos fueron empresarios privados, actualmente copropietarios de las empresas semiestatales, y también los dueños de empresas particulares. Los artesanos, agrupados en cooperativas de producción, también aportan su contribución al desarrollo socialista. A este proceso se han sumado igualmente los pequeños propietarios.

Así, pues, la clase obrera, que es la fuerza social rectora, está sólidamente vinculada a otras clases y capas del pueblo, pues todas ellas defienden intereses comunes, que tienen su expresión en el régimen socialista. La creación del sistema desarrollado del socialismo, vinculada al ulterior desarrollo de la democracia socialista, contribuirá más aún a las acciones conjuntas de todas las clases y capas de la población.

Sobre la base de las relaciones socialistas de producción y como resultado del fecundo trabajo educativo, político e ideológico del Partido se amplían las relaciones verdaderamente socialistas entre los hombres, relaciones que se establecen en el proceso del trabajo y de la vida diaria y encuentran su expresión en el respeto mutuo y en la ayuda recíproca, en primer lugar en el trabajo socialista colectivo y en el proceso de creación de las colectividades socialistas. Estas nuevas relaciones entre los hombres, la nueva actitud hacia el trabajo y hacia el Estado forjan altas cualidades morales como son el heroísmo en el trabajo, el amor a la patria socialista, la solidaridad de clase y la disposición al sacrificio. Sobre la base de la ideología y la moral socialistas y del trabajo creador libre surgen hombres que son los pioneros en la creación de lo nuevo y gozan del respeto y la estima de los ciudadanos, particularmente de la juventud. Naturalmente, estas relaciones y cualidades no se forman por sí solas; aparecen en el curso de la lucha contra las viejas costumbres, en la lucha constante contra una determinada influencia de la ideología enemiga. En la construcción de la nueva vida se fortalece la unidad política y moral del pueblo. La gran fuerza impulsora de nuestro desarrollo económico y social —la plena coincidencia de las necesidades sociales y de

los intereses de los trabajadores y colectividades laborales— se pone de manifiesto cada vez con mayor fuerza. Podemos hablar con legítimo orgullo de las nuevas relaciones humanas en nuestra sociedad. Laboramos en aras de los intereses vitales de la clase obrera y de todo el pueblo trabajador. El socialismo, al que entregamos todas nuestras energías y nuestras fuerzas, existe para asegurar a los hombres una vida mejor.

Papel del Estado socialista

Los trabajadores de la República Democrática Alemana han creado su Estado socialista bajo la dirección de la clase obrera. Participan en formas muy diversas en la dirección del Estado y permanentemente se esfuerzan por perfeccionarlo y consolidarlo. El Estado socialista ha sido el instrumento decisivo para dar cima a la revolución democrático-burguesa y llevar a cabo la revolución socialista en la RDA. El poder fuerte estatal obrero y campesino era necesario para asegurar la defensa de las conquistas socialistas de los trabajadores, tanto frente a los elementos contrarrevolucionarios internos como frente al capital monopolista y al militarismo germanooccidentales. El papel nacional e internacional del Estado socialista, bastión de la paz en Alemania, es reconocido y respetado cada día más. La RDA está vinculada sólida e indestructiblemente a la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia y otros Estados socialistas en razón de la comunidad de sus intereses vitales. La RDA comprende cuáles son las tareas históricas de un Estado alemán amante de la paz y con su política exterior hace su aporte a la creación de un sistema de seguridad europea.

Nuestro Estado socialista es la organización política de la RDA. Sus fundamentos y su contenido son las relaciones socialistas de producción y las fuerzas productivas en desarrollo de la sociedad socialista, la dirección del desarrollo social ejercida por la clase obrera, con su partido revolucionario al frente y en sólida alianza con las demás clases y capas trabajadoras, así como la creciente actividad social consciente de las masas populares.

En el período de creación del sistema desarrollado del socialismo, cuando se hace más complicada la dirección de los procesos sociales y aumenta la actividad de las masas populares, el papel del Estado socialista adquiere mayor importancia. Ante el poder estatal socialista se plantea una tarea fundamental: multiplicar constantemente la riqueza nacional, base del bienestar de la población. Con toda su actividad el Estado socialista debe garantizar que en el proceso de desarrollo los intereses personales de sus ciudadanos coincidan cada vez más con los de la sociedad socialista. Con ayuda del sistema socialista desarrollado es necesario impulsar por todos los medios el crecimiento de las fuerzas productivas. Aquí adquiere una enorme importancia la ciencia, en tanto que fuerza productiva. El Estado tiene una gran responsabilidad en la organización de un sistema único socialista de instrucción y educación. El Estado socialista debe proteger firmemente la vida pacífica del pueblo, sus conquistas socialistas y su soberanía. Está obligado a mejorar sistemáticamene las condiciones materiales y culturales del pueblo y preocuparse de que los ciudadanos respeten las normas de convivencia socialista, obligatorias para todos.

Por cuanto la colaboración consciente de las masas populares y su amplia participación en la dirección del Estado adquieren en el sistema desarrollado del socialismo una mayor importancia, se hace necesario seguir desarrollando y profundizando la democracia socialista. Esta tiene su expresión en la unidad de acción de los organismos de representación popular, en la unidad de acción de todos los órganos estatales y en la colaboración activa de los ciudadanos. La democracia socialista aparece como una fuerza decisiva de la sociedad cuando se cumplen nuevas y grandes tareas. Una consecuencia lógica del ulterior desarrollo de la democracia socialista es la elevada actividad de las masas populares, cosa que, a su vez, exige que se apliquen los principios científicos de dirección por parte de todos los organismos estatales, particularmente en lo que se refiere a las relaciones entre los organismos estatales y la población. Esto quiere decir también que el papel de los organismos de representación popular, en tanto que organismos que toman decisiones y controlan su cumplimiento, se manifestará con más fuerza en su función social, y su trabajo deberá realizarse a un nivel más alto. Los organismos locales de representación popular tienen mayores atribuciones y deciden con su propia responsabilidad y de conformidad con las leyes las cuestiones que afectan al territorio de su jurisdicción y a los ciudadanos que viven dentro de él. Con la ampliación constante de la democracia socialista se extienden más y más las formas de participación voluntaria y desinteresada de los ciudadanos en la solución de las tareas estatales y sociales. Esta participación se efectúa, por ejemplo, en los activos de las comisiones permanentes de los organismos de representación popular, en las comisiones encargadas de dirimir conflictos, en los comités de padres de familia, etc. Se amplían los derechos de los ciudadanos. La preparación y realización de las elecciones a la Cámara Popular de la RDA, en julio de este año, fueron también la expresión del proceso de desarrollo de la democracia socialista. En el gran intercambio de pareceres habido durante la campaña electoral se hicieron multitud de sugerencias constructivas y de observaciones críticas. Muchos ciudadanos respaldaron su iniciativa con hechos sobresalientes en todos los terrenos de la vida social.

Nueva etapa en el desarrollo del Partido

La celebración exitosa del VII Congreso del PSUA y sus históricas resoluciones sobre la culminación de la construcción del socialismo en la RDA son un testimonio de que nuestro Partido, vanguardia organizada de la clase obrera, está en condiciones de resolver junto con todos los trabajadores y sobre la base de su programa las tareas planteadas por el Congreso del Partido. Su unidad y cohesión, su madurez política y su fuerza combativa y, sobre todo, su estrecha vinculación con las masas populares son la garantía de que estas tareas serán cumplidas con éxito.

El PSUA es el partido más experimentado y que mayores éxitos ha tenido en la historia de Alemania. Estuvo al frente cuando fue necesario sacar conclusiones del pasado y superar la dominación del capital monopolista y del militarismo, con todas las consecuencias que de ello se desprendían. El partido unificado de la clase obrera, aliado firmemente con los partidos del bloque democrático y con todas las demás fuerzas antifascistas y democráticas, creó el primer Estado alemán gobernado por trabajadores. Actualmente señala el camino para dar cima a la construcción del socialismo en la RDA, establece un nuevo hito para el ulterior avance social y para cambiar así la correlación de fuerzas a favor del socialismo y la paz. Con la creación de la RDA nació un poder socialista sólido que en el territorio de Alemania encarna el socialismo, régimen social avanzado que marca el camino a seguir. Los éxitos de nuestro Partido se explican porque en su actividad se rige siempre por la teoría del marxismo-leninismo y aplica de manera creadora a nuestras condiciones la experiencia de los partidos hermanos, principalmente del PCUS. Con la construcción del socialismo en la RDA nuestro Partido hace una aportación al enriquecimiento de la doctrina creadora del marxismo-leninismo. El Partido tiene profundas raíces en las masas del pueblo. Refuerza sus filas constantemente gracias a que millares de los mejores hombres y mujeres de la clase obrera, del campesinado cooperativista y de todas las capas de la población se afilian a él. En la actualidad el 45,6% de los militantes del Partido son obreros. Entre los 245.692 miembros del Partido ingresados después del VI Congreso hasta diciembre de 1966, los obreros constituyen el 62,4%. El PSUA vigila para que se respeten las normas leninistas de la vida del Partido y realiza un gran trabajo educativo, político e ideológico, entre sus militantes. Trabaja para que sus afiliados sean capaces de mantener una firme posición de clase y luchar contra la ideología enemiga. Los militantes del Partido influyen para que se amplíe más y más la democracia socialista entre los trabajadores y son los defensores de todo lo nuevo.

El cumplimiento de las resoluciones del VII Congreso sobre la creación de un sistema socialista desarrollado plantea nuevas tareas ante el Partido. Este deberá abarcar todas las esferas de la vida social y estrechar más aún sus vínculos con las masas populares. El hombre del trabajo, sus convicciones ideológico-políticas, su preparación profesional y cultural, su tiempo libre, sus problemas, preocupaciones y deseos se hallan en el centro de toda la actividad del Partido, pues, en fin de cuentas, del esfuerzo laboral de los trabajadores y del despliegue de su iniciativa dependen los éxitos en la construcción socialista.

De conformidad con las condiciones objetivas, que exigen un elevado nivel y una nueva calidad de la dirección, nuestro Partido toma medidas que permiten a todos sus órganos dirigentes y a los miembros de las organizaciones de base asegurar un grado superior de cientificidad y de eficacia en la dirección de los trabajadores y en el dominio de los complejos procesos de formación de la vida social en todos sus aspectos.

Tiene esencial valor el que el trabajo del Partido se centre en el cumplimiento de las más importantes tareas económicas. Por ejemplo, estas tareas fundamentales son la lucha por conseguir el nivel científico-técnico más elevado en la producción de todos los artículos básicos, la lucha por mejorar la calidad y reducir los costos de producción. En esta lucha por alcanzar estos elevados objetivos en la producción material se perfecciona la conciencia socialista, se desarrollan y se forman los trabajadores de la sociedad socialista. El Partido considera el trabajo con los cuadros como una tarea importante de dirección y como una premisa para cumplir las decisiones adoptadas. Ahora se aborda de manera nueva la educación y preparación de los cuadros, su utilización y promoción. Se parte del grado de calificación que deben tener los cuadros dirigentes en el período que va hasta el año 1980.

En el logro de los éxitos en nuestra construcción socialista ha desempeñado un papel importante la colaboración del PSUA con los demás partidos amigos. El sistema multipartidista socialista de la RDA ha mostrado su solidez. Al estar vinculados por el objetivo común de la edificación socialista en la RDA, la Unión Democrática Cristiana, el Partido Democrático Liberal, el Partido Democrático Nacional y el Partido Democrático Campesino de Alemania se

han transformado de partidos democráticos pequeñoburgueses en partidos que han abrazado la bandera del socialismo y bajo la dirección de nuestro Partido participan firme y activamente en la solución de las nuevas e importantes tareas. En el VII Congreso del PSUA se valoró la colaboración activa y creadora de los partidos amigos, de sus militantes y funcionarios en la construcción socialista; les expresamos nuestra gratitud por sus sugerencias hechas al Congreso de nuestro Partido y por su disposición a cooperar en la creación de un sistema socialista desarrollado. La colaboración entre el PSUA y los demás partidos, realizada con firmeza de miras en el marco del bloque democrático, se ha estrechado al correr de los años. Ello es una demostración de la eficiencia vital de las acciones mancomunadas de todas las fuerzas democráticas de la RDA y pone de manifiesto la justeza del camino seguido por nuestro Partido para llegar a la unión de todas las fuerzas amantes de la paz y democráticas y a su incorporación a la construcción socialista. Si en el pasado los partidos amigos partían fundamentalmente en su política práctica de los intereses específicos de los campesinos trabajadores, de los artesanos, de los pequeños propietarios o de otras capas similares y con frecuencia defendían exclusivamente estos intereses específicos, hoy día, en el período en que se da cima a la construcción del socialismo, dichos partidos se rigen por los intereses generales del desarrollo de la sociedad socialista.

Por cuanto el Estado es un instrumento decisivo para la creación de un sistema socialista desarrollado, el Partido seguirá prestando una gran atención al perfeccionamiento del trabajo de los organismos estatales. La tarea del Partido respecto a los organismos estatales está claramente definida. Sin asumir las funciones de dichos organismos, el Partido da la orientación básica para el funcionamiento de los mismos, influye sobre todos ellos, se preocupa de que se tomen decisiones correctas y de que se realice una labor justa con los ciudadanos. La influencia del Partido en los organismos estatales se ejerce a través de sus militantes de las organizaciones de base. Las organizaciones de base deberán asegurar la actividad autónoma, basada en su propia responsabilidad, de los organismos estatales. Por este mismo conducto, es decir, a través de las organizaciones de base, el Partido ejerce su influencia sobre los organismos económicos rectores y sobre los núcleos dirigentes de las organizaciones sociales.

En la ulterior ampliación de la democracia socialista a medida que se crea el sistema socialista desarrollado y se amplía la participación de las masas populares, es un hecho completamente natural que se asigne un papel cada vez más activo a las organizaciones sociales. Estas abarcan a millones de trabajadores de todas las capas de nuestro pueblo. Gracias a la actividad de sus militantes en estas organizaciones, el Partido está sólidamente vinculado con todas las capas, y con ayuda de los mejores ejemplos y de la estrecha colaboración de sus militantes con los no pertenecientes al Partido ayuda a resolver las tareas específicas de dichas organizaciones en el curso de la construcción de la sociedad socialista. Los órganos dirigentes del Partido examinan de manera regular con las direcciones de las organizaciones sociales todas las cuestiones importantes de la actividad de las mismas y aprovechan su experiencia para dirigir el proceso general del desarrollo social.

La organización clasista más fuerte e importante de los obreros, empleados, intelectuales y demás capas trabajadoras, son los sindicatos. Por cuanto los sindicatos actúan directamente en la esfera de la producción material, su trabajo adquiere una gran importancia. Los sindicatos de la RDA agrupan en sus filas a más de 6,6 millones de afiliados. Son una organización independiente que ha ocupado un lugar sólido en nuestra vida socialista. Por derecho son escuela de socialismo, y su futura actividad en orden a la creación del sistema socialista desarrollado justifica aún más esta definición de su papel. A través de los sindicatos muchos trabajadores intervienen en la elaboración, examen y cumplimiento de los planes económicos de largo alcance. Participan activamente en la labor de los comités de producción de las empresas, en las asambleas de producción y en otros organismos sociales, participando así en la dirección de las empresas socialistas. Son los organizadores de la emulación socialista de los trabajadores por una mayor productividad del trabajo y por una mejor racionalización de la producción. Se preocupan de mejorar las condiciones de trabajo y de vida y deben cumplir tareas importantes en lo que respecta a la vida espiritual y cultural.

Los militantes del PSUA saben que esta nueva etapa del desarrollo social exige muchas energías, ideas, inteligencia, pasión y valentía. Saben que su alto deber revolucionario estriba en crear una vida feliz para nuestro pueblo en el socialismo y a ello entregarán todas sus fuerzas.

Lo nuevo en la dirección de la agricultura checoslovaca

por JAN HAVELKA

I

En el período de la construcción de la sociedad socialista desarrollada no disminuye en modo alguno el papel de la agricultura, llamada a satisfacer la demanda creciente de la población en productos alimenticios. Por eso, el Partido Comunista de Checoslovaquia toma importantes medidas encaminadas a seguir desarrollando la agricultura y a lograr que ésta cumpla el papel que le corresponde en la economía.

¿Cuáles son los resultados generales del desarrollo del agro checoslovaco en todos estos años de posguerra?

En primer lugar hay que decir que la reorganización socialista de la agricultura terminó a finales de la década del cincuenta. Actualmente, el sector socialista proporciona la masa aplastante de producción mercantil del agro. La victoria de las relaciones socialistas de producción en el campo contribuyó a un auge de la producción. A comienzos de la década del sesenta se sobrepasó ya el nivel de preguerra en la producción agropecuaria. Conviene tener en cuenta que el área sembrada se redujo en un 10% respecto al período de preguerra. El equipamiento de la agricultura con técnica moderna permitió, de un lado, liberar una gran cantidad de mano de obra empleada en esta rama de la economía y, de otro lado, elevar sensiblemente la productividad del trabajo en el campo. Por ejemplo, si en 1937 estaban ocupadas en la agricultura 3.340.000 personas, y en 1948, 2.200.000, en el año 1966 trabajaban solamente 1.190.000 personas. Durante este período la productividad del trabajo casi se triplicó. Solamente entre 1960 y 1966 el número de especialistas graduados en centros de enseñanza superior y media y empleados en la agricultura aumentó en más del doble, sumando 67.670 personas. El año 1966 se lograron resultados relativamente buenos en el campo. La producción global agropecuaria aumentó, con respecto al nivel medio de los cinco años anteriores, en un 9,4%. También se espera una buena cosecha para este año.

El agro checoslovaco marcha firmemente por el camino socialista de desarrollo y hace una aportación ponderable a la creación de la renta nacional. Sin embargo, el nivel alcanzado en la producción agropecuaria todavía no puede satisfacernos. Por eso es necesario tomar medidas que faciliten el ulterior desarrollo de la agricultura por el camino de su intensificación.

El XII Congreso del Partido Comunista de Checoslovaquia [1962] señaló la necesidad de elevar la agricultura hasta el nivel de la industria, subrayando que había que considerar como una de las tareas fundametnales de toda nuestra sociedad la intensificación de la producción y el aumento de la productividad del trabajo. Si no se logra elevar sensiblemente la producción agropecuaria, no es posible garantizar el desarrollo proporcional de la economía nacional ni elevar el nivel de vida de la población. El cumplimiento de esta tarea es al mismo tiempo una premisa para ir superando gradualmente las diferencias esenciales existentes entre la ciudad y el campo y para seguir acercando el campesinado cooperativista a la clase obrera. El XIII Congreso del Partido Comunista de Checoslovaquia [1966] reafirmó y desarrolló estas conclusiones. El Congreso fijó la atención de todo el Partido en la necesidad de intensificar de manera eficiente la producción y hacer marchar a la agricultura por cauces industriales. Al mismo tiempo se subrayó la necesidad de que todas las ramas de la economía nacional participaran activamente en el cumplimiento de esta tarea. En el Congreso fueron formulados los principios básicos del nuevo sistema de dirección de la producción agropecuaria.

II

Teniendo como objetivo el fortalecimiento de la alianza de los obreros y los campesinos, el nuevo sistema de dirección planificada de la agricultura parte de la comunidad de sus intereses políticos y económicos, del acercamiento del carácter del trabajo en la agricultura y en la industria, de la eliminación gradual de las diferencias esenciales entre la ciudad y el campo. El nuevo sistema presupone la utilización de toda la experiencia positiva del anterior sistema, la profundización de sus rasgos progresivos y, al mismo tiempo, el desarrollo de elementos cualitativamente nuevos. Esto permite implantar un sistema de dirección que creará las condiciones para un aprovechamiento más completo de todas las ventajas de la economía agrícola socialista. La articulación del plan con los instrumentos de acción económica indirecta crea un campo suficientemente amplio para el despliegue de la iniciativa de las empresas y de sus trabajadores en orden a obtener el máximo de productos por hectárea con gastos mínimos. La aplicación correcta de estos instrumentos constituye la premisa fundamental para ampliar la producción en consonancia con los intereses de la sociedad. La satisfacción con creciente plenitud de las necesidades de la sociedad es el criterio básico de la eficacia del nuevo sistema de dirección.

El nuevo sistema de dirección tiene en cuenta, claro está, todas las particularidades que distinguen la producción agropecuaria de las otras ramas de la economía nacional.

Entre estas particularidades figura, en primer término, lo limitado de la tierra. En la República Socialista Checoslovaca corresponden 0,36 Há. de tierra cultivable por habitante. Por eso el medio fundamental para elevar la cantidad de productos es intensificar la producción. Para proteger las tierras ha sido promulgada una ley especial, según la cual todo el que las utilice para una actividad no relacionada directamente con la producción agropecuaria debe pagar determinada suma, bastante elevada y de carácter progresivo, que se destina a desarrollar la producción agropecuaria, y en particular, a elevar la productividad del suelo. Ahora bien, esta suma no debe considerarse como el precio de la tierra. Su cuantía se establece de acuerdo con el valor de la producción global anual recibida en cada hectárea de tierra sustraída al cultivo. Por ejemplo, si el valor de la producción global por hectárea es de 1.500 a 3.000 coronas, la suma a pagar por hectárea es 50 veces superior; si es de 4.000 a 10.000 coronas, será 100 veces mayor. Cuando el valor de la producción rebase las 10.000 coronas, será 200 veces mayor. Este sistema hace que quienes proyectan construir empresas lo hagan, sobre todo, en tierras no cultivables o menos productivas.

Una particularidad importante de la producción agropecuaria es también su carácter biológico. Las condiciones climatológicas ejercen una influencia directa e indirecta sobre las cosechas y, por ello, sobre el desarrollo de la producción agropecuaria en su conjunto.

En la economía agrícola socialista existe la renta diferencial. Lo limitado del terreno hace que se cultiven no sólo las parcelas mejores, sino también las peores. La diferencia en las condiciones naturales se refleja tanto en la cantidad de productos agropecuarios obtenidos por las haciendas como en los ingresos de éstas. Utilizando el instrumento económico de la renta diferencial pueden crearse condiciones aproximadamente iguales para la reproducción ampliada en las distintas haciendas.

En la agricultura hay dos formas de propiedad social de los medios de producción. Una es la propiedad de grupo, en las cooperativas agrícolas; otra es la propiedad de todo el pueblo, en las haciendas agrícolas estatales. Ambas formas se desprenden de la naturaleza de la sociedad socialista. En esencia no hay diferencia alguna en lo que se refiere al nivel de la gestión económica y al modo de organizar el trabajo en las cooperativas y en las haciendas estatales. La única diferencia fundamental reside en la distribución, que está en dependencia de la forma de propiedad.

Una particularidad de nuestra agricultura, en comparación con las demás ramas de la economía nacional, es que en el campo es más bajo el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Esto está determinado por las condiciones históricas en que se ha desenvuelto la agricultura de Checoslovaquia, que ha pasado no hace mucho a la gran producción mecanizada.

Tales son, en líneas generales, las particularidades fundamentales de la agricultura, particularidades que se tienen en cuenta al elaborar el nuevo sistema de dirección.

El principal instrumento de dirección de la producción agropecuaria es el plan. La misión de éste es mantener la necesaria proporcionalidad entre la agricultura y las otras esferas de la economía nacional. El plan crea, al mismo tiempo, las premisas para intensificar la producción agropecuaria y la productividad del trabajo.

El sistema de planificación está dividido en tres partes, estrechamente unidas entre sí. Al igual que en el resto de la economía, en la agricultura tiene una importancia fundamental la planificación a largo plazo, en la que toman su arranque los planes quinquenales y anuales. *La confección de los planes quinquenales y anuales es tarea, sobre todo, de las propias haciendas agropecuarias.* Cada una de ellas tiene la posibilidad de confeccionar el proyecto de plan óptimo partiendo de las condiciones en que desarrolla su actividad y teniendo en cuenta las condiciones naturales y las posibilidades de la empresa. Esto permite aprovechar mejor las ventajas de la especialización, estimula la iniciativa de las haciendas agrícolas y de sus trabajadores orientada a aumentar la producción y la rentabilidad de la misma.

Las agrupaciones agrícolas distritales [de ellas hablaremos más adelante] reciben de los organismos centrales tres categorías de índices para el plan anual. La primera contiene las cifras generales del volumen de la producción mercantil para los distintos tipos de productos agropecuarios; la segunda, las cifras relacionadas con el aseguramiento material de la producción; la tercera se refiere al conjunto de instrumentos económicos [precios, subsidios, dotaciones, et., etc.].

Las agrupaciones agrícolas distritales ponen en conocimiento de las haciendas agropecuarias las normas económicas contenidas en el plan anual. Sobre la base de estos datos, *las haciendas elaboran sus proyectos de plan de conjunto, que sirven de base para confeccionar el proyecto de plan nacional.*

Los organismos centrales estudian los proyectos de plan confeccionados en los distritos, partiendo de las necesidades y posibilidades de la economía nacional. Si se observan divergencias sensibles, entonces se toman medidas para eliminarlas [modificando, por ejemplo, algunos instrumentos económicos, la estructura del consumo o la de las importaciones y exportaciones]. Si los proyectos de plan no responden a las demandas de la sociedad, los organismos centrales pueden imponer determinadas tareas relacionadas con la producción mercantil [esto se refiere, sobre todo, a los cereales].

El plan de producción mercantil de la empresa agropecuaria es la base para la firma de acuerdos con los consumidores. El volumen de producción establecido en el acuerdo es obligatorio para la empresa.

Hay que decir que las diferencias entre los planes de las haciendas agropecuarias y las necesidades de la sociedad establecidas por los organismos centrales son mínimas. Si estas diferencias existen, ello se debe, sobre todo, a las deficiencias en el establecimiento de los precios de los distintos productos. Como se sabe, el consumo social y la propia producción agropecuaria tienen un carácter relativamente estable. La estabilidad de esta última se desprende de las particularidades de las condiciones naturales, de las obras básicas, de la mano de obra en presencia y de la experiencia productora. Esta tendencia se ha confirmado al confeccionar el plan para 1967.

Está claro que ni siquiera el mejor plan puede garantizar el desarrollo eficiente de la producción. Para ello es necesario crear todo un sistema de instrumentos económicos capaces de asegurar la máxima conjugación de las ideas del plan central con el interés material de las haciendas agrícolas. Los instrumentos económicos y el sistema de su aplicación están subordinados a los objetivos señalados por los planes y son un elemento inseparable de los mismos. El empleo de los instrumentos económicos contribuye, de un lado, a limitar o eliminar las formas burocráticas de gestión; de otro, contribuyen a una orientación justa de las empresas agropecuarias hacia el desarrollo eficaz de la producción y el cumplimiento del plan.

El nuevo sistema de dirección contribuye, a través de las relaciones monetario-mercantiles y de los precios, a adaptar la producción a las necesidades de la sociedad. Los precios ejercen su influencia sobre la estructura y la eficiencia de la producción. Para la mayor parte de la producción agropecuaria se establecen precios fijos. Este sistema de formación de precios corresponde al sistema existente de precios fijos para la venta al detalle de los productos alimenticios. La magnitud de los precios fijos únicos se deduce del volumen medio de los gastos de las empresas de aquellas zonas donde se produce la parte fundamental de la producción de mercado en cuestión. Junto con el instrumento de los precios fijos de compra al productor se establece también el empleo de resortes complementarios, como son primas diferenciadas, estímulos a la producción, etc., etc.

Cuando existen precios de compra únicos, los gastos de aquellas empresas que trabajan en condiciones menos favorables se cubren por medio de primas diferenciadas a la venta. Estas se pagan por cada 100 coronas de productos vendidos y sirven para estimular a la empresa a aumentar la producción y la venta de productos agropecuarios. Las empresas que trabajan en condiciones naturales más favorables pagan al Estado un tanto por ciento adicional de sus ingresos [renta diferencial I].

Un instrumento importante es también la política de subsidios. Con ayuda de éstos la sociedad ejerce una influencia activa sobre el desarrollo de la producción en la dirección necesaria. Las formas de subsidio no siempre han sido, ni para las cooperativas ni para las haciendas estatales, un instrumento activo que contribuyera al desarrollo de la producción agropecuaria. Por regla general, estas formas han actuado de manera pasiva, pues estaban orientadas fundamentalmente a nivelar las diferencias en los resultados de la gestión económica. En el nuevo sistema, la política de subsidios se orienta, ante todo, a apoyar el desarrollo a largo plazo de la agricultura y a la utilización óptima de las tierras. Buena parte de los subsidios está destinada a la

puesta en valor y el mejoramiento de las tierras, a la realización de grandes obras, etc.

El sistema de instrumentos económico se completa con el crédito y los intereses por él devengados, que influyen en el proceso de reproducción y distribución en las haciendas agrícolas. La finalidad del crédito y de los intereses es conseguir un desarrollo eficiente de determinadas empresas y apoyar las direcciones centrales de fomento agrícola. Se conceden créditos fundamentalmente a aquellas haciendas que aseguran en la medida necesaria el desarrollo con sus propios recursos y cuya necesidad de recibir créditos no es consecuencia de una ampliación unilateral de fondo de consumo, sino que obedece a otras razones. Con el fin de reforzar la influencia del crédito sobre la gestión de las haciendas y lograr que éstas tengan sus fuentes propias para el desarrollo, se han establecido distintos tipos de interés.

El nuevo sistema de dirección planificada crea condiciones propicias para seguir ampliando la democracia socialista. Esta significa una mayor participación de los trabajadores en la gestión de la empresa y, por lo tanto, en la gestión de toda la economía. La ampliación de la democracia socialista se deja sentir también en la participación de los trabajadores en la confección del plan y en la determinación de sus objetivos inmediatos y de largo alcance. Además abre el camino para combatir al burocratismo, tanto dentro de la empresa como en lo que se refiere a las relaciones con los organismos dirigentes. Ciertas deformaciones surgidas en el pasado como consecuencia de una dirección imperativa rígida pueden ser eliminados únicamente sobre la base del ulterior desarrollo de la democracia socialista.

La organización de las cooperativas se asienta en la participación de todos sus miembros en la dirección y administración. La democracia interna es la premisa fundamental del funcionamiento de las cooperativas. Los miembros de la cooperativa participan en la confección del plan, examinan cómo se cumple éste, intervienen en la distribución de los recursos y en la formación de los distintos fondos. La cooperativa agrícola no es una organización que se ocupa exclusivamente de una actividad económica. Es, al mismo tiempo, una organización social. Debe atender a las demandas materiales y culturales de los cooperadores, preocuparse por que éstos eleven su calificación, por mejorar sus condiciones de vida. Más no todas las cooperativas cumplen hoy día esta función de organización social. El nuevo sistema, al dar solución a una serie de problemas relacionados con el desarrollo de la economía de la hacienda agropecuaria, proporciona mayores posibilidades para un mejor desarrollo de estos aspectos de la actividad de las cooperativas.

III

La producción agropecuaria sólo puede desarrollarse en estrecha colaboración con las demás ramas de la economía nacional. Con el desarrollo de la ciencia y la técnica, se convierte en componente de un gran complejo agrario-industrial. Está íntimamente vinculada tanto a las ramas que se ocupan directamente de culminar su proceso de producción como a las ramas que la anteceden. Dicho complejo está integrado ante todo por los siguientes sectores:

— las ramas industriales productoras de medios de producción para el agro;

— la producción agropecuaria propiamente dicha, que tiene una importancia decisiva para el suministro de productos alimenticios;

— las instituciones y empresas que se ocupan de la compra, almacenaje, tranformación, transporte y comercialización de los productos agropecuarios;

— las instituciones que prestan toda clase de servicios técnicos y de otra índole.

Las tendencias mundiales del desarrollo muestran que para asegurar el crecimiento de la producción agropecuaria es necesario crear todo ese sistema de ramas que constituyan el complejo agrario-industrial. Estas tendencias señalan también la reducción del número de trabajadores ocupados en la producción agropecuaria propiamente dicha. Un testimonio de ello lo encontramos en las cifras sobre la proporción de los trabajadores empleados en los distintos eslabones del complejo agrario-industrial de la República Socialista Checoslovaca [en tantos por ciento]:

	1955	1960	1965
Producción agropecuaria propiamente dicha	79,6	73,3	68,8
Abastecedores, instituciones de servicios [industrias, transporte, servicios]	7,5	9,2	10,9
Compra, transformación y comercialización de los productos del campo	12,9	17,5	20,3

Estas tendencias, que son una consecuencia de la división social del trabajo realizada como resultado del desarrollo de la ciencia y la técnica, reflejan el desarrollo y el nivel de las fuerzas productivas. La separación de ciertos procesos de la producción agropecuaria clásica contribuye a la aparición de nuevas ramas de la producción, que son la expresión de los cambios habidos en la división del trabajo [un ejemplo es la industria de piensos compuestos]. Por consiguiente, la estructura del complejo agrario-industrial expresa el grado de división social del trabajo en la producción de artículos alimenticios y refleja el nivel alcanzado en el desarrollo de las fuerzas productivas.

Son particularmente importantes las esferas de la producción que proporcionan sus artículos a la agricultura y preceden a la producción agropecuaria propiamente dicha. Esto se refiere a las industrias de maquinaria y química, a la construcción y otras ramas. El volumen de los medios de producción facilitados a la agricultura aumenta constantemente. Si en 1948 la participación de otras ramas en el consumo productivo de la agricultura representaba el 24%, en 1965 esta participación era ya del 51%. La proporción cada vez mayor del trabajo materializado influye favorablemente en el aumento de la productividad.

Aumenta también la importancia de las empresas y organizaciones que prestan diversos servicios a la agricultura y que contribuyen asimismo al crecimiento de la productividad. En algunos aspectos van asumiendo una parte considerable de los trabajos que hasta no hace mucho tiempo tenían que realizar las propias empresas agropecuarias [fertilización del suelo, ciertos tipos de la actividad productora, transformación de los productos agrícolas, producción de piensos compuestos, asesoramiento de especialistas, etc.].

IV

Uno de los factores más importantes del desarrollo de la producción agropecuaria y del aumento de la producción de artículos alimenticios es el proceso de integración. Nos referimos al pleno desarrollo de las fuerzas productivas con el máximo aprovechamiento de las posibilidades que proporciona el nivel alcanzado por la ciencia y la técnica y la base material y técnica existentes. El objetivo fundamental de la integración es aprovechar plenamente los recursos a menudo dispersos de las empresas que cooperan entre sí o que están agrupadas y organizarlos a un nivel técnico y económico más elevado. Por consiguiente, la integración se realiza como un proceso objetivo de la economía nacional.

La integración se desarrolla ampliamente, sobre todo en los países capitalistas. En EE. UU., por ejemplo, puede hablarse de una integración casi total en la cría de pollos para carne y en el cultivo de agrios, y de integración al 90% en los acopios de hortalizas para conserva, etc. Una situación análoga encontramos en otros países capitalistas. El desarrollo de la integración en estos países va desde la firma de contratos entre las haciendas agropecuarias y la empresa integradora, pasando por la limitación de la autonomía de la empresa agropecuaria, que cae en plena dependencia de la integradora no sólo en lo que respecta al abastecimiento y a la venta, sino también a la tecnología de la producción, hasta la expropiación de los campesinos por el capitalista. La más difundida en el mundo capitalista es la integración vertical, que responde a las exigencias del desarrollo de las fuerzas productivas en todo el complejo agrario-industrial.

La integración en el Estado socialista se diferencia radicalmente del proceso integracional de los países capitalistas. Esta diferencia consiste en que ambas partes —la integrada y la integradora— establecen contactos de manera voluntaria y sobre la base del beneficio mutuo. Este proceso responde también a los intereses de toda la sociedad. La integración en nuestras condiciones se diferencia de la que se realiza en los países capitalistas no sólo por su contenido, sino también por sus objetivos y por sus métodos.

Las formas de integración pueden ser diversas. La integración horizontal tiene lugar entre empresas que se agrupan sobre la base de una comunidad de objetivos en la producción, transformación y venta. Esta integración permite concentrar en forma óptima determinados tipos de actividad de las empresas agropecuarias sobre la base de su especialización. En los últimos tiempos, en la República Socialista Checoslovaca han surgido agrupaciones que se especializan en la producción de huevos, la cría de cerdos, etc. Las empresas agropecuarias concentran las principales inversiones y sus recursos de construcción, utilizan mancomunadamente la mano de obra y participan en el aseguramiento de una cantidad determinada de piensos. Los ingresos comunes se reparten con arreglo a la aportación de cada uno.

La integración vertical se establece entre las empresas agropecuarias y otros eslabones del complejo agrario-industrial, tales como la industria alimenticia, la de producción de piensos compuestos, etc. Este tipo de integración crea una nueva forma de relaciones entre la empresa abastecedora y la empresa consumidora, forma que ayuda a superar las contradicciones existentes entre las necesidades y el abastecimiento con materiales, piensos, etc., y asegura una venta masiva estable de los productos agropecuarios. Por ejemplo, la empresa nacional «Avicultura» proporciona a las empresas agropecuarias aves de raza —gallinas ponedoras o broilers—; la industria de piensos compuestos asegura con su producción la cría de broilers y terneras, etc., etc.

En nuestra agricultura se hallan en su fase inicial de desarrollo las relaciones de integración. Pero incluso ya hoy vemos las ilimitadas posibilidades de su ulterior ampliación.

V

La aplicación plena del nuevo sistema de dirección planificada de la agricultura exige la puesta en práctica de formas justas de organi-

zación. La organización actual parte de una concepción político-económica del desarrollo del agro. La unidad de producción básica es la empresa agropecuaria: la cooperativa agrícola y la hacienda estatal. El nuevo sistema de dirección amplía considerablemente los derechos de las empresas. Concede a éstas una independencia mayor, pero presupone una mayor responsabilidad en lo que respecta a la satisfacción de las necesidades de la sociedad. La empresa agropecuaria organiza por sí misma su actividad productora y económica. Ella confecciona su plan, el cual le permite elegir aquella estructura de la producción en la que pueda aplicar las conquistas de progreso científico-técnico. Si la empresa agropecuaria se dedica a producir de todo, aún cuando su actividad adquiera una considerable concentración, el nivel de la producción no le permitirá emplear plenamente las conquistas de la ciencia y de la técnica. El nuevo sistema de dirección da a las empresas agropecuarias amplio campo para una actividad económica socialista.

El sistema perfeccionado de dirección crea condiciones para una apreciación más objetiva de la actividad y de los resultados de la gestión de las empresas. Los instrumentos económicos de dirección crearán condiciones cada vez más parejas para el funcionamiento de todas las empresas agropecuarias. El peor o mejor trabajo de las empresas se dejará sentir en los resultados de la actividad económica y en la remuneración. La relativa estabilidad de los instrumentos económicos y el papel de éstos en el nuevo sistema de dirección obligan a las empresas agropecuarias a buscar nuevas reservas. Todo aumento de los ingresos brutos conseguido con los esfuerzos de la empresa se dejará sentir en los resultados económicos de la misma y en los ingresos de sus miembros.

La introducción plena de la autogestión financiera en todas las cooperativas y haciendas estatales contribuye a aumentar el interés no sólo de los dirigentes, sino también de cada tractorista, ordeñadora, etc. por lograr los mejores resultados en la gestión de la empresa.

Cambia de manera sensible también la dirección territorial de la agricultura. Aparece un nuevo organismo: la Agrupación agrícola distrital, que sustituye en el distrito a la llamada Dirección Agrícola de Producción.

La Agrupación agrícola distrital es el eslabón principal que dirige la producción agrícola de cada distrito. Su diferencia fundamental respecto a la Dirección Agrícola de Producción consiste en que si la Dirección era el último eslabón del aparato *administrativo* del ministerio respecto a la empresa agropecuaria, las agrupaciones de distrito son el marco de la *autogestión financiera* de la empresa. La agrupación agrícola distrital aparece sobre la base de la voluntariedad y responde del desarrollo planificado de la agricultura y de la satisfacción de las necesidades de la sociedad en productos agropecuarios.

La creación de estos nuevos organismos es un proceso en el que no hay lugar para el cliché, pues sólo pueden funcionar teniendo muy en cuenta las particularidades específicas de los distritos y de las empresas agropecuarias. Diferentes serán, naturalmente, las condiciones en los distritos donde predominan las cooperativas agrícolas y en aquellos donde predominan las haciendas estatales.

Mucho depende también de los métodos utilizados por el aparato de las agrupaciones agrícolas distritales para aplicar y afianzar las formas progresistas de administración, organización y dirección de la economía. Los especialistas de este aparato deben prestar atención, sobre todo, a las tareas de largo alcance, al desarrollo de una organización progresista del trabajo, de la producción y de la dirección en las empresas, a la aplicación de los últimos descubrimientos de la ciencia, así como a la difusión de la experiencia de las cooperativas y haciendas estatales de vanguardia en el distrito y en la región. La tarea más importante de los funcionarios de la Agrupación agrícola distrital consiste en educar y orientar correctamente a los trabajadores de las empresas agropecuarias.

VI

La fuerza fundamental en que se apoya la construcción socialista en nuestro país es la alianza de la clase obrera con los campesinos trabajadores. En el período de transición del capitalismo al socialismo esta alianza se orientó a prestar ayuda política y económica al campesinado por parte de la clase obrera para llevar a cabo las transformaciones económico-sociales en el agro. La industria socialista fue creando la base material y técnica para la organización de haciendas cooperativas, proporcionándoles maquinarias y otros medios de producción. La industria socialista fue la base de la aparición en el campo de nuevas fuerzas productivas. Los campesinos trabajadores se apoyaron en la ayuda política recibida de los obreros para luchar contra los elementos capitalistas en el campo y liquidar la base económica de éstos como premisa indispensable para el triunfo de las relaciones de producción socialistas en el campo.

Una vez logrado este triunfo y después de ser transformada la pequeña producción mercantil en gran producción socialista, surge y se desarrolla una nueva clase: el campesinado cooperativista. Debido a ello, en el agro tienen lugar importantes cambios cualitativos. El campesinado, hasta entonces heterogéneo, compuesto por capas sociales diferentes, se estructura como una clase nueva, con una nueva actitud hacia los medios de producción y una manera de pensar y una conciencia nuevas, colectivas. La unidad de nuestra sociedad se afianzó aún más.

En el período de la construcción de la sociedad socialista desarrollada, la fuerza dirigente sigue siendo la clase obrera. Debido al progreso científico-técnico, cambia también la estructura de la clase obrera. Aumenta el número de obreros altamente calificados. La clase obrera se aproxima más a la intelectualidad técnica. Este proceso seguramente se irá acelerando a medida que avance la revolución científico-técnica.

El desarrollo de nuestra sociedad socialista exige una profundización y un fortalecimiento constantes de la alianza de la clase obrera con los campesinos cooperativistas. De aquí que no hayan cambiado la importancia y el papel de la alianza de los obreros y los campesinos como piedra angular de nuestra sociedad socialista. Sin embargo, la alianza obrera y campesina ha alcanzado un nivel más elevado en el orden cualitativo. Si en el pasado se trataba de construir la sociedad socialista, ahora se trata del desarrollo multifacético y del paso gradual al comunismo. En esto consiste el sentido del reforzamiento sistemático de la alianza de los obreros y los campesinos.

El ulterior reforzamiento de esta alianza descansa en el desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción. Su finalidad es:

— elevar la agricultura hasta el nivel de la industria, lo que presupone una productividad del trabajo y una organización de las condiciones de trabajo y de vida que no sean inferiores a las existentes en la industria;

— obtener una producción agropecuaria que satisfaga por entero las necesidades de la población, tanto cuantitativa como cualitativamente, y que en el futuro sea parte importante de la base material y técnica del comunismo;

— crear condiciones idénticas para las dos formas de propiedad socialista en el agro y eliminar poco a poco las diferencias existentes entre cooperativas y haciendas estatales.

La alianza de la clase obrera con los campesinos cooperativistas estará sometida cada vez en mayor medida a la influencia del desarrollo de las fuerzas productivas. El obligado desarrollo del complejo agrario-industrial y su integración gradual conducirán indudablemente a un mayor acercamiento entre la clase obrera y el campesinado, y en el futuro a su fusión en una sociedad socialista única.

EN LOS PARTIDOS COMUNISTAS Y OBREROS

Las tareas principales de los comunistas paraguayos

La formación de la Comisión de Defensa y Reorganización del Partido Comunista Paraguayo en 1965, la constitución del Comité Nacional en mayo de 1966 y el desenmascaramiento de los agentes provocadores Oscar Creydt, Arturo López y Raúl Ramírez, son pasos históricos que cerraron un período trágico en la heroica vida de nuestro Partido y dieron impulso al difícil proceso de su reorganización sobre cimientos marxistas-leninistas. El estado de anarquía, de desorganización y confusión en que dejó al Partido el traidor Creydt, planteó la necesidad de modificar la idea inicial de marchar directamente a la realización del III Congreso, que deberá ser un verdadero congreso representativo, bien preparado políticamente y organizado con las mayores garantías de seguridad. Por eso, como paso fundamental en la marcha hacia la plena consolidación y normalización de la vida del Partido, se ha realizado esta Conferencia Nacional preparatoria del III Congreso, que sesionó desde el 7 al 14 de abril próximo pasado.

Había precedido a la Conferencia un estudio y discusión de los principales documentos sometidos a la consideración de la Conferencia, los cuales fueron examinados con espíritu crítico en los diversos aspectos de la vida y actividad del Partido.

La Conferencia discutió y aprobó plenamente la firme lucha desarrollada por el Comité Nacional, su Comisión Política y Secretariado, para orientar toda la labor de reorganización del Partido sobre la base de la militante fidelidad a los principios programáticos y a la línea general del movimiento comunista internacional, aprobados colectivamente en las Conferencias de los partidos comunistas y obreros de 1957 y 1960, al programa de liberación nacional, a la línea política revolucionaria y normas leninistas de la vida del Partido. Asimismo fijó las nuevas tareas y aprobó las directivas hasta el III Congreso.

La Conferencia condenó enérgicamente la criminal agresión del imperialismo yanqui en Vietnam y expresó la decisión de apoyar al pueblo vietnamita en su heroica lucha. Expresó su solidaridad activa con la Revolución Cubana y con todos los pueblos que se alzan en defensa de su libertad e independencia, por el derecho a ser dueños de sus propios destinos.

Ha merecido una gran preocupación de la Conferencia la unidad del movimiento comunista y obrero internacional, como factor decisivo para la unidad de acción de todas las fuerzas revolucionarias del mundo a fin de que éstas puedan proseguir con éxito sus luchas contra las fuerzas del imperialismo, la reacción y la guerra, por la paz, la democracia, la independencia nacional y el socialismo. Las divergencias en el movimiento comunista internacional estimulan los actos agresivos del imperialismo yanqui como gendarme internacional. Prueba de ello es la prosecución de su criminal agresión en Vietnam.

Se hizo en la Conferencia un detallado análisis de los resultados positivos obtenidos en el proceso de reorganización del Partido así como de los atrasos y fallas en la actividad partidaria, y en consecuencia se establecieron claramente las tareas del Partido y se indicaron las medidas prácticas organizativas para asegurar su ejecución. Entre los progresos realizados se señalaron los grandes éxitos obtenidos en el restablecimiento de vínculos con importantes organizaciones de la capital y del campo, que pudieron sobrevivir al trabajo destructivo de Creydt y a los golpes policiales y se pronunciaron firmemente en apoyo a la reorganización del Partido bajo la dirección del Comité Nacional. Sobre esta base se han formado órganos de dirección intermedia, se reconstruyen grupos en la Regional de la capital y en zonas campesinas. La gran mayoría de los militantes y cuadros guerrilleros han repudiado a los provocadores Oscar Creydt y Arturo López, y trabajan con disciplina y heroísmo ejemplar en la reorganización del Partido. También se han reorganizado buen número de organizaciones del Partido en el destierro, la más grande de las cuales ha realizado en el mes de enero último su Conferencia Regional.

En el segundo semestre de 1966, después de tres años de silencio, ha aparecido nuevamente **Adelante**, órgano central del Partido, y ha empezado a circular entre los obreros, campesinos y estudiantes, junto con **Unidad Paraguaya**, periódico del Partido en el destierro, el boletín **Kavichuí** y el órgano de la Juventud Comunista en el destierro, **Lo Mitá Sapucai**.

Noticias del Paraguay [Boletín informativo del Partido], que aparece semanalmente con ejemplar regularidad, está jugando un gran papel para romper la conspiración del silencio sobre la situación en el país y las luchas de nuestro pueblo.

Se ha elaborado y entregado a todas las organizaciones del Partido el proyecto de Estatutos que la Conferencia aprobó para que rija la vida orgánica del Partido hasta el III Congreso. Son los primeros Estatutos en más de 30 años de vida del Partido.

Se ha restablecido y normalizado las relaciones del Partido Comunista Paraguayo con casi todos los partidos comunistas del mundo, sobre la base de la independencia, igualdad y apoyo mutuo. Delegados de nuestro Partido han tomado parte en el XXIII Congreso del PCUS, en el XIII Congreso del Partido Comunista de Chile, en el XIX Congreso del Partido Comunista Uruguayo, en el XIII Congreso del Partido Comunista de Checoslovaquia. Un representante de nuestro Partido integró la delegación paraguaya a la I Conferencia Tricontinental. Delegados de la Juventud del Partido participaron en el Congreso de las Juventudes Comunistas de Chile y en el Congreso del Komsomol soviético.

Con el ferviente apoyo del PCUS y de casi todos los partidos hermanos, se ha dado un gran impulso a la campaña mundial por la libertad de Antonio Maidana, Julio Rojas, Alfredo Alcorta y todos los patriotas presos.

Se han hecho progresos importantes en la labor de descubrir y limpiar el Partido de agentes enemigos.

Se ha progresado en la práctica del principio de la dirección colectiva, en la regularización de las relaciones entre organismos del Partido sobre la base del centralismo democrático, así como en el reforzamiento gradual de la disciplina consciente.

El Partido tiene una orientación clara para movilizar a las masas por sus reclamos económicos, políticos y democráticos. La mayoría de las organizaciones partidarias ha reanudado el trabajo con las masas. Algunas de ellas ya han obtenido éxitos en la tarea de afiliación. Se ha reanudado el trabajo con los aliados y se han obtenido algunos éxitos iniciales importantes en el proceso de unidad. Uno de ellos es la formación del Comité Nacional de Solidaridad Tricontinental. En la tarea de unir en el seno del Partido a todos los comunistas fieles, pese a la funesta herencia de desconfianza y resentimientos que dejó Creydt, se ha reganado y se sigue recuperando para el Partido a cuadros y militantes que, en el primer momento de confusión, siguieron al renegado Creydt. Al mismo tiempo, se ha elaborado una línea precisa y se ha adoptado medidas concretas para reparar todas las expulsiones injustas, lograr la disolución del grupo pecelista [Partido Comunista Leninista] y reincorporar al Partido a todos los comunistas fieles que militan en ese agrupamiento extrapartidario. A tal efecto se ha constituido una comisión de verificación. El reingreso será individual y se hará sobre la base de la plena igualdad de derechos y deberes y del mantenimiento de la antigüedad en el Partido.

El Comité Nacional, su Comisión Política y Secretariado han cumplido así su tarea central de reunir una Conferencia Nacional preparatoria del III Congreso. La mayoría de los miembros del Comité Nacional ha trabajado abnegadamente para vencer muy serias dificultades internas y externas y ha luchado consecuentemente para que el Partido no sea desviado de esa tarea. Sin embargo, el principal mérito de este importante triunfo corresponde a aquellos camaradas que sin ser miembros de la dirección central han trabajado heroicamente en la clandestinidad para reorganizar el Partido en la capital y en el campo.

La elección del Comité Central, de su Comisión Política y su Secretariado es un paso importante en la normalización de los órganos dirigentes y en el esfuerzo por arraigar el centro de dirección del Partido dentro del país. Estos organismos están integrados por cuadros probados en la acción, que han demostrado la mayor firmeza y consecuencia en la lucha por la reorganización del Partido sobre firmes bases marxistas-leninistas. No ha sido un avance en línea recta, ni podía serlo. Ha habido errores y fallas, pasos adelante y pasos atrás, vacilaciones y desviaciones. Ha sido necesaria una tenaz lucha ideológica y política para unir a la gran mayoría de los dirigentes, cuadros y militantes. Así se ha forjado la unidad de pensamientos, de acción, de voluntad y de organización de las fuerzas fundamentales del Partido Comunista Paraguayo en esta etapa de su vida.

Debemos hacer una apreciación objetiva de las serias debilidades y grandes atrasos en la ejecución de las tareas fundamentales, y adoptar las medidas prácticas para superarlas con la mayor rapidez posible a fin de que el Partido pueda es-

tar a la altura de su responsabilidad y exigencia nacional e internacional.

La organización, la propaganda y agitación aún están retrasadas en comparación con el movimiento espontáneo de las masas. Todavía hay centenares de camaradas dispersos y desorganizados en todo el país. Las posiciones del Partido en las fábricas, empresas y en los sindicatos son débiles todavía. Lo mismo ocurre en las regiones campesinas, en las ligas agrarias, en las organizaciones de los estudiantes, de los maestros, de los intelectuales, etc.

Los éxitos iniciales en el trabajo de unidad de las fuerzas antidictatoriales no han sido desarrollados con suficiente impulso. Hay aún debilidades en el esfuerzo de practicar la dirección colectiva en forma operativa, así como en la lucha activa y permanente por el total cumplimiento de los acuerdos y en la rendición de cuentas sobre los mismos.

La Conferencia ha tomado clara conciencia de la exigencia principal para el Partido, que es la necesidad de crear una ramificada red de organizaciones de base con profundas raíces en las masas obreras y campesinas. Si el Partido no cuenta con una red de organizaciones en los lugares de trabajo, de vivienda y de estudio de las masas, su programa y su línea política quedarán en el papel, no penetrarán en las grandes masas y no se creará la fuerza material necesaria para destruir el régimen militar antinacional, para conquistar la libertad completa, liberar a la nación del dominio norteamericano y de la explotación latifundista.

«El proletariado —ha dicho Lenin— no dispone de más arma, en su lucha por el Poder, que la organización»; «...el proletariado sólo puede llegar a ser y será inevitablemente una fuerza invencible si, unido ideológicamente por los principios del marxismo, esta unidad se ve fortalecida por la unidad material de la organización.»[1] Y el Partido es la forma superior de organización del proletariado, su vanguardia política.

Para crear y fortalecer gradualmente esa red de organizaciones, ahora el Partido debe prestar especial atención a la tarea de la formación de cuadros. Cuadros que dominen los elementos esenciales del programa y de la línea política y cuya actividad principal sea el trabajo con las masas, cuadros adiestrados en el trabajo clandestino, cuadros que sepan emplear y combinar todas las formas de luchas de masas. Esta es la condición para que las organizaciones del Partido, en todos los niveles, lleven una vida política activa y trabajen colectivamente. Es la condición para que haya continuidad en el trabajo de las organizaciones partidarias a fin de acumular fuerzas y agrandar paso a paso esa red de organismos del Partido. Las condiciones de rigurosa clandestinidad exigen un Partido fuerte y flexible que sepa moverse con agilidad y seguridad, que sepa ligarse profundamente a las masas con miras a convertir cada fábrica y cada una de las principales regiones campesinas en fortalezas del Partido; que sepa arraigar entre los estudiantes, intelectuales, artistas, maestros y el conjunto de las clases medias de las ciudades y pueblos. Sólo un partido que tenga esas poderosas raíces en las masas puede ser en la práctica una eficaz fuerza impulsora, organizadora, educadora y dirigente de la clase obrera, de los campesinos y de todos los sectores populares.

En la tarea de recuperar para la actividad orgánica a cientos de afiliados que han perdido contacto con el Partido y están dispersos en varias regiones del país, debemos avanzar aplicando normas de vigilancia y seguridad. En este período de reorganización hasta el III Congreso debemos orientar nuestro trabajo de afiliación hacia los hombres y mujeres más combativos, firmes y fieles a la causa del proletariado y que tengan disposiciones combativas para trabajar con las masas.

En la formación de los cuadros desempeña un papel decisivo el trabajo de educación teórica, siempre que se realice en indisoluble ligazón con la aplicación práctica de la línea política, del programa de Liberación Nacional y de los principios y normas leninistas de vida del Partido. La Conferencia Nacional encomienda al nuevo Comité Central colocar el trabajo de educación en todos los niveles del Partido como una de sus tareas principales y elaborar un plan concreto hasta el III Congreso.

La tarea política principal del Partido consiste en impulsar la organización de un amplio frente nacional de todas las fuerzas revolucionarias, democráticas y patrióticas contra la dictadura antinacional y los agentes norteamericanos de los partidos de la «oposición» latifundista y burguesa. Para llevar adelante esta tarea, el Partido toma en consideración los hechos más importantes y los nuevos elementos que demuestran la agudización de la crisis de todo el régimen militar antinacional, así como los esfuerzos que realiza el imperialismo norteamericano para salvarlo. Las causas del debilitamiento y de la descomposición creciente de la camarilla Stroessner-Cabello y compañía son el agravamiento continuo de la crisis económica, el aumento de las luchas de masas y la radicalización de las fuerzas políticas, la creciente combatividad de los obreros y de los campesinos, la tendencia a la unidad de los sectores democráticos antidictatoriales y la perspectiva de luchas más amplias y revolucionarias.

1 *Obras Completas*, t. XXVI, pág. 9, Ed. Cartago.

En tales condiciones, el Partido Comunista se propone concentrar sus esfuerzos para impulsar de manera firme y continuada la lucha de los obreros por un aumento de salarios y por el pago puntual de los mismos; por el cumplimiento efectivo de la jornada legal de 8 horas; contra los despidos arbitrarios, por la creación de nuevas fuentes de trabajo y la protección a los desocupados; por la derogación del código fascista del trabajo; contra la intervención policial en los sindicatos y por amplias libertades sindicales y democráticas.

Impulsar las luchas de los campesinos por la tierra, por la entrega gratuita de lotes de tierras de 20 a 50 hectáreas cerca de las vías de transporte; contra los desalojos, por créditos a largo plazo y bajo interés; por el aumento de los precios de los productos de los campesinos y pagos en efectivo (no en vales) y con puntualidad; por la creación de nuevos mercados en los países socialistas y por asegurar la colocación total de los productos del campo; por la entrega de implementos agrícolas con facilidades de pago y a bajo costo a través del Banco Nacional de Fomento; por la anulación de las deudas de los campesinos con el Banco Nacional de Fomento; por la libertad de organización de las ligas agrarias y otras asociaciones campesinas.

Ayudar a la movilización de los estudiantes por la supresión de los altos aranceles y de las trabas al estudio, la «escuela de estudios generales» y la intervención yanqui-stronista en la Universidad; por la recuperación efectiva de la autonomía universitaria y el cese de la intervención dictatorial en los Centros y Federaciones estudiantiles.

Desarrollar la acción unida y coordinada de todas las fuerzas democráticas y patrióticas por la libertad de Antonio Maidana, Alfredo Alcorta, Julio Rojas y todos los patriotas presos; por el levantamiento del Estado de Sitio, por la amnistía general sin exclusiones y la anulación de la ley yanqui 294 (la llamada «ley de defensa de la democracia»).

Así es como el Partido Comunista Paraguayo se propone desarrollar las luchas de las masas por sus reclamos económicos, políticos y democráticos inmediatos; plantear y desarrollar al mismo tiempo la consigna de armamento de las masas; organizar grupos de autodefensa popular para rechazar los atropellos, responder a la violencia criminal de la tiranía contra el pueblo y desarrollar consecuentemente, con paciencia y seriedad, los primeros grupos armados campesinos, para organizar gradualmente un movimiento guerrillero de amplitud nacional.

Así, acumulando fuerzas en el proceso de las luchas de masas, combinando todas las formas de luchas pacíficas y no pacíficas, uniendo paso a paso en un amplio frente a todas las fuerzas patrióticas y progresistas del país, se irán creando las condiciones que permitan organizar prácticamente el levantamiento general del pueblo para derrocar a la dictadura antinacional y reemplazarla por un gobierno provisorio de democratización. Este gobierno dará amplias libertades a todas las organizaciones políticas, sindicales y populares y convocará a elecciones verdaderamente libres y con garantías para una auténtica Convención nacional constituyente, representativa y soberana, capaz de dar al Paraguay una nueva Constitución que consagre los cambios profundos que exige el país. Por este camino marchará el Paraguay hacia su liberación nacional y el progreso social.

El Partido se propone elevar sus tareas de propaganda y de finanzas a la altura de las exigencias y necesidades que plantea el desarrollo del movimiento revolucionario. El objetivo central en propaganda hasta el III Congreso es asegurar la aparición mensual de **Adelante** y duplicar su tiraje. La nueva y combativa presencia del órgano central del Partido entre las masas contribuirá significativamente a un cambio en la situación política nacional. Debemos tomar las medidas necesarias para que en todo el Partido, en todos sus escalones, se resuelvan los problemas de su rápida y puntual distribución. En la medida de su más amplia difusión, llegará a las grandes masas para hacer conocer las ideas y las soluciones que proponen los comunistas paraguayos sobre los graves problemas nacionales con el fin de acabar con la miseria, la persecución y la dominación yanqui en nuestro país.

Las tareas de preservar la seguridad del Partido, de regularizar la aparición mensual de **Adelante**, la labor de educación de cuadros, la preparación del III Congreso, etc., requieren y requerirán recursos cada vez mayores. Las necesidades y las posibilidades crecen con el crecimiento del Partido, de su influencia y de sus tareas. Para obtener la contribución voluntaria del pueblo, de miles de amigos y aliados de todos los sectores sociales y políticos, debemos elevar constantemente la calidad de nuestro trabajo político con las masas y ampliar permanentemente nuestros vínculos con ellas. Los resultados del trabajo de finanzas constituyen un buen reflejo del grado de influencia política del Partido en el pueblo, de sus vínculos con las masas y del apoyo que éstas dan a su programa y a su línea política.

Observando estrictas medidas de vigilancia para proteger sus organizaciones, el Partido debe utilizar al máximo toda posibilidad de actuación legal. Es particularmente grave que nuestro Partido haya sido arteramente apartado del trabajo en los sindicatos obreros durante el período de predominio del traidor Creydt, especialmente después de la huelga de 1958 y del apresamiento de Maidana, Rojas y Alcorta. Todo obrero comunista debe estar afiliado a su sindicato y trabajar abnegadamente en él, defendiendo consecuentemente

los intereses económicos y políticos de la clase obrera. El Comité Central elaborará una línea precisa para el trabajo del Partido en el movimiento sindical, analizando detenidamente las valiosas experiencias del pasado y las condiciones actuales. Determinará la organización de la Comisión sindical adjunta al Comité Central y las fracciones comunistas sindicales. Todo comunista debe trabajar en una organización de masas, sea liga agraria, asociación cañera, centro estudiantil, organización de mujeres, de maestros, de intelectuales y artistas, de profesionales, de militares, etc. La dirección del Partido organizará discusiones especiales con participación de los cuadros de cada frente, para elaborar la línea de trabajo en cada uno de ellos.

La revolución democrática de liberación nacional es una necesidad impostergable. El régimen militar terrorista, brazo armado de los monopolios norteamericanos y de los grandes latifundistas y especuladores contrabandistas, cierra el camino pacífico de esta revolución. Toda la labor diaria de las organizaciones y afiliados del Partido con las masas debe orientarse sistemáticamente a acumular fuerzas a través de la combinación de las más diversas formas de lucha y preparar así las condiciones para la insurrección popular que destruya de raíz el régimen militar terrorista antinacional.

Desde ahora, el Partido debe encarar con la máxima seriedad y responsabilidad las complejas tareas que plantea la preparación de la insurrección popular. Debemos combatir y aplastar toda tendencia aventurera a jugar con la guerrilla y con la insurrección. Con igual fuerza debemos combatir y derrotar las ideas capituladoras, oportunistas de quienes se asustan y retroceden ante las dificultades y los sacrificios de la lucha armada de masas.

Desde ahora, el Partido y otras fuerzas revolucionarias y democráticas deben prestar una atención seria a la amplia difusión de la consigna de armamento de las masas, a la formación de grupos de autodefensa de las masas en el campo y en la ciudad, y muy especialmente al desarrollo y fortalecimiento de los grupos de resistencia armada de los campesinos, primeros gérmenes del movimiento guerrillero. Un movimiento guerrillero sólo es y se vuelve invencible, cuando nace del vientre mismo de las masas y es entrañablemente querido y apoyado por ellas, a costa de cualquier sacrificio, tal como las madres quieren y apoyan a sus hijos.

La victoria de la insurrección popular exige un avanzado grado de unidad, de organización, de movilización y de armamento de las masas y la decisión inquebrantable de luchar hasta el fin. En una situación de insurrección la victoria será más rápida y menos dolorosa para el pueblo si una parte de las tropas y oficiales patriotas del ejército se pasan al campo de la revolución y luchan juntos con los obreros, los estudiantes y el movimiento guerrillero campesino.

Pulsando atentamente el estado de ánimo de las masas y aplicando metódicamente su línea de acumulación gradual de fuerzas, el Partido debe estar siempre alerta ante posibles cambios bruscos en la situación política, que pueden precipitar una crisis aguda en el aparato de la dictadura y acelerar todo el movimiento popular revolucionario. En tales situaciones de virajes bruscos, los comunistas debemos ponernos más resueltamente a la cabeza de las masas y multiplicar por mil nuestro trabajo de organización, de movilización, de propaganda y agitación entre los obreros, los campesinos, los estudiantes, los soldados y todos los sectores populares para orientar y conducir el movimiento hacia una salida efectivamente democrática y popular.

La organización, la unidad, la combatividad y la férrea disciplina de los comunistas paraguayos deben ponerse a la altura de estas grandes y difíciles tareas históricas.

Gustavo CORVALAN

Por la unidad de las fuerzas democráticas de Ceilán

El VII Congreso del Partido Comunista de Ceilán, reunido en abril de 1964, condenó a los agentes de la dirección del Partido Comunista de China en Ceilán por sus manejos escisionistas y se dirigió a todos los camaradas que se habían dejado embaucar invitándoles a retornar a las filas del Partido y a contribuir a fortalecer el movimiento democrático. En un período de tiempo corto, gran parte de los comunistas que habían abandonado el Partido comprendieron su error y se reintegraron al PCC. Los escisionistas quedaron reducidos a un grupo pequeño y despreciable.

Actualmente ha sido superada también la escisión en los sindicatos y en otras organizaciones de masas. El Partido Comunista obtiene éxitos en su lucha por la unificación de todas las fuerzas progresistas y democráticas del país. Los escisionistas se han quedado aislados. El movimiento progresista de Ceilán los considera renegados.

El período transcurrido desde el VII Congreso del PCC ha sido rico en acontecimientos importantes y de una tensa actividad política. La derrota del Gobierno de coalición de la señora Sirimavo Bandaranaike en diciembre de 1964 y el abandono del camino de desarrollo democrático progresista por el que marchó el país desde 1956 bajo el régimen Bandaranaike, significó un duro golpe para el movimiento antiimperialista y democrático.

La reacción pasó a la ofensiva inmediatamente después de que el Gobierno de la señora Bandaranaike nacionalizó el sistema de distribución de los productos petrolíferos y una vez constituido el Gobierno de coalición con participación de uno de los partidos de izquierda.

Contra un paso a la izquierda tan radical del régimen Bandaranaike se manifestaron los círculos derechistas en su propio partido y en el Gobierno. Al romper con los izquierdistas y sumarse a los diputados reaccionarios, dichos círculos aseguraron la mayoría parlamentaria a la oposición, aunque tal mayoría fue de un solo voto. La derrota del Gobierno Bandaranaike fue el resultado de un complot, concebido y realizado por los imperialistas a través de organizaciones como la CIA y la Fundación Asia, y de consuno con las fuerzas reaccionarias del país. Para asegurar el éxito del complot fueron invertidas grandes sumas de dinero.

El Partido Comunista había advertido al Gobierno y al pueblo de la posibilidad de tal complot. Y había declarado que sólo era posible evitarlo mediante la inclusión en el Gobierno de representantes de todos los partidos de izquierda, mediante la movilización y la unidad de todo el movimiento progresista de izquierda en torno al Gobierno.

Inmediatamente después de la derrota del Gobierno en el Parlamento, el Partido Comunista encabezó una campaña en defensa de la exigencia de que el Gobierno continuara en sus funciones, apoyándose en la clase obrera y en la mayoría del pueblo. En las calles de Colombo y en otras ciudades hubo potentes manifestaciones de protesta contra el complot y para exigir que el Gobierno Bandaranaike no dimitiera. Pero éste optó por disolver el Parlamento y convocar nuevas elecciones generales. Las elecciones, celebradas en marzo de 1965, tuvieron un carácter de encarnizada lucha de clases. Los imperialistas extranjeros y los círculos reaccionarios del interior del país movilizaron todas sus fuerzas para infligir la derrota a los tres partidos progresistas: el Sri Lanka Freedom Party, el Lanka Sama Samaja Party y el Partido Comunista de Ceilán. El resultado de las elecciones fue que el más importante de los partidos reaccionarios, el Partido Nacional Unificado, no obtuvo la mayoría necesaria para poder formar Gobierno y constituyó un Gobierno de coalición en el que participaban además otras seis agrupaciones políticas. El Partido Comunista obtuvo cuatro actas, aumentando con ello su representación parlamentaria y ampliando su influencia.

En Ceilán, de dos millones de trabajadores asalariados, alrededor de 800.000 pertenecen a los sindicatos. Este es un porcentaje bastante elevado de clase obrera organizada para un país en vías de desarrollo. Entre las centrales sindicales se pueden destacar las dos principales: el Congreso de Obreros de Ceilán [adherido a la CIOSL], al que pertenecen los obreros de las plantaciones de té y de caucho, y el Comité Unificado de los Sindicatos, que consta de 11 organizaciones sindicales, 6 de las cuales son federaciones de sindicatos de los obreros que trabajan en los sectores privado y estatal. El Comité Unificado de los Sindicatos es la central sindical más importante del país. Mantiene relaciones amistosas con la FSM. Los sindicatos que pertenecen a esta central tienen tradiciones combativas y más de una vez actuaron con éxito en la vanguardia de las luchas por las reivindicaciones económicas y sociales de los obreros, por la liberación nacional, por la paz y el progreso social.

Una de las primeras acciones del actual Gobierno fue la declaración de guerra al movimiento sindical. El Gobierno descargó su odio vengativo contra los trabajadores, particularmente después de la potente huelga de 24 horas declarada el 8 de enero de 1966 en señal de protesta por la división del país y por las represiones. A raíz de esta huelga fue implantado el estado de excepción y se lanzó sobre el pueblo una nueva y cruel represión. El estado de excepción continúa todavía en vigor. Más de 6.000 obreros de los servicios públicos y de las corporaciones estatales fueron despedidos, a unos 40.000 obreros se les impusieron multas, centenares de trabajadores fueron trasladados a las más alejadas regiones del país.

Pero gracias a la valerosa lucha sostenida por los sindicatos y las fuerzas progresistas en el Parlamento y fuera de él, han sido reintegrados a sus puestos el 90% de los obreros despedidos.

En breve espacio de tiempo, los sindicatos se han rehecho de la derrota sufrida ante la ofensiva del Gobierno y se preparan para tenaces combates en un futuro próximo.

Desde el momento de la llegada al Poder del Gobierno actual, la situación económica del país ha venido empeorando constantemente. Para contrarrestar la grave crisis económica el Gobierno comenzó a reducir las cuotas de importación, lo que a su vez condujo a que disminuyera el abastecimiento de las mercancías más importantes y, consiguientemente, a la elevación de los precios. El Banco Internacional de Reconstrucción y Des-

arrollo y otros organismos financieros imperialistas controlados por los norteamericanos exigieron, como condición previa para la ayuda de EE.UU. y de las organizaciones bajo su control, que se disminuyera la subvención al arroz y que se redujeran los gastos para instrucción, sanidad y otras atenciones sociales.

El Gobierno actual, desde que arribó al Poder, no ha cesado de dar pasos conducentes a anular las disposiciones populares del Gobierno Bandaranaike. La importación de artículos de primera necesidad, que había sido nacionalizada y se efectuaba por una organización estatal, ahora se va entregando de nuevo gradualmente en manos de comerciantes particulares al por mayor. Se prepara también la devolución a las iglesias y a otras organizaciones particulares de las escuelas que antes habían sido puestas bajo la dependencia del Estado y eran controladas por él. El idioma cingalés, que había sido declarado idioma oficial del Estado, puesto que lo habla el 75% de la población, va siendo sustituido paulatinamente por el inglés. Se adoptan medidas para la desnacionalización de algunas empresas y servicios, como, por ejemplo, la distribución de leche, las líneas de autobuses, la distribución de productos petrolíferos etc. Se recortan los derechos sindicales y se anulan gradualmente las leyes progresistas promulgadas por el Gobierno anterior. En las instituciones del Estado y en los órganos de administración local, los funcionarios y empleados progresistas y de tendencia liberal son sustituidos por reaccionarios, marionetas de los círculos gobernantes.

El Gobierno no acepta las propuestas de los países socialistas para construir empresas industriales en condiciones ventajosas para Ceilán. El programa de industrialización que realizaban los anteriores gobiernos ha dejado de llevarse a la práctica, por imposición de los imperialistas extranjeros y de los reaccionarios del país. La ayuda que antes se prestaba a los empresarios particulares locales para la producción de artículos de primera necesidad ha cesado o se ha reducido en beneficio de las firmas extranjeras y de las grandes compañías importadoras.

Otra medida reaccionaria aplicada por el actual Gobierno ha sido la separación del ejército de los oficiales patriotas. Tomando como pretexto el aplastamiento de un supuesto intento de golpe de Estado, el Gobierno arrestó a gran número de oficiales superiores y de graduación media. El único «delito» de estos oficiales era el de ser patriotas y de creencias religiosas budistas. El Gobierno desarrolló una campaña para expulsar a los oficiales budistas y reemplazarlos por católicos y otros oficiales reaccionarios.

La agravación de la crisis económica, la bancarrota del Gobierno y su acuerdo antipopular con el Partido Federal [Partido de la burguesía reaccionaria tamil] para la división del país han provocado el odio del pueblo. La impopularidad del Gobierno aparece evidente en los resultados de las elecciones parlamentarias parciales de los últimos dos años.

En 1966 hubo elecciones parciales al Parlamento en tres circunscripciones al mismo tiempo. Tuvieron, por decirlo así, carácter de «pequeñas elecciones generales», ya que todo el país estuvo vivamente interesado en sus resultados.

El Gobierno utilizó todos los medios a su alcance para comprar a los electores jóvenes, prometiéndoles trabajo, distribuyéndoles dinero y ropas, ofreciéndoles atender todas sus reivindicaciones si eran elegidos al Parlamento los candidatos gubernamentales. Pero pese a todos estos esfuerzos colosales, los círculos gobernantes no consiguieron llevar al Parlamento ni un solo diputado. En los últimos meses, entre las fuerzas del Gobierno y la oposición progresista se ha librado una lucha encarnizada en torno a cuatro nuevas elecciones parciales, en las que el partido gubernamental utilizó los métodos anteriores y recurrió, además, a la CIA y otras agencias para salvar la autoridad del Gobierno. Sin embargo, también en estas elecciones ha sufrido sendas derrotas, enterrando definitivamente el prestigio del régimen.

Los tres partidos progresistas, el Sri Lanka Freedom [cuyo líder es la señora Bandaranaike], el Lanka Sama Samaja y el Partido Comunista, actuaron conjuntamente, como un solo partido, con una plataforma común. Esta unión monolítica de los tres partidos fue la llave para la victoria en todas las elecciones parciales. El Partido Comunista tiene derecho a enorgullecerse de su participación en esta lucha electoral. Entre otras cosas, el Partido Comunista puso sus medios de propaganda al servicio de la campaña electoral.

A pesar de que EE.UU., Gran Bretaña y Alemania Occidental comenzaron a apoyar con entusiasmo al actual Gobierno en cuanto se encaramó al Poder y le prometieron una gran ayuda para fortalecer y consolidar sus posiciones, en la actualidad han comprendido que los días del régimen están contados y han reducido los ritmos y la magnitud de su ayuda.

Las potencias imperialistas occidentales y las diversas agencias por ellas controladas, del tipo del Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo y otras, jamás nos prestaron una verdadera ayuda positiva en orden al progreso económico del país. La «ayuda» se redujo al envío a Ceilán de mercancías a crédito a base de elevados porcentajes de interés.

Después de que la Unión Soviética y otros países socialistas establecieron contacto con los países emergentes y coloniales, adquirieron éstos la posibilidad de adoptar medidas para el paso a la vía de desarrollo industrial.

Como ejemplo brillante de esto puede servir Ceilán. Nuestro país se encontró en condiciones de erigir un planta siderúrgica sólo después de que estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. La URSS ayudó también a la construcción de una fábrica de neumáticos, un moderno molino mecanizado y toda una serie de otras empresas. Checoslovaquia, Polonia, la RDA y China también prestaron ayuda en la construcción de nuevas empresas industriales. Si nosotros utilizamos plenamente esta ayuda, Ceilán estará muy pronto en condiciones de satisfacer por sí misma todas sus necesidades.

Acontecimientos recientes tales como la victoria en las elecciones parciales, los grandiosos mitines celebrados el Primero de Mayo bajo la dirección de los tres partidos progresistas, así como otras grandes acciones de masas demuestran claramente que el pueblo ceilanés está resueltamente decidido a eliminar del Poder a los reaccionarios y a conducir el país por el camino del progreso, a la plena solución de las tareas de la revolución nacional-democrática. Los tres partidos progresistas de izquierda sostienen actualmente conversaciones y debates para la elaboración de un programa común a fin de derrotar al odiado régimen de la coalición de los siete grupos y, en un futuro próximo, formar un Gobierno democrático y progresista.

Mantenemos la esperanza de que las fuerzas del actual régimen respetarán y conservarán las tradiciones parlamentarias, de lo que siempre han alardeado. En esta significada y favorable situación política, el Partido Comunista realiza la preparación de su VIII Congreso. En la reunión plenaria del CC habida los días 7 y 8 de junio último se aprobó el informe sobre las tareas organizativas del actual período y se indicaron las medidas para su realización. El Comité Central señaló los éxitos alcanzados por el Partido en el terreno de la organización, la propaganda y agitación, así como en el afianzamiento de la unidad con las fuerzas democráticas e izquierdistas del país.

El CC señaló la fecunda labor del semanario del Partido **Maubima** [La Patria]. El diario del PCC, **Etta** [La verdad], que se edita para las amplias masas de trabajadores, concurre victoriosamente con los periódicos burgueses, incluso en cuanto a tiraje. **Etta** ayuda a cohesionar a las masas trabajadoras y a elevar su conciencia política.

El Comité Central aprobó una resolución en que se condena la agresión realizada por Israel con apoyo de los imperialistas estadounidenses y británicos, y proclamó la plena solidaridad del PCC con los pueblos árabes en su lucha sagrada y heroica en defensa de su patria y contra las maniobras del imperialismo inglés y norteamericano y la agresión israeli. El Comité Central instó al cese inmediato del fuego y a la retirada de las tropas israelíes de todos los territorios árabes ocupados.

Marenna Javlios MENDES

El Congreso de los comunistas suecos

El XXI Congreso del Partido Comunista de Suecia sesionó los días 13—16 del pasado mes de mayo. Se celebró en los mismos días en que hace cincuenta años se reuniera el Congreso fundacional del Partido. Entonces se llamaba Partido Socialdemócrata de Izquierda. Adoptó el nombre de Partido Comunista de Suecia cuando la Internacional Comunista, a la que el Partido estaba adherido desde la fundación de ésta, aprobó las 21 condiciones para ser miembro de la IC.

Al XXI Congreso precedió una amplia y animada discusión en torno a cuestiones programáticas. El XX Congreso, celebrado en enero de 1964, encomendó a la dirección del Partido formar dos comisiones que se ocuparan de confeccionar los proyectos de nuevo Programa y nuevos Estatutos. Estas comisiones se constituyeron en el otoño de 1964, e inmediatamente iniciaron su trabajo. A comienzos de 1966, el proyecto de Estatutos estaba ya terminado y fue enviado a las organizaciones de base para su discusión. En enero último, la comisión encargada de elaborar el proyecto de Programa presentó este a la dirección del Partido. En esta comisión no hubo unanimidad plena. Uno de sus componentes opinó que debía desechar el proyecto preparado y proponer al Congreso elaborarlo de nuevo, aplazando la aprobación del nuevo Programa hasta el próximo Congreso. Otros miembros de la comisión expusieron sus opiniones particulares sobre determinados puntos. La dirección del Partido examinó el proyecto de Programa y las enmiendas. Después de introducir los cambios pertinentes hizo público el proyecto, enviándolo, junto con todas las propuestas recibidas, a los órganos de prensa y a las organizaciones del Partido. Se inició un intenso debate. El proyecto de nuevo Programa fue discutido en centenares de cursillos que funcionaban durante los días de descanso, en conferencias y en asambleas de las organizaciones del Partido. Se hicieron muchas sugerencias de cambios en el proyecto. En la discusión participaron todos los comunistas y grupos numerosos de personas no pertenecientes al Partido. Al mismo tiempo tenía

lugar una viva discusión en nuestra prensa. La prensa burguesa y socialdemócrata, la radio y la televisión también prestaron atención al proyecto del nuevo Programa de los comunistas.

El resultado del debate fue que de las 160 propuestas presentadas al Congreso sobre cuestiones diferentes, casi la mitad se refería al Programa. La discusión de estas propuestas y de los dos informes referentes a ellas, presentados por el secretario de la comisión para el Programa, Lars Herlitz, y el presidente del Partido, C. H. Hermansson, ocupó tres cuartas partes del trabajo del Congreso. El proyecto de Programa se terminó de elaborar en el propio Congreso por una comisión especial. Resultado de ello fue la introducción de cambios importantes en él. El Congreso aprobó por mayoría aplastante de votos la variante definitiva del Programa. Se rechazó la propuesta de abstenerse de aprobar el nuevo Programa y, en su lugar, crear una comisión que se encargara de redactar otro proyecto. De los 333 delegados asistentes al Congreso, 8 pidieron que constara en acta su opinión particular al efectuarse la votación; 19 delegados expusieron opiniones particulares sobre algunos puntos del Programa.

El nuevo Programa del Partido consta de tres partes. En las dos primeras se exponen cuestiones generales y planteamientos de principio; la tercera contiene el programa de acción política. La primera de las partes generales está consagrada a los principios teóricos y a la situación internacional; en la segunda se hace una descripción de los rasgos característicos de la actual sociedad sueca.

En la discusión que precedió al Congreso, la atención se centró fundamentalmente en problemas tan importantes como la posición del Partido respecto a la socialdemocracia, caracterización del desarrollo de los países socialistas hasta el momento presente, nombre que debe llevar el Partido, actitud hacia el sistema militar sueco [desarme unilateral o mantenimiento de una forma determinada de defensa nacional]. En el Congreso, los debates giraron también en torno a estas cuestiones.

En la discusión surgió el problema de si en el Programa debe hablarse del comunismo como objetivo final. Basándose en que el programa de los bolcheviques rusos anterior a la Revolución de Octubre no se planteaba este objetivo, el informante dijo: «La revolución socialista es el punto final de una etapa determinada del desarrollo de la sociedad. Mientras esta etapa no se haya recorrido, puede parecer infundado plantear el objetivo de la nueva etapa». Como se sabe, en Suecia aún no ha tenido lugar la revolución socialista.

Otra cuestión importante discutida fue la que se refiere a la caracterización del camino de desarrollo de los países socialistas. Los autores del proyecto de Programa consideraban que procedía hablar no sólo de los rasgos positivos, de los aspectos lúcidos de este camino, sino también de las dificultades surgidas ante los constructores del socialismo. También en este punto, la propuesta de la comisión fue objeto de cierta reelaboración en vista de la discusión habida en el Congreso. En el Programa se habla de los éxitos de los países socialistas, de su avance rápido y creador, de que han debilitado al capitalismo, de su importancia para facilitar la lucha de la clase obrera de los países capitalistas. Al mismo tiempo se dice que en el cuadro general del desarrollo de los países socialistas se han puesto de manifiesto ciertos aspectos negativos.

A pesar de que la comisión para el Programa designada por el Congreso propuso introducir cambios en el texto inicial del proyecto, varios delegados se manifestaron en contra de que este punto se incluyera en el Programa. Sus argumentos se basaban fundamentalmente en que los fenómenos negativos son cosas que pertenecen al pasado y que en la actualidad han sido, en lo fundamental, superados o están superándose; que, en general, todo este punto está fuera de lugar en un programa consagrado a problemas actuales y orientado al futuro. Se dijo también que no era cometido del Partido sueco criticar la situación interna de los países socialistas. No obstante, la mayoría del Congreso apoyó la propuesta de la comisión.

El tercer problema que dio lugar a discusión fue el referente a la caracterización y apreciación de la socialdemocracia. Una vez terminados los debates, en el Programa se inscribió la siguiente formulación: «La política del Gobierno socialdemócrata no está orientada a realizar cambios decisivos en las relaciones de producción ni en la correlación de fuerzas. Este Gobierno ha sido el gerente de la sociedad capitalista. Las fuerzas socialistas conscientes no han sido lo suficientemente vigorosas para acabar con la sociedad dividida en clases». Las críticas a esta formulación fueron hechas en el sentido de proponer la supresión del mencionado párrafo. Los que criticaron consideraban que el Programa no tiene en cuenta los grandes cambios habidos en la sociedad en el terreno de la política social, en el nivel de vida de los trabajadores, y que se subestimaba la importancia de la actividad económica del Estado, la intervención de éste en la regulación de las relaciones en el mercado de la fuerza de trabajo, en la política financiera y en la economía en general. Los defensores de dicha formulación argumentaron que el 90% de la economía sigue perteneciendo al sector privado y que durante un largo espacio de tiempo no ha habido cambio alguno en las relaciones entre el sector social [estatal, comunal y cooperativista] y el sector privado. En contra de que se aprobara la formulación citada más arriba votaron cuatro delegados.

En la discusión pública que precedió al Congreso ocupó un lugar destacado la cuestión relativa a si el Partido debía cambiar de nombre. La comisión para el Programa planteó este problema relacionándolo con la aspiración del Partido a agrupar a todas las fuerzas de izquierda que en los últimos años actúan decididamente en la vida política sueca. Una parte de los grupos de izquierda se ha formado con la activa participación de militantes del Partido Socialdemócrata; otra parte no está vinculada a este partido [«Forum Wanster», «Socialistiska forbundet», etc.]. La causa de que hayan comenzado a aparecer grietas en el frente único de la socialdemocracia contra los comunistas hay que buscarla, sobre todo, en la derrota de los socialdemócratas en las elecciones municipales de 1966 y en la aparición del peligro de que los partidos burgueses puedan triunfar en las elecciones generales de 1968 y se constituya un gobierno burgués.

Comprendiendo que existe el peligro de que el Gobierno socialdemócrata sea sustituido por un gobierno burgués, la dirección del Partido Comunista plantea como tarea urgente la agrupación de las fuerzas de izquierda para contrarrestar la ofensiva de la burguesía y evitar la formación de un gobierno burgués. La propuesta de modificar el nombre del Partido hay que verla en ligazón con esto.

El «Llamamiento a la actividad y a la colaboración», lanzado por la dirección del Partido, sirvió de plataforma para la discusión anterior al Congreso en torno al nombre del Partido y a la actitud hacia los distintos grupos de izquierda. En este documento se ponían a discusión las sugerencias sobre si procedía sustituir el nombre del Partido por el de «Partido Socialista de Izquierda» o si el Partido debía —conservando o cambiando su nombre— participar en la creación de una nueva organización socialista y colaborar con ella en las elecciones.

El discurso de introducción sobre este problema estuvo a cargo del presidente del Partido, C. H. Hermansson. Este dijo que en la actualidad la colaboración dentro del movimiento obrero es la cuestión más candente. El concepto de «izquierda socialista», subrayó C. H. Hermansson, «es hoy día una realidad en la política sueca. En esta izquierda figuran nuestro Partido como la fuerza organizada más importante y diferentes corrientes, grupos y movimientos Es extraordinariamente importante que nosotros tengamos una actitud muy respetuosa hacia la actividad de estos grupos y movimientos. La colaboración con ellos tiene importancia no sólo para el presente, sino muy particularmente para el futuro». El presidente del Partido dijo que no consideraba una cuestión de principio el cambio de nombre del Partido. De la discusión en torno a la unificación de todas las fuerzas de izquierda en un solo partido, C. H. Hermansson llegó a la conclusión de que era prematuro plantear esta cuestión por cuanto no existen aún las condiciones para crear una organización que abarque a todas las fuerzas socialistas de izquierda. No obstante, puede plantearse una tal agrupación organizada en relación con una perspectiva más lejana, y el Partido debe estar dispuesto a hacer esfuerzos con el fin de crear las premisas necesarias para ello. La propuesta de la dirección del Partido sugiriendo que se dé a éste el nombre de «Partido de Izquierda — Comunistas» debe considerarse como un compromiso. El Congreso acordó cambiar el nombre del Partido conforme a la propuesta de la dirección.

Los gastos para fines militares han originado estos últimos años un creciente descontento en el movimiento obrero sueco. Dos son las causas de tal descontento. De un lado, éste se explica por que los gastos militares aumentan incesantemente [en la actualidad alcanzan la suma de 5.000 millones de coronas, lo que representa el 17—18% de los gastos presupuestarios]; de otro, por la forma en que se toman las decisiones sobre estos gastos. Hasta hace bien poco no ha habido una discusión pública y libre en torno al sistema militar y a los gastos militares. Las decisiones se adoptaban por un reducido número de personas compuesto por los presidentes de los partidos representados en el Parlamento —a excepción del Presidente del Partido Comunista— y por un grupo de oficiales. La aparición de la nueva técnica de guerra ha hecho que, sobre todo entre la juventud, aumenten las dudas en cuanto a si es o no aconsejable que un país tan pequeño como Suecia invierta dinero en la defensa nacional. Puntos de vista como éste están muy difundidos también en el Partido Comunista.

Antes del Congreso, la dirección del Partido tomó el acuerdo de desglosar el apartado relativo a la cuestión militar del texto general del Programa y discutirlo por separado. Todos estuvieron de acuerdo en que el actual aparato militar es costoso y malo. Las discrepancias referíanse únicamente a si los comunistas debían insistir en el mantenimiento de una forma **determinada** de defensa armada de la neutralidad o luchar por el desarme total y unilateral. En el Congreso las opiniones se dividieron fuertemente. La propuesta de la dirección del Partido sobre que procedía tener una actitud positiva hacia la defensa de la neutralidad, creando, al mismo tiempo, una defensa de tipo completamente nuevo en comparación con la que ahora existe, obtuvo en el Congreso 197 votos contra 94 dados a favor del desarme total y unilateral. Por otro lado, teniendo en cuenta la notable diferencia de opiniones, se decidió encomendar a la dirección del Partido la

creación de dos grupos de trabajo que hasta el próximo Congreso se ocupen de estudiar más a fondo el problema de la defensa partiendo de los puntos de vista expuestos. Está claro que hasta el Congreso próximo la base de la actuación del Partido en estas cuestiones será la decisión tomada por mayoría.

Conforme a los nuevos Estatutos aprobados por el Congreso, el número de los componentes de la dirección del Partido se ha reducido de 45 miembros efectivos y 15 suplentes a 30 y 10, respectivamente. Según los nuevos Estatutos, el presidente del Partido lo elige el Congreso y no la dirección del Partido, como se hacía antes. Fue reelegido presidente C. H. Hermansson, quien recibió 303 votos de un total de 324. El otro candidato a la presidencia obtuvo 3 votos. Dieciocho papeletas resultaron en blanco o no válidas.

El XXI Congreso del Partido ha demostrado una vez más que el Partido tiene un carácter proletario bien definido. Entre los 368 participantes en el Congreso, incluidos los miembros efectivos y suplentes de la dirección y los miembros de la Comisión Revisora [65 camaradas], había 202 obreros, 3 campesinos, 42 empleados y trabajadores de la esfera de los servicios, del comercio y del transporte, 7 empresarios, 33 representantes de la intelectualidad [maestros, médicos, ingenieros, etc.], 7 amas de casa, 5 jubilados y 69 funcionarios del Partido, diputados al Parlamento, etc. Entre los delegados había 269 afiliados a los sindicatos. De ellos 140 tienen cargos directivos diferentes en organizaciones sindicales. La edad media de los asistentes al Congreso era de 45,3 años. El tiempo medio de militancia en el Partido, 19,1 años.

Se invitó a que enviaran delegaciones únicamente a los países del Norte de Europa y a Vietnam, pues la solidaridad con este pueblo en lucha es el símbolo del internacionalismo proletario. Partiendo del deseo general de agrupar a las fuerzas de izquierda de los países nórdicos se invitó no sólo a representantes de los partidos comunistas y del Partido Socialista Unificado de Islandia, sino también a los partidos socialistas populares y a la Unión Democrática del Pueblo de Finlandia. Estuvieron presentes en el Congreso las delegaciones que habían sido invitadas, excepto las de Vietnam y de Islandia, que comunicaron que les era imposible asistir. Las intervenciones de los invitados extranjeros en el Congreso se caracterizaron por su sincera amistad y solidaridad y por la coincidencia de puntos de vista prácticamente en torno a todas las cuestiones fundamentales.

El Congreso recibió saludos de 24 partidos hermanos que actúan en todos los rincones de la Tierra, hecho que testimonia el carácter internacionalista del Partido sueco. El Congreso acogió con satisfacción el telegrama de saludo enviado por Bertrand Russell agradeciendo al Partido los esfuerzos hechos para asegurar el trabajo en Estocolmo del Tribunal que examinó los crímenes de guerra cometidos por Estados Unidos en Vietnam y deseándonos éxitos en la lucha en aras del socialismo y de la felicidad del pueblo sueco.

Es completamente natural que todo el trabajo del Congreso estuviera penetrado de la idea de la solidaridad con el pueblo vietnamita. El Congreso hizo pública su protesta contra las ferocidades yanquis en Vietnam y aprobó un mensaje al pueblo sueco llamándole a apoyar aún más intensamente la causa de Vietnam. «Para Suecia ha sido un gran honor que el Tribunal internacional se reuniera en nuestro país», dice el mensaje. En él se señala también que «la posibilidad de celebrar con éxito la primera sesión del Tribunal se debió en buena medida a que la iniciativa de Bertrand Russell contó desde el primer momento con el apoyo político y económico de personas y organizaciones que representan a círculos muy amplios de la opinión pública».

En este mensaje se dice más adelante: «En nuestro país, igual que en muchos otros países capitalistas, el movimiento de solidaridad con el pueblo vietnamita se expresa de múltiples formas, tanto políticas —manifestaciones, asambleas, propuestas de nuestro Partido en el Parlamento exigiendo el reconocimiento de la República Democrática de Vietnam y el establecimiento de relaciones con el Frente Nacional de Liberación— como prácticas, tales como la recogida de fondos para prestar ayuda económica y humanitaria a Vietnam del Norte y al FNL. Nosotros apoyamos todas las acciones que directa o indirectamente contribuyen al desarrollo de un vasto movimiento de masas en solidaridad con el pueblo combatiente de Vietnam y contra el imperialismo norteamericano. Llamamos a todos los militantes del Partido a considerar esto como su tarea fundamental y a contribuir por todos los medios y a través de todas las organizaciones, en primer término las sindicales, al desarrollo del más amplio movimiento en apoyo a la causa de Vietnam».

El Congreso encomendó a la dirección del Partido mostrar iniciativa en la organización de acciones concretas para apoyar la lucha del pueblo vietnamita.

El XXI Congreso se ha caracterizado por sus discusiones muy animadas y —si se excluye el problema militar— por sus decisiones prácticamente unánimes. El Congreso ha contribuido en buena medida a hacer avanzar al Partido de conformidad con las directrices fundamentales señaladas ya por el XX Congreso y conducentes a la unificación de las fuerzas de izquierda del pueblo sueco para lograr la renovación socialista de la política sueca.

Fritjof LAGER

CONTRA LA REPRESION
Y LAS PERSECUCIONES
DE LOS DEMOCRATAS

Anular la interdicción del Partido Comunista de Alemania

Hace once años, el 17 de agosto de 1956, el Tribunal Constitucional federal de Alemania Occidental, dando fin a la causa incoada en 1951 a iniciativa del Gobierno Adenauer, puso fuera de la ley al Partido Comunista de Alemania [PCA]. De esta forma, la RFA se colocó en este sentido a la altura de los Estados reaccionarios de España, Portugal y Grecia. Este paso peligroso y sus consecuencias merecen un estudio atento, particularmente en estos momentos, en que, de un lado, la clase gobernante y el Gobierno de Alemania Occidental constituyen un inmenso peligro para la paz en el mundo entero, quizá el mayor desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, y, de otro lado, la clase obrera y la intelectualidad acentúan —aunque todavía insuficientemente— su oposición al Gobierno y su exigencia de que sea levantada la interdicción del PCA.

En el presente artículo me propongo:

1] examinar la Constitución [Ley Fundamental] de la RFA con el fin de mostrar la naturaleza y la esencia del Estado en el que se cometió esta grave infracción de los principios democráticos;

2] establecer si en el momento de tomar la decisión de prohibir el Partido Comunista existían o no fundamentos jurídicos y políticos para ello;

3] estudiar los motivos reales que indujeron al Gobierno germanooccidental a prohibir el PCA [aunque formalmente este acto constituye una decisión jurídica del Tribunal Constitucional, en realidad es una decisión política del Gobierno];

4] exponer las numerosas y serias consecuencias que la interdicción del Partido Comunista implica para el pueblo de Alemania Occidental y los pueblos de Europa y del mundo, y en particular para la causa de la paz mundial y para las perspectivas de reunificación de ambos Estados alemanes;

5] examinar las perspectivas del desarrollo actual de la lucha en pro de anular la ilegalización del PCA, y mostrar las ventajas que proporcionará dicha anulación.

SOBRE LA CONSTITUCION DE LA RFA

¿Cuál es la esencia de la Constitución del 23 de mayo de 1949? Esta es, o en todo caso era, una Constitución liberal no mala, y si durante todos estos años hubiera sido observada, Alemania Occidental sería en la actualidad un país mejor de lo que es en la realidad. En la Constitución está fijado con claridad el objetivo de crear un «Estado federal democrático y social» [Art. 20], una democracia parlamentaria de tipo liberal occidental.

La democracia parlamentaria burguesa, tal como yo la comprendo, es un Estado en que, si bien el poder económico, y en fin de cuentas el poder político, sigue en manos de la clase gobernante, que representa una minoría, el mecanismo de dirección se basa en el Parlamento, elegido por el pueblo e investido de poder en el orden establecido por la Constitución. Los miembros del Parlamento elegidos por la población, agrupados en partidos políticos, tratan de llevar a cabo la política que de forma más o menos clara fue expuesta ante los electores y aprobada por ellos en las elecciones parlamentarias. Por muy imperfecta y limitada que sea esta democracia ante la enorme fuerza que poseen los círculos gobernantes que representan al capital financiero de un gran Estado moderno, es de todas maneras mucho mejor que cualquier otra forma de dirección que permite a dicha clase gobernante realizar su voluntad e imponer su política egoísta sin verse obligada a tener en cuenta las limitaciones que le impone el aparato democrático, es decir, es mejor que el Estado autoritario o policíaco. Si hace falta un ejemplo, comparemos la República de Weimar, con todas sus debilidades y su inestabilidad, y la dictadura nazi que la reemplazó.

La Constitución de la RFA, al igual que la

mayoría de las constituciones liberales similares, proclamaba la dignidad del hombre, las libertades personales, la igualdad de todos ante la ley, la igualdad de derechos de la mujer, la libertad de opinión y de credos religiosos y políticos, la libertad de cultos, la adhesión a cualquier corriente política y social, el derecho a la libre expresión del pensamiento, la libertad de enseñanza, de reunión y de organización, incluida la libertad sindical, así como la libertad de formación de partidos políticos, cuyo orden interno debe estar en consonancia con los principios democráticos [estas últimas palabras están destinadas, sin duda, a mostrar con claridad que no se pueden crear ni rehacer los partidos fascistas]. La Constitución prohibía toda discriminación y todo privilegio en razón del sexo, origen, pertenencia racial, idioma, lugar de residencia y procedencia social, religión e ideas religiosas o políticas [artículos 1-5, 8, 9, 21 y 23].

El artículo 26 de la Constitución prohibe, además, todas las acciones que se emprendan con la finalidad de alterar la coexistencia pacífica de los pueblos, sobre todo para preparar una guerra de agresión. En el preámbulo y en los artículos 23 y 146 se proclama inequívocamente el objetivo —y en realidad el compromiso— de asegurar la reunificación voluntaria, es decir, pacífica, de Alemania.

Es claro que la Constitución fue redactada de forma que contribuyera a crear un estado democrático bien distinto del Estado autoritario, agresivo, militarista y revanchista en cuya creación la clase gobernante y el Gobierno de la RFA han ido ya bastante lejos y al que tratan de convertir totalmente en una dictadura según el prototipo hitleriano. No es difícil comprender por qué en la Constitución se introdujeron enmiendas con bastante frecuencia y por qué el actual Gobierno Kiesinger-Strauss habla de introducir 84 enmiendas más con el propósito de establecer la base jurídica de una nueva dictadura. Mas precisamente estando en vigor esta Constitución, en la que hasta entonces, año 1951, tan sólo había sido introducida una enmienda, el Gobierno de la UDC-USC presentó al Tribunal Constitucional la demanda de interdicción del Partido Comunista.

Importa señalar que ciertas medidas políticas del Gobierno coincidieron con algunas etapas del proceso judicial. La demanda del Gobierno fue llevada al tribunal el 22 de noviembre de 1951. Este mismo día el Gobierno inició negociaciones con Francia, Inglaterra y Estados Unidos acerca del rearme de Alemania Occidental. Al principio todo rearme estuvo absolutamente prohibido por las potencias vencedoras, que durante largo tiempo se opusieron a las demandas de indulgencia al respecto. Pero más tarde, avivando la guerra fría y tratando de asegurarse la colaboración de Alemania Occidental y la utilización de su territorio en la guerra fría, las potencias occidentales aceptaron una tras otra las reivindicaciones de la RFA en orden al rearme [sólo sigue insatisfecha la demanda de plena libertad para disponer de armas nucleares]. En 1950—1951, los más amplios círculos, muy distantes del Partido Comunista, expresaron en diferentes formas su oposición a la política de rearme y al servicio militar obligatorio. [El paralelo entre el rearme de Alemania después de la Primera Guerra Mundial y el rearme de Alemania Occidental después de la Segunda Guerra Mundial, realizados a despecho de las prohibiciones iniciales, en interés de la política antisoviética y del «idiotismo fundamental [*Grundtorheit*] de nuestro tiempo» —el anticomunismo— es sólo uno de los muchos paralelos alarmantes que se pueden citar al examinar los acontecimientos en Alemania Occidental.]

La segunda fecha digna de atención en el período de la investigación judicial es la del 24 de noviembre de 1954, cuando comenzó la vista pública de la causa en el Tribunal Constitucional. Un mes antes, Adenauer suscribió los Acuerdos de París, que abrieron a Alemania Occidental el acceso a la OTAN y le permitieron crear sus fuerzas armadas, en las actualidad sumamente potentes.

La vista de la causa duró hasta el 14 de julio de 1955 y la sentencia de interdicción del PCA fue dictada el 17 de agosto de 1956. Aproximadamente al mismo tiempo, el 25 de julio, en Alemania Occidental se implantó el servicio militar obligatorio.

FUNDAMENTACION DE LA INTERDICCION

Pasemos a la cuestión de si existía alguna base jurídica o política para la ilegalización del PCA. Examinemos primero el aspecto jurídico. Por supuesto, hay que tomar como punto de partida el hecho de que la Constitución de la RFA fue redactada, evidentemente, con el fin de asegurar la realización efectiva de la democracia parlamentaria y que esta democracia no puede operar si los partidos políticos no pueden funcionar libremente y defender los intereses de las clases y grupos de la población que representan. Y la formulación del artículo 21 de la Constitución muestra que los autores del documento se dieron muy bien cuenta de esto. [En Alemania Occidental era muy difícil en cualquier caso el funcionamiento de la democracia parlamentaria: para semejante cultivo el terreno era y sigue siendo allí poco favorable, ya que desde 1933 no hubo ningún indicio de democracia; en cualquier forma, la clase gobernante reaccionaria poseía una gran potencia y el aparato gubernamental estaba repleto de nazis. Agreguemos además que incluso antes de 1933, la democracia parlamentaria jamás había funcionado allí satisfactoriamente. Por eso era tanto más importante que en todos los casos ligados con la interpretación de la Constitución, en la RFA no se hiciera ahora nada que dificultase de alguna manera el funcionamiento efectivo de la democracia.]

Dadas estas circunstancias, los juristas encargados de interpretar la Constitución, al examinar una propuesta de ilegalización de cualquier partido político, en particular del único partido, que posee una comprensión clara de la lucha de clases y representa los intereses de la clase obrera, debieron haber sacado entonces la conclusión, como deberían sacarla ahora, de que toda interdicción de semejante tipo estaría en contradicción con la Constitución, ya que socavaría su esencia, impidiendo el funcionamiento de la democracia parlamentaria. Y cuando el jurista intérprete de la Constitución examina el único artículo que pudiera servir al Gobierno o al tribunal para fundamentar la prohibición, o sea, el artículo 21, descubre que en este sentido el artículo no contiene nada que pudiera ayudar a los adversarios del Partido Comunista. La única limitación de la libertad de los partidos políticos prevista en él consiste en señalar que su organización interna debe corresponder a los principios democráticos. Debido a la importancia primordial de los partidos para el funcionamiento de la democracia parlamentaria, y a la luz de la interdicción de los partidos fascistas por las potencias vencedoras, esta pequeña restricción fue evidentemente dirigida a prohibir los partidos fascistas y no pone en tela de juicio la legalidad de los demás partidos.

El segundo apartado del artículo 21, donde se habla de la posibilidad de declarar inconstitucional a uno u otro partido, tiene en cuenta a los partidos que persiguen el objetivo de causar daño a la Constitución liberal-democrática, de liquidarla o de poner en peligro la existencia de la República Federal. El jurista intérprete de la Constitución deberá reconocer que, en primer lugar, este apartado va dirigido ante todo contra los partidos fascistas, y, en segundo lugar, que al igual que todas las cláusulas que prescriben sanciones, hay que interpretarlo en forma limitativa, es decir, extenderlo sólo a los partidos que por su evidente carácter subversivo ponen en peligro la realización efectiva de los principios democráticos; la prohibición de estos partidos responde a tales principios y no constituye ninguna amenaza para ellos. Y sobre todo, el jurista intérprete de la Constitución deberá reconocer que no hay que extender este artículo a los partidos odiados por posibles adversarios poderosos, incluidos los gobiernos, tan sólo porque expresan intereses contrapuestos a estos adversarios. Al examinar los argumentos expuestos por el Gobierno en apoyo de su demanda, veremos cuán lejos estaba de esta justa interpretación.

El Partido Comunista ha defendido una política firme y clara, pronunciándose por el cumplimiento de los Acuerdos de Potsdam y, en los límites de esta política, contra el rearme y por lo tanto contra toda política agresiva y revanchista y las pretensiones que deberían seguir al rearme. El Partido propugnó la reunificación pacífica de Alemania y el establecimiento de relaciones amistosas con los Estados socialistas, con toda Europa. En una democracia parlamentaria no podía haber ninguna causa política para prohibir un partido promotor de tal política, salvo una, la de que cualquier clase o partido capitalista gobernantes quieran eliminar políticamente a los que intervienen de forma eficaz contra ellos.

En aquellas condiciones, esta política del PCA tuvo también su expresión en su «Programa de reunificación nacional de Alemania» de 1952. Estaba en consonancia con la Constitución y por lo tanto no caía bajo la acción del artículo 21 de la Ley Fundamental. Este artículo determina que la prohibición únicamente puede ser dictada en el caso de que algún partido político trate de violar o de liquidar el régimen democrático libre. Teniendo en cuenta este postulado jurídico, el Gobierno de la RFA declaró que la exigencia del PCA de renunciar a la política de rearme y de realizar, en su lugar, una política de reunificación pacífica y, en general, una política de paz, así como también una política orientada a fortalecer la democracia, contradecía la Constitución, ya que el PCA [al aplicar su política, en consonancia con la Constitución] exigía la eliminación del régimen de Adenauer. De esta manera, el Gobierno de la RFA identificaba el régimen de Adenauer, y por tanto su política, con el régimen democrático libre. El Tribunal Constitucional federal se atuvo a esta interpretación. Por eso, en manera alguna se puede hablar de una fundamentación jurídica convincente de la prohibición; en el mejor de los casos se puede hablar de manipulación seudojurídica. En realidad, la fundamentación de la sentencia se encuentra en contradicción abierta con el orden democrático-burgués vigente establecido por la Ley Fundamental, de cuyos principios democráticos y pacíficos positivos hemos hablado al comienzo del artículo. En definitiva, esta es también la causa de que las consecuencias de la prohibición del PCA, que cada vez se dejan sentir más, no podían por menos de ejercer influencia sobre el propio orden democrático-burgués de la Ley Fundamental. Por eso la sentencia, incluida su fundamentación, es jurídicamente inconsistente.

Al parecer, el mismo Tribunal Constitucional federal había comprendido la endeblez de esta

posición jurídica. Así lo confirman muchas de las cosas que sucedieron durante el proceso y los esfuerzos que el Gobierno consideró necesario realizar para obligar al tribunal a resolver la causa a favor suyo. En los procesos políticos, particularmente cuando el Gobierno considera muy importante ganar el proceso —como sucedía en este caso—, los tribunales están más sujetos a la presión y más predispuestos a supeditarse al Gobierno que corrientemente. En el curso de la prolongada instrucción del sumario, el presidente de la primera corte del Tribunal Constitucional federal que tenía que juzgar la causa, encargado de llevar el proceso, tuvo que conferenciar personalmente con Adenauer sobre la marcha del sumario, después de lo cual la primera corte fijó para el 24 de noviembre de 1954 la vista pública de la causa. Este proceso duró casi ocho meses y finalizó el 14 de julio de 1955. El Gobierno esperaba e, indudablemente, deseaba que el tribunal dictara sentencia contra el Partido Comunista en unas semanas. Pero durante más de un año la corte no pudo decidirse a hacer esto, y el Gobierno terminó por adoptar una resuelta determinación ofensiva para la corte. Presentó una enmienda a la ley sobre el Tribunal Constitucional federal en el sentido de que si la primera corte no dictaba sentencia en el transcurso de seis semanas, debería serle retirada la causa y entregada a la segunda corte. La enmienda fue aprobada por el Bundestag el 21 de julio de 1956 y la primera corte, digámoslo abiertamente, bajo el influyo de este chantaje dictó sentencia, como ya hemos recordado, el 17 de agosto de este mismo año.

El propio texto de la sentencia del tribunal confirma el punto de vista de que la interdicción fue inconstitucional. Al prohibir el PCA como partido, el tribunal señaló que cada ciudadano conservaba, sin embargo, su pleno derecho a ser comunista y a defender su concepción comunista del mundo y su política, a defender el marxismo-leninismo. El tribunal declaró también que la obligación de cada ciudadano, expresa en el preámbulo y en el artículo 146 de la Ley Fundamental, de contribuir a la reunificación de Alemania tenía prioridad sobre la sentencia de interdicción del PCA, de manera que ésta perdía fuerza si sus efectos iban dirigidos contra la reunificación. [En realidad, el Partido Comunista no pudo sacar provecho de esta salvedad, ya que la interdicción es válida para todos, mientras no haya sido anulada. Mas este punto del fallo del tribunal es muy importante, muestra cuán débil era la fundamentación de la prohibición.]

Todo lo dicho se refiere al aspecto jurídico de la cuestión. ¿Cómo están las cosas en relación con la fundamentación política?

MOTIVOS DEL GOBIERNO

Los motivos reales por los que el Gobierno trató de conseguir la prohibición pueden no ser idénticos a las consideraciones formuladas, pero parcialmente pueden coincidir con ellas.

No cabe duda de que el motivo que prevaleció fue el «idiotismo del anticomunismo» y la guerra fría a él vinculada. En cierto sentido, el anticomunismo se siente como en casa en Alemania Occidental, con su clase gobernante reaccionaria, con su aparato gubernamental plagado de nazis, con su deseo [en particular al comienzo de la década del 50] de complacer a su benefactor, a los EE.UU., y con su particular odio al socialismo y al mundo socialista. Se pueden aducir muchos ejemplos de esto. Uno de ellos es el discurso que pronunció el siniestro Strauss el 11 de noviembre de 1956. Vivimos, dijo, en la era del desarrollo de la técnica, cuando las fuerzas unidas de nuestros aliados son suficientes para borrar de la faz de la tierra a la Unión Soviética. En la actualidad, Strauss es uno de los ministros más influyentes en el Gobierno de coalición recientemente formado.

Otro importante motivo era que el Partido Comunista constituía la única oposición verdaderamente seria a toda la política y a todas las aspiraciones de la clase gobernante, que, naturalmente, estaba muy lejos de sentir fe en la democracia, no deseaba estar a su servicio y se desentendía en absoluto de los Acuerdos de Potsdam. Esta clase únicamente quería reforzar todavía más su poder y conseguir para el capital monopolista la máxima seguridad que se puede obtener en el ocaso de la era capitalista. Y, naturalmente, pretendía agravar la guerra fría, desplazar al socialismo en todos los lugares donde fuera posible, confirmar a Alemania Occidental como un Estado armado hasta los dientes. El capital monopolista sentía impaciencia por satisfacer sus anhelos de revancha, apoderándose de nuevo de todos los territorios —incluida la RDA— que figuraban dentro de las fronteras de Alemania el 31 de diciembre de 1937. El capital monopolista respiraba anticomunismo. El Partido Comunista era el apoyo fundamental de los adversarios del rearme, todavía numerosos y activos por aquel entonces. Después de deshacerse del Partido Comunista, a los capitostes de la RFA les sería mucho más fácil realizar sus tareas y sus planes. Y pensaron —como así fue— que podrían lograr un veredicto judicial contra el Partido Comunista.

De conseguir esto, copiando actos análogos de Hitler después del incendio del Reichstag, ya no tendrían que inquietarse mucho por los socialdemócratas y los numerosos elementos liberales de otros partidos. Los socialdemócratas eran adversarios menos resueltos, más susceptibles al engaño y al soborno. La debilidad de los socialdemócratas la puso en evidencia por ejemplo el hecho de que aceptaran plenamente la propuesta del Gobierno sobre las «leyes de excepción», conducentes al establecimiento de una dictadura, a pesar de que los sindicatos las impugnan resueltamente. Además, conseguir la prohibición del Partido Socialdemócrata de Alemania [PSA] habría sido mucho más difícil. Por otra parte, el PSA y la oposición liberal se sentirían en todo caso más débiles al ser eliminada la oposición comunista, así como por las medidas que tenía ya prevista el Gobierno. Me refiero a la intensa campaña, que siguió poco después, de persecuciones políticas, campaña que intimidó y obligó a callar a todos, salvo a los más valientes, y creó un Estado de conformistas, que recordaba lo sucedido en 1933 y después.

En la argumentación que el Gobierno presentó al tribunal, se hacía gran hincapié en que el Partido Comunista se oponía al rearme, legítima posición política compartida por millones de personas y que de ninguna manera podía caer bajo la acción del artículo 21. Otro aspecto destacado de la argumentación [no menos inconsistente desde el punto de vista de la Constitución] fue la acusación macartista —que hizo perder meses en la vista pública de la causa— de que el Partido profesa la doctrina del marxismo-leninismo, incluida la doctrina sobre el establecimiento de la dictadura del proletariado en caso de surgir una situación revolucionaria. El Gobierno se refirió también al «Programa de reunificación nacional de Alemania» formulado por el Partido, es decir, a sus puntos de vista políticos sobre cómo debe ser cumplida la obligación que cada ciudadano alemán tiene de esforzarse por lograr la reunificación. Y se invocó igualmente que el Partido propugnaba la celebración, que el Gobierno consiguió impedir, de un referéndum no oficial sobre el rearme y la conclusión de un tratado de paz.

Sin duda alguna hay que sacar la conclusión de que el proceso constituyó un juicio contra las convicciones ideológicas [*Gesinnungsprozess*] y que la interdicción fue jurídicamente infundada y un acto puramente político del Gobierno.

LAS CONSECUENCIAS DE LA INTERDICCION

Las consecuencias fueron y continúan siendo serias y de largo alcance. En general constituyen una parte del cuadro del peligroso resurgimiento del nazismo en Alemania Occidental, de un proceso que encuentra una oposición demasiado débil, pero que habría tropezado con una resistencia muy fuerte del Partido Comunista, y, siguiendo su ejemplo, de muchos otros. En realidad, de casi cualquier aspecto del desarrollo de la política germanooccidental se puede decir, en primer lugar, que es peligroso y hay que oponerle resistencia; y, en segundo lugar, que esta resistencia sería mucho más eficaz si el Partido Comunista hubiera quedado dentro de la legalidad. Voy a examinar algunos de estos aspectos.

Se elimina y se reprime a casi todas las organizaciones y personalidades progresistas del país. De manera individual, y a veces por decenas son acusados de realizar en una u otra forma labor ilegal, aduciéndose como única prueba que se pronuncian a favor o en contra de aquellas medidas [cualesquiera que sean] propugnadas o reprobadas por el Partido Comunista.

Por ejemplo, distintos ciudadanos han sido acusados de actividad comunista porque apoyan la propuesta de crear una zona desatomizada en la Europa Central o de concluir un pacto de no agresión entre los países de la OTAN y los países del Tratado de Varsovia, o sobre la prohibición de las armas atómicas. Las cosas han ido tan lejos que prácticamente se plantea ante los ciudadanos el dilema de solidarizarse plenamente con la política gubernamental o de ser perseguido por actividades comunistas. Y difícilmente se encontrará ninguna organización social o política —salvo, por supuesto, las numerosas organizaciones neonazis y revanchistas, hacia las cuales el Gobierno tiene una actitud tolerante— que siga gozando de libertad de acción [constituyen una excepción la Iglesia y los sindicatos, pero incluso a los últimos, como veremos, les resulta difícil desenvolver su labor].

Las organizaciones de mujeres, jóvenes, víctimas del nazismo, partidarios de la paz y muchas otras han sido suprimidas abiertamente o están sujetas a tales restricciones que no pueden funcionar de forma eficaz. Se han instruido más de 300.000 causas judiciales por motivos políticos. Gran parte de estas persecuciones —con frecuencia contra personas que nunca estuvieron ligadas al Partido Comunista— se basan en la afirmación de que los inculpados realizan trabajo del Partido Comunista ilegal. Como manifestó el doctor Ammann, conocido abogado liberal, que fue defensor en la vista de tales causas, entre las víctimas de estas persecuciones existen no sólo comunistas, sino también ciudadanos no comunistas: adversarios del armamento nuclear, pacifistas, socialdemócratas, teólogos, profesores de universidades, miembros de los sindicatos y de los consejos sindicales, periodistas políticos, redactores y editores. [La mayoría de los casos de persecución están motivados por supuestas actividades comunistas, pero después de los últimos cambios introducidos en el Código Penal son numerosas las acusaciones de «atentado a la seguridad del Estado», aunque en un Estado democrático normal tra-

taríase en tales casos de simples divergencias políticas corrientes.]

La oposición al revanchismo, al rearme y a las «leyes de excepción», dirigidas a implantar una dictadura, también es tachada de actividad ilegal comunista según la amplia interpretación de los tribunales, de acuerdo con la cual se considera un delito apoyar todo lo que también sea respaldado por el Partido Comunista. Los sindicatos, aunque siguen siendo legales, en la práctica no pueden funcionar normalmente debido a las persecuciones contra los activistas sindicales, a los que también se tilda de comunistas.

Aunque el Tribunal Constitucional indicó que los comunistas, como ciudadanos particulares, son libres de propugnar el comunismo, en la práctica cualquier persona que haya sido miembro del Partido Comunista y haya presentado su candidatura al Bundestag es objeto de persecuciones y con frecuencia encarcelada.

Existe además un importante grupo de consecuencias de la interdicción que está ligado a la presente situación, potencialmente muy peligrosa, de las relaciones entre los dos Estados alemanes. Ni en Alemania ni en Europa puede haber una verdadera paz mientras no estén normalizadas las relaciones entre los dos Estados alemanes. Mas la posición política del Gobierno de Bonn en los últimos 10—11 años se reduce a sostener que la RFA es el único Estado alemán, que tiene el derecho exclusivo a representar a Alemania y a los alemanes y que —esto es lo peor de todo— Alemania Occidental «liberará», es decir, incorporará por la fuerza de las armas a la República Democrática Alemana. [Ya en septiembre de 1953 Adenauer declaró públicamente: «Hasta ahora hemos hablado de reunificación de Alemania, pero mejor sería hablar de "liberación".»]

A juicio mío se deben vincular también con las consecuencias de la interdicción todo el desarrollo del militarismo y del revanchismo, las pretensiones a todo el territorio que se encontraba dentro de las fronteras del Reich alemán en 1937, es decir, no sólo a la RDA, sino también a parte considerable del territorio de Polonia y a parte del territorio de la URSS. [Con frecuencia se agrega a esto la región de los Sudetes en el oeste de Checoslovaquia, que fue tomada por la fuerza en 1938, y a veces también Austria y parte de Suiza]. Es posible que si el Partido Comunista hubiera permanecido en la legalidad, el desarrollo de las cosas habría sido distinto; en todo caso habría tropezado con una resistencia mucho más eficaz. No hay que subestimar tampoco el peligro de esta política en relación con la conocida «estrategia de líneas avanzadas», que a requerimientos del Gobierno germanooccidental fue aceptada como política de la OTAN. En esencia consiste en la dislocación masiva de las fuerzas armadas germanooccidentales y de otros contingentes de la OTAN en la proximidad de las fronteras de la RDA y de Checoslovaquia, con el fin de que en cualquier momento pueda ser iniciada una súbita y potente ofensiva contra estos países y más adelante contra Polonia a través de la conocida línea del Oder-Neisse que no es la frontera de Alemania Occidental, sino de la RDA. [Es interesante señalar que en el mapa insertado en la revista *Der Spiegel* en agosto de 1966 se muestra la dislocación de las fuerzas armadas germanooccidentales a lo largo de las fronteras no sólo de la RDA y de Checoslovaquia, sino también de Austria].

Pero lo más funesto de la política germanooccidental es en la actualidad el propósito de hacer aprobar las «leyes de excepción», que en cualquier momento permitirían al Gobierno, haciendo una simple declaración, asumir poderes dictatoriales lo que recuerda de forma trágica los plenos poderes concedidos a Hitler por la ley de 1933. [Es el clásico paso fascista que siempre da la clase gobernante cuando recela que no podrá retener el Poder manteniendo en vigor las garantías democráticas corrientes: anula simplemente las garantías y las sustituye por su dictadura]. De lo dicho anteriormente sobre la Constitución se puede concluir que no es tan simple elaborar con esta finalidad una legislación que tenga fuerza jurídica. Para lograr su implantación, el Gobierno, según se cree, tendrá que introducir en la Constitución 84 enmiendas. Y en este sentido trabaja activamente. Los socialdemócratas han expresado su conformidad con dicho proyecto, pero lo impugnan los sindicatos. Claro es que en contra del mismo habría intervenido también el Partido Comunista legal, lo que hubiera venido a reforzar la oposición de todos los liberales y de otros elementos disconformes.

Hablando en general, de todas las consecuencias de la ilegalización del PCA examinadas aquí se puede decir que si no existiera la interdicción, no existirían sus secuelas, o que en todo caso los gobernantes bonnianos habrían logrado, tan sólo poco a poco y con grandes dificultades los resultados que buscaban; que casi todas esas secuelas constituyen una violación de la Constitución en el sentido de que socavan la democracia parlamentaria fundamento de aquélla; y por último, que en su conjunto, tales secuelas convierten a Alemania Occidental en un Estado autoritario y policíaco. Respecto a los 11 años que lleva Alemania Occidental sin un Partido Comunista legal, cabe preguntar:

¿Se ha conservado por lo menos la democracia parlamentaria? ¿Es el sistema político, en su conjunto, mejor que antes? ¿Rige la Constitución mejor que antes? ¿Funciona la justicia satisfactoriamente? ¿O bien se encuentra el país más próximo a convertirse en un Estado policíaco y en una dictadura de tipo hitleriano?

¿Se salvaguardan los derechos del hombre? ¿Existe libertad de opinión y de discusión? ¿Se aseguran mejor los derechos y los intereses de los obreros?

¿Es mejor la política interior y exterior de Alemania Occidental? ¿Ha conducido el desorbitado rearme a una mayor seguridad del país?

¿Son más cercanas las perspectivas de reunificación o de coexistencia pacífica o de colaboración entre los dos Estados alemanes?

¿Ha disminuido la amenaza a la paz en Europa procedente de Alemania Occidental? ¿Se ha atenuado la tirantez internacional?

Antes de pasar a examinar la cuestión relativa a la anulación de la interdicción, detengámonos brevemente en la situación existente en orden a la política germanooccidental, en particular la exterior, pues la falta de éxito puede hacerla más peligrosa en ciertos aspectos. Como ya he dicho, la esencia de esta política reside en la afirmación de que la República Democrática Alemana no existe, que no hay que reconocerla, que la RFA es el único Estado alemán que representa a todos los alemanes y que tiene derecho a regir a toda Alemania —y si se recuerda la doctrina de las «fronteras de 1937», resulta que tiene derecho a regir a algo más que a Alemania— y que Alemania Occidental no mantendrá relaciones con ningún país que reconozca a la RDA. Más allá de los límites de Alemania Occidental se comprende bien —y esto comienzan a comprenderlo también dentro de la RFA— que tales pretensiones están cada vez más lejos de verse cumplidas, que en verdad no pueden ser realizadas, que podrían conducir a una tercera guerra mundial si se intentara en serio hacerlas realidad con ayuda de la «estrategia de líneas avanzadas», o por otro medio. Estas pretensiones son en la práctica infructuosas y los gobernantes de Bonn se han metido en un atolladero, del cual únicamente pueden salir haciendo un viraje esencial en la política, cosa que no quieren.

Debido, probablemente, a que los gobernantes de Alemania Occidental se han dado cuenta, por lo menos en parte, de su situación, en el último tiempo han aparecido indicios de tentativas enderezadas a mejorar las relaciones con los países socialistas. A primera vista es este un hecho positivo, pero a nosotros nos consuela poco, ya que las esferas gobernantes de la RFA continúan negándose rotundamente a reconocer a la República Democrática Alemana, aspiran a implantar una dictadura, insisten en reivindicar las fronteras de 1937 y mantienen la «estrategia de líneas avanzadas». Existe el peligro de que viéndose en un callejón sin salida y no queriendo modificar realmente su política, puedan caer en la tentación de emprender peligrosas aventuras militares.

PERSPECTIVAS DE LA ANULACION DE LA INTERDICCION

Me resta examinar la cuestión de la necesidad de que se anule inmediatamente la interdicción y de cómo conseguirlo.

Casi todo lo que he escrito muestra que el fallo del tribunal prohibiendo el PCA no debía haber sido adoptado y que más tarde pudo y debió ser anulado en cualquier momento; de esto se infiere automáticamente que debe ser anulado ahora. Todas las consideraciones en orden a la administración de justicia, las consideraciones ligadas con la democracia, con el Derecho Constitucional y con los aspectos políticos y simplemente humanos e incluso las consideraciones de la simple conveniencia hablan en favor de la anulación del fallo dictado contra el PCA. En fin de cuentas, todo país que se considere una democracia normal, quisiera anular la interdicción de un partido político, lo mismo que una persona normal quisiera que le extrajeran una bala del estómago. El encontrarse en un callejón sin salida también constituye uno de los argumentos, ya que la anulación de la interdicción mejoraría el ambiente y daría a la democracia parlamentaria la posibilidad, aunque fuese ahora, de funcionar mejor y de crear una verdadera oposición parlamentaria a las medidas tendentes a establecer la dictadura.

¿De qué forma se puede conseguir la anulación del fallo? Unicamente con la presión del pueblo, fundamentalmente de los habitantes de Alemania Occidental. Esta presión debe ser lo suficientemente fuerte para obligar al Gobierno a adoptar las medidas pertinentes; la lucha puede ser larga, pero el curso de los acontecimientos puede ser acelerado por otras dificultades que se presenten ante el Gobierno. La lucha ha conducido ya a la entrega de numerosas peticiones avaladas por miles de firmas. [El artículo 17 de la Constitución establece el pleno derecho a presentar recursos y peticiones].

Los adversarios de la anulación de la interdicción afirman que desde el punto de vista constitucional ésta no es posible, ya que la decisión fue tomada por un tribunal. Esto es absurdo y en realidad descabellado. A los argumentos jurídicos aducidos en apoyo de tal aserto han respondido de manera convincente muchos juristas, y no tengo necesidad a este respecto de ampliar sus razonamientos; pero se puede estar seguro de que cuando la presión sea demasiado fuerte para que el Gobierno pueda hacerle frente, llegará a la conclusión de que no existe ninguna clase de impedimentos jurídicos.

D. N. PRITT

Nuestra Epoca

Propietario: Atilio Gaete Alcántara.
Director Responsable: Jorge Soza Egaña.
Subdirector: Raúl Mellado Castro.
Oficinas de Redacción: Avda. Bulnes 143, Depto. 82.
Impresores: "Sociedad Impresora Horizonte Ltda.".
Lira 363 — Santiago.

Avisamos a nuestros lectores que pueden solicitar su subscripción anual a la Revista Internacional

[NUESTRA EPOCA]

por el valor de E° 10.

Además ofrecemos la subscripción:

a) AURORA, Revista bimestral por un valor anual de E° 15

b) PRINCIPIOS, Revista teórica del Partido Comunista de Chile. Bimestral E° 3,50.

SUBSCRIBASE EN LAS SIGUIENTES LIBRERIAS:

ARAUCO, San Francisco 36

CARLOS MARX, Teatinos 420

ORIENTACION, Rosas 1176

Y DIRECTAMENTE A NUESTRA REDACCION, CASILLA 14337

Correo 15 — Santiago

Destacamos para el próximo número de "Revista Internacional" Nuestra Epoca el siguiente sumario:

1.— Cohesión de todas las fuerzas antiimperialistas es el camino hacia el progreso de los pueblos árabes.

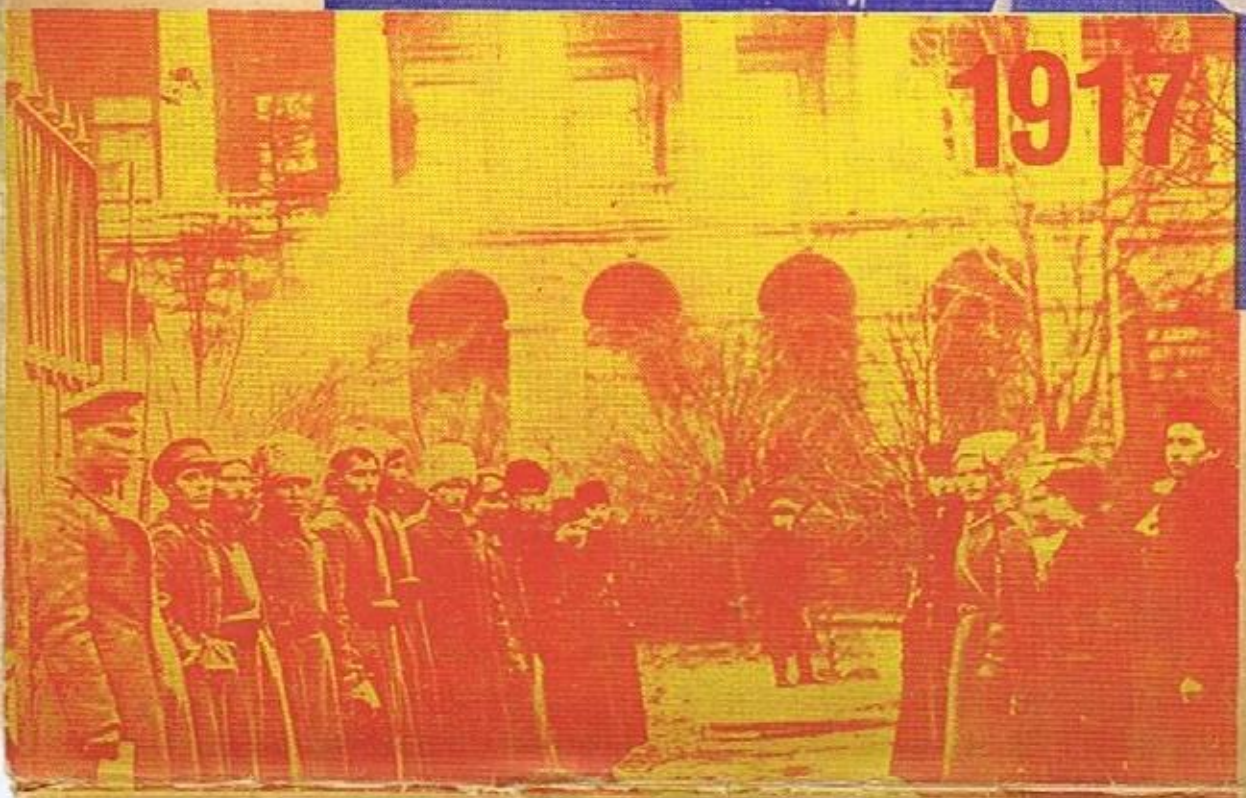
2.— La Revolución de Octubre y la Cultura Mundial.

INTERVENCIONES:

Neruda — Shostakovich
Tijonov — Semionov
y otros destacados intelectuales

3.— Continuación de las intervenciones de la Conferencia Teórica Internacional realizada en Praga sobre la "Significación Histórica de la Gran Revolución Socialista de Octubre".





1967

dos épocas en la vida de la URSS

1917. Soldados revolucionarios custodian el Palacio Smolni en Petrogrado (hoy Leningrado), donde funcionaba el naciente Estado Socialista.

1967. Bajo la atención preferente del Estado Soviético, las nuevas generaciones crecen y se desarrollan física y espiritualmente sanas.